

P A U L A C O N T R E R A S



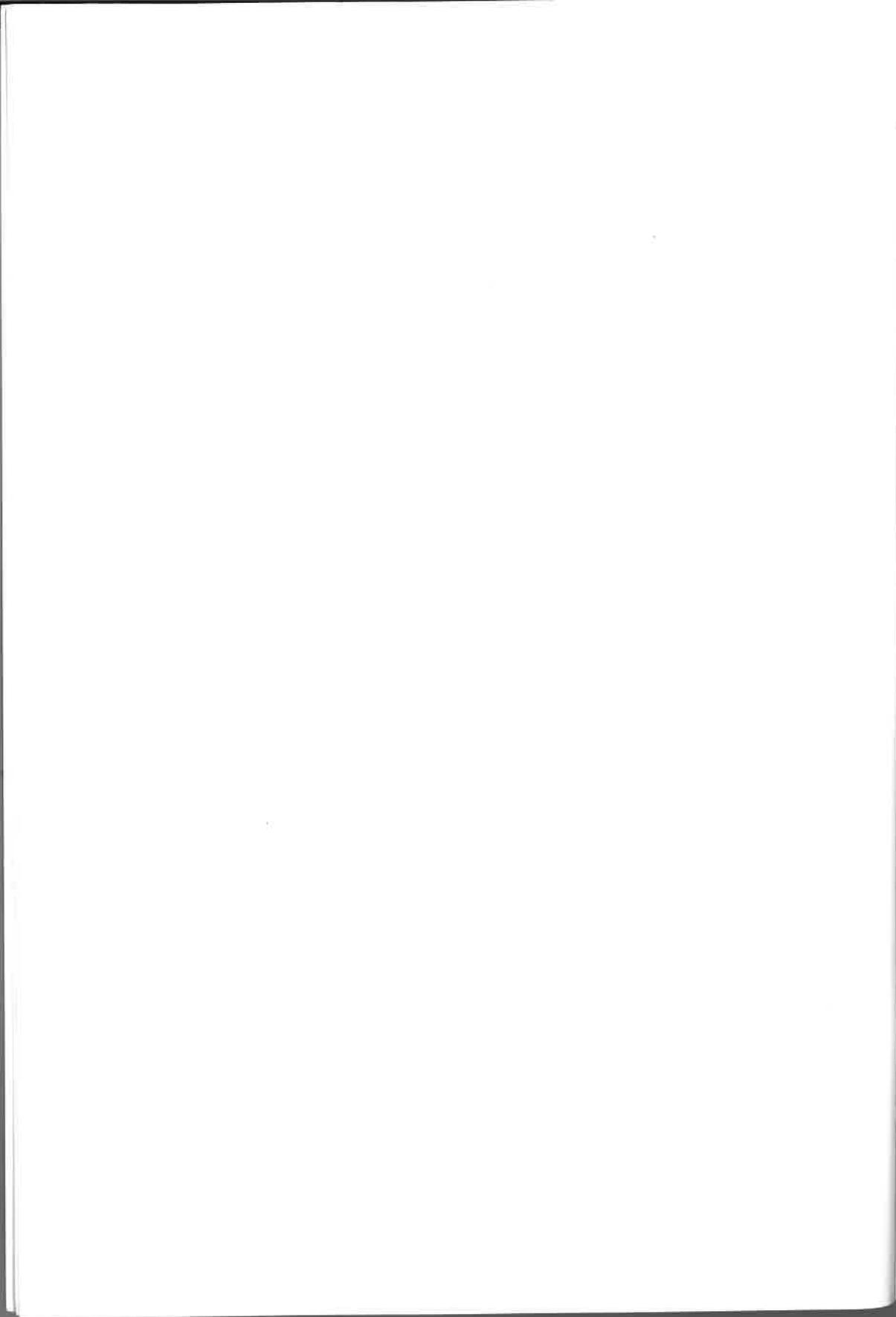
LAGUNA GRANDE

NOVELA

LAGUNA GRANDE

NOVELA

PAULA CONTRERAS



Para la gran familia.

Paula

© Paula Contreras

I.S.B.N. 84—86500—36—2
Depósito Legal: GR 859/1992

Talleres de Ediciones ANEL. S.A.
Polígono Industrial Juncaril. Albolote. Granada.

LAGUNA GRANDE

NOVELA

Pasa una generación y viene
otra, la tierra permanece
para siempre.

Eclesiástico 4,1.

A MODO DE PROLOGO

Amigo lector:

Si ya leíste "Historias de un pueblo sin historia", nada debo añadir a tu expectación por esta segunda parte de lo que intuyo como una trilogía, inacabada aún; nada que turbe el silencio interior, ni tu emoción, con las que, sin duda, comenzarán a revivir parcelas de tu propia vida en estas pocas hojas, que pasarán por tus manos y tus ojos con la brevedad y el ritmo del tiempo.

Sí, lector, a Paula Contreras le dieron acceso a muchos enigmas de la vida, la llave maestra de muchas conciencias y una misteriosa caja en la que guarda casi todas las formas posibles de amor.

Estas páginas te traerán el recuerdo de María, (porque esa pequeña gran mujer se nos ha hecho omnipresente), pero no están escritas desde la añoranza; "Laguna grande" es un canto triunfal a la esperanza contra toda miseria humana; la ágil pluma, buena conocedora de su oficio, solo fue un instrumento preciso, certero, cuya nobleza ha sabido ponerse al servicio de una realidad vivida, sentida, sufrida, gozada, deseada, abominada y recordada, con fervores religiosos. Aquí estamos perfilados valientemente incluso tu y yo, nuestros afanes y miserias, y nuestros hijos, amigos, hermanos...; como en un matraz de alquimia, Paula ha encerrado nuestros sueños y nuestros amores. Lástima que se termine de leer tan pronto.

¿Sabes?, tengo la seguridad de que, pasados unos pocos años, los volveremos a releer y sentiremos el pulso de la vida latir de nuevo a nuestro alrededor en "Los Zapateros", en "Moriles", en la "Laguna grande", o a donde el vehículo mágico de Paula nos conduzca.

Lector amigo: yo, que he tenido la suerte de conocer y de querer a la entrañable autora de estos libros, y de sentir que el tiempo se detiene al

acercarse a ella, te confiaré el secreto de su escritura: "Paula está enamorada, enamorada de la vida"; fíjate si nó en cómo mira a un niño; o a un anciano; o a la torre de la iglesia aunque no tenga nido ni campanas; o a una flor; o a uno cualquiera de sus hijos, o sus nietos, o sus amigos; o a cualquier animal; o a una hoja desprendida del árbol; fíjate en su mirada, en su acento y en su risa y sabrás del secreto de su pluma maestra y amiga, que ha sabido moverse con la naturalidad y agilidad de un adolescente por las calles de su barrio. Sólo un corazón enamorado sabe detener su vista en lo más insignificante en apariencia, agigantándolo, y levantarle un altar en el desierto a un puñado de arena. Sí, lector, a lo mejor tú también terminas enamorado, como yo, del "amor" de Paula, y, en los segundos que siguen al fin de la lectura de este libro, notas que algo te ha cambiado por dentro: el reconocimiento, de una vez por todas, de que cualquier miseria humana merece compasión, de que todos, amasados con el mismo barro, llevamos, a punto de brotar, las semillas de todas las vilezas y de todas las grandezas que uno pueda imaginar.

Francisco J. Súnico Varela

NARVAL, Abril, 1992

Un hombre va por la carretera. Lleva buen paso y se detiene de vez en cuando pareciendo que escucha o habla. Por la carretera sólo él camina.

Va cayendo la tarde sosegadamente. Una campana vocea con alegría el "ángelus" y el hombre, con instinto ancestral, se lleva una mano a la cabeza para descubrirse, sin llegar a completar la acción. Tiene en su cara un rictus de amargura, que no borra la mirada cariciosa con que observa a su alrededor.

Al llegar a un cerrillo, vuelve la cara para mirar lo que dejó atrás: a su derecha, el lagar del Monte, con su jauría alterando la serenidad de los campos; a la izquierda, muy alejada, Viña Alta, que se recuesta sobre una loma suave, blanca su tierra y huérfanos sus sarmientos de hojas y, en medio, la choza de ramaje oscuro y amable hospitalidad; y es difícil notar desde la carretera las cepas medio desnudas. El hombre ha detenido sus pasos y ha quedado quieto y suspirando. Suspirando profundamente, como dolorido el pecho, como si un golpe en él le obligara a respirar.

Viña Alta: su paraíso y su infierno; su felicidad y su desdicha.

¿Qué piensa el hombre, qué punza su cerebro que le hace blasfemar en voz alta? Su mirada se aceró; los grandes y verdes ojos chispeaban.

Un perro saltó el vallado moviendo amistosamente la cola.

—¿Qué...? ¿No tienes amo...? Yo tampoco...— y acarició el lomo del animal.

Los dos se miraron con fijeza. Los ojos del animal, mansos y suplicantes; los del hombre, inesperadamente tiernos. Algo inaudible fue sellado con caricias y saltos de júbilo. Se había pactado una amistad.

Ambos eran escoltados por dos cunetas ocupadas por cardos borriqueros; florecillas sin nombre, amarillas, blancas, rosas y violetas en confuso maridaje, y en lo alto del vallado, el viejísimo chaparro de raíces desvalidas por el trabajo de la erosión, que parecía podría volcarse sobre la carretera. Era la imagen del viejo labriego, de cualquier labriego del lugar.

Recordaba el hombre su niñez, cuando llegaba en pandilla con los amigotes camino de la Laguna Grande, y al pasar robaban bellotas.

—¿Es malo robar, don Diego?— le preguntó al amo de Viña Alta.

—Según lo que se robe y según a quién...

—¿Bellotas...?

—¿Tienes hambre...?

¡Hambre! Sí. La tuvo de niño. La tiene ahora también, como la tiene el perro vagabundo

Dos vagabundos van por la carretera.

Un leve ruido de pasos sobre la blanda alvariza. El hombre y el perro se vuelven indagando con la mirada. Ladra el animal. El hombre ha quedado, paralizados sus pies, esperando. Recuerda cuando su madre se le abrazaba al cuello y le sentía el corazón latiendo como un pajarillo aprisionado en sus manos; igual está ahora su propio corazón que le golpea el pecho con tal fuerza, que siente un temor enorme y desconocido.

Los pasos se han detenido al pie del chaparro, y un zagalón salta la cuneta y se dirige al hombre. Los dos se miran con ahínco y curiosidad. El zagalón habla:

—¿Es usted Tole?

Asiente el hombre con la cabeza porque le es imposible pronunciar ni una palabra. Ve que los ojos del joven son verdes, como los suyos y como el único que tenía su madre. Y el pelo, la nariz, la boca, la apostura. ¡Tantas ganas que tenía de conocerlo! A María Victoria se lo había preguntado, en una tarde de lluvia torrencial, cuando buscó refugio en la casa de la huerta. Ella misma le abrió la puerta sin reconocerlo. Todo pasa ahora en un galopar de su memoria y le parece ver la chimenea encendida y a su calor un pequeño

niño que le daba grititos de bienvenida. —"¿Es tuyo?" le preguntó. —"Sí" — "¿Y el otro...? El mayor..." Y ella, al reconocerlo por la voz, se quedó amarilla como la paja y quiso escapar. —"Llámalo... Quiero verlo... ¿Se parece a mí?" Y mira ahora al zagalón y se ve a sí mismo como cuando contaba diecisiete años, como si se mirara en las aguas de un estanque, como si contemplara su propio retrato.

—Y tú, ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?— pudo al fin articular.

—Me llamo Diego y tengo diecisiete años...— la voz era desafiante cuando afirmó— —Usted es mi padre.

Y los dos, frente a frente, se miraron como dos rivales.

El muchacho continuó hablando muy ligero, con prisa para decir todo lo que atormentaba su vida que, al parecer por su actitud, por sus palabras atropelladas, por el tono entre amargo y violento, era muy difícil: —Escapé de mi casa para buscarlo a usted y hacer su misma vida...; para ir juntos a donde sea, siempre juntos...; a robar, a matar, a lo que nos tenga preparado el sino, a lo que usted me mande, porque yo también soy capaz de todo...

—¡Muchacho...! —la voz del hombre temblaba de angustia; buscaba con la mirada un sitio donde poder sentarse, ya que las piernas se negaban a sostenerle. El muchacho aplastó con sus pies los espinosos cardos, haciendo un asiento al borde de la cuneta y ambos se sentaron, y ambos se olieron el agrio de sus sudores y ambos quedaron mirándose con asombrosa quietud. Luego:

—Salí al campo como un loco...; aquella madrugada hacía frío y todavía tocaban los músicos en el llanete porque las fiestas no habían terminado... Estuve allí arriba, en Viña Alta, escondido en la choza... Con el sol salí a la carretera y empecé a andar... Preguntaba en los lagares y a los arrieros... Me dijeron: "El Tole está en la siega de Fernán-Núñez", y fui andando hasta Fernán-Núñez y sin un céntimo para mercar un pedazo de pan...; lo pedí de limosna y me dijeron "¡Trabaja, gandul!" Y ya no pedí más y robé; le robé a una niña que llevaba mucho pan en un canasto; hacía dos días que sólo me mantenía de agua de las fuentes; le cogí el pan, una telera pequeña, y corrí hasta esconderme en unas cochineras que estaban vacías, pero, que apestaban hasta provocarme ansias; la niña lloraba; pero ni la peste, ni el llanto de la niña, ni las fatigas, me quitaron las ganas de comer...

El hombre escuchaba sin intervenir. El relato podía haberlo hecho él casi con los mismos detalles que perfilaba el muchacho.

—... estuve de peón dos días segando, pero ¡la falta de costumbre!, me lastimé las manos con vejigas que se me reventaron y empecé a sangrar; cobré los dos jornales y con los veinte reales, le pagué cuatro a un segador que me los había prestado para comer y volví los pasos a Montilla, donde había oído a más de uno, que, el Tole estaba vendimiando...; y cuando dí con la cuadrilla de jornaleros me dijeron que usted había salido a Los Zapateros al entierro de su madre...

Fue entonces, cuando el hombre, suspiró hondamente y habló:

—A mi madre la enterraron al otro día de las fiestas... Quiero ver donde está descansando su cuerpo, en qué sitio del camposanto y quiero juntar para ponerle una lápida con sólo su nombre: María.

—¿Y después...? ¿Nos iremos los dos?

El hombre no contestó y se le quedó mirando como el que mira una finca para tasar su valor. Su hijo era un macho de los pies a la cabeza; se había criado con mimo; con riqueza; como un señorito; sabría leer y escribir; entendería de números, de cuentas; podría defenderse en la vida. ¿Por qué se escapó de la casa? ¿Por qué quería unirse a su suerte, a su malvivir, a pasar hambre, frío y desprecios? ¿Por qué...? Le estallaban las sienes y no atinaba cómo y de qué manera podría quitarle el tremendo capricho de la cabeza. Porque sería eso: un capricho de niño rico y consentido... ¿Y quién le habría dicho quien era su padre? ...

—¿Nos iremos...?— apremiaba el joven.

—¿Y vas a dejar a tu madre...?

—Mi madre no me quiere, no me ha querido nunca.

—No digas eso, muchacho. Todas las madres quieren a sus cachorros.

—La mía no quiere ni a mis hermanos.

Y un silencio solemne.

—¿Quién mató a mi tío Diego?

Con la agilidad de un felino se levantó el hombre y gritó:

—¡Yo no...! —y comenzó a andar en dirección al poblado. —¡Yo no lo maté...!— gritó nuevamente.

—¿Quién, entonces?

No hubo respuesta.

Hombre y perro anduvieron ligeros.

El muchacho quedó sentado entre los abrojos y temblando su cuerpo por los incontrolables sollozos.

Dos vagabundos van por la carretera.

Llevan buen paso.

De vez en cuando se para el hombre y se vuelve para mirar al zagalón, medio oculto por la hojarasca, encorvado, la cabeza agachada casi hasta las rodillas, podría confundirse con un anciano.

¿Por qué no lo llama? ¿Por qué no vuelve con él y habla y le cuenta la verdad? Pero ¿cómo puede él desliar en su cabeza los pensamientos, los recuerdos, las emociones que le aturden y enloquecen? El muchacho es su hijo. Lo acaba de conocer. Sabía de su existencia de mucho tiempo atrás. Su misma madre se lo dijo cuando una noche después de su primera huida llegó a su casa y le preguntó: "¿Qué se cuenta por aquí, madre?" Y ella, atizando un poquito las pocas ascuas que quedaban en la chimenea, contestó —"Poca cosa, hijo...; lo de siempre..." Estuvieron callados un ratito mientras daba fin a los succulentos maimones. Ella dijo: "—Están buenas las sopas ¿verdad, Tole?" Y como el seguí callado ella continuaba: —"Mañana le pediré a señora Ana un poquito de aceite porque en la alcuza no queda ni gota..." Y seguía callado. —"¿Qué estás rebinando, Tole?" lo de siempre; pensando una y otra vez en sacarla de aquella miseria; se le estrujaba el corazón cuando la veía tan envejecida y sin dejar de trabajar en lo ajeno, pordioseando mendrugos de pan y gotas de aceite; y él podría hacerla tan feliz con sólo vivir a su lado y trabajar para ella. Lo de siempre: su conciencia que le atormentaba día tras día, año tras año. "—La noticia que corre de boca en boca es que la Niña de la Huerta parió un sietemesino y dicen que no lo parece porque el crío es grandón..." —¿Por qué se le ocurrió a la madre darle aquella tremenda noticia? Cada vez que recuerda el momento aquel, siente que le recorre el cuerpo un latigazo de fuego. Apretó los labios, tiró la cuchara a la mortecina chimenea, gritó la madre angustiada: "¡Tole...!, mientras él salía de la casa como si un fuerte viento lo empujase.

Y tardó en volver. Y no encontró palabras para calmar de cada vez la congoja de su madre. Igual que ahora: al pie del chaparro quedó el muchacho; hijo suyo y de la Niña de la Huerta; el sietemesino que al nacer ya era grandón. También huye de él. Porque es un cobarde y no sabe hacer frente a la vida. Calla y huye. ¿Y por qué vuelve siempre al sitio de la tragedia?

Atrás quedó el chaparro y el zagal, y atrás quedó Viña Alta, hermosa con primor de majuelo. Y sigue andando, ya sin pausas. Le urge hacer lo que tenía pensado respecto a su madre. Hablar con una persona que tuvo gran amistad con ellos, Teresa la del Joyo; una buena mujer a quien no veía desde muchos años atrás, la última vez que estuvo en la aldea, después de siete años de ausencia, y fue en una tarde en que el agua caía arriando los caminos, en aquella tarde que, esquivando la torrencera en la que temió ahogarse, vio a María Victoria, la Niña de la Huerta, tan hermosa como siempre ¡tan hermosa! Y no quiso ver a su madre. No quiso verla, por la noticia que le dio Juanillo el Mico; no quiso contemplarla en la humillación tan honda de su pobreza. Porque él había entrado en casa de su amigo de la niñez en un momento en que podría ser arrastrado por las aguas. Querían que se secara la ropa, que tomara un café para entonarse, pero él no quería detenerse, tenía prisa por ver a su madre después de tantos años, Juanillo el Mico le dijo cuando se disponía a salir de la casa, "que antes de verla tenemos que hablar...", y escuchó la noticia más horrorosa que jamás pudiera imaginar: que a su madre la había obligado a venderle su casa el cacique del lugar, el marido de la Niña de la Huerta. Era su casa una vivienda miserable con sólo un cuarto pequeñito, una cocinita donde pasó sus últimos días el tío Goro, un patio, un pozo y una parra. ¿Por qué la quiso comprar el malvado ricachón? ¿Qué haría su madre al verse en la calle, como un perrito sin amo?

"—... tuvo suerte María... Un alma buena al enterarse del estropicio se presentó en tu casa y se la llevó a la suya y allí la tienes como a una reina...

—¿Quién, quién...?

—Pepa la Moracha..."

Por eso no tuvo valor para llegar hasta ella, abrazarla, besuquearla, palparle la espalda, los hombros, estrecharle la cintura, secarle la cara chorreando de lágrimas de alegría... "¡Hijo, hijo...!", y le temblaría el corazón como siempre, como el de un pajarillo estrujado.

No tuvo valor. Vergüenza, rabia, impotencia, orgullo ¡orgullo...! ¿Podría él sentir orgullo? ¿acaso no era un mantés, un mal hijo? No la vio. No quiso darle esa alegría por no sentirse a sí mismo humillado ante la Moracha. Y ahora... ¿De qué le sirve una lápida a una pobre vieja, que en vida fue tan desposeída de cuidados? Se le apilan las ideas, los recuerdos, y los remordimientos; todo pardo y oscuro.

También pardeaba la tarde anunciando la oscuridad de la noche. La silueta del cortijo Moreno se destacaba empinada sobre el olivar. La casa de

Teresa estaba cerrada, pero en el rebate de la puerta había un hombre sentado y dormido; lo reconoció: era Pacorro, el cabrero.

Llamó suavemente a la puerta y la abrió Teresa: chiquitita, encorvada, desdentada, casi pelona, arrastrando penosamente los pies. En el patinillo alguien cantaba y lo hacía con gusto, gachonamente:

*Como corderillo manso
me has de venir a buscar,
como el agua busca al río
y el río busca la mar...*

y quedó parado escuchando la voz cálida y femenina.

La vieja se puso una mano sobre la frente a modo de pantalla y dijo disculpándose:

—¿Quién va? ... Cae la tarde y no veo bien.— llamó: —Araceli, ven...

Apareció en la puerta del patinillo una joven con un regador en la mano.

—Regaba las flores, tita abuela, y te traigo un nardo ¡que huele! ¡uy, cómo huele! —le acercaba entusiasmada la flor.

El hombre seguía callado y ahincaba la mirada en el vano de la puerta por donde se veía el cortijo Moreno y el olivar.

—Yo lo conozco —decía Araceli triunfal— usted es Tole ¿a que sí?

Teresa abrió los brazos maternalmente: —¡Hijo! —dijo suspirando — ¡La pobretica de tu madre! ... ¡Dios la tendrá en su gloria...; te acompaño en el sentimiento, Tole, y salud para hacer el bien por su alma!

Hubo un momento de emoción y Tole no podía deshacer el nudo de su garganta; rompió la joven diciendo:

—Tome usted una silla, ¿ese perro es suyo...?

El animal alzó la cabeza, miró al hombre y esperó.

—Sí, es mío —titubeó —se llama Yodo.

El rabo del animal, en su movimiento de gozo, levantó polvo al rastrearlo por el suelo.

—¿Yodo?... ¡Qué nombre tan raro! Es el de una medicina; esa con que nos pintan el pecho con un pincelito cuando nos resfriamos...

—Es que el perro de un boticario se llamaba así y éste se le parece.

—¡Hijo...! —suplicó Teresa —¡Quédate a comer con nosotras! Tenemos bastante comida y habrá también para el perro...

Tole lo miró complacido y se agachó para acariciarlo: —Tienes suerte, Yodo— y mirando a la joven, aclaró: —El, con un mendrugo de pan, va listo.

—¡Anda! ¿Y me despreciará los huesos de costilla añeja que tiene el guiso...?

El mismo Tole se sorprendió de su fuerte risa al escuchar a la joven.

Y fue entonces cuando la miró con detenimiento y ahuyentando los sombríos pensamientos pudo calibrar su belleza. Rubia como las espigas; blanca como la tierra albariza; ¿qué poder tenían sus ojos obligándole a sentarse en esta silla de madera de olivo y asiento basto de enea vieja?; ¿qué poder su boca, de labios frescos, brillantes y rojos como si una amapola tuviese prendida de sus dientes? ¡buena moza! Aunque su ánimo, por el encuentro con su hijo y la muerte de su madre, estaba triste, apreciaba la belleza de la muchacha.

Entretanto ella sacaba de la alacena dos platos hondos de barro parecidos a lebrillos, tres cucharas, una navaja, un trozo grande de pan y un tazón frailuno con aceitunas.

—¡Ea, tita abuela, a comer que ya es la hora, que se ha puesto el sol! Tú y yo en el mismo plato... —y añadió: —Arrímese usted a la mesa...

Titubeó Tole, pero los ojos de la moza tenían poderío y obedeció con gran contento de Yodo, que movía el rabo alegre por el banquete que presentía. La olla de barro fue volcada sobre un lebrillo y el olor del contenido borró el del nardo que se había colocado en el raquítrico moño Teresa, el de las flores del patinillo, el del incienso de la casa y la peste del Yodo. A pesar del alboroto de los aromas, al hombre le llegaba otro más intenso, insidioso y persistente: el de Araceli. Sentíase mareado por su lucha íntima: el vapor que desprendía la comida y acuchillaba su desvalido estómago y la fragancia del cuerpo de Araceli como un vapor quemante torturando todo su ser; porque él empezó a vivir otros tiempos; el cuerpo airoso de la joven le pareció el otro, el de María Victoria, y las macetas de claveles que desde su puesto se veían alineadas en el patinillo, aquellos claveles que él ayudaba a plantar en la huerta de los Granados; tentado estuvo de salir de la casa huyendo sin dar explicaciones. ¿Y cuáles iba a dar? Valía más aguantar, seguir sentado, no mirar al patinillo ni al cortijo Moreno y comer. Y contestar a las preguntas de Teresa que no dejaba de hacerlas.

—¿De dónde vienes ahora, Tole?

—De la vendimia de Montilla.

—Y antes ¿dónde estuviste...?

—Segando trigo en Fernán-Núñez.

—¡Qué cerca...! Te hubiéramos avisado...

—Sí...— y añadió: —Sí.

El silencio y no la desaparición del Sol, oscureció la estancia; Tole se llevó angustiado una mano a la garganta y cerró los ojos.

Araceli ordenó: —Tita abuela, Tole dormirá aquí.

Y la vieja asentía con la cabeza.

La joven continuaba: —Le ponemos en este rincón el jergón del catre y una manta porque a la madrugada refresca mucho... Así, tita abuela, tú puedes esta noche dormir tranquila porque te guardarán un hombre y un perro —refa jubilosa —Y yo me voy a dormir a mi casa con mi mamá y mis hermanillos y disfruto con las amigas, porque hoy todavía hay fiesta en el pueblo— y guiñando con mucha picardía un ojo —¡Así, ya sabes, le evito a mi gañán que se dé el paseo hasta aquí.

—¡Qué chiquilla!... Te vuelven loca los amoríos.

—Los amoríos no; mi novio, porque es mi novio, que te enteres— y mirando con intención a Tole:

*En un cuartito los dos,
veneno que tú me dieras,
veneno tomara yo.*

—¡Araceli...! Que no me gustas, que vas por mal camino...

—¡Que mojigata eres, tita abuela y que mal pensada! Canto y río porque me hierve la sangre, porque soy joven y tengo salud, porque...

—¡Calla, calla, que eres de la piel del diablo!

De la piel del diablo. Así eran los de su pandilla. Así era él; así es la mocita. Pero Teresa lleva razón: esta mocita se escapa y es como una avispa. Su novio. Iba a verse con su novio y cantando invitaba incitante al hombre que la miraba asombrado.

Satisfechos los estómagos, preparada la cama en un rincón de la estancia, estirado el perro con la panza abultada y arreglada Araceli, con su falda oscura, su blusa azul de generoso escote, sus jazmines en el moño...

—¿Se quedan bien puestos?— le preguntó poniéndose delante y de espaldas para que Tole diera su opinión.

Chilló la vieja:

—¡Vete, Araceli, vete ya...!

—Que no me como a nadie, tita abuela...¡ea, que paséis buena noche...!— de pronto se volvió asustada —¡Ay, que no abro la puerta mientras el Pacorro esté ahí...!

—Déjalo que duerma, a ti no te va a matar...

¡Es que me da asco, tita abuela!

Abrió Teresa suavemente la puerta y quedó aguantándola mientras salía la mocita y echaba a correr; luego volvió a cerrarla y le dijo a Tole:

—Es una niña inocente, sin pizca de malicia... Si quieres tenderte, ya sabes...; yo me acostaré cuando rece el rosario y tú apagas el candil.

—¿Y ese...?— señaló la puerta cerrada.

—¿El Pacorro? Viene algunos días al atardecer a dormir en el rebate hasta que el frío de la madrugada lo despierta y se va.. Cada día duerme en un sitio distinto...

—Pero ¿qué le pasa al Pacorro?

—¿Pero tú no lo sabes? ¡Claro, como hace tanto tiempo que no vienes por aquí... Es lo que dicen de él las gentes, porque la verdad no la sabe nadie. Lo cierto es que no puede dormir desde entonces en su casa y va como judío errante...; los remordimientos, Tole, los remordimientos, porque el que hace un crimen no lo deja vivir la conciencia.

—Teresa, yo...

—¡Ay, hijo de mi alma, que no lo he dicho por ti, porque yo te creo a ti tan inocente como el que está en el Sagrario... —se santiguó y dijo: — ¡Ay, hijo de mi alma, que Dios y su Madre Santísima me perdonen la comparación!

—Teresa, yo...

—No, no preguntes... Lo del Pacorro es horrendo... ¡Bueno, lo que dicen de él, porque nadie fue testigo de nada! ¿Que Dios me perdone, pero cuando el pobretico no puede dormir en su cama por algo será...!

—¿Por qué...?

—Fue con un veneno ¿sabes? Dicen que fue con veneno.

—Pero ¿a quién?

—Al "jembro" de su mujer.

Venía la noche acompañada de estrellas, de una brisita ligera y del efluvio untuoso que emanaba de los lagares. En algunas casas estaban preparando las luces de aceite o de petróleo, y de ellas, los olores de comida, cuadras, animales, estiércol y flores se mezclaban como si dentro de las casas estuviese respirando un animal de fábula. Increíble que Araceli oliera a jazmines y jabón. A limpia. Un aroma claro y embriagador; así lo sentía el mozo que le hablaba quedo y suplicante en medio de la carretera.

—¿Detrás del molino, como anoche...?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Se me adelantó otro?

Se rió Araceli con estrepito y anduvo varios pasos; él la siguió.

¿Otro...?

—No... Yo te aprecio a ti mucho, pero lo de anoche no se puede repetir, porque no quiero andar en lenguas de las gentes, sólo por eso.

—Nadie se va a enterar...

—Ya te encargarás tu de que se enteren, para presumir.

Y al decir esto, se entró rápidamente en una casa próxima.

El joven, despechado, tomó otro rumbo, pero aún pudo oír las palabras alegres con las que recibían en la casa la presencia de la muchacha.

—Llegas a tiempo; ahí dentro está quien tú sabes.

Una oleada de calor inundó todo el cuerpo del hombre; rabia, celos, despecho; intenciones tuvo de entrar para humillarla descubriendo sus escarceos en el molino, pero no lo hizo y tomó el rumbo de calle arriba, para entrar en la taberna del monturqueño y pedir:

—Un chiquito...— y murmuraba: —¡Perra...!

Ella entretanto disfrutaba haciendo planes con el que estaba dentro esperándola: un hombre maduro de presencia agradable, vestido como "un señorito", de sonrisa abierta y ojos adormilados.

—Lo que más me gusta de ti, Fonso —decíale ella— son tus ojos gachones que parece que siempre estás en el catre, hijo...

Fonso contestaba invariablemente: —Lo que dice mi madre, pero no por los ojos, que son como los de ella, si no por las costillas que no me gusta doblarlas.

Casi siempre advertíale Bibiana, que era pronta a escandalizarse por la forma de hablar y comportarse de la joven: —¡Dices unas cosas, Araceli... cualquier día te contesta el Fonso como te mereces...!

Y ella, la mocita, hacía girar su cabeza a ambos lados y guiñaba un ojo:

—No hay peligro...; el Fonso me quiere como a una hija ¿a que sí?

Sonreía el hombre asintiendo bobalicón.

—Bueno, Araceli, esta noche nos esperan en Aguilar...; va a ser una fiesta de postín...; yo he dicho que te voy a llevar y que van a quedar con la boca abierta de asombro, porque como tú no hay quien cante... Tengo preparado el mulo, así que, cuando en la iglesia toquen a ánimas, ya estará Teresa la del Joyo soñando con los angelitos, te espero en la puerta y ¡hala! tú a cantar y yo a tocar la guitarra —tenía una en las rodillas acariciandola mientras hablaba.

—Esta noche no duermo con tita abuela; ésta noche duermo allí el Tole..

Bibiana se sorprendió:

—¿El Tole...? ¿No se le caerá la cara de vergüenza...?

—Viene a lo de su madre...

—¡Pobre María...! —y Bibiana se internó por el patio para poner orden en el corral donde las cabras estaban alborotando el gallinero.

—Vamos a ser de oro, Araceli... tu voz y mis manos, valen mucho.

Acordaron la hora de la salida que había que hacerla en secreto, para no dar que decir. Iría a su casa donde guardaba en el arca una cajita con sus preparos: unos cigarrones de coral para las orejas, una gargantilla de perlitas y un mantoncillo de crespón negro con flecos y con esas galas iría como la de la copla,

*...que para ir a la fuente
no es menester ir lujosa;
con un refajillo corto
a la niña tan garbosa.*

mientras cantaba, alzaba la falda por encima de las rodillas contoneándose.

—La verdad —comentó el Fonso— que la mocita está bien.

Y ella se hinchaba de vanidad mientras Bibiana de vuelta de los corrales, murmuraba preocupada: —No me gusta la cosa...; y mi sobrino Fonso tendrá que pagar las consecuencias... ¡Y que tenga una que aguantar esto!

Naturalmente que aquella noche durmió muy mal Tole. Casi no durmió; el encuentro con su hijo que hasta entonces no conocía, le producía más inquietud que la muerte de su madre. El hijo le revivía sus ilusiones y sus desengaños y la madre levantaba en su corazón los remordimientos y las ingratitudes. Sus ideas se le arremolinaban hasta el vértigo. ¿Qué haría cuando amaneciera? ¿Qué pasaría con Diego, su hijo? ¿Cómo respondería María Victoria ante la actitud del hijo? ¿Qué pasó en la huerta? ¿Quién descubrió el secreto de su nacimiento? A ninguna de las preguntas que martilleaban su cerebro podía él contestar, pero por encima de ellas estaba su pesar de no haber estado cuidando de su madre; no podría jamás perdonar su ingratitud. Su ausencia de ocho años... Dar lugar a que la echaran de su casa... Ella estaría siempre esperando que llegara la noche porque en una de ellas él llamaría en la puerta, y abriría ella toda temblorosa de no caberle el amor en su cuerpo... "Tole, has vuelto..." y entre lágrimas de alegría le iría sacando ropa limpia y alguna nueva, "Mira Tole, estuve en la rebusca y gané unos realillos y te merqué tela para calzoncillos, míralos, yo misma te los hice..." Su casita tan pobre y chiquita que apenas cabían los dos catres en la salita: el de la madre y el suyo. El tío Goro, el infeliz hombrecillo que su madre amparó cuando fue echado del cortijo, donde trabajó toda su vida,

porque ya viejo no rendía en el trabajo; su madre lo cobijó, ¡qué madre más buena!, que pedía limosna para el viejo mientras ella pasaba hambre. "Fíjate Tole, en aquellos tiempos, tú tenías unos meses y el tío Goro cuidaba de ti, mientras yo iba a las casas a lavar, a encalar, a sacar estiércol de las cuadras ¡a lo que encartara! y siempre traía algo para callar el estómago, aunque algunas veces era tan poquita cosa, un poco de pan untado en tocino, o unas cucharadas de potaje ¡qué sé yo! A él, nunca le faltó, ni a ti, porque yo siempre tenía los pechos a punto de reventar de leche... ¡era como un milagro! y un día que le traje a Goro tan poquita cosa que me dio hasta vergüenza de dárselo, cuando él te vio mamar, que mamabas como un cochinito y se derramaba la leche por la boca y llegaba a tus orejitas y tu cuellecito, el Goro dijo: "¡Buen rancho te habrán dado hoy!". No quise decirle que en todo el día no había entrado en mi cuerpo más que agua, y que además no me habían pagado y no me atrevía a pedir más fiado, y no se lo dije porque era muy mirado y tal vez se negara a comer. Entonces yo, sin pensarlo, sabiendo su necesidad, le dije: "Tío Goro, hágase cuenta que es hijo mío y chupe del pecho también ¡esta leche tan rica nos la da Dios", pero no quiso.

Parece que la está oyendo, parece que la ve, que la tiene al lado, que la aprieta los hombros con sus brazos...

Sale del camastro. Las sombras en la cocina de Teresa son densas; por el cañón de la chimenea entra un aire fresco y un tenue ruido de algo que se mueve en el tejado; un gato maúlla y al emprender una carrerilla mueve algunas tejas. A tientas busca la puerta que da al corral, suavemente desliza el cerrojo y abre. Un tropel de estrellas ilumina la cocina y aventa ensueños dolorosos. Comprueba que está solo, pero los ronquidos de Teresa plantan de nuevo en su cerebro la imagen de su madre, las palabras de su madre... ¡qué diera él por volverla a la vida y decirle: "aquí me tienes para cuidarte, para no separarme nunca más de ti..., para aguantar insultos y burlas..., para arrastrarme y conseguirte un mendrugo de pan o para morirnos los dos de hambre... Siempre juntos...".

Llora.

¿Desde cuando no lloraba? Siente hervir su pecho como si dentro guardara una jauría enloquecida por salir al exterior; y se tiende de bruces sobre la colchoneta aplastándose el pecho y la boca para que no suene su llanto que ha estallado como un trueno.

Las estrellas desaparecieron. El canto del gallo anunciaba el día y una luz lechosa iba señalando los enseres de la cocina: el negro del candil

apagado, la oscura chimenea ahumada, las sillas, la mesa, la cantarera, el jarrero, el vasarito del rincón, la alacena y el cuerpo del hombre.

Apareció Teresa amarrándose el delantal a la cintura, se arreglaba con los dedos el pelo y apretaba las horquillas en su raquíptico moño.

—¿La puerta del corral abierta...? —se extrañó.

—La abrí yo... —dijo Tole incorporándose.

—Buenos días nos dé Dios, hijo mío.

—Buenos días Teresa.

—¿Dormiste bien?

—Sí...

—¿Qué te pasa en los ojos?

—Es que no ando muy bien de la vista.

—Como yo, hijo mío.

Había terminado la mujer el arreglo de su cabeza y sacando una palan-gana de porcelana le dijo:

—Mi sobrina no tardará mucho en volver aunque cuando duerme en su casa se entretiene y empezamos las faenas un poquillo tarde...; pero tú me ayudarás...

—¿Qué hay que hacer?

—Lo de cada día: encender la leña, poner en la trébede el puchero del café con agua; mientras está calentándose, se muele el grano en el molinillo —y señalaba uno que había en el vasar junto a los vasos y las tazas— luego se coloca sobre las ascuas, se atizan más los palos y se pone a hervir la leche en la trébede...; algunas veces freímos rebanadas de pan o hacemos sopaipas...

Escuchaba atento presto a encender la candela.

—... los palos están en el corral, en aquel rincón, y la cabra, porque tenemos una cabra ¿sabes?, me la vendieron cuando era chivita; siempre tuve ganas de tener una para beber leche sin aguar; mi Araceli la ordeña mientras yo preparo las cosas —y alargándole una olla limpísima de porcelana azul, continuó: —Anda, ordeña tú hoy.

Y todo se hizo conforme al rito diario.

Cuando se terminó el desayuno: —café de pucherete, migado con pan duro, leche y azúcar— el sol ya había tomado posesión del corral y se estaba filtrando por las rajadas de la madera de las puertas.

—Ya está al llegar Araceli... ¿Y... qué vas a hacer ahora, Tole?

—Quiero ir al camposanto para ver donde está mi madre enterrada, que habrá sido de caridad.

—¡Ah, no, Tole! ¡Tu madre ha llevado un entierro muy hermoso!, porque todo el mundo la queríamos y le teníamos mucha lástima —calló Teresa, arrepentida de sus palabras que intentó arreglar— ¡bueno! Cada uno es como es... La pobretica, a última hora ha tenido suerte.. Hacía casi un año que la tenía recogida la Moracha ¿lo sabías?

—Sí.

—La Moracha se ha portado muy bien con María... El alcalde, porque ya tenemos alcalde, obligó a tu madre a venderle la casa... ¡Hijo de la gran...! Fue la Moracha en persona a recogerla y la llevó a su casa para tenerla como una reina... Vino la hija de Córdoba, porque está empeñada en comprar Viña Alta; no le pilló la muerte de tu madre por minutos... Fue el mismo día en que murió Los Zapateros y nació Moriles... Estábamos todos de fiesta, con música y cohetes...; por aquí pasó Morachita que como llevaba echadas las cortinillas del coche no la pudimos ver —hizo una pausa por la evocación y luego, preocupada: —han tocado las campanas al alba hace un rato y Araceli sin venir... ¿se habrá puesto mal alguno de la familia?... A estas horas ya se están oyendo todos los días sus cantos..., lo alegra todo... ¿qué habrá pasado? Voy a largarme a la casa...— hizo intención de abrir la puerta de la calle para salir, pero se detuvo para decirle a Tole —Cuando hagas lo que tengas pensado hacer con tu madre, te espero aquí para almorzar, que te lo digo de corazón.

—¡Dios se lo pague, Teresa!, pero yo cuando remate volveré a Montilla. Ya en el escalón, Teresa dio un grito de sorpresa:

—¡Cómo...! ¿No vienes de tu casa? ¿De dónde vienes? ¿Qué te ha pasado, criatura, que estás sucia, rota, desgrefiada...? ¿Qué te ha pasado, gloria mía? ¿Qué te han hecho...?

Araceli atravesó el escalón y se echó en los brazos de Teresa llorando con un tremendo desconsuelo.

—¿Qué te pasa, muchacha? —le preguntó Tole.

Araceli entró de estampida en el dormitorio.

—Déjala, Tole..., habrá sido una pelea con su madre o sus hermanos, no es la primera vez...

Titubeó el hombre, pero a una señal de despedida de Teresa, se encogió de hombros y salió en dirección de la casa de la Moracha seguido del perro.

—¿Qué te pasa, criatura? Tú no vienes de tu casa...; has perdido un zarcillo y tienes sangre en la oreja..., ¿qué te ha pasado? Cuéntame, cuéntame...

La muchacha se deshizo del abrazo y se tiró en la cama presa de un ataque nervioso.

—Una tacita de tila te voy a hacer.

Araceli no quería hablar. Cerraba los ojos, estrujaba sus manos con fuerza y todo pasaba por su cerebro como una horrible pesadilla. Y podría ser una horrorosa pesadilla si sus ropas no estuviesen destrozadas y su oreja sangrante.

Recordaba la realidad: que había vuelto de su casa con los cigarrones, la gargantilla y el pañuelo de flecos; que se entretuvo con un grupo de amigas, a quienes dijo, como a su madre, que se iba a dormir un poquito antes porque "A tita abuela tiene muchas ganas de recogerse"; eso le dijo aunque le hubiese gustado gritar "¡voy a una fiesta a Aguilar!" y se morirían de envidia. Al pasar cerca de la taberna del monturqueño le salió el mozo que la abordó unas horas antes; apestaba a vino.

—¿Me estás buscando? Nos vamos ahora mismo detrás del molino.

Aligeró el paso, pero pudo oír claramente: —A esa mocita le voy a leer la cartilla.

Entró enseguida en casa de Bibiana donde la estaba esperando Fonso con la guitarra.

—¿Nos vamos ya?

—Cuando quieras.

—Yo aguardo aquí y tú te vas con la bestia y me esperas en los chaparros, cuando vea la ocasión voy a reunirme contigo. Un rato estuvo haciendo hora con Bibiana que no paraba de amonestarla: —"Mira, que no está bien lo que vas a hacer... Tu madre debe estar enterada." —"Se enterará mañana, cuando vuelva con unos reales bien ganados con mi garganta..., yo

no voy a nada malo..., cantar en público no es malo...; y después me oirán todos en la máquina "cantaora", como oímos a la Niña de los Peines... ¡Tú verás...! Ganaré muchas pesetas y podré ayudarle a mi madre y a mis hermanillos. Con Fonso voy segura al fin del mundo porque me quiere y desea mi bien." —Y Bibiana erre que erre: —"Deberías decírselo a tu madre, porque esas fiestas que dice mi sobrino son juergas de señoritos y ya sabemos lo que dan de sí algunos señoritos...; no te encandiles y piensa lo que vas a hacer que no es lo mismo cantar entre personas conocidas que entre forasteros..." —"Tranquila, Bibiana, tranquila... ¡ea! ya me voy, hasta mañana y que por ti no se enteren ni las piedras." —"Descuida, descuida, pero que sepas que no soy gustosa en esto..."

Dejó a Bibiana refunfuñando y comprobando que no había nadie en aquel momento en las puertas de las casas ni en la carretera, avanzó por ésta con paso decidido y cuando llegó a la casa de Teresa se rió mientras pensaba: "La sorpresa que le voy a dar a tita abuela cuando vuelva a la madrugada y le enseñe los dineros". A ella no le importaba tanto el dinero como el triunfo, porque se sentía artista y sabía que iba a armar mucho ruido por su voz y su palmito.

Palmito. Ella se miraba en el espejo. Ella notaba con qué ansia la miraban los hombres y con qué envidia las mujeres, ¡pues que rabien! La Bibiana era una rancia, una antigua; le tenía miedo al que dirán; pero ella no era como la Morachita; la Morachita se tiró a la vida y se lió con un señorón; su caso no era el mismo; sí que era coqueta y que le chiflaba gustar a los hombres, pero lo de la Morachita es otra cosa, no hay comparación; ella quiere ganar los dineros con su voz, que, visto así es su trabajo, pero ni Bibiana ni las gentes entienden...

El Fonso la esperaba sentado en la cuneta; vio antes al mulo porque hace más bulto, y luego pudo distinguir al hombre.

—Te podían robar el mulo porque no se ve al guarda.

—Aquí ando dándole vueltas en mi cabeza a lo que vamos a hacer...

—Nada malo, Fonso; y que por el arte y las pesetas hay que hacer todo.

—Hay que hacerlo ¿verdad, Araceli? Pero me barruntaba ¡qué sé yo! Que a lo mejor y al remate ibas a pensar otra cosa..., ¡vamos! que te ibas a echar atrás...

—¿Arrepentirme yo? Por llegar a donde quiero llegar con mi garganta y poderle arrimar a mi madre unos dineros, soy capaz de ir a Roma andando...

—¡Ea, pues no se hable más! Súbete en el mulo.

Entró al animal en la cuneta para facilitar la arribada de la mocita. Y los dos encima:

—Cójete a mi cintura.

—¿Y la guitarra? ¿Dónde la tienes Fonso?

—La dejé en mi casa a cosa hecha porque nos iba a estorbar... Me tienen preparada otra...

La noche muy estrellada dejaba ver el campo, las siluetas de los candeluchos, vigías silenciosos de las viñas cuando éstas han quedado sin fruto pasada la vendimia. El dibujo escueto y firme de los lagares cercanos al camino. Árboles aislados. Toda la tierra llana ocupada por las viñas, y en la lejanía, al fondo, la laguna que se adivinaba en una mancha oscura y siniestra. Y no había silencio. Era una voz penetrante que envolvía al sonido de los perros, de los pájaros nocturnos, del rozar de las hojas, del vaivén del ramaje de los árboles, del decadente amor de los grillos, del potente amor de las ranas guarecidas en cualquier charcal...; como si el aire fino de otoño estuviera recolectando música a destajo.

—¿Fonso, por qué empiezo? ¿Por soleares? ¿Por serranas?

—Por lo que quieras, Araceli, porque todo lo cantas bien.

—Pues voy a empezar por esta soleá:

*Vente conmigo y haremos
una chocita en el campo
y en ella nos meteremos.*

o por esta:

*Cuando voy a confesar,
digo lo que me parece;
nunca digo la verdad.*

—Cuando llegue la hora, sales con la primera copla que te venga a la boca.

—Oye, Fonso, me parece que el mulo se ha apartado de la carretera...

—Pues quizá sí..., me distraje con la conversación...

—Me parece, Fonso, que estamos en el lagar de Los Claveles.

—Pues quizá sí... Ahora me doy cuenta, de que no es el camino... Como es de noche...

—¿Qué te pasa, Fonso? ¿Cómo te vas a equivocar si la carretera es blanca y con tantas estrellas en el cielo parece de día...? No sigas..., tira de las riendas y volvamos atrás para meternos otra vez en la carretera.

Los Claveles se destacaba iluminado como si dentro se estuviese celebrando una fiesta o un velatorio. Los perros, amarrados con fuertes cadenas a las argollas que tenían sus casetas, alarmaron a los del lagar, que salieron a la puerta portando un farol.

—¿Gente de paz? —preguntó el de la puerta.

—Gente de paz —contestó Fonso.

—Vámonos, Fonso, no quiero que me vean y me conozcan... —Apremiaba ella.

—Mujer, espera, no le vamos a hacer un feo...

—Que no, Fonso, que no...

Y Fonso, remolón y astuto, dijo:

—¿Quién sabe? A lo mejor nos espera aquí la suerte, chiquilla —y haciendo adelantar a la bestia, preguntó: —¿Estáis, por si acaso de fiesta? ¿Están aquí los señores?...

—Habrá fiesta porque está aquí el señorito...

Y Fonso arrimó al mulo hasta el poyo adosado a la pared de la casa que servía además de asiento, de ayuda para apearse.

Araceli, inquieta y dudosa, suplicaba:

—Pero Fonso, que nos esperan en Aguilar...

—A lo mejor han mudado el sitio, pienso yo, porque el señorito de Los Claveles es uno de los que nos esperan, el principal, digamos, de la fiesta y se pirra por el buen cante...

Pareció convencida la mocita y apeándose con agilidad entró en la casa.

—¡A la paz de Dios! —dijo —¡Uy, si parece este lagar un ascua de oro con tanta luz!

Daban luz una serie de candiles colgados de trecho en trecho, por las paredes de la casa y del patio; resaltaban en la cal, como negruzcos y duros caparazones de animales desconocidos, prisioneros de la pared, donde agonizaban trémulos y angustiados cuando la brisa soplaba sus tenues llamas. En los tramos de la escalera que conducía a las habitaciones altas, un dorado y grande velón lucentino, colgado de un rico soporte, lucía orgulloso sus cuatro piteras y las mechas encendidas.

A la puerta de la gran sala esperaba el señorito. ¿Qué edad? Podría ser su padre; bien parecido a pesar de la calva. Frondoso y canoso bigote. Sonrisa amplia que hacía brillar varias piezas de oro acopladas en sus encías. Alto y fornido. De modales finos y palabras respetuosas: :Venid con Dios, y quedáis invitados si soís gustosos... Mis amigos están al llegar... Entra, joven, ¿cómo te llamas?

—Araceli...

—¡Bonito nombre!... Siéntate.

La habitación era grande y bien amueblada; a ella le llamó la atención el armario con puertas de cristal donde se guardaban escopetas y pistolas.

—¡Escopetas y pistolas...! —dijo asombrada.

—Más o menos —y reía el señorito— son piezas de museo...

Eso no lo comprendió ella y siguió admirando mesas, cuadros, espejos, cortinas y butacas. Nunca había visto de cerca tanta riqueza. Un butacón de aquellos le hacía falta a su madre para descansar de las faenas de cada día, y a tita abuela también, que siempre andaba quejándose de la cintura. ¡Quién sabe, alguna vez podía ser!

—Siéntate, Araceli, siéntate en la mecedora, en la butaca o en el sofá.

La tentaba la mecedora por el vaivén y porque al echarse atrás sus piernas se veían mejor pero ¿cómo de tierna sería la butaca? ¡Tiernísima, comprobó al sentarse en una!

—¿Una copita...? De la cosecha del año pasado... ¿Unas lonchitas de jamón?

Con un agrado le ofrecía el señorito el obsequio, que bebió y comió olvidándose hasta del Fonso, a quien no veía desde que empezó a subir la escalera. Estaba sola con el señorito, pero confiada en que pronto llegarían los demás y Fonso subiría a tocar la guitarra; sin Fonso no se encontraba a gusto, y estaba cohibida.

—¿Hay aquí alguna guitarra? Porque Fonso ha dejado la suya en su casa.

—Cantas muy bien, según dicen... Te voy a recomendar a mis amigos y podrás cantar en Córdoba y en Madrid y tendrás placas con tu voz...

—¡Uy, qué gusto...!

—Las primeras placas te las costearé yo.

—¿Por qué? —le extrañó tanta generosidad sobre todo porque no la había oído cantar, no la conocía ¡vamos! que era muy raro, aunque la gente de dinero da muchas sorpresas; a lo mejor escatiman con los peones que les trabajan, y se gastan un dineral por un capricho.

El vino estaba muy bueno, se colaba sin sentir; también se colaba el jamoncito y el queso manchego; era un banquetazo; ¡uy, cuando se lo cuente a la madre y a la tita abuela!

Hacía calor; lo empezó a notar desde la primera copa; ¿cuántas llevaba ya, cuando tuvo que quitarse el mantoncillo y tuvo también que abrir una de las ventanas para refrescarse algo? Fue entonces cuando notó que el lagar estaba a oscuras. Por ninguna de las ventanas de la finca salía ni un hilo de luz del más pequeño candil.

—¿Y Fonso, cuando sube?... ¿cuándo se va a formar el jaleo?... ¿cuándo voy yo a cantar?

—Cuando quieras...; empieza ya...

Sentíase mareada. quizá bebió demasiado. El señorito la tomó de un brazo y cerró la ventana totalmente.

—Canta, canta...; cuando te oigan subirán todos.

—¿Dónde están...? —quiso asomarse a la escalera y llamó: —¡Fonsooooo!

—Canta y subirá al momento.

—¿Voy a cantar sin guitarra y sin palmas?...

—Canta, Araceli.

Entonces lo intentó y comenzó a media voz:

*Tego un molino que muele
azúcar, canela y...*

No —dijo, dejando de cantar— sin guitarra y sin palmas no me entono...

Y él, acercándose confianzudo, le dijo:

—Pues tienes una voz muy bonita..., y es que toda tú eres bonita...; tu voz que acaricia, ¡mira mi brazo!, los vellos de punta ¿lo ves? carne de gallina...

Rieron los dos. A ella le temblaban un poco las piernas y se dejó caer en el sofá. Fue el vino. Fue el vino. El vino fue. Lo notaba. Sentía lo mismo que el día del bautizo del hermanillo Juan; el padrino fue muy rumboso...; ella bebió y se reían todos diciéndole "¡Borracha! ¡Borracha!" Y quizá sea eso lo que tiene: una borrachera...; y le dio sueño y cerró los ojos...; y se tendió en el sofá que le pareció una cama con colchón de plumas porque se resbalaba. Las plumas resbalan, la paja no. También se le resbalaba la ropa como si alguien la estuviera desnudando...; era una gloria cerrar los ojos y dormir, dormir...; con sensación de desnudez; hasta sin botas, descalza; y como si las plumas del colchón se hubieran salido para acariciar su cuerpo...; como besos suaves...; como mordiscos...

Abrió los ojos asustada.

No estaba en el sofá. Estaba sobre unas grandes colchonetas en el suelo.

Y el señorito...

Quiso incorporarse sin conseguirlo. Luchó con todas sus escasas fuerzas, sin conseguirlo. Gritó. Llamó a Fonso. Empezó a injuriar, a blasfemar...

Sin conseguirlo.

Y allí quedaba el señorito con su cara bobalicona y satisfecha hasta la saciedad.

Se recomponía la falda, la blusa hecha tiras y manchada de sangre que le fluía de la oreja. Iba a recoger el mantoncillo cuando escuchó la voz del violador: "Ahí te he puesto un billete de mil pesetas para que te compres un mantón de manila...". Ella le dio un puntapié a la mesita y rodó el mantoncillo y los cuatro mil reales..., y le escupió: "Guárdate tus dineros y ojalá le hagan a tus hijas y a tu mujer, lo que me has hecho a mí". Abandonó el cuarto sin recoger el pañuelo ni buscar el pendiente que se soltó de su oreja.

Bajó la escalera que estaba medio a oscuras. Un hombre, el mismo que los atendió a su llegada, la esperaba al principio de la escalera.

Se insinuaba el sol tras la sierra de Cabra y el aire era fresco. Comenzó a correr para salir a la carretera. El hombre le gritó corriendo tras ella:

—Espérate, muchacha, yo te llevo en el caballo.

Apretó Araceli el paso aunque le costaba trabajo por el dolor que sentía en sus piernas, como si las tuviera heridas, como si la sangre que las manchaban fuese producida por lancetazos; y tenía que andar; y tenía que correr; no podría ser vista por ningún jornalero madrugador.

La laguna parecía allá, un poquito al fondo, un enorme espejo donde se miraba la última estrella olvidada de la noche. Podría bajar por la vereda de Los Llanos y meterse dentro del agua para no salir jamás. Morir ahogada o morir de vergüenza...

El sol asomaría pronto por el monte de la Virgen de Araceli. Cuando llegó a los chaparros y avistó la casa de tita abuela... ¡cómo le punzaban las ingles! ¡cómo le subía por su pecho la rabia! ¡cómo disfrutaría matando a Fonso y al señorito!... ¿Qué diría Bibiana? ¿Qué le iba a decir a tita abuela...?

Cuéntame..., cuéntame... —insistía cariñosamente Teresa.

¿Qué le iba a contar? ¿Cómo decirle la infamia? ¿Cómo la iba a creer inocente?

—Cuenta, gloria mía, ¿qué te han hecho...?

Teresa tuvo que conformarse con los sollozos y la mudez de Araceli y cuando la joven tomó la tila y cerro los ojos y le indicó con un gesto que la dejara sola, salió y quedó en la cocina.

Se disgustó cuando vio las ascuas apagadas y la leche que había puesto a calentar para el desayuno de la niña se había derramado.

—¡Qué lástima! ¡Qué desperdicio de leche!.

Arregló como pudo el desaguizado mientras pensaba si debía o no dar cuenta de la situación a la madre. Pero ¿qué le iba a decir? Desde luego nada bueno. Tras mucho cavilar decidió que había que dar tiempo a que Araceli hablara. Y si alguien viniera por casualidad y preguntara por la niña, decir: "Pues, ¡cosa rara! hoy no se ha levantado...; anda maluquilla..." Y punto en boca.

Eso era lo mejor.

¡Ea! ¡a la faena diaria!: las gallinas, su agua, sus huevos y a preparar el moyuelo; la cabra, su ramón y su agua limpia; al cochinito el agua y que espere que lo recojan para la montanera; y la limpieza de los suelos, recoger las cagarrutas y las gallinazas, cosa que siempre lo hace Araceli y hoy lo

tendrá que hacer ella con el dolor de cintura, que le ha entrado antes que otras veces, y con el dolorazo de la niña, el disgustazo de cabeza que se le ha encajado.

Tole y Yodo van por en medio de la calle. Por la principal: un trozo de la blanca carretera con casas a un lado y otro lado; luego un llanete al que llaman paseo; todo sigue igual; sin embargo ahora, este conjunto de calles, dicen que es Moriles. Un pueblo, recién parido, y parece que nadie quiere acordarse de la antigua aldea de Los Zapateros. Están orgullosos de poder hablar tú con tú con los pueblos de alrededor, ricos, viejos y con historia. Y Tole, que ha visto tanto, piensa que da risa el orgullo de sus paisanos. El, que cuando era viñero de don Diego le oía a este decir cosas que le enardecían, que le hacían soñar al cura con el progreso de la aldea al convertirse en pueblo. Cuando don Diego decía entusiasmado: "hay que hacer un pueblo que con su nombre pregone la riqueza de sus vinos". ¡Si viviera don Diego, todo sería como ellos lo soñaron! ¿Un pueblo? Sigue igual que cuando era aldea: las mismas casas, las mismas gentes, sin aceras, sin farolas para luz, sin terminar la Parroquia, sin adornar con árboles el llanete. El barro y el polvo en las calles, el cieno en los caños que salen de las casas y dentro de ellas el muladar, las cabras, los cerdos, los mulos y todos, ganado y personas entrando por la misma puerta y como siempre, al encerrar a los animales, la mocita pinturera a recoger con el cogedor, la escoba y la espuerta, las basuras con las que al paso rociaban el suelo: cagarrutas, plantas semiespesas y mojones; porque todo sirve: se echa sobre el pequeño muladar, todo se hará estiércol preciado para abonar la tierra.

¡Ah! Algo cambió en unos meses. Las casas que orlan la carretera convertida en calle principal, no evacuan las aguas residuales por los caños. No hay caños que las conduzcan y las fachadas están blanqueadas y las ventanas tienen las rejas pintadas de gris claro y algunas, muy pocas, de negro. Algo cambió.

Tomó la calle llamada de los Muertos, porque antes estuvo por allí el Camposanto. Terció a la calle del Horno. En ella había caños todavía. Allí estaba la que fue su casa; aún sin derribar. A través del ventanuco podía verse el patio: su patio, su pozo, su parra; se agarró al único hierro que defendía la ventana y que él mismo colocó para amarrar al Tolillo, el burro que le regalara don Diego y con el que acarreaba hortalizas de la huerta para venderlas; se agarró con fuerza brutal al férreo travesaño, lo apretó con furia, para doblarlo o arrancarlo; se le humedecieron los ojos: su madre, el tío

Goro, su perro Canela, su burro Tolillo, todo su capital, su única y hermosa riqueza.

La casa vacía: primero Goro, luego Canela, después su madre... ¿y él? ¿cuándo moriría él? ¿y cómo no tenía el valor para desaparecer para siempre? Se hurgó en los bolsillos buscando fósforos... ¡sería todo tan fácil! un empujón a la puerta de madera, vieja y carcomida y... ¿Por qué no? Si. ¿Por qué no? Estaba decidido: ¡qué ardiera la casa y el mundo entero! Y luego, todavía enardecido, se sentó en el rebate y como su madre hacía, se recostó sobre la mísera puerta.

El perro se acomodó en el suelo y puso su cabeza sobre el miserable calzado del pie de su amo.

—Yodo, Yodo...

Agradeció el animal la voz del hombre agitando el rabo e hinchando su cuerpo con un sonido a modo de suspiro amoroso.

—Yodo, Yodo...

En la acera de enfrente, otra casucha y otro ventanuco; un gato curiosón entre dos hierros del simulacro de reja. Unos ojos de mujer vigilaban. Saltó a la calle el felino, arqueado el lomo y encrespado el pelaje. Se ocultó la mujer. Se incorporó el perro dispuesto a la batalla. Tole hizo un amago de defensa, el gato huyó calle abajo y Yodo, envalentonado, lo perseguía. Esto hizo que dejase su descanso y sus deseos de incendiar la casa, se fue en pos del perro llamándolo autoritario.

Se abrió una puerta y una mujer saludó desde ella.

—Dios te guarde, Tole...

—Dios guarde a usted, Pepa.

—Entra, que quiero hablar contigo.

—Yo también quiero hablarle.

—Me enteré anoche que llegaste. Pensé que vendrías a dar una vuelta por tu casa.. Esta mía es muy grande..., tú sabes que la puerta principal da a lo que algún día será el Paseo, y ésta es la puerta falsa... Desde que amaneció estoy aquí detrás esperando verte o sentir tu voz...

Cerró Pepa la puerta y los dos, con el perro, atravesaron corrales, patios, tonelera, bodega y otro patio, hasta que tomaron asiento en sendas mecedoras justo al pie de la artística escalera que llevaba a las habitaciones de arriba.

Tole se había sentado al borde del asiento sin levantar la vista del suelo, tan cohibido que parecía un niño asustado a la espera de un merecido castigo.

Pepa, la Moracha, callada, parecía muy atenta al patio y al perro Yodo, enroscado junto a un macetón de hortensias.

Suspiró ella y alzó la cabeza él.

—Quiero darle las gracias por la caridad que tuvo con mi madre.

—Dios merece las gracias.

Y volvió el silencio, mientras él parecía contar los escalones hasta la primera meseta de la escalera.

—¿Y qué es de tu vida, Tole...?

Carraspeó. Movi6 las piernas. Se tocó nerviosamente una rodilla:

—Por ahí... Estoy en la vendimia de Montilla... Allí me enteré de la novedad del pueblo y de que ya no hay que acordarse de Los Zapateros, que ahora somos morilenses..., que todo ha cambiado y va a cambiar más... Allí dijeron lo de mi madre...

—¡Pobretica!... Nosotras nos teníamos mucha estima de siempre... Cuando ella se casó, a poquito me casé yo con el Manuel Moracho por mal hombre y casi enviudamos las dos a la vez. Mi Manuel se desangró en el campo arando con una yunta. Al parecer, y nunca se sabrá, le pasó la reja en un descuido por la mitad del cuerpo... y cuando en el tajo lo echaron de menos, se lo encontraron bañado en sangre y ya estaba muerto... Se llevó el pan del canasto...; Pero saqué a mi niña adelante, con mi cabeza muy alta y eso que no era malparecida...

Ni ahora lo era, porque quien tuvo y retuvo, guardó para la vejez, pensaba Tole mientras la miraba: buenas hechuras, buen porte, bonita boca donde no faltaba ni un diente, bonitos ojos alegres y dulces. Parecía una señorona.

—...yo siempre he trabajado en el campo y en las casas ajenas porque me criaron mis padres con muchos apuros. Contaba mi abuela que, cuando pasaron por aquí, los carlistas, arramblaron con todo y se llevaron los animales, que teníamos un corral con quince gallinas y el gallo, cuatro cochinos cebados con bellotas y garbanzos, dos cabras, una yegua, dos mulos y una borrica ¡vamos, que éramos ricos! y además vaciaron un troje de trigo con el que nos apañaba el pan del año... Los carlistas dejaron en la miseria a Los

Zapateros y nosotros...— calló de pronto y se disculpó: —Perdona, Tole, que yo cuando cojo la palabra, no sé callarme, perdona...; porque tú a lo que vienes es a saber de tu madre...

—¡Sí...!— y empezó su relato sin dejar de mirar al suelo y llevándose la mano nerviosamente a la rodilla, pellizcándose el pantalón —Sí... En la vendimia de Montilla se habló que si la aldea, que si el pueblo, que si el vino, que si la música, que si los cohetes, los globos y los fantoches... Que si el banquete en la tonelera del lagar de esos señores de Lucena...— un pellizco más fuerte a la rodillera —total: que aquí estoy para darle las gracias y a que usted me mande si puedo servirle en algo...

—Gracias, Tole... Murió como una santa, el mismo día de la fiesta de Moriles..., ella estaba como una pavesita y apenas dejaba la cama... Llevaba así unos días, tomando tacitas de leche y tacitas de caldo... Yo quise que viniera el médico de Monturque, porque aquí seguimos todavía sin médico ni botica..., bueno hay un médico que viene sólo algunos días... De todas formas no dio tiempo, porque tu madre me dijo de pronto que quería confesar... Y sacamos al cura del banquete y él la aliñó..., ¡pobretica! Murió sabiendo que moría, pero ni una queja, dándole gracias a Dios..., nombrando a tu padre y a ti también, diciendo: "Gracias, Señor, que estoy muriendo en una cama, sin carecer de nada... —y luego decía— "El pobretico de mi José Manuel murió en la cárcel, sin cuidados ni cariño y sin conocer a su hijo, y yo aquí entre sábanas limpias...—".

Pepa no pudo evitar las lágrimas que mojaron sus ojos y sus mejillas.

—¿Le dio algún encargo para mí?

—Pues sí, porque no dejaba de nombrarte. "Mi Tole, mi Tole"... ¡pobretica! Me encargó que te diera esto... —Pepa la Moracha, se levantó, entró en una de las habitaciones saliendo enseguida con un pequeñito paquete, que entregó al hijo de María.

Lo abrió Tole y sacó una medalla de plata colgada de un cordoncillo negro.

—Es la virgen de Araceli... La llevaba siempre al cuello con un cordón como ese que tienes en la mano, pero lo quemé porque estaba sucio de los sudores, y la medallita la limpié con bicarbonato, por eso está tan brillante... Me contó tu madre que la heredó de Goro, el viejecito aquel que ella recogió, cuando, el pobre se encontró en la calle, con la noche y el día, ¿Te acuerdas de él?

Tole apretaba la medalla y el cordón en la mano nerviosamente y le clareaba la piel de los nudillos de los dedos. Se acordaba de Goro. Le pareció verse montado en las escuálidas piernas del viejo, y hasta le parecía oír su voz: "Las señoritas van al paso, al paso", y las movía y él se creía montado en un caballito de suave andar; luego el movimiento de las piernas era más ligero y sonoro al decir: "Los caballeros van al trote, al trote..." y por último, el movimiento era trepidante al decir: "Y los gansos del campo van a galope, a galope, a galope", y él reía hasta llorar y la madre contenta decía: "Tío Goro no galopes tan fuerte que se va a caer el gañán..." Se acordaba también de la medalla que colgaba del cuello y se la hacía besar: "Bésala, Joseílo Manuel, que es nuestra madre del cielo, la virgen de Araceli..." Y él no quería porque la medalla estaba siempre muy negra... "El nene es delicado, —decía el vejete— pues que sepas que es de plata y cuando la limpio brilla blanca y parece que se cuelga un trocito de luna..."

Suspira Tole.

Y Moracha: —Llora, llora, que un hombre cuando llora por un sentimiento noble, es más hombre.

Se apartaba las lágrimas a manotazos; se restregaba los ojos con fuerza queriendo impedir las, pero las mejillas y su hirsuta barba rebosaban la humedad.

Pepa la Moracha le dio agua en un vaso de cristal tallado. Bebió y después se pasó el dorso de su mano por la boca, secando lágrimas y agua.

Guardaron silencio unos minutos. Luego ella habló otro vez:

—Los últimos días de su vida han sido muy felices..., mi hija me encargó que no le faltara de nada y quiso que pusiera un colchón nuevo de lana y que le cambiara la paja al otro, y así lo hice... Cuando venía Morachita traía regalos, que si unas babuchas de paño, que si un delantal, que si una falda negra de merino —puesta se la llevó a la tumba— que si una toquilla, que si un mantón de lana. Y de camisas, justillos, chaponas y bajeras para mudarse siete veces en semana... Mi Morachita es muy buena, aunque lleve la vida que lleva... Es el sino de cada criatura. Ella por su gusto hubiera querido ser como yo y poder llevar la cabeza muy alta, pero ¡las cosas! las dos tenemos que agacharla...

—Yo no me he portado bien con mi madre, pero no es mía toda la culpa...

—Lo sé, lo sé...

—Es que no se puede vivir cuando hablan mal de uno, cuando lo desprecian a uno, cuando le niegan la conversación a uno... Así no se puede vivir, por eso me iba..., y yo le dije a ella muchas veces: "Vámonos, madre, a vivir a cualquier parte, los dos juntos", y nunca quiso hacerme caso... Y es lo que usted dice, Pepa, cada uno trae su sino al nacer...

—Así, es, hijo mío.

Y puso Pepa tal ternura en esa expresión que Tole se conmovió y sintió en el pecho, su corazón como empapado de todas las lágrimas que antes brotaran de sus ojos.

—¿Y qué piensas hacer ahora, Tole?

—Quiero ver el sitio donde está enterrada..., y quiero ver la manera de mercarle una lápida...

—De eso no te preocupes porque Morachita la trajo el otro día de Córdoba y ya la tiene puesta. Es blanca con letras de oro pero sólo dice María porque ni ella ni yo sabemos el apellido. Podíamos haberlo preguntado a don Emilio el cura... ¿Cómo te llamas, Tole?

—Este la miró sorprendido, juntó sus cejas, arrugó la frente y por fin pudo decir:

—Como no he hecho el servicio militar porque me libré por hijo de viuda, nunca me preocupé de los apellidos... Me llamo José Manuel pero no estoy seguro si Pérez o Rodríguez, quiero decir que no sé si el Pérez es de mi madre o... A mí siempre me han dicho Tole, y alguna vez que otra vez mi madre me llamaba Josefillo, pero cuando yo era chiquitillo... Yo me llamo Tole.

—Bueno, le pusimos María a secas porque no íbamos a poner María la Tuerta que era como la llamábamos.

—Es verdad...— luego, con mucho trabajo comenzó a hilvanar algunas palabras de agradecimiento: —cuando hable con Morachita le dice de mi parte que... ¡bueno, eso! y que toda mi vida tendré presente las buenas acciones que ha tenido con mi madre...

—¿Te vas? Quédate a comer conmigo y seguimos hablando.

—En otra ocasión, Pepa. Tengo que volver a Montilla hoy mismo..., tengo trabajo en una finca por temporero.

No quiso quedarse y salió con su perro a la calle, y ya en ella, miró detenidamente la fachada de la casa. La mejor del pueblo y la más alta. Seis

balcones de gruesos hierros y a cada lado de la puera de entrada dos hermosas rejas. El rebate de mármol rosa. Muchos reales debía valer la casa.

Y dirigió sus pasos hacia el cementerio nuevo.

A distancia parecía un mal corralón. En mitad del campo entre la fuente de la Teja y los olivares que llamaban Los Calvillos, y el contraste armonioso del Caracol, la colina blanca que cada año se engalana con la alegría de los pámpanos verdes. Los Calvillos, con su tierra rojiza y el verdor oscuro y perenne de los olivos. Al hilo de la fuente, la huerta de los Almendros; más allá los trigales.

El perro se acercó a beber en la teja, colocada como una cuna incapaz de remansar el agua.

Como esa agua son ellos: Morachita y él... los dos libres, sin ataduras en loca carrera ¿a dónde iban? Morachita le había dicho al pie de la fuente, cuando era una chavala que parecía una rosa en el rosal, con el cuerpo cimbreante como un junco, los ojos siempre brillantes, la boca pidiendo la suya: "Si tú no me quieres me voy a Córdoba a tirarme y tener a mi madre como a una reina.; y lo decía de verdad. Y lo hizo. El la quiso siempre como hermana y como mujer... Como mujer valía más que todas, más que María Victoria... ¡María Victoria! Ella fue y es, la causante de que los dos sean igual que el agua que derrama la teja, puros, limpios, transparentes pero incapaces de detenerse en remanso humilde y fecundo ..." "No saldríamos de esta tierra...; tendríamos hijos, nuestras madres también serían felices..." — le suplicaba Morachita.

No pudo ser.

Miró a lo lejos, al camino de Las Navas. Las moreras sombrosas de amplísimas vestiduras verdes ocultaban hasta el olivar. Imaginó la casa de la Huerta de los Granados, donde de niño y zagalón había sido tan feliz, donde había nacido y se había criado su hijo que acababa de conocer y que fue engendrado en una noche de furia; recordó a Tolillo, el burrito que salvó de una muerte segura y que el amo le regalara. La alberca, la hilera de macetas de claveles y ella, provocativa en el baño, a la luz de la luna y dominante siempre con la gachonería de sus ojos y la humedad de su boca pidiendo ser mordisqueada.

Nunca hubiera hecho feliz a Morachita, aunque la seguía queriendo, ya más como hermana que como mujer. Nunca hubiera hecho feliz a Morachita porque María Victoria se interponía entre los dos, con la fuerza cegadora de un terrible relámpago.

Y ahora esa tormenta va a descargar sobre Diego, el hijo de los dos. Otro desgraciado que quiere escapar del nido sin saber volar todavía.

Va andando entre el camino que deja la huerta de los Almendros y el trigal, convertido ya en rastrojera, orillando las cunetas rebosantes de tobas y plantas espinosas. Y va pensando en que el hijo le aguarda en los chaparrros, cerca del lagar del Monte, en que había que quitarle la idea de abandonar la casa, que tendría que confesarle la tristeza que era ver amanecer en otro sitio, entre gentes extrañas y desconfiadas, y notar la llegada de la noche sin escuchar un saludo cariñoso, una risa de un niño o de una mujer, y que si las estrellas te guiñan es para burlarse cruelmente. Cambiar de paraje, cambiar de cobijo, cambiar de hembra sin poderla escoger y tener que decir: "Vengo de por ahí...". "Voy por ahí...". "No tengo familia...". "No tengo amigos..." "Me llamo Tole..." "Sí, Tole, solamente Tole...".

¿Y el muchacho? ¿Qué diría, Diego, su muchacho?

Se le encoge el corazón. Una mano férrea se lo estruja hasta lanzar un lamento por un suspiro.

El cementerio tiene la puerta cerrada. Rodea las bardas. Son bajas y blandas porque están hechas como las paredes de todas las casas, de barro apisonado. Las de todas no: la de Pepa la Moracha están hechas de ladrillo dormido. Estas tapias que encierran a los que se fueron para siempre, son bajas y se pueden saltar con facilidad. Más de una persona lo habrá hecho porque al lado de una pared hay varias piedras amontonadas y escalonadas. Apoyado en ellas asoma su cuerpo al recinto y comprueba que es fácil bajar al montoncito de tierra que se levanta como un monte de juguete o más bien como un rústico altar donde está hincada la tosca cruz formada con dos palos de olivo en los que sobreviven pequeñas hojas apiñadas en las axilas, pregonando la Vida sobre la Muerte.

Tole aparta al perro que quiere jugar con la cruz y escarbar la tierra. Ambos recorren el patio sagrado y se van deteniendo para mirar los nichos en pausas que Yodo no puede comprender. En uno hay una lápida blanca con letras doradas: es de su madre. Allí dice María. Allí está el cuerpo de María.

Puso las rodillas en tierra y Yodo aprovechó para estirar su cuerpo.

Y Tole llora. Lloro como un niño en su congoja de hombre duro. El niño que se lleva oculto es el que estremece su cuerpo, el que le alza y baja los hombros, el que vela su rostro con raudales de lágrimas, el que grita su dolor, el que se duele de su abandono y soledad, porque es ese el sentimiento que

lo hunde en una sima sin fondo: SOLEDAD. No es María muerta la que está sola... "Solo y apartado estoy yo y al parecer vivo... Solo con mi remordimiento estoy yo, que no tuve valor para ser tu compañía y amparo... Solo, solo, solo... Y moriré sin que nadie note mi falta..."

¿Sabían los perros lo que sienten los hombres? ¿Cómo fue que Yodo le hociacara las piernas, le lamiera una mano y lo mirase fijamente con sus ojos llenos de promesas amorosas?

No volvió a casa de Pepa la Moracha, ni pensaba detenerse en la de Teresa, ni siquiera para darle las gracias por su asilo en la noche pasada. Iba ya por la carretera de Aguilar a paso ligero, huyendo de los recuerdos, sin querer mirar hacia el cortijo Moreno que se levantaba a su izquierda señero y altivo. "Las tormentas nos vienen por allí", y señalaban los nubarrones que entoldaban los olivos y el caserío, borrando contornos. "Las tormentas se almacenan en el corazón como el trigo en el troje". Casi corre, de ligeros que son sus pasos. El perro emprende un trotecillo juguetón. Va delante y vuelve de vez en cuando la cabeza para inquirir: "¿Nos vamos?"

Tole no advierte la ansiedad y esperanza que hay en los gestos del animal, porque su tormenta interior, a medida que se aleja de las casas, se hace más densa, más tupida, más pesada y por eso no se dio cuenta que, al pasar por la vivienda de Teresa, ella estaba en la puerta esperándolo confiada y amorosa.

—¡Tole! ¡Tole..! —llamó con voz fuerte que parecía imposible saliera de aquel cuerpecillo frágil y borroso.

Paró el Yodo y desafió al amo para que se detuviese.

—¡Tole!... ¡Tole...! —gritaba Teresa, saliendo fuera del rebate, a la que algún día sería acera de la calle.

El hombre se detuvo. Volvió la cabeza. Sólo la cabeza. No pudo ver la silueta de la anciana, porque una cortina líquida y agria, cegaba sus ojos. Sólo la cabeza. Y levantó un brazo en señal de despedida, continuando su andar ligero. Y Yodo, confiado, siguió su alegre trotecillo con la seguridad de la dependencia de un amo que necesitaba tanto cariño como él.

Y ambos, al llegar a los chaparros, se acomodaron en la cuneta, casi ocultos entre la vegetación que fue frondosa, espléndida y multicolor, y ahora se viste con la uniformidad de lo que ya lo dio todo, de los desvaídos verdes y ocre. Una belleza nueva, porque la naturaleza vence siempre a la muerte.

Pasaban jornaleros en cuadrillas para el laboreo del día, otros pasaban en solitario con la azada al hombro con la misma gentileza que si enarbolaran una bandera. Pasaban asnillos, mulos y perros en confusión y hermanamiento con los hombres. Estos saludaban al pasar: "A la paz de Dios" "Dios le guarde".

Y a todos contestaba Tole, sin mirarlos, sin quererlos reconocer. Tal vez habían sido compañeros de correrías en la infancia, tal vez recordara alguno el júbilo que sentían en la caza de patos en la Laguna Grande, o buscando nidos, o correteando a las niñas para tirarles de las trenzas. Les contesta sin quitar la vista del suelo, como si le interesara más que todo los apuros de aquel escarabajo que cerca de sus pies transportaba la gran pelota que se iba resbalando por la pendiente suave, y encallaba en los abrojos; les contestaba: "A la paz de Dios".

¡Dios! ¡Dios!... Y podría estallarle la recóndita tormenta que le torturaba cruelmente.

¡Dios! ¡Dios! Miraba con odio al cielo, cándido y azul, paraíso deavecillas y áuras. La envidia, el rencor, la soberbia buscaban su hueco en el torbellino que se agrandaba cada vez más en su pecho.

Yodo, indiferente entonces, ilusionado y feliz por la posesión de un amo, se entretenía en hacer sufrir al intrépido escarabajo. Siempre hay algo o alguien que compre su felicidad con el dolor de otro.

Tole se restriega los ojos con fuerza. Parpadeó y miró a su derecha: se recostaba la tierra indolente, mostrando orgullosa sus rastros, que antes fueran granadas espigas de trigo y la linde que la había separado del garbanzal, repechaba suavemente hasta el camino que bordeaba Viña Alta, y arriba la choza del vigía, como un montón abandonado de paja vieja.

Tole ahincaba su mirada en el paisaje.

Una persona venía bajando por la linde.

La tortura, el estrujamiento, la apretura del corazón de Tole cesó en unos segundos, para latir con un nuevo y gozoso dolor: Diego, el doncel de la huerta de los Granados, bajaba a grandes zancadas, con la gracia aérea de un cervatillo.

Yodo le salió al encuentro.

Teresa quedó pensativa. Que el Tole volviera a irse no le cayó de sorpresa, pero que pasase por su misma puerta, estando ella de pie en el escalón y no hiciera por pararse y decirle, por lo menos: "Hasta otra, Teresa, y que Dios le pague lo que ha hecho por mí..." Desde luego que era un descastado ¿y qué fineza se le podía pedir si no tuvo ninguna con su madre? Siempre fue raro el Tole. En eso no le había salido a su madre, ni a su abuelo, el que hacía canastos, porque a los otros abuelos no los conoció ni de oídas; y el padre, José Manuel, el casero de Puenteccillo, aunque murió en la cárcel, fue siempre un buen hombre, que se perdió por una mujer sin cabeza, ¡aquella Crucita que se le veía venir desde chicuela!... ¿Dirán esto mismo algún día de Araceli, su mocita? Un escalofrío recorrió su pequeño cuerpo y como una llamada interior entró en la casa, cerro la puerta y entró en el cuarto, donde todavía no había cesado la joven de llorar.

—Mira, nena mía, con llorar no se apaña nada...; hay que echarle valor al toro, ¡ea! sécate esos luceros que tienes en tu cara preciosa y cuéntame, cuéntamelo todo...— la acariciaba con ternura maternal: —¿Quién te deshojó, dime, porque a ti te han deshojado, verdad?

Afirmó la joven con un leve movimiento de cabeza.

—El Fonso no será..., ese descastado... ¿quién, niña mía, quién?

—No lo conozco... —exclamó con un gemido desesperado.

—¿Qué dices, madre mía...? ¿Dónde? ¿Aquí? ¿En Moriles?

—No, no...

—¿Dónde? ¡Habla que me tienes en un potro.

Fue breve en su relación de los hechos. Y que escapó del lagar. Y que no volvió a ver al Fonso. Y que tal vez fuera el señorito de Los Claveles. Y que ella nunca lo había visto antes...

—¿Los Claveles? ¿Estás segura, nena?

—Sí... Anoche no sabía dónde estaba, pero esta mañana al salir me di cuenta...

—Los Claveles... En esa finca he dado yo buenas peonás cuando tenía poca edad..., en la vendimia...; Conocí al ama ¡más buena!, cuando el hambre, a ella recurría y nunca volví de vacío... Tenían la casa en Aguilar... Y el lagar, Los Claveles, parecía por dentro un palacio, con cortinas, espejos, lámparas...

—Sí, sí, como un palacio, tita abuela.

Teresa continuaba sacudiendo sus recuerdos:

—Solamente les nació una hija, la señorita Amparo, ¡más linda! le gustaba pescar en la Laguna Grande, y más de una vez se bañó a escondidas de la señora, que temía que la niña cogiera el paludismo, decía ella, acá decimos las sisiones. Montaba a caballo y venía a Los Zapateros galopando. La señorita Amparo debe andar ya por los dos duros de años, cada real un año.

—Tita abuela, y ahora qué pasará cuando se entere mi madre y mi hermano Frasquito.

—De momento a callar y esperar..., luego ya veremos. Mira niña, te voy a hacer una tisana con cabecitas de adormideras y verás como duermes y descansas... A tu madre le diré que esta noche has tenido un cólico.

—Pero...

—Tú déjame a mí... Anda, reina mía, ya lo arreglaremos todo.

¿Y qué iban a arreglar? Más de cuatro horas llevaban haciendo conjeturas y planes y temiendo que alguno de la familia o alguna vecina más o menos cercana, se presentara casualmente en la casa. ¿Qué iba a decir Teresa si se sentían los sollozos y gemidos de la chavala?

Tuvo Teresa una idea que le pareció feliz: salir a la calle, entrar en casa de Bibiana y "¿tú por aquí? ¿ocurre algo Teresa?" "¡Qué va a ocurrir! que al pasar me ha dado ganas de entrar..."

¿Sabría algo Bibiana? ¿Estaría metida en el asunto? No quería creerlo pero tenía que averiguarlo, y así, decidida, se ajustó el delantal, se colgó de la cintura la faltriquera con las llaves, se puso el pañuelo negro de seda anudado a la garganta, se abotonó hasta arriba la blusilla porque no estaba bien salir a la calle despechugada. Pero, es que los arrebatos de calores no se le habían ido a pesar de la edad, por eso llevaba desabrochado el justillo y enseñaba la canalita ¡qué canalita! si en la carpintería de Juanillo no había tabla más lisa que su pecho, ¡a lo que llega una! Nunca pudo presumir de grandezas, pero en su tamaño estaba muy rebién hecha, "hecha con primor", como le decía con mucho ángel su Matías cuando la trasteaba... ¡Y pensar a estas alturas en esas cosas teniendo, como tenía, a la pobretica Araceli en un mar de lágrimas! ¡Ea! A cambiarse de babuchas, a ponerse las de paño para estar más presentable...

Echó el cerrojo a la puerta del patio y cerró con llave la casa.

Ya volteaba la campana anunciando el Angelus. El sol lucía su esplendor y un tufillo de aceite caliente salía de las casas en las que ya se aviaba el almuerzo. La de Bibiana estaba, como siempre, abierta, luciendo las macetas que eran envidia de toda la vecindad. También en ella imperaba la tufarada del aceite frito y Teresa, ya dentro, llamó con las palabras rituales:

—¿Quién vive...?

Y del patio salió Bibiana secándose las manos en el delantal:

—¿Tú por aquí...? ¿Qué ocurre? —preguntaba alarmada.

—¿Qué va a ocurrir...? Que pasé por aquí y me dije "Saludaré a Bibiana".

—Ven con Dios, Teresa, y siéntate un ratico.

Mientras lo hacían las dos, alababa la visitante el don que tenía la visitada para criar macetas.

—¡Tengo unos rosales que dan gloria verlos y olerlos...! ¡Y unas varas de nardos...! ¡Me chiflan las flores, hija!

Unas palabras más sobre plantas, patio y flores y por fin:

—¿Ha venido hoy a tu casa el Fonso...?

Bibiana no pudo reprimir un gesto delator y dijo:

—Ahora viene poco por aquí...; ya tú sabes como es él de caprichoso. Hay temporadas que no sale de aquí nada más que para comer y dormir en su casa y en ocasiones no se le ve el pelo en días...

—Pero ayer si estuvo aquí porque esa es su guitarra...

—Es su guitarra... Se la dejó aquí anoche.

—¿Cuándo ha vuelto?

Bibiana arrugó el entrecejo, se levantó sin motivo aparente, entornó la puerta del patio y por fin contestó:

—Hasta ahora no ha dado señal de vida...— y luego, desafiante y segura, añadió: —¿Y tu sobrina, ha vuelto?

—¡Claro! ¡Cómo no iba a volver! —contestó poniéndose en guardia— Un poquillo tarde... —Durmiendo la dejé y por eso he salido a comprar algunos avíos para el almuerzo— la tranquilidad se adueñó de su voz: —Tu cocina huele bien ¿qué vais a comer?

—Sangre frita con tomate y uvas ...¿y tú...?

—Pues no sé, a lo mejor lo mismo que tú, porque ya estamos hartas de maimones... En fin, te dejo.

Ambas se despidieron sin recelos, pero Bibiana a la par que le decía "Ve con Dios" —hablaba para sí: —"Algo le ha pasado a la niña..., a lo mejor no ha vuelto todavía y la Teresa no quiere demostrar su reconcomio... Y la niña es tremenda y va por la vida pidiendo guerra, comprometiendo a los machos..."

—Quédate con Dios, Bibiana...— y para sí murmuraba: —"Ella tiene parte de culpa... Ella le da calor a mi niña de mi alma, tan inocente y tan buena... Y el Fonso tiene que estar en esta casa escondido..., y la Bibiana es una zorróna que tiene que saber la desgracia de mi Aracelita..."

Caminaba indignada; ganas le daban de volver a la casa y sacar de su escondite al canalla de Fonso, porque la cosa no podía quedar así, como si no hubiera pasado nada.

—Tita abuela ¿ocurre algo?... —se extrañó la madre de Araceli al verla entrar en su casa.

—¿Qué va a pasar?... Un coliquillo con retortijones que le ha dado de madrugada a la Araceli y no he querido que se levante... Es que vengo a casa de la Rubia a por medio cuarterón de sangre para ponerla frita con tomate...

—¡Un banquete, tita abuela! —el que dijo esto salía en aquel momento del interior de la casa.

—¡Dios te guarde, Frasquito...! Te creía trabajando en el tajo.

—Me quedé aquí.

—Se quedó dormido... ¿y te parece bonito que sea yo la que tenga que salir a la calle a ganar el pan de tus hermanos y el tuyo...?

Muy enfadada parecía la Lucía, la madre de Araceli, de Frasquito y de tres pequeñajos más. ¿Cuántos años aparentaba? ¡Cielos! Su piel apergaminada, sus labios resecos, sus mejillas hundidas y amarillentas, sus ojos sin brillo, su pelo iniciando blancuras, su dentadura sucia y rota..., y sobre todo, su aspecto cansado y rictus amargo ... Su edad sin embargo, alcanzaba sólo los treinta y cinco años.

—...ya he lavado una canasta de ropa en casa de mi comadre..., después iré a encalar los corrales del molino Viejo... Se me parten los riñones de

dolor y no puedo enderezar la espalda sin quejarme y el señoritingo este... — señalaba a Frasquito— en la cama con los angelitos.

El muchacho se plantó en mitad del patio con aire fiero, como un torillo acosado; vibraba todo su cuerpo mientras hablaba:

—Tú sabes que me acosté cuando estaba amaneciendo...

—¡Claro, la juerga con los señorones!

El pateó el suelo con fiereza y luego: —Vamos a entrar en la cocina... Nadie se tiene que enterar de lo que aquí se habla.

—Aquí lo que pasa —continuaba Lucía mientras se adentraba en la casa a la par que Teresa, que lo hacía a una indicación del joven —que sólo hay una bestia que tire del carro, y esa soy yo...

—...que hemos hecho de la aldea un pueblo... Que hasta ahora hemos estado con los ojos cerrados... Que hemos sido arreados por los amos y que tenemos que dejar de ser esclavos... Que nos tenemos que juntar y acabar con la tiranía...

—¡Ay, hijo de mi alma!, ¿por qué habré consentido a que aprendieras a leer...?

La blanca carretera de Aguilar, polvorienta y poco ancha, atraviesa unos campos ricos y bellísimos: los verdes, blancos, azules y pardos se muestran en armonía de colores.

La mañana va avanzando.

Tole y Diego, se cruzan ya cerca del lagar de Los Claveles, con un coche tirado por dos hermosos caballos.

—A la paz de Dios —saluda en voz alta el cochero desde el pescante.

—Dios le guarde —contestan ellos.

El joven escudriña el interior y ve que dentro va una señora que a modo de saludo les sonrfe tras la ventanilla. El cochero maniobra para entrar en el ancho camino que conduce directamente a la finca, pero la señora le ordena:

—Sigue, Pedro, sigue. No entraremos todavía...; Llévame más allá, que me gusta ver la Laguna Grande.

Obedeció Pedro y a otra indicación detuvo el carruaje.

—¿Quiere la señorita bajarse aquí?

—No..., no bajaré... Es que me gusta ver el campo desde aquí... ¿Te gusta a ti también?

Ella desde la ventanilla abierta, parecía beber el puro aire que le palmeaba el rostro, mientras sus ojos expresaban la admiración que entrañaba la paz de la tierra. Una tierra llana y juguetona, donde el agua de la laguna era el enorme espejo que reflejaba un cielo azul y limpio, un frondoso cañaveral, unos apretados juncos y el jugueteo de los pajarillos. El líquido cristal se ondulaba cada vez que un pato abandonaba la quietud de la orilla por el baño o la pitanza. Dos barcas continuaban amarradas en lo que todos llamaban el embarcadero. Y parecían las mismas barcas. Aquella que le regaló su padre el día de su primera comunión, a despecho de su madre que veía en todo un peligro latente. Y no fue descarriado el amor maternal, porque justamente en aquel verano "cogió las sisiones", como decían las gentes. El paludismo, confirmó el médico. Pasó un verano muy malo y lo peor fue que para bajar a la laguna tenía que hacerlo a escondidas de su madre. "—Señorita Amparo, —le decía el zagal que cuidaba de las cuadras— ya está la señora en su habitación...; vamos a torearla, vamos..." y bajaban los dos como dos potrillos desbocados para darse un paseo en la barca. En el cañaveral, testigo mudo de sus inocencias infantiles, se escondían, cuando las voces de Paco, aquel mandadero que le hacía la pelotilla a su madre: "¡Pepilloooo,..." y ellos se tiraban de la barca y nadaban hasta llegar a la orilla y esconderse entre las cañas; después, las ropas mojadas no acusaban, porque otro de los juegos era sacar agua del pozo para regar las macetas y terminar rociándola en los cuerpos, sin escarmentar ante las amonestaciones y amenazas: "Vais a coger una pulmonía..." Juegos inocentes, porque Pepillo y ella se querían como hermanos y su recuerdo siempre trae paz a su alma... ¡Si todos los recuerdos de la laguna y del cañaveral fueran siempre puros...!

Las barcas. Los patos. Las cañas. Las viñas cercanas. Y la crestería de la sierra a lo lejos asomada para contemplar la belleza serena de Los Llanos.

—Vamos al lagar, Pedro —ordenó con suave voz. Con melancolía.

Poco después estaban en la explanada de Los Claveles.

La casera salió apresuada y sorprendida.

—María —le dijo el cochero mientras abría el coche: —es la señora.

Era la señora, la señorita Amparo, tan llana y caritativa como la señora madre, que en gloria esté; y tan elegante y guapísima como siempre; y como siempre interesándose por las familias que vivían de su trabajo, pero al calor de los amos.

La casera, María, barruntaba que el encuentro de los señores no sería bueno por la sorpresa y don Luis quizá estuviera durmiendo y la habitación, ¡uy, la habitación, como estaría! porque había que ver el piso como quedaba después de la francachela. Y María hablaba y hablaba con la señora para entretenerla a ver si mientras tanto se podía avisar al señorito; y Pedro sin darse cuenta, bajaba con prisas el equipaje.

—¿Llevo arriba las maletas, señora?

Y María, precipitadamente, con voz fuerte y destemplada, que parecía gritar:

—Deja las maletas ahí, al lado de las cantareras que yo acompañaré a la señorita Amparo...

...y la señorita, desconcertada por el mal concierto de la voz de la casera, extrañada realmente, sospechando algo anómalo, entró decidida en la casa, dispuesta a subir a sus habitaciones. Luis no la esperaba porque ella contra su costumbre, no avisó la llegada.

Algo llamó su atención mientras subía: el velón que habitualmente colgaba de un buen soporte en el último tramo estaba inclinado, goteando aceite por las cuatro piteras. Preguntó muy alarmada:

—¿Qué ha pasado aquí, María?

—¿Y yo qué sé, señorita...? Yo estoy viendo ahora mismo este estropicio... —inició la bajada de los escalones, pretextando: —Voy a por estropajo y arena para quitar las manchas del suelo y cuando venga Antonio del tajo, pondrá el velón como tiene que estar...

No la detuvo la señora. Era mejor no tener testigos. Por la entreabierta puerta del salón vio algo que le hizo ruborizar intensamente y abrió de un golpe. Su marido seguía roncando a pesar del estruendo que hicieron las hojas de la puerta al separarse. Dos colchonetas en el suelo cabe al sofá; en una descansaba el cuerpo del marido, ahíto de placer. Ella quedó mirándole apretando las manos al respaldo de una silla, junto al velador, asqueada. Miraba con detenimiento el suelo y los muebles; un billete arrugado de mil pesetas con manchas de sangre estaba en el suelo cerca de la colchoneta.

Manchas de sangre en un cojín. Un zarcillo largo de los llamados cigarrones brillaba junto a un mantoncillo de seda sobre el sofá.

No pudo resistir más el esfuerzo que estaba haciendo para silenciar el horror que sentía y en un arrebato incontenible comenzó a dar puntapiés al cuerpo blanducho, fofo y peludo hasta que él pudo incorporarse intentando cubrir sus carnes con la otra colchoneta.

Le arrojó el mantoncillo escupiéndole estas palabras:

—¿Te adornas con toquillas de seda y pendientes? ¿Así le gustas más a tu gañán de turno?

A María, la casera de Los Claveles, se le hizo el día interminable. Nunca podría olvidar aquellas horas terribles en las que se le agolpaban todos los sinsabores que jamás imaginara.

Había bajado a por estropajo y arena para limpiar los ladrillos de la meseta que se mancharon del aceite del velón y no podía explicarse por qué estaba en aquella posición, como si alguien al pasar lo hubiera hecho adrede, y para esta labor de limpieza todo eran obstáculos, y eso la ponía muy nerviosa.

—Casera —el cochero le preguntaba —¿habrá sitio en la cuadra para los caballos...?

—Creo que sí, Pedro, pero entre usted y lo averigua..., —y siempre al contestar ponía al descubierto su estado nervioso.

Y el Antoñín, que no dejaba en paz al perro. Y el perro que alarmaba con sus gañidos, molesto por la insistencia del Antoñín, el penúltimo retoño de los caseros, en tirarle del rabo y de las orejas. Y el benjamín que reclamaba desesperadamente el condumio que su madre almacenaba en aquellos pechos estallantes y doloridos en su dureza. Y las gallinas avisando orgullosas que ya habían cumplido su obligación de ponedoras de huevos.

Había más. Mucho más. Que arriba se estaba viviendo un drama; que la señora —¡tan buena y tan guapa! —que la señora les preguntaría a Antonio y a ella. "Pero, yo qué sé...; yo tengo bastante con mi lucha: los hijos, los gañanes, la cocina, el lavado, la plancha, la limpieza ..., ¡pero si esto no es vida de cristianos! Si vivimos como los bichos, sin otra vista que la pared y el campo. Sin poder hablar con gentes ¡ay, mi pueblo de mi alma! ¡mi Baena de mi corazón!, y menos mal, que dentro de unos días nos vamos

a la feria... ¿y qué diversión voy a tener en la feria, si tengo que cargar con los cuatro críos...?; bueno, pero son días de respiro...; La arena en un jarro viejo de latón, el cubo con agua, la algofifa y el estropajo ¡a limpiar! En el salón lloraba la señora y decía de vez en cuando: "¡Bestia! ¡Bestia!"; pero al señor no se le oía.

Y lo que es la vida... Ella, María, una pobre casera, sin más caudal que la noche, el día y sus brazos... ¿Sin más caudal...? Pero, ¿y los hijos? ¿y el esposo? Por nada del mundo se cambiaría por la señorita Amparo, con sus cortijos, sus palacios, sus lagares, sus alhajas, sus trajes y su cara y su cuerpo, porque de qué le servía todo eso, si no tenía hijos y ni un marido como Dios manda... ¿cómo iba ella, la pobre casera, a cambiar a su Antonio que cumplía en demasía como marido, que no veía nada más que por sus ojos, que parecía que cada día estrenaban noviazgo, porque eso sí, respetuosos con las gentes eran los dos; nada de carantoñas delante de testigos; ni a él ni a ella le agradaban esas cosas; tal vez la cortedad de él fuera porque se había criado en una aldea, pero ella nació y vivió en Baena hasta que se casaron. Su Baena, ¡bendita feria que le proporcionó esta felicidad; y bendito el mulo que llevó su Antonio a vender y bendita casualidad que lo comprara su tío Anselmo y por ahí llegó el conocimiento y el casorio!. En cambio, la señorita Amparo, que se crió como una princesa, que seguía siendo rica y guapa, le tenía envidia a ella; no es figuración suya; fue la misma señora la que se lo decía muchas veces: "Yo, María, con solo una criatura, niño o niña, sería feliz". —Claro, que, le podía haber, dicho yo— "Y con un marido como mi Antonio..." Porque resulta que, una vez, Antonio que estaba muy pesado, que me buscaba las vueltas para darme achuchones ¡madre mía, qué hombre! Y yo "que nos pueden ver" y él "que nos vean" y yo escapándome de sus brazos... Pero allí estábamos, junto a las corraletas de los cochinos... Yo había ido a cambiarles el agua; él me cogió el cubo porque el peso podría fastidiar al inocente que guardaba en el vientre, sin acordarse que antes había estado yo acarreado un lebrillo con ropa para tender, y no me ayudó... Luego, en la cama, nos reíamos al recordar la peste de las corraletas, el hocar en las puertas y el ruido que armaron los guarros porque se asustaron, y yo como una tonta dejándome sobar con la misma ilusión que si fuera la primera vez...; en esa faena estábamos, cuando sin darnos cuenta, tropezamos con el cubo, el agua derramada, los cochinos alborotando y sin poder contener la risa...; miramos para arriba y vimos a la señora que ni pestañeaba, en el balcón del corredor que da al patio de las flores... ¡Qué vergüenza! Y lo que decía Antonio que el cariño verdadero no necesita escenarios de lujo.

¿Dónde había oído eso? Seguro que no salió de su caletre; ni siquiera sabía lo que es un escenario.

—¿Qué es un escenario, Antonio?

—Pues..., pues... lo que está a la vista ¡digo yo...!

—¡Anda, cateto!, el escenario está en el teatro...

—Déjame de chilindrinas..., en alguna parte he oído yo eso..., y pensando, pensando ¿necesitamos teatro, escenario o lo que sea para querernos tú y yo...?

Siempre salía por ahí, que si el querer, que si el apego, que si las acciones, que si las caricias... Sí, el Antonio tenía su aquél cuando le decía una y mil veces: "Nena, el cariño, como las flores hay que saberlo cuidar, las flores sin agua se secan, el cariño sin besos se va". Antonio entendía de todo pero a su manera.

Y llegó la tarde. Muy retrechero estuvo el sol, que no se decidía por la recogida, a su tiempo; y en vano el aire se hizo fresco; y en vano cantaban los grillos; y en vano lucían sus acrobacias las aves...; todos presentaban la luz nueva y suave adelantada de las estrellas, pero el Sol parecía interesado en cosquillear a los sarmientos desnudos que, en la loma del viñedo, semejaban el dibujo caprichoso de un lienzo deshilachado.

Antoñín y el perro observando a la salamanquesa que paseaba la pared donde un viejo jazmín perfumaba el ambiente con sus espléndidas florecillas blancas. Toda la tarde y toda la noche, los humildes y pequeños jazmines permanecían abiertos y por la mañana el suelo amanecía blanco, una rociada de nieve o cal. La salamanquesa blancuzca, levantado el dije triangular de su cabecita, los dos botoncitos negros y estáticos mirando pacientemente el paso de algún osado mosquito, abiertas sus extremidades, sus cuatro abanicos de nácar; el perro y el niño, ajenos al trajín de la hora, aguantaban con calma el paseo lentísimo y las paradas astutas del bichejo.

El Maoliyo de vuelta del tajo donde estuvo hobreando con los gañanes.

Estos, sudorosos y cansados, buscando la caricia del agua del pozo que de unos a otros derramaban sobre sus cuerpos.

Pedro, el cochero, brillantando el coche, por si los señores querían dar un paseo.

Apareció el casero, como un dios de los lagares, alto, fuerte, armonioso en su cuerpo y en sus movimientos, resplandecientes los ojos como si todo

el sol, que ya se hundía tras la loma, los hubiera bañado con su luz y su calor; y la sonrisa amplia con que saludaba sin palabras al escenario, que diría él. Y el escenario lo ocupaban María y el chiquitín, glotón hasta el pecado, desperdiciando por sus comisuras la leche que se le volcaba y mojaba sus mofletitos y su gargantita... ¡qué buen actor el crío, pudiera decir su padre! "¡Ele ahí mi niño, sin palabras está gritando que lo que sale de esos pechos es gloria fina!, porque si no, ¿a qué viene ese manoteo y ese cerrar los ojazos como si fuera a desmayarse de gusto...?"

Paralizado que quedó el casero, mirando a su casera y a su caserito. Ningún pintor fuera capaz de pintar un cuadro como el que tenía delante. Pasó su manaza, áspera y dura, por la cabecita del niño y rozó furtivamente el pecho de la madre, dándole un mensaje secreto que ella aceptó complacida y sonriente.

—¡La señora...! —dijo María advirtiéndole su presencia.

—¿Quiere la señora pasear...? Tengo el coche preparado.

—No, Pedro... Pasearé andando... —luego, extrañada, preguntó: —¿Le das de mamar estando esperando otro, según me dijiste, María?

—¡Ay, señorita!, las pobres podemos criar y estar preñadas a la vez.

—Tienes que cuidarte, María... —mientras, emprendía el paso por la vereda de la viña para salir a la carretera.

María quedó rezongando: —"Tienes que cuidarte...; tienes que cuidarte". El chiquitín no quería soltar la golosina; chupaba el pezón sin tragar la leche que de él manaba; la madre se lo retiraba y el granujilla se lo atraía con sus rollizas manitas aprisionándolo con sus deditos de seda.

—Esto es ya un recochineo..., ¡se terminó el banquete...! —y María, entreabriendo más la abertura de su blusa ocultó el pecho redondo y terso, juguete y manjar divino del hijo; tras besuquearlo y secarle la barbita y el cuello, chillarle que era un sol, alarmar al Antoñín que acudió a tocarle la nariz y al perro que dejó el observatorio y movía la cola como si fuera una veleta.

Amparo había salido a la carretera.

¿A dónde voy? ¿De qué huyo? ¿Dónde está la paz? Siempre vamos por una senda, por un camino, por una carretera. ¿A dónde me lleva? ¿Soy igual que el río? ¿Soy como una laguna? ¿Soy como un charquito? ¿Como un pozo? ¿Como una noria?

Y es la luz litúrgica de la tarde, de viento suave temeroso de alterar el agua de la Laguna Grande, que se ve desde la carretera como un colosal espejo. El color de la tierra se va volviendo lechoso; lejanos caseríos avisan su presencia con el resplandor de su blancura; y va perdiendo color el cielo; y ya no se distinguen las aves en sus correrías aéreas; han pasado cuadrillas de jornaleros que regresan a sus casas; un cabrero con su piara de cabras rubias, con las ubres colgando, pesadas, casi a ras del suelo y las chivas juguetonas y díscolas; el perro pequeño y negruzco las encarrila; el cabrero, un zagal con toda la belleza en su cuerpo y el poderío de sus pocos años, va en medio del rebaño canturreando: "Arre mulilla torda campanillera..."

—A la paz de Dios —saluda al paso.

—Que Dios te guarde —contesta Amparo, retirada a la cuneta, tapándose con las manos la boca y la nariz, defendiéndose de la polvareda que levanta a su paso el rebaño.

El zagal ha terminado su canción: ..."la hija del amo quien la cogiera". Los cencerros y campanillas que cuelgan de los cuellos de las chivas, orquestan las canciones de su guarda.

"...la hija del amo quien la cogiera..."

Amparo se sorprende al escucharse a sí misma repitiendo el cantar del zagal.

Y las estrellas, a porfía van ocupando el cielo que con el adorno brilla y luce como algo soñado y no vivido. Va sola por la carretera. La luna se contempla en la serenidad de las aguas. Todo le trae recuerdos y no todos le son agradables y procura ahuyentarlos. Los de su infancia y mocedad, son puros. El zagal de las cabras que va cantando, la lleva a su edad más feliz: cuando pasaban grandes temporadas en Los Claveles y su compañero de correrías le cantaba la misma cancioncilla que entona el cabrero: ..."la niña del amo quien la cogiera..." siempre cantaba cuando ambos bajaban a los Llanos a pasear en barca.

—¿Por qué quieres coger a la hija del amo, Pepillo?

—Porque tendría muchos dineros y podría comprar un caballo.

—Yo te voy a regalar uno.

—¿Tú, señorita Amparo?

—No me digas señorita.

—Es que tú eres la hija del amo.

Desde aquel día no dejaba en paz a su padre pidiéndole un caballo. Y lo tuvo. Y daba grandes paseos: a Los Zapateros, a Aguilar, a Puente Genil; y todos la admiraban de amazona; al principio la acompañaban su padre y Pepillo; después solamente Pepillo. Pero Pepillo iba creciendo y cuajando en un jayán "encañilavao y reformó", como decían los que lo vieron convertirse en hombre, y la señora prohibió que acompañara en sus paseos a su hija y justificaba su actitud ante el marido: —"Se toma Pepillo muchas confianzas, tutea a la niña y la llama Amparo, así, por las buenas, sin respeto alguno". Y Amparo tuvo que pasear sola. Cuando se acercaba a la aldea visitaba la iglesia y conversaba con las aldeanas, así conoció a Lorenza, la novia de Pepillo, y fue ella misma la que aceleró la boda porque quería mucho al novio y deseaba la felicidad de los dos; de regalo de bodas le entregó su caballo, sin escuchar las protestas de la madre jay, si hubiera sospechado que la viña de Los Llanos, la que está junto a la Laguna Grande, se la regalaría más tarde!

El mejor amigo. El más querido. El que sólo ansiaba un caballo. El tiempo los había separado: él a su aldea; ella a Madrid; él encontró su felicidad; ella, todavía andaba sin encontrarla, porque el recuerdo de Joaquín es una tortura; la felicidad que le proporcionó Joaquín fue a costa de mentiras y disimulos y sólo recordar aquella etapa se angustia con el dolor del pecado.

Vuelve a la finca. Luis ha salido a esperarla a la carretera. Los dos en silencio, llegan a la explanada. Los gañanes formaban coro y hablaban de toros, de Joselito y de Belmonte. El casero de un lado para otro; dentro lloraba un niño y ladraba el perro; el aire abanicaba con suavidad y embalsamaba el ambiente interesado en la lucha sin freno de los jazmines y geráneos.

—¿Necesitan los señores el coche?

—No, Pedro —contesta Amparo— pasaremos la noche en el lagar.

—¡Qué noche tan larga! —se quejaba Amparo.

—¡Qué noche tan larga! —se lamentaba Luis.

Y es que la noche la pasaron ambos como si estuviesen viendo una representación teatral cuyos actores eran ellos mismos.

Así, Luis, repasando su vida, no encontraba argumento para llegar a estos finales; una infancia mimada, una juventud placentera; un casamiento forzado por las familias, con la tonta idea de "juntar las lindes"; él, era dueño por herencia materna de Los Tueros y ella de Los Claveles, ¿por qué no ser ambas fincas colindantes de un mismo dueño?, habían pensado los familiares. Y se encontró casado.

Bien que Amparo era hermosa y bellísima y él sentíase orgulloso de ser su marido; sólo que él no era hombre de estar pegado a la casa; le gustaban los viajes, las cacerías, las juergas y el juego. Por esto último se vio obligado a desprenderse de sus fincas una a una. A ella le quedaban todas y podría comprar las que quisiera...

Amparo además de rica y guapa, era insoportablemente decente, por temperamento y no por virtud, aunque también era caritativa y piadosa, virtudes que se nublaban por la mojigatería.

Sus relaciones de novios fueron absolutamente blancas, sin consentir ni un mínimo de atrevimiento amoroso. Y él encontraba en esto casi un aliciente y deseaba casarse para doblegarla, para hacerla más cariñosa. No lo consiguió nunca. Amparo se le había entregado como esposa, porque lo consideraba un deber del nuevo estado. Era verdad que él no tuvo con ella en aquellos primeros días, que fueron meses, ni tacto, ni delicadeza, ni paciencia, por eso el acto matrimonial, que los podía haber enlazado fuerte y dulcemente, significó para ambos un sacrificio. Él pensaba en la frigeidez de ella y ella en la bestialidad de él. Cada vez más separados. Comenzaron pronto las desdichas, aunque aparentaban felicidad y unión. Empezó una etapa de ficción, disimulo e hipocresía.

En Amparo se acentuó la religiosidad y en Luis el desvarío. Para el mundo, eran perfectos, ejemplares, espejos donde poder mirarse. Luis entró por otros derroteros: el vino, el juego y el sexo, indistinto. Arruinó su salud y quedó en absoluta pobreza. Pensaba que otra sería su vida y no habría caído en tan vergonzosas aberraciones buscando placeres físicos, si su mujer le hubiese ayudado: pero su pureza y honestidad fue un muro donde se estrelló su matrimonio. Ella era una enferma incapaz de sentir placer con sus caricias, y la rigidez ponía freno a los impulsos del marido, que terminó hundido en goces inconfesables. "Me das asco..." le dijo ella, y no fue capaz de sentir compasión por él, aunque le suplicó una y otra vez: "Amparo ¡por favor! ayúdame que yo quiero ser un nombre normal".

Una vida triste y angustiada. Esta noche se le hace lo pasado, presente y sabe que nunca tendrá ya la ayuda que necesita.

Pudo haber dicho: "¡Me das lástima...! Te ayudaré y seremos felices..."

Por eso no lo fue. Por eso se jugó sus propiedades. Por eso sus inconfesables placeres. Por eso bebe. Por eso.

Y por eso vive de la limosna de ella, quien le pasa un sueldo para sus gastos; y es espléndido el cheque que le da firmado cada primero de mes.

Es difícil su vida. Todo no consiste en comer, beber, gozar y dormir. La vida tiene que ser otra cosa. Otra. Ya no la encontrará jamás y se resigna a ser como un animalejo, perdidas sus ilusiones y su capacidad de amar.

¡Qué noche más larga!

La Luna ha entrado furtivamente en el dormitorio y derrama su plata por paredes y muebles; por eso la cara de Luis está muerta.

La habitación que ocupa Amparo está en la parte opuesta a la fachada. Amplia y bien ventilada. Grandes y sólidas puertas. Dos hermosos ventanales de fuertes hierros. Amueblada con primor y riqueza. Amparo, después de la cena tomada en común y servida por la casera, se había encerrado en ella. Junto a la cama tenía un reclinatorio donde habitualmente rezaba sus oraciones, pero esa noche tendrá que pedir perdón a Dios por no tener ánimos para rezar.

Ocupa un butacón cabe la ventana, cerradas sus maderas y abiertos los postigos. Por los cristales entra una pequeña claridad que envían las estrellas. En el campo todo es borroso. Abajo hay todavía trajín; se oyen las voces de los gañanes, el llanto de un pequeño, el ladrido del perro y de otros lejanos, que intentan un amistoso diálogo de lagar a lagar; los gatos piden o roban pitanza, porque alguien los ahuyenta "¡Zape, zape...!! Ladrón" Y un gallo canta la hora, ¿Qué hora? Da igual. Cualquiera. "Eusebio, hay que echarle pienso a los mulos..." —y contestar: "Voy a por la paja"— y otra voz: "¡Cómo le gusta a Eusebio el palique...!"

En otras ocasiones su presencia alargaba las veladas y las hacía amenas invitando a cantar, a decir chistes o cuentos, pero esta noche le embarga una enorme congoja. Si llorase sentiríase mejor. O si pudiera hablar con Luis. Van pasando muchos años en silencio; hay un abismo entre los dos que los separa y cada vez el abismo es más profundo y ancho. Ella venía decidida

a dulcificar la situación por consejo de su confesor; llegó en tren desde Madrid a Aguilar, descansó en la casa donde la esperaban el ama de llaves y el administrador y ordenó al cochero que la llevara al lagar; quería sorprenderlo; seguro que estaría dormido y entraría en su cuarto, le tocaría levemente la cara para despertarlo; le diría: "Luis, terminemos esto...; no somos unos desconocidos...; seremos amigos...; podemos ser amigos...; yo te perdono de corazón porque quiero comprenderte", y él le daría las gracias y los dos empezarían una nueva vida, como dos hermanos...

No puede dormir. Le parece que su conciencia sigue reprochándole algo... Algo, sí, que Luis nunca supo ni sabrá jamás, porque andaban por la vida por sendas ignoradas y cruzadas. No quiere reprocharse absolutamente nada. Lo que ocurrió, ya lo confesó al sacerdote y lo tiene perdonado: el gran pecado de su vida... Lo piensa ahora con un sentimiento nuevo; hay dentro de ella, al recordar, como un trasunto de gozo; por unos minutos o tal vez horas, Amparo recuerda su secreto y se recrea en el placer que le produce.

Fue en Los Claveles y en primavera. Tenían invitados a amigos comunes. Llegó la tarde con su corte de fragancias y policromías.

—Me voy a La Laguna ¿quién me acompaña...?

Carlota dijo dengosa: —Tengo pereza...

Lola se disculpó: —Esta mañana hemos dado una caminata y tengo agujetas.

Se iría sola, y Joaquín se ofreció: —Te acompaño.

Salieron los dos. La tarde quiso intervenir y se llenó de un airecito caricioso y perfumado.

¿De qué hablaron al principio del paseo? Naturalmente de lo bonito que estaba el campo. De lo bien que se respiraba. De la paz que se filtraba en el corazón viendo el aletear de los pajarillos; del paso cansino de las bestias que volvían del trabajo; del cantar de los mozos; del saludo tan cristiano de los labriegos, de lo bien que vivían los campesinos, sin ambiciones ni rencores...

—El campesino andaluz y todos los campesinos, son gente noble y buena, por el contacto con la naturaleza —comentaba Joaquín.

—Hay mucha ignorancia en ellos; carecen de cultura; son fatalistas y están muy separados de la realidad...; le temen al progreso, a la renovación...

—No entiendo, Amparo.

—Le temen a las máquinas, a los inventos... Es que la rutina...

Desde entonces nunca pronunciaba ya la palabra rutina que le ligaba a aquella tarde.

La había cogido del brazo Joaquín para bajar la suave ladera; ella era capaz de bajarla corriendo y sin resbalar, pero se dejó proteger, porque la mano de Joaquín apretaba su brazo y eso le producía deliciosos escalofríos. Joaquín era apuesto, bien parecido, buen conversador y atento. Ella oía los comentarios de las amigas y más de una había dicho, que si Joaquín se lo pidiera, no dudaría en caer rendida en sus brazos. Se escandalizaba Amparo al oírlo y se resistía a creerlas.

Al estar cerca ya de la Laguna, también dejó que él la ayudara a atravesar el cañaveral.

—No nos ve nadie —la voz de Joaquín había enronquecido súbitamente y ella hechizada por la tarde mágica, por la cercanía del cuerpo varonil, por el olor del varón, pensó que era posible que se desmayase.

Y no. No. No llegó a perder el conocimiento completamente, pero el beso que saboreó aquella tarde y que saborea ahora al evocarle, hizo que entonces, como ahora, recorriese su cuerpo un estremecimiento loco.

Fue débil. La carne es flaca, lee en los libros religiosos que le advierten de los peligros. Sucumbió porque tenía hambre y sed de placeres adivinados y no conocidos. Llevaba años de separación; puso fin a tantas humillaciones a que la obligaba el marido. Era joven, sana y su cuerpo exigía correspondencias. Fue débil, pero ¡qué maravillosa debilidad! ¡y qué corto el tiempo que pudo gozar del amor de Joaquín! Corto pero intenso, porque el altar a Venus, lo levantaban en el campo, en el lagar, en Madrid... Nunca sospechó Luis su pecado; ni siquiera advirtió, que, a raíz de la súbita muerte de Joaquín, ella cambió su vida.

Totalmente cambiada ahuyentaba de su cerebro las sensaciones que le llegaban al recordar; fue valiente; fue heroica. Y no tenía nada que reprocharse después, porque a la menor insinuación de sus sentidos insubordinados, apelaba al dolor físico que untaba su alma de un bendito bálsamo.

Pudo resistir años y no consigue esta noche apartar la imagen de Joaquín, los encuentros con Joaquín, las caricias de Joaquín. Y este cuarto fue testigo de su entrega. Y fue ella misma la que citó en un aparte rápido: "A partir de las dos te espero en mi cuarto"... Fue puntual. La luna plateaba la habitación y a ella le pareció la cama un altar y enseguida se santiguó. El le

dijo: —No tengas escrúpulos...; en lo nuestro no hay culpa...; quererse es bueno.

¿Por qué recordar detalles de sus placeres? ¿Por qué revivir aquellos encuentros deliciosos? ¿Por qué ahora, esta noche, da rienda suelta a las imágenes voluptuosas, que como caballos desbocados, galopan por su cerebro?

Y Luis estará durmiendo tranquilamente porque él no tiene conciencia de pecado. Vicioso de todo. ¿Vicioso? Pues, ¿y ella? ¿Podría decir jamás que a pesar de las oraciones y las disciplinas seguía gozando ocultamente, con aberración enfermiza, con recuerdos y experiencias de un muerto?

Canta el gallo anunciando la amanecida. Amparo cierra los postigos de las ventanas. ¡Si pudiera dormir! ¡Imposible! Tal vez si llorara... ¿Qué pasó la noche anterior en la finca? La visión repugnante de Luis, durmiendo desnudo sobre una colchoneta en el gabinete, le producía náuseas y no quería hurgar el por qué, en su conciencia: "Tal vez, si usted le prestara más atención, su esposo podría cambiar algo —le había dicho el confesor— aparte su orgullo, piense que es un enfermo y necesita ayuda..." Y ella vino con ese propósito: "Viviremos juntos, Luis, lo intentaremos..."

Amparo se santigua, toma el rosario que cuelga de una perinola de su cama y empieza a pasar las cuentas entre sus dedos sin rezar. No puede rezar; las lágrimas van saltando de sus ojos a raudales; aprieta el rosario sobre su corazón que quiere saltar también... Poco a poco, el llanto se hace suave. "¡Perdóname, Señor!", musita la triste.

El sueño siempre es piadoso y acude por fin en ayuda de Amparo.

Entrar con ella en su conciencia es remover una ciénaga tapizada someramente de florecillas blancas.

Igual le ocurría a Luis, sólo que en el fondo de la ciénaga oscilaba una acusación y un perdón.

Rendidos ambos físicamente, separados en habitaciones y unidos en los mismos rencores, no advirtieron que amanecía; que llegaba el día con la trompetería diaria, una música que bajaba de las nubes de los pajarillos bañándose en el aire, y una música que subía de las cuadras, corrales y dependencias de la finca.

Las ventanas del piso de los señores estaban cerradas. Los señores dormían.

—Hablad más bajo, que los señores descansan...

—Se habrán cansado de trabajar —rezongó un gañán.

—¿Qué hablas tú...? —y el casero le dirigió a la par que las palabras, una mirada de reproche.

Manolón, el gañán protestón, bajó la cabeza en silencio, pero apretó con rabia la herramienta que llevaba en la mano.

El silencio reinó en el lagar hasta que sonaron las puertas de las ventanas altas y la casera comprendió:

—Pedro, ten cuidado con el chiquitín, que voy a subir a ver que desean los amos.

No deseaban mucho: el señor matar el gusanillo con una copa de Rute; la señora una taza de manzanilla muy azucarada.

—Los dos tienen unas ojeras que no le caben en la cara, —comunicó María a Pedro— el amo no sale del gabinete, está embutacado y en la mesita tiene una botella de aguardiente por la mitad, pero ten por seguro que dentro de un ratico estará la botella vacía... Y el ama, se está tomando la manzanilla a sorbos, en la misma alcoba..., ¿y sabes lo que me preguntó...? "¿Es verdad que ya no hay aldea de Los Zapateros, que ahora hay un pueblo que se llama Moriles? —Es verdad, señorita Amparo. Se llama Moriles por los pagos de Moriles Alto y Moriles Bajos. Eso dicen, señorita Amparo". Conque, Pedro, a lo mejor se le antoja bajar al pueblo...

Y se le antojó. Y Pedro enganchó los caballos y todo se puso en marcha rápidamente; Amparo disimulaba sonriente el dolor de la noche pasada, alisado su pelo, empolvada su cara y unos leves rosetones pintados en sus mejillas, que no podían disimular la oscuridad de las ojeras. Para tranquilizarse creyó necesario entrar en una iglesia, para hacer oración y pedir luz.

Rodaba el coche por la polvorienta carretera y de nuevo las cunetas rebosantes de matojos y de tobas; las viñas blancas despojadas de pámpanos, desnudos los sarmientos; los lagares esparciendo su blancura a ambos lados; la crestería de la sierra de Cabra; la silueta de Monturque; Los Llanos, la Laguna, los patos, las barcas, el cañaveral... Amparo se santigua ahuyentando recuerdos que la vuelven al estado de pecado de la noche pasada...

Cruzan trabajadores que saludan corteses y respetuosos.

El lagar del Monte; la jauría escandalizando el ambiente de sosiego que a aquella hora del mediodía existe; los chaparros...

—Para, Pedro...

Amparo se baja para contemplar el paisaje que desde niña había visto con sus padres, cuando venían los domingos a la Misa, en la iglesita de los Zapateros y después, a caballo en compañía de Pepillo, que se entusiasmaba advirtiéndole: "—¿Ves ese majuelo, señorita Amparo? De aquí a un par de años será la viña mejor del contorno... ¡qué tierras más buenas son estas de Los Zapateros!". Pepillo sujetaba los caballos mientras, y luego ofrecía su rodilla para que ella pudiera montar de nuevo, y entonces lo hacía a horcajadas, escandalizando a más de una persona que murmuraba a su paso: — "¡Cómo un macho!", sin dejar de admirar, ellas con envidia y ellos con deleite, sus piernas libres de la falda de amazona que su madre la obligaba a vestir.

Desde los chaparros, se adivinaba el cortijo Moreno como un palomar sobre un rimero de olivos; enfrente las montañas azules asomadas a la gran nava; un poquito a la izquierda, Monte de Aras, con el santuario de la virgen de Araceli, y más a la izquierda, enfrentados con el cortijo Moreno, unas lomas de olivares y unas colinas de viñas: Los Zapateros, como un animalillo acosado, y la blancura de la cal de las fachadas no eran capaces de vencer la oscuridad de los tejados; aparecía el poblado agazapado y temeroso.

—Voy a entrar en Moriles andando —y al decir Moriles, Amparo, no disimulaba una sonrisita de burla —espérame aquí; el paseo me sentará bien.

La primera casa era, lo recordaba bien, la de Teresa, aquella pobre mujer que iba a Los Claveles a pedir socorro en las temporadas de hambre y a quien su madre socorría con largueza; y cuando en las temporadas de vendimia se acercaban a la aldea para asistir a Misa, siempre descansaban un rato en la casa de Teresa. Ya será muy viejecita.

Siguió andando hasta llegar a la iglesia que encontró, como siempre abierta, y como siempre que entraba en el templo, le sobrecogía la soledad y pobreza del mismo; el armazón del techo de caballetes de madera y tirantas de hierro aún estaba sin cubrir; el retablo, muy digno, pero parecía de prestado; el sagrario adornado con parquedad, pero inspiraba sosiego. Amparo se arrodilló y apoyó sus brazos en la barandilla que servía de comulgatorio. Mucho rato estuvo arrodillada y su oración muy sentida, a juzgar por su llanto.

De la sacristía salió el sacerdote, sorprendido al notar la presencia de una mujer, porque no era frecuente que el Señor fuese visitado sin ser domingo ni día de fiesta. Estaban pasando cosas muy extrañas desde que la

aldea dejó de serlo para convertirse en pueblo. Claro que, estas visitas de los señores que venían a pasar temporadas a los lagares, eran muy convenientes. ¡Si alguna donara manteles para los altares! El no necesitaba nada, gracias a la bendita señora que un día se descolgó con una muda y una sotana nueva, en cambio el templo carecía de muchas cosas, que, ya llegarán, ya llegarán..., no hay que ser ambiciosos...

—¿Desea la señora algo? ¿En qué puedo servirla? —preguntó cuando Amparo se retiraba del Sagrario.

—Nada, padre, gracias... —y añadió, después de ojear el sagrado recinto —¿y usted, padre, necesita algo que yo pueda hacer?

—Como necesitar, señora, yo no necesito nada, pero la casa del Señor está a falta de muchas cosas...

Y consiguió manteles, albas, roquetes, una casulla y hasta una sotana para el monaguillo.

—¡Qué Dios le pague el bien que hace!

—Pida por mí.

—Yo soy muy poquita cosa, señora, pero no olvidaré su generosidad en mis oraciones. Se nota que es la señora un alma elegida por el señor...

Amparo se ruborizó hasta la raíz del cabello. ¡Si tuviera valor para decir soy un sepulcro blanqueado, no soy digna de entrar en esta casa porque mi hipocresía, mi vanidad, mi soberbia y mi lujuria me hacen la mujer más despreciable y este alarde de generosidad que acabo de hacer, no podrá ocultar ante Dios y ante mi misma, toda la basura que alberga mi corazón; no fue capaz, pero tal vez, aquel rubor que le inundó el rostro, fuera del agrado del Señor.

Al salir del templo, pensó ir a casa de Pepillo, porque necesitaba aires nuevos, hablar con gentes, escuchar, observar, pensar en cosas que no tuvieran relación con su vida.

Pepillo la esperaba al pie de los escalones de la iglesia.

—Señorita Amparo, ¿tú por aquí?... Estaba yo en casa de mi compadre, que anda un poco maluquillo, y vi a lo lejos, cerca de los chaparros, tu coche y me llegué hasta allí como una flecha y Pedro dijo que a lo mejor estabas beateando y me vine otra vez para acá, y aquí llevo alrededor de una hora esperándote.

—¿Y por qué no entraste? —le sonrió pícara.

—Ya tú sabes, señorita Amparo, que yo con los curas sólo quiero el trato justo.

—¿A qué llamas lo justo?

—Ya tú lo sabes: el bautizo, el casorio y el entierro...— y después de una risotada: —¿Sabes, señorita Amparo, que estás más guapa cada día que te veo...? ¿Quieres venir a mi casa, descansas, tomas un tentempié y charlas con Lorenza que también se alegrará de verte?

Accedió con gusto y fue verdad que Lorenza también se puso contenta al parecer y le ofreció queso que ella misma hacía con la leche de sus cabras. —"Tenemos una piara de veinte, y vino, de la cosecha de la viña de los Llanos".

—La que tú nos regalaste, señorita Amparo —aclaró Pepillo.

—Has mejorado mucho, Pepillo.

—¡Digo! Pero con mis brazos y con los de Lorenza; los dos hemos trabajado sin descanso día y noche, luego trece hijos, y conforme iban llegando los enganchábamos al carro. Cuando yo cumplí los cinco añitos me colocaron de paverillo y pasé por todos los trabajos conforme mis años y mis fuerzas, hasta que llegué a zagal en Los Claveles, ¿te acuerdas, señorita Amparo?

—Me acuerdo, me acuerdo.

—¿Te acuerdas cuando nos escapábamos a la Laguna?

—Me acuerdo...

—Tú fuiste, como en los cuentos, mi hada buena; primero me regalaste el caballo y luego la viña de Los Llanos.

—Siempre nos hemos querido como buenos hermanos —hizo una pausa, elogió el queso y el vino y ya de pie dijo —¡Cuánto me alegro de vuestro bienestar, porque os lo merecéis!.

—¿Sabes, señorita Amparo, que se chismorrea por ahí, que puedo ser alcalde del pueblo?

—¿Sí? ¡Qué bien!

—No puedo ser, señorita Amparo, yo creo que algún guasón para bromear lo ha dicho...; no puedo, porque no sé leer ni hacer la o con un canuto...

—Ni falta que te ha hecho, hombre; ahora tienes que procurar que tus hijos sepan.

—Lo que dice mi Luis: la educación vale más que el dinero. Pero yo estoy bien como estoy. No tengo más disgustos que los que me da mi hijo Luis, el tercero de los machos.

—¿Qué le ocurre...?

—Mucho y nada. Que de vez en cuando se reúne con otros que tienen una manera de pensar que no va con lo que yo pienso; son como revolucionarios; que si los señoritos; que si los caciques... ¡Me está amargando la vida y no sé qué hacer con él, porque como trabajador y decente no tiene igual, pero.. El asunto es, que como me salió listo, le dijimos al cura que aunque tuviera que ser monaguillo pero que, ¡por Dios!, lo enseñara a leer y escribir ya que los dos mayores, todavía con los huesos tiernos, tuvieron que empujar el arado y la azada.. Pues ¡velay! que el cura cumplió y por las noches ¡hala! a leer y hacer palotes, y el niño salió un Séneca y lee todo lo que cae en sus manos y se empeñó en que sus hermanos y ¡hasta sus hermanas! aprendieran y él mismo los enseñó.

—¡Qué bien! ¡Eso debe ser un orgullo para los padres!

—Hasta cierto punto, señorita Amparo, porque todo lo que lee me parece a mí que no es conveniente. ¡Mira por donde, que, en una camada de trece hijos que Dios nos ha mandado, haya salido uno marrajo...!

—No exageres, Pepillo, no exageres. Y ya sabes, que me alegro muchísimo de todo lo bueno que os pase, y que estáis muy bien...

—Pero si yo estoy muy bien como estoy: mi familia, mis finquitas y respetado por los vecinos ¿y sabes, señorita Amparo? —dilató su boca una risa socarrona— nadie me llama ya Pepillo, ahora soy José o Pepe... Los años arreglan muchas cosas —y soltando una estruendosa carcajada, continuó: y desarregla otras, y si no mira señorita Amparo, en que hemos quedado mi Lorenza y yo. Y sin embargo por ti no han pasado los años, estás como siempre, hermosa y bonita como un clavel reventón...

Quiso Pepillo acompañarla hasta el coche y ya iban caminando por la carretera, casi a la puerta de la casa de Teresa, cuando llegó hasta ellos un chicuelo gritando:

—¡Tito José..., tito José...!

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas voces?

—...que Enrique, el compadre, está peor...; que han llamado al cura...

—¡Pero si estaba hace un ratico que daba gloria verlo!

—Vete, Pepillo vete...

—No; yo te llevo hasta el coche...

—Que no, Pepillo, que no; corre a ver a tu compadre; yo quizá me quede otro rato con Teresa, que hace mucho tiempo que no nos vemos.

Y estaba en la casa de Teresa sin acertar que le podría ocurrir a la mujer que se mostraba extraña, esquivada y molesta.

—¿Y...? Señorita Amparo, usted en mi casa por gusto o por... ¿pasa algo?

—¿Y qué va a pasar, Teresa? Que he venido a la iglesia, que he estado en la casa de Pepillo y que como hace tiempo que no nos vemos...

—¡Ah, ya!... —exclamó Teresa en un tono que a Amparo le pareció que, o no se enteraba bien de lo que hablaban, o que no creía que ella pudiera estar allí por simple afecto.

Pero es que Teresa estaba llorando sin disimulo alguno.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Negaba con la cabeza sin cortar el llanto; y por fin:

—¿Desde cuándo está la señorita en Los Claveles? —preguntó.

—Llegué ayer.

—¡Ah, ya...!

Poco más hablaron; del nuevo pueblo, del tiempo, de las cosechas. Todo estaba mejorando y de eso se alegraba mucho Amparo y ya se disponía a despedirse de la anciana, cuando salió de la alcobita Araceli, muy pálida y con los ojos enrojecidos. Amparo que no la conocía, se detuvo para admirarla, ya que a pesar de la palidez y de las huellas de llanto, la chiquilla le pareció muy bonita.

—¡Qué preciosidad! ¡No sabía que tenías una nieta, Teresa!

—Por desgracia mi único hijo murió cuando todavía era un mocito; yo sólo tengo sobrinas.

Araceli sin saludar volvió groseramente la espalda y entró en el patinillo.

—Al parecer está disgustada...

—¿Lo ha notado la señora?

—Sí, Teresa, pero yo comprendo...

—¡Ah, ya!... La señora comprende; y por eso ha venido la señora a mi casa, porque comprende.

—Teresa —en tono conciliador le habló achacando a senilidad su comportamiento, que para ella no tenía otra explicación, ya que recordaba a una Teresa distinta, amable, cariñosa, agradecida, que no encajaba en aquel momento —Teresa, me he alegrado mucho de estar contigo este ratito.

—¿Y a qué, de verdad, ha entrado en esta casa la señora?

—A verte, ya te lo dije, a verte.

—¿Sí? ¿Y no ha sido el señorito Luis, su marido, que la ha mandado para olisquear?

—¿Qué dices, Teresa? —estaba extrañadísima y sin ánimo para seguir escuchando las paparruchas de la vieja, hizo intención de abrir la puerta y salir.

Se lo impidió Teresa con un gesto autoritario, mientras llamaba a la joven: —Araceli, sal, y cuéntale a la señora lo que pasó en el lagar anteanoche, anda, sal y cuenta.

Araceli no salió.

Y Amparo agarró con fuerza un brazo de la vieja y le preguntó:

—¿Qué pasó en Los Claveles?... ¡Habla!

Temblona y vacilante habló Teresa:

—...que el señorito Luis abusó de mi niña y ahora la manda a usted para poner paños calientes...— y agregó, ya serena y solemne: —La honra no se devuelve con dinero... Aquí está usted de más, señora— y le señalaba la salida con una actitud tragicómica.

¿Cómo pudo llegar la señora hasta el coche que la esperaba junto al chaparro grande? La ira, la vergüenza, el oprobio llenaban todo su ser. Andaba como sonámbula, tropezaba con las piedras, que a tramos de la

carretera estaban sueltas y agresivas; fatigada, como si estuviera subiendo una escalera muy pina; podría ahogarse si no parara unos segundos para respirar con fuerza; y sentía calor por el esfuerzo físico, y frío, un frío glacial, por las palabras de Teresa, por el orgullo justificado de Teresa, por el desprecio de Teresa. No podía pensar en Luis, porque el escándalo de Luis era uno más entre tantos; sólo pensaba en ella misma con bochorno, como si la hubieran pisoteado con saña.

Pedro, el cochero, se alarmó —¿Qué le pasa, señora? ¿Se ha puesto enferma? ¿La llevo al Lagar y me alargó a Aguilar por el médico?

—Llévame... —no le salían más palabras.

—¿Paramos en Los Claveles y recogemos al señorito?... —mientras, la ayudaba a subir al coche y la acomodaba con los cojines.

—A Aguilar directamente, Pedro.

—¿Pero qué pasa en esta casa? —así entró Pepillo en la del enfermo y sin esperar, subió la escalera para ver y estar con su compadre. Le parecía raro el que unas horas antes estuvieran tan tranquilos todos y de pronto ¡zás! hasta tener que llamar al cura, que muy mal tiene que estar, para llamarlo.

En la antesala se encontraba Juana, la comadre, hechita un mar de lágrimas; al verlo intensificó el llanto.

—Dentro está con él don Emilio el cura... ¡pobretico mío! ¡quién lo iba a decir hace un rato, que estábais los dos contando chistes y riendo...!

—¿Y el médico? ¿Habéis llamado al médico?

—Lo hemos llamado, pero no está en la casa donde para cuando viene y estamos locos buscándolo.

Salía el cura de la alcoba y quiso consolar a los presentes con unas palabras.

—¿Le dará usted los santos óleos?

—Ya se los di la otra vez; pero sí, le daré la extremaunción y vivirá unos añitos más, ya lo veréis...

—¡Ay, Dios le oiga!

Al entrar Pepillo en la alcoba, dijo: —¡Compadre, que estas bromas son muy pesadas...

Quiso sonreír el enfermo y sólo hizo una mueca muy triste.

—Este año, no sembraré yo el trigo, compadre, ni recogeré la aceituna...

El compadre Pepillo estaba distraído mirando la carretera de Aguilar a través de los cristales de la ventana. ¿Era la señorita Amparo la que iba andando por ella? Aunque no se distinguía bien desde allí, era ella, porque nadie más que ella, andaba tan derecha y con tanto garbo; que los años la iban perfeccionando; cada vez más guapa. ¡Cuándo él cantaba aquello de "la hija del amo quién la cogiera..." ¡qué felices habían sido los dos!

—Ya está el médico aquí; salieron todos de la alcoba menos Juana y su hija.

La casa se había llenado de gente; el patio, la sala, la escalera.

—Vienen a grajear —dijo alguien de la familia, cerca de José, y este confirmó:

—Parece que huelen...— se le humedecieron los ojos y se retiró a la ventana desde donde también se veía la carretera. Se enjugó una lágrima que le corría por la mejilla y miró nuevamente; ya habría llegado al chaparral porque el coche se había puesto en movimiento.

—José...

Se volvió sorprendido al escuchar la voz de su mujer.

—José ¿qué le pasa al compadre?

—¿Cómo te has enterado, Lorenza?

—Han ido a llamarme —y mientras contestaba, no dejaba de mirar a la carretera y comprobar que aquella figura de mujer y aquel coche que se ponía en marcha, era de la señorita.

Y el médico al salir de la alcoba tranquilizó a todos.

—...una falsa alarma; tenemos compadre para mucho tiempo.

Y Pepillo mirando con sorna a la escalera abarrotada de curiosos dijo:

—Se quedan los grajos sin presa...

Y así entre bromas y suspiros pasaron la tarde y parte de la noche.

—Yo me quedaría aquí con la familia hasta que amaneciera...

—No, José, no...; tienes que descansar y ya es muy tarde.

Cierto que era muy tarde: ya habían cantado los gallos en los corrales más de una vez y las estrellas lucían todas como luceros y hasta la luna brillaba.

Cuando llegó a su casa, todos estaban acostados. Entró en la cocina a beber agua porque le quemaba el cuerpo como si tuviese calentura; el gato se desenroscó y miró a José con sus ojos acerados; también lo miró el perro que se había levantado en señal de respeto y movía el rabo en señal de cariño.

—¡Lorenza, Lorenza...! ¿estás despierta? —preguntaba a la esposa mientras palpaba su cuerpo por encima de la sábana.

El cuerpo de Lorenza todo de hueso; la cara de Lorenza escondida bajo la almohada; el pecho de Lorenza, dos pliegues aplastados y dos botones enanos.

—¡Lorenza... Lorenza, despierta! —él la necesitaba por el imperio de su carne alborotada —¿qué te pasa, Lorenza, por qué lloras...? —le daba a la perilla de la luz para encenderla.

¡Pobre Lorenza! A la luz daban ganas de cerrar los ojos para no verla: desgreñada, enrojecidos los párpados, hinchada la desdentada boca; sin embargo el hombre sólo atendía a las exigencias de su instinto.

Lorenza saltó de la cama: —No, José, no; ya no aguanto más...

—¿Qué te pasa Lorenza?

—Que ya no aguanto más, José. Que yo sabía que tú ibas a querer esto... porque siempre me buscas cuando la ves a ella o te enteras que ella está en Los Claveles; que hace mucho tiempo que lo vengo sospechando, desde que nació el segundo niño...

—¡Lorenza...!

—No, no hables, deja que lo haga yo sola y me desahogue. Son muchos años callada y me estoy pudriendo por dentro desde que me di cuenta... ¡qué tonta creyéndome que eran regalos, el caballo y la viña! Nadie hace esa clase de regalos. Eran el pago al placer que recibía de ti.

—Lorenza, te juro...

—No jures; estoy diciéndote la verdad y te duele; lo he sabido y no quería creermelo y me buscaba ideas y casos para encontrar que todo era imaginado; entonces yo era joven y apetitosa, te podía entregar mi cuerpo

para gozar los dos y cuando me entraban las dudas, con solo mirar mis caderas, mis pechos, mis piernas, me tranquilizaba. Pero ahora... —sollozaba cubriéndose la cara con las manos.

Quiso él tocarle los hombros.

—No me toques. Si tenía dudas, ya no las tengo, ¡cómo la mirabas esta mañana! ¡y qué tristeza tenían tus ojos cuando estabas mirando por la carretera y se te quitó de la vista el coche donde ella iba...! Y ahora, ahora... No José, no. Desde ahora se ha terminado el que yo te sirva de plato de segunda mesa.

Algunos días mejor que no amanecieran.

Aquella mañana se le había juntado a Pepillo un revoleo de cosas que lo traían loco. Primero, que no pegó los ojos en toda la noche, que se había acostado en el suelo sobre una manta y le dolía todo el cuerpo como si lo hubieran apaleado. Que Lorenza no quiso levantarse. Que contra de lo que se esperaba el compadre había empeorado, según el recado que le acababan de dar. Y por último, que Luis, el hijo que leía y escribía como un maestro de escuela y que entendía de leyes más que un abogado, se había presentado en la casa cuando empezaba a amanecer.

—¿Vienes de niñas? —le preguntó serio.

El hijo arrugó el entrecejo y le dijo confidencial:

—Hemos estado unos cuantos hablando en la casilla vacía de peones camineros...

—¿Hablando de qué?

—De cosas.

—¿De qué cosas?

—Que habrá que hacer algo. No nos gusta el alcalde que nos han puesto, con Ramón todo va a seguir igual, nos seguirán chupando la sangre a los pobres...

—Tú no eres pobre, porque yo, tu padre, soy uno de los mayores contribuyentes, y tú sabes que lo que tenemos, lo hemos sudado yo, tu madre y tus hermanos.

—Pero no te ofusques; nosotros somos, tú sabes como somos, que no abusamos de los jornaleros cuando hemos tenido que acudir a alguno por mor

de las buenas cosechas, pero tú mismo ¡acuérdate! con los huesos tiernos entraste en Los Claveles a servir a un amo, y no saques a colación el caballo y la viña...

Pepillo enrojeció como una doncella.

—...porque el regalo era para acallar la conciencia. Por cierto que el Manolón, el del bizco, trabaja en Los Claveles y dice que anteanoche le llevaron una mocita al señorito... ¡el cabrón sinvergüenza!

—¿Se sabe quién es ella?

—Se sabrá, ya lo averiguaremos y le daremos a él su merecido.

—¿Y si ella fue conforme?

—Lo averiguaremos... ¡Esos ricachones holgazanes sólo piensan en el vicio!

Mientras Luis preparaba la candela para el desayuno preguntó:

—¿Qué le pasa a mi madre que no ha bajado todavía?

—Duerme... Anoche con lo del compadre... Y volviendo a lo de antes, Luis, vas por mala vereda, ni tú ni tus amigos vais a arreglar el mundo, y tened mucho cuidado que sé de muy buena tinta que Ramón el de la Huerta de los Granados, el alcalde, quiere traer aquí dos o tres parejas de Guardia Civil.

A poco se le cae el puchero del café al ir a colocarlo en la trébede, se volvió indignado y dijo lleno de rabia:

—¿Serán capaces de traer a la Guardia Civil antes que maestros, médico y boticario? ¿Es que vamos a estar peor que antes? ¿Es esto un pueblo o un infierno?

—Bueno, párate Luis, párate, demos tiempo a que las cosas vengán como debe ser. En Moriles tendremos escuelas, botica, médico y cuartel de la Guardia Civil, porque la necesitamos y tú lo sabes mejor que nadie. ¿No has visto desde el candeicho como nos robaban más de una vez canastas y canastas de uvas...?

Agachó Luis la cabeza y no contestó.

Y el padre seguía pensando en que algunos días, mejor no amanecieran. ¿Qué iba a pasar ahora con Lorenza? ¿Qué se le había metido en la cabeza y cuántos años disimulando? Ahora resultaba que no conocía a su mujer; que

él la creyó sin dobleces y sin recovecos y tiene gatitos en la barriga; ¡años disimulando y él en el limbo! Que el caballo y la viña fue en pago, ¿en pago de qué? ¡Si el trato con la señorita Amparo había sido siempre tan limpio como el de dos hermanos! Si él no pensó jamás en ella como mujer. Si la tiene en los altares... Nunca la vio como mujer. Nunca pensó... ¿Qué no pensó? Bueno, lo natural, pero se daba cuenta de que ella no reparaba en él como hombre... ¡Y vaya, que fue un macho de una vez! y ella sin darse cuenta... Algunas malas noches pasó con los sueños locos... Y hasta sufrió de celos y hasta lloró como lloran los niños cuando cogen una rabieta...; más de una rabieta cogió el...

—Padre ¿le frío pan?

—Sí.

Y seguía con sus pensamientos; aquellos que tenía ocultos, como enterrados; más de una rabieta. "La señorita se casa" ...Desde que lo supo empezó a odiar al novio que se la iba a llevar porque tenía mucho caudal y era un señorito. Le dio rabia entonces y ahora; antes, porque no podía compararse su hombría con la suya; el amo de Los Tueros era bajito, el pelo clarucho y los ojos globosos, pero tenía caballos, olivos y muchísimos reales, y también tenía las manos grandes y magras y se le alteraban a él los nervios cuando imaginaba que aquellas manos mantecosas pasarían por el cuerpo divino de la señorita y no las suyas duras y callosas pero que se harían suavitas como la seda al acariciar su cuerpo; ¡su cuerpo! Lo vio una vez, cuando volcó la barca y el agua le pegó el finísimo vestido a sus carnes... Y si entonces pudo resistir...; el novio le echó su chaqueta por los hombros, pero sus pechos levantaban la tela trasparente y le parecieron dos membrillos de cera... ¡cómo sufrió teniéndola tan cerca!..

—¿Quiere más pan frito?

—No, no.

Y continuó su pensamiento arrancando recuerdos de escenas que hacían latir su corazón con apresuramientos insospechados. Si nunca tuvo con la señorita la más mínima confianza como hombre, ¿cómo la Lorenza adivinó lo que ni él mismo barruntara? Enamorado de la señorita y ahora se enteraba él, ¡a buena hora! ¡cuando no hay de qué echar mano! ¡cuando se va uno desprendiendo de todos sus dones! De todos, no. De todos no. De lo principal no. Que ya no anda uno tan erguido y pincho, que ya le cuesta a uno trabajo trabajar; que la frente se le agranda por lo de las entradas pelonas, pero todavía tiene la cabeza bien cubierta y no le falta ni un solo hueso de la

boca... En cambio a Lorenza ¡pobretica! con lo hermosa que fue, lo rebonita, con aquel agrado y aquella sonrisita y aquel cuerpo tan bien hecho..., y ahora... Claro, ella se compara con la señorita y sale perdiendo. Pero él no le ha faltado nada más que con el pensamiento y eso sin darse cuenta...

—Padre, ¿le pasa algo?

—Tu madre...

—¿Qué le pasa a mi madre?

—Cosas de mujeres, nada, no te alarmes.

—Pero, está usted preocupado...

—Estoy preocupado, sí, pero es por el compadre que a vuelto atrás. Ahora voy a llegarme a la casa...

Y volvía a lo mismo: algunos días era mejor no amaneciera. ¿En qué pararía lo de Lorenza, lo del hijo con su política revolucionaria y el descubrimiento de su asunto con la señorita Amparo? Que algunos días era mejor que no amaneciera. ¿Y qué tenía de culpa el día para no quererlo vivir?

La casa del enfermo parecía la de un difunto; llena hasta la puerta y hasta la acera de la calle; dio una carrerilla presintiendo lo peor.

—¿Qué, qué...?

Se tranquilizó cuando pudo entrar en la alcoba y ver al enfermo reclinado en la almohada, sorbiendo café con leche en un tazón frailuno que sostenía con sus propias manos.

—¡Compadre, que nos metes cada susto!

Y el enfermo, haciéndose perdonar, echó la culpa a su mujer y a su suegra —"La gana que tienen"— y se reía socarrón —que me desperté y suspiré ¡¡Ay...!! y se pusieron la dos de pie asustadas, acercaron la vela y cuando me vieron la cara tan pajiza, se dijeron —"Ya llegó"— y les faltó tiempo para poner en pie a todo el vecindario, y otra vez el cura, el médico y por poquillo no me traen la caja y el enterrador, y yo lo que tengo compadre José, es hambre, y necesidad de que me dé el sol, y resulta que el mediquito me ha puesto a dieta de agua..., sí, sí, dos días a agua, y si no me tomo este café con leche, me muero...— le entregó el tazón a la mujer, agotado su contenido, acomodóse mejor en las almohadas, continuó un supremo placer —Y ahora, compadre, con un buen regüeldo, a vivir.

Un poquito desilusionado el vecindario que había acudido a grajear, se disolvió. Pepillo paseaba la habitación esperando que el compadre eructara; les dijo a las mujeres que él quedaría cuidando del enfermo para que ellas descansasen. Y así fue como se encontró sentado en el sillón de brazos junto a la ventana, cuando el compadre satisfecho el estómago, entornó los ojos y a poquito su ronquido era como si un hermoso moscardón estuviese buscando su apareamiento en la sala.

¡Si Pepillo pudiera dormir! Pero justamente desde el lugar donde estaba sentado se divisaba perfectamente la carretera de Aguilar y el chaparral y ¡qué iluso!, miró ávidamente buscando la silueta de la señorita y el coche; otra vez aquellos pensamientos que le torturaban volvieron a adueñarse de su voluntad; pero es que la voluntad de Pepillo era la de pensar en ella buscando detalles, situaciones, palabras que le hubiesen abierto los ojos a la Lorenza, y no encontraba nada; de nada tenía que reprocharse, todo eran figuraciones de su mujer. Verdad era que él buscaba a Lorenza coincidiendo con las temporadas que los señores venían a Los Claveles, pero también la buscaba cuando ellos no estaban. Lo otro era pura casualidad ¡Cómo afinaba la Lorenza y cuántos años amolando, llevando la cuenta y sin chistar...! La pobretica tiene que sufrir mucho.

¿Y si él...? ¡Ni pensarlo!

¿Y por qué no ha de pensarlo? ¿Por qué no podía él disfrutar con el pensamiento a la señorita Amparo?

—¿José, duerme el compadre?

Se sobresaltó cuando sintió en el hombro la mano del que preguntaba.

—Como está tranquilo podríamos sentarnos allí en la antesala.

A la antesala fueron, pero antes Pepillo echó otra ojeada a la ventana.

—¡Buena vista! —oteaba el otro —se ve la casa de Teresa la del Joyo, la carretera, los chaparros...

En la antesala se había formado un corrillo que hablaban en voz baja.

—¿Qué noticias corren por Los Zapateros?

—Por Los Zapateros no corre ni el aire, querrías decir por Moriles.

—Pues por Moriles, ¡a qué vamos a discutir!

—Noticias, pocas; que Fonso, el que toca la guitarra salió de casa de su madre hace dos o tres noches y no ha vuelto y no se sabe dónde puede estar...

—¡Bah, de juerga con los señoritos...!

—Noticias pocas, pero sabrosas: que a don Luis el amo de Los Claveles, le llevaron la otra noche una mocita por mil pesetas.

—¡¡Mil pesetas...!!

—...y se chismorrea, que, la mocita que ya no es, vive aquí en Moriles. Como si hubiera estallado una bomba en el corro.

El narrador se envalentonó: —El Manolón, que trabaja allí, es el enterado. Y por noticias no os afanéis que ellas se harán viejas y las sabréis, como dice la copla.

Y Pepillo, ajeno a lo que seguían los demás comentando, sólo pensaba en el comportamiento del amo de Los Claveles, ¡despreciar a una mujer como la señorita Amparo, con otras mujeres y hasta con otros hombres...! ¡Cómo la hubiera adorado él!

¡Y qué día! Algunos no debían amanecer.

Flota en el aire una inquietud. El cielo que vigila el Cortijo Moreno amenaza tormenta. Se ennegrece la tarde. Los animales presienten algo anormal: gruñen los cerdos; cocean las bestias; se asombra el gallo porque sus gallinas buscan, inquietas y afanosas, sitios para recogerse; topan las cabras la pared del cobertizo y riegan el suelo de cagarrutitas negras; el gato no encuentra buen sitio para su descanso y sus bigotes se afilan en un vaivén que sólo se advierte por el mohín femenino del hociquito; la perra no ladra, endereza las orejas y husmea el viento; de pronto sale a la explanada ladrando fieramente y de la casa sale el dueño —Ramón, el flamante alcalde del flamante pueblo.

—¡Aquí, China! —ordena a la perra, que, obedece rápida sin dejar de obsevar a los visitantes. —¡Buenas tardes, señores!

—Que Dios le guarde, don Ramón —contesta, de los dos, el que parece de más edad.

A Ramón le ha crecido la vanidad al oír el tratamiento.

Los llegados son una pareja de la Guardia Civil a caballo.

Acomodaron a los caballos en la cuadra y acomodáronse los hombres en sendos sillones de brazos alrededor de una mesa en el centro de la estancia.

La inquietud de los animales era cada vez mayor: el gato encrespó su lomo y a la perra le temblaban las tetillas.

—¡Tenemos la tormenta encima!

—Sí, cabo —afirmó Ramón —tendrán ustedes que hacer noche aquí... —y amplió con orgullo de amo: —En la Huerta de los Granados sobran habitaciones y camas...

La pareja pareció satisfecha con el ofrecimiento y Ramón empezó a dar órdenes a Dolores, la moza de confianza que no podía disimular su miedo al oír el primer trueno: que no moleste nadie, ni los dos niños que andaban jugando con los bolindres, ni la señora que con la tormenta se pondría más nerviosa e impertinente, ni los jornaleros debían salir de la cocina. Y más: una botella de vino, vasos y empapantes "pero que el queso sea del que está en la quesera metido en aceite, y el jamón del que se reserva para él solamente y el pan del amasijo del día, sin olvidar las aceitunas".

—...yo, cabo, como alcalde que soy, tengo que hacer las cosas no como yo quiera, sino como deben hacerse, aunque a uno le duela, como en el caso que nos ocupa...

—Estamos a sus órdenes, don Ramón.

—Lo sé, lo sé. En Moriles tendremos pronto un cuartel con capacidad por lo menos para tres parejas, esto ya está concedido y ahora depende del Ayuntamiento el procurar la casa para el cuartel.

—¡Ojalá me destinen a mí aquí!

—Y a mí.

—Haré lo que pueda para que los jefes les den a ustedes gusto en eso... Lo que pasa en Moriles es, que no podemos esperar porque necesitamos la vigilancia, la corrección y el escarmiento de los sinvergüenzas...

—Hasta ahora por estos pagos no ha habido delitos.

—¡Roban uvas! —lo dijo en un tono que sobresaltó a la pareja que a la vez comprendieron el talante del alcalde.

—Unos racimillos...

—¡Y canastos enteros que llenan en las viñas y hasta en los lagares y hay que acabar con los ladrones! Pero dejemos eso para otra ocasión y hablemos del asunto que me ha hecho llamarlos.

—Usted dirá —un trago, una loncha de jamón y una sonrisa de estómago agradecido que completó: —usted dirá, don Ramón.

Y don Ramón dijo:

—La justicia es la regla que yo voy a seguir mientras lleve. No quiero ladrones en el pueblo y empezaré por mi propia familia...

Cuatro cejas se juntaron formando unas paralelas a la recta marcada en las frentes por los tricornos.

—Sí, no asombrarse. El mayor de esta casa, diecisiete años, a quien no quiero llamar hijo porque me avergüenza, me ha robado un fajo de billetes, setecientas pesetas que importó la venta de parte de la cosecha...; a ese mozalbete, que se llama Diego, hay que meterlo en la cárcel de Aguilar de la Frontera.

La pareja había dejado de comer y escuchaban sin atreverse a hacer una interrupción, un gesto, ni el más leve movimiento a pesar de que la tormenta se desahogaba siniestramente y de que se oía a la moza decir en la habitación contigua, en voz alta y trémula: "¡Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal! ¡Libranos Señor de..."

—...se ha escapado de la casa, se ha ido del pueblo. No sabemos por donde anda y lo peor es que lo han visto en compañía de un criminal que todavía anda suelto. A los dos los quiero en la cárcel, a los dos hay que darles una buena paliza...

—Pero, don Ramón, a su hijo...

—¡He dicho que no quiero llamarle hijo! El que la hace, la paga ¿estamos, cabo?

—Sí...; y a lo mejor ha gastado ya parte del dinero...

—No. Las setecientas pesetas las tengo enteras en mi poder, gracias a don Emilio, el cura, y él sabrá como llegaron a sus manos.

—Entonces...

—Entonces merece la cárcel por ladrón. Tienen ustedes que encontrarlos y encerrarlos y no me lo vayan a traer aquí porque no quiero ni verlo ni oírlo. Y la buena paliza al niño y al otro, al criminal, al que mató a mi cuñado Diego en Viña Alta...

—¿El Tole...?

—Sí, el Tole, cabo. Los dos andan sueltos y tal vez se unan a ellos otros, y tal vez hasta formen una partida como la del Vivillo o el Bizco... y eso no se puede consentir.

—No creo yo que un hombre y un muchacho puedan ser peligrosos.

—Pero, cabo ¿quiere usted de una vez venirse a razones?

Un espantoso trueno seguido instantáneamente por un relámpago puso pavor en la casa; desde allí se sintieron las coces de las bestias en la cuadra y un aullido, más que grito, procedente de las habitaciones del piso alto, seguido de una horrrisona carcajada, y la implorante voz de la moza: "Santo Dios, Santo fuerte..."

Ramón dio un fuerte golpe en la mesa; se volcaron los vasos, vaciló la botella, cambiaron de sitio los platos y se irguieron los guardias.

—...Que no son ellos solos; que han salido no sabemos de donde, como los sapitos cuando llueve, unos ñiñatos a quienes hay que vigilar y atarlos corto. Le dire los cuatro principales: el Fonso, un guitarrista que falta de su casa desde hace unos días; Frasquito el de la viuda, el hermano de la Araceli, una mocita que canta flamenco; Luis el de Pepillo, y un tal Manolón que trabaja en Los Claveles.

—¿De qué se les acusa, don Ramón?

Aquí un taco más potente que el trueno que sonaba en aquel instante y más que el relámpago que cegó a la pareja y a él mismo.

—No hay que esperar a que hagan algo. Yo sé que van a hacer...

—"¡Santo Dios! ¡San..."

—...¡¡Dolores!!... te callas tus simplezas o entro y te dejo muda para toda tu cochina vida.

Arriba unas espeluznantes carcajadas y el llanto aterrorizado de un niño.

—...y no hablemos más. Antes de que amanezca saldrán ustedes por el Tole y el ñiñato; el palizón y a la cárcel; los acuso yo, a uno, de ladrón y de encubridor al otro; ¡carne de bandoleros!...

Cuando amainó la tormenta también amainó Ramón. El sosiego parecía poder reinar por mucho rato, ya que el niño no lloraba y que las carcajadas histéricas de la madre se oían con intervalos cada vez más espaciados.

Dolores salió de lo que en la casa llamaban oratorio: una estrecha habitación con visos de despensa, una mesita cubierta con un paño blanco

orlado de encaje que en un tiempo hizo la señora madre, unos candelabros de metal fabricados en Lucena, una cruz de madera sosteniendo con clavos de oro un Cristo de marfil, un reclinatorio y una luz-mariposa siempre encendida. De allí salió Dolores y se acercó a la mesa para recibir órdenes del amo.

—Sube, acuesta a los niños y haz que mi mujer se duerma de una vez.

Dolores, una moza de confianza al servicio de la casa donde entró al cumplir los quince años, era ya madura, hermosa y fina, conservando su empaque de hembra brava y altiva. El guardia joven al mirarla deseó su presencia y su cercanía: la mujer le dejó al pasar, casi rozándole la falda, un aroma extraño a cera y jazmines.

Continuaron hablando, insistiendo siempre Ramón en el peligro que vislumbraba en el Tole y en el muchacho cuando se unieran en camaradería con los cuatro tipejos que pretendían alterar la calma del pueblo.

Los jornaleros, que habían permanecido en la cocina, se presentaron para saber qué faenas se harían al día siguiente; Ramón dirigía personalmente la hacienda y dispuso el laboreo; luego se personó en las cuadras, revisó las puertas y llevó a la pareja a las habitaciones que habían de ocupar en el piso alto.

—Esta, para usted, cabo. Aquí dormía mi cuñado Diego, iba para cura, por eso hay tantos libros en estos libreros, para cura, pero se metió por enmedio una hembra y colgó la sotana antes de ponérsela... ¿Le pasa a usted algo, cabo? —le preguntó alarmado.

—Es que, don Ramón, tendría que dar de cuerpo o reviento...

—¿No será por la tormenta...?

Se rió el joven. A Dolores le gustó la blanca dentadura y maquinó delicias.

—A mí no me asustan las tormentas ni le temo a los rayos, pero el cuerpo tiene unas ocurrencias...— y haciendo muecas y contorsiones añadió: ¡Don Ramón de mi alma!

Todos se refán. Dolores le entregó un candil encendido, para que saliera al corral a quedarse tranquilo.

—¡Cuidado con los charcos...! —le aconsejó.

—Son cosas naturales, pero da la casualidad que aquí nos venimos apañando con el corral y las cuadras, cuando están vacías. En la casa del

pueblo, la que merqué a María la Tuerta, lo primero que voy a hacer es un excusado. Bueno, guardia, lo voy a llevar a su cuarto. ¡Dolores! —llamó — tráete una palmatoria— luego preguntó son sorna: —¿Necesita usted acompañar en la faena al cabo?

—No. Lo que le agradezco mucho a usted es que nos haya puesto separados porque cuando en ocasiones nos juntan, no puedo pegar un ojo ya que sus ronquidos son truenos como los de la tormenta de esta noche.

—El cuarto no es muy allá, que digamos y está en la otra punta de la casa, pero en cambio la cama es ancha y tierna. Que usted descanse.

—Buenas noches don Ramón.

Aunque el gallo cante las horas pregonando a los cuatro vientos su monarquía y celo, aunque la perra dé un gañido cuando cree sentir pasos extraños, el silencio en la finca es casi absoluto.

Casi.

El cabo había entrado en el corral sin hacer ruido y las gallinas, acostumbradas a esas visitas, apenas se alteraron; el candil fue colgado en un rincón aparente, al abrigo de soplos de aire y de lluvias; el cabo pudo por fin suspirar de satisfacción y se aseó lo mejor que pudo. Al ir a recoger el candil le pareció que alguien cuchicheaba por allí cerca. Justo. Hablaban en la cuadra los dos muleros; puso atención; las voces eran muy quedas pero su oído seguía siendo finísimo. Decían: "¿Dónde fue la reunión?" —En la casilla de peones camineros que está vacía, entramos saltando la tapia del corralillo...; al amanecer salimos de allí", —"¿Me admitirán a mí?" —Depende de quien dé su cara por ti..." —"¿Cuándo será eso?" —"Yo te avisaré, y mientras, a decir a todo "lo que usted mande, Ramón o don Ramón que es lo que le gusta que lo llamen..."

El cabo dijo para sí: "Los tienes dentro, Ramoncete".

Cerró con cuidado la puerta y subió al cuarto que le habían destinado. ¡Hermoso cuarto! ¡Se cuidaba bien el que iba para cura! ¡Buena cama! ¡Lástima que su mujer no lo acompañara! Ella en el cuartel, con los cuatro niños, dormiría a pierna suelta, sin molestias de ronquidos; y él, a roncar a gusto. Buena cena. Mal carácter el del alcalde que debe tener tripitas negras al pedirle que haga eso con el hijo... ¡con lo que se quiere a un hijo!

El cabo cruza beatíficamente sus manos sobre la panza, reposada tras el gorgoteo y las impacencias de las sufridas tripas. Las manos cruzadas, los

ojos cerrados, la boca entreabierta por una sonrisa... ¡qué bien, dormirse mientras le parece ver alrededor de la cama a los cuatro angelotes que le llaman papá y a quienes quiere más que a su vida!

Duermen los dos niños de la casa. Duermen los amos de la casa, cada uno en cuartos distintos pero contiguos.

No duerme Dolores. A ella le cuesta quedar dormida aunque sean muchas las horas de trabajo y de vigilia. En la mesita cercana a la cama, la mariposa encendida y jazmines esparcidos en el tablero, para ahuyentar posibles mosquitos; no necesita más luz para hacer sus abluciones nocturnas y diarias; se despoja de toda su ropa; se lava y perfuma el cuerpo con sabiduría antigua; suelta el moño y queda la trenza volcada en su pecho; por los hombros el mantón de terciopelo y flecos que ella ocultó cuando fueron quemadas las ropas de la señora madre, que murió tísica; los pies también desnudos; cruza las habitaciones y el pasillo; empuja la puerta.

No se sorprende el guardia porque el olor de la hembra se había hecho heraldo.

—¿Quieres que me quede contigo?

Contestó él con sonido animal de su garganta.

—¿Cómo te llamas?

—Cristóbal. Cristóbal Ruiz. Soy el guardia Ruiz.

—Yo Dolores.

Jugaron sin torpeza, sin titubeos, locamente, bestialmente y cuando entraron en quietud los cuerpos, iniciaron una conversación, porque a Dolores, siempre al satisfacer sus instintos, le asaltaba una ternura que ningún hombre pudo nunca sospechar en ella; sentíase madre y niña y acariciaba al macho de turno, con suavidad y delicadeza.

—Me gustaría que hubieras nacido de mí...

—Oye, tú y el amo...

—No. Nunca me ha dicho nada y a mí no me gusta y me doy de balde a cualquiera, a él ni forrado en oro. Es malo... —se incorporó en la cama presa de inquietud —Oye, no le haréis nada, no hacerle caso a Ramón... No tocarle al niño... ¿Sabes? El niño es hijo de su mujer y del Tole, él se ha enterado de eso hace unos días y siente el ridículo de saberse que lo han engañado y que lo sabe todo el mundo... Cristóbal ¡por tu salud! no le

peguéis a ninguno, no meterlos en la cárcel... Te juro que el Tole es inocente del crimen que le achacan, y Dieguito tuvo un mal pensamiento cuando se enteró de que el Ramón no es su padre, tomó el dinero, pero lo devolvió el mismo día... Júrame que le contarás esto al cabo. Mira, Cristóbal, si encuentras a Dieguito dile que venga aquí con su madre, conmigo...

—¿También con el niño...?

Se ofendió Dolores.

—A Dieguito lo quiero más que a las niñas de mis ojos, lo he visto nacer y he sufrido el despego de su madre. ¡Es el hijo que no podré tener nunca!

—¿Lloras, mujer?

—Por eso, porque ningún hombre ha podido darme un hijo, y ya es tarde.

El guardia Ruiz la tomó la trenza, se la besó y mezcló la suavidad de ella, con los agresivos vellos de su pecho.

Araceli llevaba más de cinco días sin salir a la calle ni siquiera asomarse a la puerta, y la madre empezó a preocuparse, por lo que fue a verla.

—Tendrá que venir el médico... ¿tú has ido por la Laguna Grande por casualidad?, porque a lo mejor te han picado los mosquitos y lo que tienes es sisiones... ¿te da calentura? ¡Lo que me faltaba es que las hayas cogido! ¿Qué te duele?

Como la mocita no contestaba, intervino Teresa:

—¿Cómo va a tener sisiones, si ella ni siquiera ha visto la Laguna desde lejos...? Se queja de dolores aquí —se puso la mano en la nunca— en el cerebro y solamente en la cama parece sentir alivio.

—Pues si se pone peor habrá que llamar al médico.

—Mira, que no hay que andar con prisas, esperemos un tiempo y ya resollará por alguna parte y sabremos cuál es el padecimiento...

—Es que no está una nunca tranquila, todo es quebraderos de cabeza... Y con lo de anoche...

—¿Qué pasó anoche?

—¡Un susto tremendo! Ya estábamos acostados cuando llamaron a la puerta y la abrí de par en par... ¡madre mía, la Guardia Civil! A pesar de los tricornios que dan respeto yo estaba tranquila porque tenía a todos recogidos y pensé que venían a preguntarme algo que yo pudiera saber, "¿Qué se les ofrece?" —"¿Vive aquí Francisco López Márquez?" —"Sí...". Menos mal que estaba acostado si no hubiera creído que se había peleado o que le hubiera pasado algo... ¡Qué sé yo! Como ahora le ha dado por ir de vez en cuando a la Laguna Grande a cazar patos y allí han ocurrido tantas desgracias... —"Sí, señor, aquí vive, es mi hijo mayor" —"¿Y sabe usted dónde está?" —"sí señor, durmiendo en un catre con el hermanillo, ¿quiéren ustedes verlo?". Y como se metieron en la sala, lo llamé: "¡Frasquito...!, que pregunta por ti la Guardia Civil". —Mi Frasquito se echó de la cama restregándose los ojos y en calzoncillos, les preguntó —"¿Qué quieren ustedes" —Y ellos: —"Nada. Saber que no estás en la casilla de peones camineros". —"¿Y por qué iba a estar allí?" —"¡Ah, eso tú sabrás...! Puedes acostarte otra vez, si quieres... y ten en cuenta que vigilamos". Se fueron, pero figúrate lo que me entró por el cuerpo..., no he pegado un ojo en toda la noche.

—¿Y qué dice Frasquito?

—¡Yo no lo entiendo! Me estoy volviendo loca de preocupaciones. Dice lo de siempre: que no hay derecho a trabajar como bestias y que pronto llegará el día en que se puedan reunir en un centro sin que los persiga la Guardia Civil. De verdad, que estoy arrepentida de haberle consentido que aprendiera a leer, ¡qué tranquilos estaríamos!

—Entonces, lo que se deja entender de lo que me has contado, es que la Guardia Civil le ha puesto los puntos a Frasquito y que ya está señalado y que los propietarios no querrán darle trabajo...

—Eso, eso... Así que, entre lo de mi Frasquito y los males de mi Araceli, estoy aviada.

Cuando se desahogó se fue, encargando nuevamente que el médico tenía que visitar a la niña, y que ella prepararía los tres reales que llevaba por ver al enfermo la primera vez...

En la casa, Teresa y la mocita, quedaron silenciosas; la joven limpiando, la vieja preparando el almuerzo.

Poco comieron, por la preocupación Teresa, y Araceli por un dolor sordo que iba sintiendo y que la llenó de inquietud y de esperanza... ¡si fuera verdad!

Y fue verdad. Se había levantado y salía al patio para volver al instante dando un grito de alegría:

—¡Tita abuela, que no estoy preñada!

—¡Ay! —suspiró la vieja juntando sus manos y mirando al techo — ¡Ay, menos mal! ¡Gracias a Dios!

Fue aquella demostración de alegría tan grande, tan inesperada, tan colorista y eficaz como el arco iris alejando nubarrones. Recogió Teresa los restos del almuerzo que no llegaron a consumir y preparó sendos vasos de café como el más exquisito postre. Saltaba de contento la mocita y chuleó cantando por soleares:

*Tienes cuerpo de chiquilla,
y carita de mujer
llenita de picardía.*

¡Ay, tita abuela!... —y la zarandeaba por los hombros —que no me ha pasado nada, que ya puedo salir a la calle, que...

—¡Qué estás loca de atar! —contestó de mal humor la anciana zafándose de ella.

Lo creía de veras. Aquella chiquilla no estaba en sus cabales. Comprendía su contento al comprobar que no estaba embarazada, pero no le gustaba el asunto. Se estaba preparando para salir.

—¿A dónde vas?

—Voy a ver a Bibiana. Y saldré saltando por la bardilla del patio, el Pacorro está sentado en el rebate y me da susto...

—Susto, el que yo tengo... Tan loca estás tú como el Pacorro.

Verdaderamente como una loca iba por la calle, sin obsevar que tras los ventanucos la miraban las vecinas y se decían entre ellas: "¡Tan fresca! ¡Cómo si nada hubiera pasado!" —"Pero, ¿pasó algo?" —"Pasaría porque dice..." —"Dicen..." —"Dicen..." —"Dicen..."

—Bibiana.

—Araceli, me alegro de verte buena... Ya pasó todo ¿no?

—Sí, un cólico más grande que un castillo. Ya estoy bien. Oye, Bibiana, y Fonso, ¿por dónde anda?

Los ojuelos de Bibiana fueron dardos de fuego.

—Tú sabrás..., desde aquella noche no le he visto el pelo.

—Estará en su casa...

—Tampoco, pero su hermana dio parte a la Guardia Civil.

La mocita apretó los labios contrariada y se despidió precipitadamente.

A Bibiana no pareció extrañarle la súbita partida de la joven y murmuró:

—Malamente acabarás, muchacha... Escogiste una senda que te lleva al precipicio...

Araceli con su aire bonito, con su sonrisa de triunfadora, con el seguro pisar de sus pies, llegaba hasta su casa.

Empujó la puerta y entró y como notara que había muchas cosas por hacer, se dispuso a trabajar para que al volver su madre de encalar en la casa de la Moracha, pudiera descansar.

Fue una lástima lo que pasó aquella noche... ¡el sinvergüenza de Fonso! Buenos reales se embolsaría por su mala acción, en cambio ella dejó las mil pesetas tiradas en el suelo, con lo bien que le vendrían a su madre! Debió pensarlo mejor; a su madre le hubiera dicho que se las habían dado por cantar... ¿se lo hubiera creído? ¿pensaría que ella era como la Morachita? ¡La verdad es que la vida tiene unas cosas! La Morachita le compró a su madre la mejor casa del lugar, casi un palacio, y no le faltaba ni gloria: buena despensa, buenas ropas, buenas alhajas y un coche propio... Sí, así es, pero a la Moracha no la trataba nadie y nadie le quería trabajar, sólo su madre porque el hambre obliga, y a la Morachita la apedrean cuando se atreve a salir a la calle... "Como la Moracha podría estar mi madre con el dinero que yo ganara con mi cante; con dinero honrado... ¡el sinvergüenza de Fonso!"

Caía la tarde y se apresuraba la noche cuando Araceli dejaba la casa materna. Confiada y feliz. Más bonita que nunca. Con más ganas de vivir para cantar que nunca. Los hombres la miraban con codicia, las mujeres con envidia.

Agustín, el mozo que la rondaba, le salió al paso.

—Nena, ¿vas ya a casa de Teresa?

—Sí. —Y le sonrió largamente.

—Has estado muchos días sin salir... ¿por qué...?

—Un coliquillo, pero ya estoy buena.

Agustín estaba henchido de vanidad sabiéndose que era él, más que ella, objeto de comentarios y envidias.

—¿Cuándo vas a cantar para mí solo...?

—Cuando quieras... Búscate un guitarrista y vente a casa de mi tita abuela.

Al llegar a la altura de la vivienda de Bibiana, pararon el paseo. Todavía no habían asomado las estrellas ni la luna y se iba agrandando la oscuridad.

—¿Vamonos detrás del molino? Me muero por abrazarte así —e intentó rodearle la cintura —¡Me tienes loco!

—Quieto, Agustín, que pueden vernos y luego las lenguas...

—Pues vámonos detrás del molino, tú vas por un lado y yo por otro, como aquella vez...

—Que no, Agustín, que no...

—Entonces, en casa de Teresa. Espérame, yo estaré detrás de la casa... Te juro que no me verá nadie, saltaré la bardilla...

—Que no, Agustín, que no...

—Araceli, yo te quiero, ¿y tú a mí?

—Tú sabes que eres el único..., que no hablo con nadie, que no le doy palique a nadie aunque yo tenga este genio tan alegre...

—Entonces..., espérame.

—Que no, Agustín, que no.

Y Agustín despechado, la insultó: —Si te diera mil pesetas te revolcarías conmigo aquí mismo...

Araceli salió corriendo despavorida. Corría, corría, corría...

El galán se quedó quieto y tristísimo: ya no tenía duda.

Aunque el Pacorro estaba sentado en el escalón, Araceli llamó desesperadamente en la puerta.

—¡Ya voy, ya voy...!, —y al abrirla y ver a la mocita con la cara desencajada y llorando, se asustó Teresa —¿Qué pasa, nena mía? ¿Qué le han hecho a Frasquito?

Porque la anciana sentía temor por el muchacho desde que fue enterada de la visita de la Guardia Civil y no podía imaginar otra cosa.

Araceli entró como un rayo, atropellando a Teresa, que estuvo a punto de caer, y empujando las sillas que encontró al entrar en la alcoba. Allí se echó en la cama y lloró desesperadamente.

—Nena, Aracelita, cuéntame ¿qué le ha pasado a tu hermano?... Si no me hablas iré a tu casa a enterarme...

Araceli dejó de llorar, pero en sus ojos, alegres unas horas antes, había desesperación y terror.

—No. No vayas —pudo decir.

—¡Hija, tengo que saber...!

La mocita, llevándose las manos a la cabeza y mesándose el cabello, pudo hablar sin cortar sus lágrimas.

—Se sabe, tita abuela..., se sabe.

—¿Se sabe qué...?

—Lo que me pasó en Los Claveles.

—¡¡No!! —gritó Teresa, dejándose caer en una silla.

Se sabe, sí. Se murmurará de ella. La creerán mala y viciosa, siendo como era un pajarillo inocente y cándido.

Se sabe, sí. Y por las tabernas, entre vaso y vaso, se hablará de ella y se contarán chistes y verdulerías a su costa.

Se sabe, sí. Y cada uno puede ahora alardear de haber recibido esperanzas y favores de ella. Y Agustín inventará lo que quiera y dirá a quien le pregunte, "yo fui primero", y lo creerán.

Otra Morachita. Era igual que la Morachita. Una perdida. Y la llamarán con las cuatro letras.

¿De dónde sacó fuerzas Teresa, para afirmar sus piernas, trastear en la alacena y preparar una tisana? Tal vez el amor a la niña, o, tal vez porque temiera un arrebato desesperado de la niña.

—¿Cuándo lo sepa mi madre!... ¡Se morirá de vergüenza, tita abuela!... ¡Cuándo se entere mi Frasquito!... ¡Me dan ganas de matar al canalla de Fonso...! ¡Sí lo tuviera delante, te juro por mi madre, que le clavaba un cuchillo en el pecho, aunque luego me pudriera en la cárcel...!

—¡Cálmate, nena, cálmate, que Dios está arriba y se sabrá que fuiste engañada...!

—No lo creará nadie, tita abuela, ¡qué desgracia! ¡qué bien si me muriera ahora mismo!

Teresa volcó sobre su propio cuerpo la tisana que traía, cuando Araceli saltaba de la cama y quería salir al patio.

—¿Qué vas a hacer, infeliz? —con rapidez insospechada quiso taponar la puerta, con su frágil cuerpecillo y cayó rodando al suelo.

—¡Tita abuela! —gimió la dolorosa niña —¡Tita abuela!...

—No lo hagas, nena, no lo hagas, por tu madre y tus hermanos y ...por mí...

Araceli se arrodilló ante la anciana.

—¿Te has hecho mucho daño... ¡No llores, tita abuela, no llores...! No me tiraré al pozo... —y lo miraba, con la tristeza del que ha perdido un bien, porque en aquellos momentos ella deseaba la muerte como última ilusión.

A pesar de la cercanía de la noche, se destacaba entre las flores del patio la blancura del brocal. A pesar del silencio, porque las dos dejaron de llorar, se oyó perfectamente la gota de agua, desprendida de la sogá, caer sobre la superficie líquida del pozo. También se oía el roncar del Pacorro.

Ellas estaban abrazadas sin hablar. Sus corazones latían desaforados, con locura de torbellinos.

Pensaba Teresa: "¿Qué pasará ahora?"

Pensaba Araceli: "El Pacorro mató al "jembro" de su mujer ¿con qué veneno?"

—Ese lagar que vemos cerca, es donde yo trabajo y puede que encontremos algo para tí —decía Tole a su hijo cuando estaban en la carretera entre Aguilar y Montilla —¿Conocías estos campos?

Diego, el doncel de la huerta de los Granados, abarcó de una ojeada el panorama, y lo encontró bueno.

Lo conocía, porque una vez lo había traído Ramón a la feria a comprar una yegua, que por cierto era muy hermosa, gris con manchas blancas, pero tuerta. Por eso Ramón la compró a buen precio y luego supieron que la Primavera, que así se llamaba el animal, no parió nunca porque no admitió macho jamás. Pero es que al Ramón todo le salía bien, o, que a la Primavera le gustó la huerta, el cañaveral, la alberca, el riachuelo, todo el contorno, y deseó participar de otros bienes. Así, por primera vez en su ya larga vida, se dejó seducir por un apuesto semental, y, haciendo honor a su nombre, adornaron su cuadra, como valiosísimas flores, dos caballos y un potro.

Al llegar a este punto, al doncel se le humedecieron los ojos.

—...Un potro negro, con un lunar blanco en la frente, y jugábamos los dos como si fuéramos iguales... Un día casi le pegó Dolores, porque el potro no quería entrar en la cuadra y estaba junto a la alberca haciendo cabriolas; se cargó dos o tres macetas de los claveles de mi madre, y se chufleaba de mí... Entonces, yo lo arrinconé contra la pared de la casa, lo abracé por el lomo y lo metí en la cuadra. El potro pateaba y quería zafarse, pero yo tenía más fuerzas y le gané. Dolores casi me pega, porque decía que aquello era una barbaridad y que me podía lastimar... —terminó melancólico —Dolores me quiere mucho y yo a ella...

Tole escuchaba recordando con ternura a Tolillo, el burrito que salvó de una muerte cierta, allí mismo, en la huerta de los Granados. En la misma cuadra que parió la yegua Primavera, nació el burrito de Azucena, tan endeble, tan sin vida que no pudo incorporarse para buscar la teta. Viviría poco tiempo y por eso el amo decidió matarlo, pero él, cuando vio al burrito tendido y agonizante sobre el estiércol, sintió compasión, lo tomó en sus brazos y lo puso boca arriba bajo la panza de la madre. Tuvo también que abrirle la boca al burrillo, pues ni para eso tenía fuerzas, y mamó... Mientras, le había hablado a la burra y ella le había contestado con unos rebuznos de agradecimiento... ¡los animales saben...!

—...Dolores me echará de menos y seguro que llorará por mí.

—¿Y tus hermanos?

—Mis hermanos son chicos torpones... El Ramoncito, sólo se entretiene buscando bichos para destrozarlos. A las lagartijas y a las salamanquesas les arranca la cola y les corta las patas; a los grillos, las alas; a los caracoles,

espera a que saquen los cuernos y se los corta con tijeras... Pero sólo hace esas cosas con los bichillos porque no se atreve con los gatos, ni con los perros, ni con las cabras... Dolores, cuando puede, va detrás de Ramoncito y no le deja hacer esas cosas. El otro es peor y más feo, porque además de jorobeta tiene las piernas estevadas. Busca nidos por el gusto de aplastar a los pajarillos en sus manos. Cuando después las abre, las tiene sucias porque el animalito se le hace una plasta asquerosa entre los dedos... Dolores tiene que estar al tanto para que no entre en el gallinero cuando las gallinas están con las calenturas...

—¿Y tu madre...?

—Mi madre no nos quiere a ninguno.

Quedaron callados y pensativos.

Cuando llegaron al lagar, el manigero habló con Tole.

—...Sí, es verdad que dijiste que ibas a volver, pero no te creímos, ya que tú eres como eres.

—¿Cómo soy yo?

—Un buen jornalero, pero que te cansas de los sitios y de las personas... Pues eso: que te fuiste, que había que aligerar el trabajo por si se presentaban las tormentas y me vi obligado a buscar a otro que ocupara tu puesto... Lo siento, Tole, no tengo trabajo para tí.

—¿Y para el muchacho? —señalaba a Diego...

—Tampoco... Más adelante, quizá... —iba ya a entrar en la casa y volvió sus pasos —Mira, Tole, como dejaste tus cosas aquí y ya es tarde, podéis los dos pasar la noche en la finca, si sois gustosos... No creo que el casero ponga reparos.

Aceptó Tole y siguió al manigero. Diego titubeó dudando en acompañarlos.

¿El motivo? Muy sencillo, muy natural: a la puerta salía en aquel momento una mocita, y aunque Diego estaba cansado, hambriento y atormentado, al mirarla sintió aletear su corazón y desfallecer, como si Ramoncito le hurgase creyéndole un polluelo fuera del nido. Y eso era Diego: un pajarillo ahuyentado del cobijo y deslumbrado por la libertad que le parecía tener. Miró a la mocita, morenita y vivaracha, que a su vez le había clavado sus ojazos con entusiasmo de bienvenida. "De momento, me pareció que era la Morachita", dijo más tarde a su padre.

Titubeó, porque quería ir tras ellos y también quería quedarse para mirar a la moza. Y fue ella la que se atrevió a hablar, preguntándole:

—¿Le tocas algo a Tole...?

—Es mi padre —contestó con orgullo.

—¡Claro!, si tienes la misma cara, el mismo cuerpo y hasta los andares... Desde allí —y señalaba los hierros de una hermosa ventana del piso alto —os ví y noté el parecido... ¿vienes a trabajar aquí?

—Ha dicho el manigero que no hay faena.

—¡Qué lástima!

La niña, inocencia y candidez de pocos años, intuición y osadía de mujer, envolvió al doncel en una mirada tierna de complicidad, a la par que entreabría la boca esperando una palabra o una caricia.

Diego no tenía experiencia. El, de aquellas cosas sólo sabía de oídas. El, sólo vio una mujer que le gustase: la Morachita, a la que deseaba con toda la bravura de su cuerpo joven. El, sabía que Araceli, Juana María, Rosario y dos o tres más, eran bonitas y apetitosas, pero ninguna como la Morachita, ni como la que tiene delante.

Ni cansancio, ni hambre, ni preocupaciones.

—¿Cómo te llamas?

—Estrella ¿y tú?

—Diego... Pero tú no podías llamarte con otro nombre.

A él mismo le sorprendieron sus palabras y sintió que de pronto le ardía la cara y que tal vez estaría enrojecido. Menos mal que la tarde iba cayendo y que él estaba de espaldas al fugitivo sol.

Y Estrella pensaba con arrobamiento: "Parece que el sol lo empuja hacia mí, como si hubiera salido de ese fuego".

Se entendieron sus ojos. El, entró en la casa con un desconocido miedo. Ella, saltó la cuneta con la gracia y la agilidad de una chiva y su corazón le saltaba como un loco.

La cocina del lagar, como las de todos, era amplia y bien ventilada como todas. También sitio de reunión de la gañanía, algo así como hogar, escuela, recreo y amistad.

Era la primera vez que Diego formaba parte de una reunión con jornaleros que no se celebraba en su casa, donde era mirado con respeto por ser hijo de los amos. En ésta, se arrimó a Tole, sintiéndose así protegido. Todo le era extraño. Aquellos jornaleros procedían de Montilla y trataban a Tole con cierta altanería, menos uno, que al parecer, dominaba a los demás, por su gracia y agudeza en el diálogo. Buen conversador y mejor narrador de cuentos.

Terminada la cena, en la que participaron Tole y Diego por invitación, hicieron coro y acudieron los caseros, los dos hijos pequeños y Estrella.

Tole notó el nerviosismo de Diego y advirtió, además, la belleza delicada de la niña y las miradas que le dirigía a su hijo. "Cuando la vi, me pareció la Morachita", le dijo en voz queda Diego. Tole asintió con la cabeza y dejó de mirarla, porque las palabras de su hijo abrían una herida vieja en su corazón y un presentimiento doloroso le entristecía el ánimo. Por eso no escuchaba al narrador de cuentos. Tampoco le ponía gran atención Diego. Sólo le importaba el que Estrella, al sentarse al lado de su madre con sus hermanos hubiera dicho: "Venga, Paco, un cuento" —"Sí, sí, un cuento — pidieron casi todos. Y uno alzó más la voz para decir: —"El de la torre de las Cabrillas".

—¿El de la torre de las Cabrillas otra vez? Si lo he contado millones de veces...? —protestaba Paco halagado.

—Algunos gañanes son nuevos y no te han oído.

Y Paco comenzó su relato:

—Pues, señor, esto era una vez, que, en Fernán-Núñez, una cuadrilla de segadores habían venido de Córdoba... Cuando se apilaban las gavillas y se hacía de noche, los segadores se repartían según sus aficiones: unos, a dormir en la era; otros, a rondar por los cortijos o por el pueblo y uno tan sólo se metía dentro de la choza y con un farolillo de vela se dedicaba a leer un libro que guardaba en las alforjas y como ninguno sabía leer, nadie supo lo que el libro decía. De modo que, uno de los segadores ni quiso era, ni quiso ronda.

—¿Me dejas que me esté contigo en la choza?

Y le dijo que bueno, que entrara. Y empezaron a hablar... El que hablaba era Juan y el que escuchaba y preguntaba era Roque, el del libro. Pues que, Roque le dijo: —A ti te pasa algo.

Y Juan contestó: —Lo has adivinado. Me pasa.

—¿Y qué te pasa?

—Pues que me cuesta mucho no poder estar con mi mujer.

—¿Temes algo?

—Como temer, no sé, pero daría mi alma al diablo con tal de poder ver qué hace ella mientras yo estoy aquí.

Se echó a reír Roque y su risa no parecía la risa de un ser humano, por lo que Juan sintió frío en la espalda. Abrió Roque el libro, movió la mano derecha a modo de los curas cuando nos bendicen y se puso a leer, para sí mismo. A Juan le temblaban las piernas y quiso salir de la choza, pero Roque le tocó un hombro y quedó inmóvil. Paralizado.

—Juan, tu mujer es bonita.

—Como una amapola entre el trigo.

—Tu mujer está en sazón.

—Como las espigas que segamos.

—Tu mujer es alegre.

—Como un cascabelito.

—Tu mujer te quiere.

—Como yo a ella.

—Pero...

—¿Qué...?

—¿Quiéres venir conmigo a Córdoba?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo... Cuando estén dormidos los jornaleros... Nos vamos y al amanecer estamos de vuelta. Puedes gozar a tu mujer si la encuentras dormida, o matarla si está despierta y se entretiene con otro.

Juan enloqueció de celos y volvió a decir: —"Doy mi alma al diablo si..."

—Vamos a por ella. Tú vives en el Campo de la Verdad.

—Sí.

Roque apagó la vela del farol, cerró el libro, se agachó y le ordenó:

—Súbete encima de mí porque te llevaré a cuestras...

Roque era hombre tirando a poquita cosa y Juan era como se dice, de primera fila, por lo que creyó que todo era guasa y se enfadó. —"Me voy a la era a dormir".

—¡Súbete y agárrate a mi pescuezo!

Y como un niño obediente, Juan se echó encima en la creencia de que aplastaría en el suelo a Roque. Pero no fue así. Para su sorpresa, el Roque fue despegándose del suelo y al momento iba por el aire como un águila. Juan, asustadísimo, se colgaba del cuello de aquel pajarraco. Y al pasar por cerca de Torres-Cabrera, le gritó Roque despavorido: ¡Desgraciado, encoge las piernas, porque no podemos ni rozar siquiera la punta de la torre de las Cabrillas...

Hizo el narrador una pausa teatral y podía oírse la respiración de cada uno, menos la del Tole y la de Diego, el primero preocupado por la falta de trabajo y la inseguridad del mismo. Para él, nunca fue inquietante esta situación porque poca comida necesitaba él y su perro y había por los caminos muchos puentes que les servían de albergue. Diego no podría aguantar una vida así y además no se la merecía. Había heredado lo bueno de su abuela María la Tuerta y la fortaleza de su padre. Su hijo tendrá que volver a la Huerta de Los Granados, a jugar con su potro, a ser mimado por Dolores, a cuidar de aquel paraíso del que sería amo alguna vez, a tener una novia primero, una esposa después y muchos hijos, muchos hijos... La ilusión y el deseo lo separó de la realidad: se veía sentado en el sillón de brazos, junto a la chimenea, con el pelo blanco y la espalda vencida, sobre las piernas un angelote con luceros verdes por ojos: "¡Un cuento, abuelo! El de la torre de las Cabrillas..." Y él, empezaría también el relato: "Erase una vez...", que se sabía de memoria de tantas veces que lo escuchó, y el nietecito quedaría embobado y al final, dormiría en sus brazos... Así soñaba Tole, así era feliz en aquellas horas de placidez. Por eso su expresión de paz beatífica.

Tampoco atendía Diego al narrador. Todo su afán estaba centrado en la niña, que aparentaba indiferencia, aunque a ratos se le escapaban los ojos para mirar al doncel. Y él, la iba dibujando en su mente, la cara, la cabeza., el pelo, los hombros, el pecho, la cintura, las piernas. Dos veces la había llamado al orden su madre, cuando la niña cruzó las piernas y balanceó una sobre la rodilla de la otra, ¡y qué bonita y torneada, calzada con las alpargatas de lona y suela de cáñamo atadas a los tobillos! Las dos veces descabalgó las piernas y se estiró delicadamente la falda.

Estrella era una estrella en su camino. Antes de salir con su padre por esos mundos a buscarse la vida, hablaría con ella... ¡Si no fuera por la locura de su madre! ¡Si no fuera por aquellos hermanos que lo avergonzaban!... ¡Qué bien encajaría Estrella en la huerta de los Granados! Eran pensamientos desechables. Algo que no servía. No podría pensar en lo que había dejado. Su vida había cambiado totalmente. Los sueños no sirven. Que a él le gustaba la niña; también la miraban los otros que aparentaban escuchar el cuento y era un achaque para alargar la velada y contemplar a aquel primor de criatura.

Se irían del lagar. Quizá no volvieran. Encontraría otras mocitas. Y no debía pensar en ninguna con buen fin, porque tenía muchos años por delante... Muchos años, sí, pero muy difíciles.

Acabó el narrador y se dispersó la reunión. La casera dijo jovial: — "Cada mochuelo a su olivo...", El manigero ordenó la dormida: — "¡Eh, tú, muchacho —a Diego —¿Tienes manta?"

—Tiene la mía —se apresuró Tole a contestar.

—La tuya, la tuya... ¡En la tuya duermes tú, pero el zagal le buscaremos otra por esta noche...!

El casero dispuso: —Tu hijo puede dormir en un poyo de la cocina sobre una zalea que yo traeré... Antes de tenderse que haga sus necesidades ahí detrás de los corrales, en el campo, porque las puertas de la casa no quiero que las abra nadie...

Tole quedó en la gañanía, donde apenas cabían entre los poyetes y el suelo. Pensaba contento que su hijo llevaba la mejor parte porque los poyos de la cocina eran anchos, exprofesos para servir de lechos, y una zalea recuerda mucho a un colchón... Sin embargo, en aquella primera noche que pasaban juntos, le ilusionaba charlar con él y sentir luego su respiración al quedar dormido.

Tole estaba tan cansado que no advirtió al Yodo enroscándose a sus pies, descansando la cabeza en su tobillo. Aquel leve peso y aquel cosquilleo que le hacían las orejas del animal, fue como una nana, que le cantara el tío Goro...

Cansado también estaba Diego pero el sueño no acudía en su auxilio. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y se entretenía descubriendo la alacena, las cantareras, la escopeta, el reloj de bolsillo colgado de una alcayata, el jarrero, las estacas sosteniendo canastos con viandas, las dos

jaulas de las perdices; en la campana de la chimenea, los peroles de cobre; la tinaja del aceite y la de las aceitunas; y bancos, sillas, y sillones de brazos, todos de asientos de enea y maderas de olivos. Cada vez distinguía mejor las cosas y hasta pudo ver que estaba acompañado de tres gatos dormitando en las cenizas de la chimenea. Miraba alternativamente a la ventana abierta y al suelo de la chimenea. Dos ojos brillantes como espejos desde el lecho gatuno y un puñado de estrellas resplandecientes, entrando por la ventana.

Le pareció oír una respiración cerca de él. Tal vez un gato. Entonces, mirando al cielo por la ventana, pensó en Estrella. Puso tal fuerza en su pensamiento, que le pareció verla y cerró los ojos para aprisionar su figura y apretó la boca con el deseo de imaginársela cerca y sintió un mareo porque hasta sentía el olor de la muchacha dentro de sí. Y era un olor distinto a todos los olores. Jamás un olor le había producido tal sensación de gozosa angustia.

—Diego... —le susurraba una voz.

Abrió los ojos y se incorporó en lo que llamaríamos su lecho.

—¡Chist...! —Estrella le entregó con suma rapidez una manta, mientras le decía, con voz tan tenue, que le era difícil oírlo: —Que no me podía dormir, pensando que a la madrugada refresca y pasarías frío...

—¡Estrella...!

—¡Chist! No se vayan a enterar mis padres de que estoy aquí... Tápate con la manta y duerme y descansa..., buenas noches, hasta mañana...

Diego se tiró al suelo e intentó retenerla por la ropa; ella se desprendió con agilidad y desapareció tras la puerta.

A Diego se le había escapado de las manos una estrella rival de las que le guiñaban desde la ventana. Se olía sus propias manos. Se las besaba. Se acariciaba la cara como si un trozo de la ropa de Estrella le restregara la barba.

"Duerme y descansa", le había dicho su hada buena. ¡Dormir y descansar! "A la madrugada refresca".

Esta madrugada piensa Diego que no ha refrescado y no pudo dormir. Vio palidecer a las estrellas y sonrosarse a la aurora.

En ese momento despertaba el lagar: la gañanía, los corrales, las cuerdas, los perros, los caseros, los niños de los caseros y la hermana de los niños. Allí estaba: fresca y del color de la aurora, la cintura apretada por las

cintas del delantal, el cabello algo revuelto, los brazos desnudos hasta el codo y ahuyentando a los gatos para limpiar el suelo de ceniza y preparar el desayuno de todos.

—Buenos días, Diego, todos los días ayudo a mi madre en esta faena. Mientras ella ordeña a las cabras... —le explicó —Buenos días, Tole —le dijo a éste que entraba —¿Qué le ha dicho el manigero?

—Lo mismo que anoche... Por eso nos vamos ahora mismo. Ya encontraremos trabajo uno u otro, o los dos...

—Antes tomaréis café con pan frito.

Cuando llegó la hora de la despedida, Estrella se acercó a Diego.

—¿Volverás por el lagar? —y le sonreía con amor.

El dijo: —Volveré por verte aunque sea de lejos, aunque no pueda hablarte... Volveré, Estrella.

Los ojos de Estrella se enturbiaron y quedaron un rato viendo desaparecer a aquellos hombres que van ya por la carretera. Tole, sabiéndose hoja desprendida de un árbol y empujado por el viento, ¿hacia dónde?

Diego, como sonámbulo, sin querer pensar, sin querer saber el rumbo que iban a tomar. Su pensamiento estaba en la niña, dulce y bonita, que tuvo el valor de demostrarle un recién nacido cariño, que se fue agrandando por minutos.

Ya estaban lejos del lagar y muy cerca de Montilla. La mañana, radiante de luz y henchida de aromas, pero Diego, aún se llevaba la mano que aprisionó la ropa de Estrella, a la cara, y se hacía la ilusión de sentirla cerca.

Luis, hijo de Pepillo. Frasquito, hermano de Araceli. Ambos, inquietos e inconformistas. Vigilados por los adictos a Ramón, el Alcalde de Moriles, y acusados de imaginados planes revolucionarios. Y por eso dejaron de aparecer juntos por las calles y también dejaron las reuniones clandestinas que venían celebrándose en la casilla de peones camineros y alguna vez que otra, en los pueblos vecinos, donde no eran conocidos. La pareja de la Guardia Civil, traída por Ramón, nadie sabía de dónde, puso miedo en los revoltosos y tranquilidad en los sesudos.

Luis se apegó a las tierras de su padre trabajando en ellas como un jornalero más, pero este cambio no tranquilizó al padre, que pensó, que, algo maquinaba el hijo que a los dos le traería disgustos.

Un día:

—¿Podemos dar algún trabajo a Frasquito, el hijo de la viuda del Rubio...? La madre lo está pasando muy mal...

—Escucha, Luis y aprende: a mis jornaleros los escojo yo y siempre tomo al que mejor trabaje... Yo no soy un santo que dé trabajo por caridad a cualquier rajamantas.

—Frasquito sabe cumplir... Antes te ha trabajado y tú parecías gustoso.

—Antes era ese muchacho de otra manera; ahora habla más de la cuenta y yo no quiero verme metido en líos.

—¿Pero qué líos? Se paga el trabajo bien hecho ¿no?

—Sí. Pero no hablemos más de esto. Yo no le doy trabajo porque no quiero monsergas con los demás.

—¿Los demás? ¿Quiénes son los demás? Cuatro chupasangres...

—No consiento que me hables así.

Luis apretó las manos para suavizar las palabras que iba a decir.

—Padre, tú no eres como ellos. Tú no serás nunca como ellos, ni como Ramón, de malos instintos y ambicioso... Pero tú has empezado desde abajo y sabes lo que es tener que agachar la cabeza y decir a todo que sí... No. No me salgas con que los señoritos de Los Claveles eran buenos y considerados. Puede que lo fueran aquellos, el de ahora no lo es; el de ahora vicioso, borracho y más cosas. Es que nosotros podemos dar trabajo a Frasquito y sus hermanillos comerían mejor y la madre no se destrozaría trabajando..., además, Frasquito es amigo mío.

—No sigas, porque no voy a ceder ya que admitirlo sería un campanazo y para eso tengo bastante contigo.

No llegaban a mayores, pero a raíz de una conversación en estos o parecidos términos, se distanciaban sus relaciones y esto ponía una nota de tristeza en Pepillo, tristeza que se agrandaba a las horas de las comidas, reunida sin apenas hablar más de lo preciso. Y a la hora de dormir el calvario era mayor en el matrimonio, porque en la cama, cada uno ocupaba una orilla de ella, con el cuidado de que no se rozaran los cuerpos.

La vida no era tan dulce, sencilla y tranquila como parecía, pensaba Pepillo o José como lo llamaban desde que era propietario; también pensaba

que debía socorrer a la viuda del Rubio, que fue amigo suyo, y darle ocupación al Frasquito. Pero es que el Frasquito... El Frasquito era como su Luis: los dos magníficas personas que tuvieron la desgracia de aprender a leer; y saber leer no es malo, porque el cura sabe, don Diego el que mataron en Viña Alta sabía, los médicos saben...; saber leer no es malo, lo malo es leer ciertas cosas que son como venenos, eso es lo malo, y esos niños leen unos papelotes que mandan de Madrid... ¡Con lo a gusto que podría estar su Luis, teniendo, como tenía, de todo, viñas, olivos, trigos, ganado, salud y ... ¡eso! que era un buen mozo. Una perita en dulce para cualquier mocita. El que más se parecía a él, porque de la Lorenza no había sacado nada; de él, sus ojos negros y brillantes, si parece que se ha dado betún en ellos y se los ha cepillado; su nariz, su boca, sus dientes, sus orejas, su cuerpo; el del hijo, cimbreante como una caña; el suyo se mantenía firme. Y aunque ya la cabeza miraba más al suelo que al techo, todavía pisaba fuerte y con garbo, y todavía, él lo notaba, lo miraba más de una ¡si lo supiera Lorenza, tendría celos de todas las morilensas! Y eso que él, lo único que hacía era levantar los hombros cuando tropezaba con ellas y al saludar ¡hala! a mirarlás con descaro. ¡Si él quisiera! No era hombre de faldas, con Lorenza se apañaba bien... ¡Si la señorita Amparo lo hubiese querido de otra manera y no como hermano! Tal vez... ¡Qué loco! Desde que Lorenza abrió la cajita del secreto, toda su vida estaba cambiando. Hasta la forma y manera de dormir. En el filo de la cama expuesto a caerse en la esterilla y arañarse el cuerpo con el esparto de que estaban hechas. A veces le daban ganas de tomar más espacio en la cama y hasta una vez se atrevió a abrazarla como el que no se da cuenta de lo que hace y ella dio un bufido y un respingo y le dijo: —"Quítate de encima que yo no soy la que tú buscas." Bueno y en este tiempo podía pasar, pero le temía al invierno, porque por muchas mantas que echaran en la cama, sólo entraba en calor juntando su cuerpo al de ella. Claro, que a lo mejor, cuando lleguen los fríos ya se le habrá pasado a la Lorenza la petera.

A Luis le va a encargar de que cuide las viñas de Los Llanos, así se encariñará con ellas, y si las cosas siguen como hasta ahora, puede que haga allí un lagar... ¿Y por qué no? El dinero llama al dinero se ha dicho siempre, y un lagar en Los Llanos sería una maravilla: la casa rodeada de un mar verde de vides y asomadas para mirar aquel portento de belleza, Montilla, la sierra de Cabra, Monturque, Aguilar, la carretera, Los Claveles y Moriles escondido, pero presente en el aire. Y la Laguna Grande espejeando el cielo, las nubes, el cañaveral..., la barcas esperando a la señorita Amparo y los malvasías, como un firma divina.

Harían el lagar. Empezarían por quitar la choza y levantar una caseta. Poco a poco, hasta conseguirlo. Allí iría él cada tarde, a disfrutar de las vistas y a recordar lo que fue y a imaginar lo que hubiera sido..., y lo que puede ser todavía... "Párate, tira de tus riendas y párate, Pepillo, no te alborotes. Lo que no puede ser, no puede ser... Aquello fue un tren que pasó y como tú no tenías el billete no pudiste subir..., y ahora el tren te pasa de largo... ¡Pues es una lástima! ¡Sí, que lo es!... ¡Ahora toca ver pasar el tren y suspirar, Pepillo!".

Bueno, pero levantaría el lagar y vendría cada día a mirar sus cepas, a ver estallar los brotes verdes cada año, que, acostumbrado como estaba, siempre le parecía milagroso que en la cepa leñosa se abriera paso y con fuerza, el botón chiquitito y tierno que luego serían largos sarmientos poblando la viña de banderas verdes y triunfales anunciando la uvada. Todo le parecía sobrenatural y le enternecía el corazón y por eso no consentía que se mataran las culebras que a veces se enroscaban en el pie de la cepa, como si fuesen apercebidas del bien esperado y alabaran al Señor abrazando su obra. —"¿Qué haces, nene?" —"Voy a matar una bicha que está liada en este tronco." —"Déjala, nene, que no hace daño y también es hija de Dios, y para algo bueno la crió El..." —y añadía autoritario: —"En mis viñas no quiero la Muerte."

En sus viñas no quería la Muerte y sin embargo la Muerte tenía todos los años, por lo menos, una cita en la Laguna Grande, tan cerca de las viñas de Pepillo. Cada año moría alguien ahogado en aquellas aguas tan limpias y transparentes; generalmente, bañistas que se tiraban para mitigar el calor, en plena digestión, o enredados en las ovas junto a los rizomas de las cañas, sin poder defenderse. La Muerte paseaba por Los Llanos, como un tributo que se cobraba por cazar patos y pescar bogas.

Pepillo José conocía todos los recovecos de la Laguna y avisaba a todos de los peligros: "Engaña mucho porque tiene el agua clara, pero el fondo, no; y es traicionera..."

Que Luis no pudo conseguir trabajo para su amigo Frasquito y Frasquito pensaba que tal vez fuera mejor salir del pueblo a buscarse la vida, pero el tener que abandonar a su madre y hermanillos frenaba su deseo. Por eso, se desesperaba, porque era difícil comer en su casa y no podía ayudar a su madre entregándole un jornal. Había que buscarse la vida de forma honrada y ya estaba decidido a ir a pescar a la Laguna Grande, luego su hermana

Mercedes vendería las bogas de casa en casa y algo sacarían, y cuando llegara el tiempo de los zorzales, los estorninos, los espárragos y las collejas, a por ellos, hasta que las cosas cambiaran. Hasta que los jornaleros tuvieran quien los defendiese. Hasta que desaparecieran los caciques que los tenían amarrados como si fueran bestias. El día en que todos fueran más buenos y menos ambiciosos, se viviría como Dios manda.

Y Frasquito pensó y se dispuso a hacer lo pensado. Cuando pasaba por casa de Bibiana, que estaba, como siempre, abierta, entró para charlar un rato de las cosas que iban pasando por el pueblo, porque Bibiana, sin salir de su casa, sabía todo lo que ocurría en las demás. Le preguntó:

—¿Bibiana, qué le habrá pasado a Fonso? No se le ve el pelo...

—Tú sabes, Frasquito, que Fonso es muy raro...; habrá encontrado un apaño por ahí.

—Pero la guitarra está en esta casa...

—En su casa tiene otra guitarra.

—A mí no me gusta mucho que mi Araceli tenga tanto trato con él, porque aunque es bueno, es muy raro...

—¿Vas a casa de Teresa? Tu Araceli apenas sale a la calle... ¿Vas a verla, quizá...?

—No. No me gusta tropezarme con el Pacorro que estará durmiendo en el rebate...

Estuvieron callados un par de minutos. Bibiana pensó que Frasquito se había detenido con ella con alguna intención referente a su hermana, y, por eso, que preguntara por Fonso, le hizo sospechar. Pero ella no sabía nada de nada.

—Entonces, Bibiana, si viene Fonso por aquí dile que he preguntado por él. Me voy a la Laguna a pescar; así mi madre podrá freír pescado o asarlo si no tiene aceite.

Siguió Frasquito su camino y al pasar por la casa de Teresa, como viera que Pacorro no estaba en el escalón, quiso entrar y llamó con los nudillos a la puerta.

—¿Quién...? —preguntó desde dentro la anciana.

—¡Gente de paz! Abrirme, soy Frasquito.

—¡Ave María Purísima! —exclamó en voz baja y santiguándose y advirtiéndole a la mocita, que al oír la voz de su hermano palideció intensamente —Tú, Araceli, como si tal cosa..., porque a tí no te ha pasado nada...

Abrió la puerta: —¿Qué te trae por aquí? ¿Te manda tu madre?

—Vengo por mi cuenta.

—¿Y a qué vienes? —Teresa estaba escamada y no tuvo tranquilidad para ocultar su temor.

—¿A qué voy a venir, tita abuela? Que como estoy holgando me he dicho: —vamos a ver a las dos mujeres...

—Pues las dos estamos buenas, gracias a Dios.

—Y también que quería preguntarte —se dirigía a la hermana— Araceli, si sabes algo del Fonso.

Respondió por ella Teresa —¿Y por qué tiene Araceli que saber algo del Fonso...?

—Porque es natural, porque él toca y ella canta... El caso es que se están diciendo muchas cosas por el pueblo...

—¿Y qué tiene que ver tu hermana con lo que se diga en el pueblo?

—¡Osú, tita abuela! ¡Que parece que te ha picado un bicho cuando yo he empezado a hablar! Lo que ocurre es que están pasando cosas raras; mira, Diego, el de la huerta de los Granados, se ha escapado de la casa y lo busca la Guardia Civil. Eso es una cosa. Y otra, que es mucha casualidad que el mismo día que llegó el Tole, se vio al Fonso al anochecer en el pueblo y salir montado en un mulo por esta carretera... Que el Tole se fue y que ni el Fonso ni el mulo aparecen por ninguna parte, y se dice... ¡bueno, cualquiera sabe! Que si el Tole mató una vez, puede matar otra y quedarse con el mulo.

Teresa iba de asombro en asombro.

—Mira, Frasquito, todo lo más raro del mundo puedo yo creer, menos que el Tole sea capaz de matar y menos por quedarse con un mulo... El Tole, puedo jurarte que no mató a don Diego, el señorito de Viña Alta, porque en su vida no mató ni un mosquito... El Fonso andará por ahí con los ricachones, tocando la guitarra.

—Se la dejó en casa de Bibiana.

—Bueno —y ya enfadada —pues venderá el mulo y se comprará otra...

A Frasquito se le quitaron las ganas de seguir en la casa y cuando Teresa le invitó: —Vamos a tomar café..., Araceli, ponle un vaso a tu hermano...

Este dijo: —No tengo ganas..., me voy a la Laguna Grande a pescar...

Iba a buen paso por la carretera. Las dos paradas con Bibiana y con Teresa, le sabían mal. Estaban agrias y como molestas con él. Tampoco ellas veían con buenos ojos que él no se conformara con las cosas que estaban mal y que por eso protestase y tuviese reuniones a las escondidas, para ver si se pudiera mejorar la situación de miseria que tenían algunas familias. Por ejemplo: la suya, que pasaba hambre desde que el padre murió, después de estar malo del pecho tantísimos años. ¿Cómo no encontró su madre una ayuda en el patrón, que tuvo tantos años a su padre de manigero? Lo dejó morir como a un perro... Algún día esas cosas no volverán a ocurrir... El pensaba que los militares tenían su retiro, también los maestros, y en algunas fábricas en Córdoba les pasaban unas paguitas a sus obreros cuando por la edad o por enfermedad no podían trabajar... A los jornaleros del campo nadie les hace caso, a pesar de lo que dijo el cura en un sermón una vez: "Cuando llueve no se sale al campo a trabajar. Los hombres se quedan en sus casas y las bestias en sus cuadras; pero a las bestias se les llena el pesebre todos los días, por muchos días que esté lloviendo; los hombres se quedan sin jornal y comen si les fían en las tiendas o si les dan unas limosnas... ¡A los ojos y corazón de algunos amos, vale más una bestia que un padre de familia!"

Y estos pensamientos, junto con otros más agradables, lo acompañaron hasta llegar a la altura de la Laguna Grande. Más allá estaban Los Claveles y muy detrás Los Tueros, donde él y Araceli trabajaron una temporada en la recogida de la aceituna. Fue un año y entre los dos echaron un remiendo en la casa; compraron una manta, camisetas de felpa y una toquilla de lana a la madre. Además, en Los Tueros, había una acitunerita que lo encandiló y lo trajo loco todo el tiempo, pero al acabarse la temporada se borró. Araceli y ella se hicieron muy amigas; a la noche Araceli cantaba y ella bailaba y ¡vaya aire que tenía su cuerpo! Casi se hicieron novios...; él no se atrevía a muchas cosas, aunque ella le daba pie, pero como la creyó, por ser amiga de Araceli, tan decente y con tanta inocencia como su hermana, que ni con el pensamiento quería ofenderla... Cuando pasado algún tiempo preguntó por ella Araceli la dijo "En Córdoba está..., igual que la Morachita ¡qué vergüenza, que alguien sepa que hemos sido amigas!"

Verdad que es una vergüenza, pero su hermana es oro de ley, además guapa, y además con el don que le había dado Dios en la garganta. Pero él,

como su madre, sólo deseaba para su hermana un hombre trabajador y honrado, y que se le quitara de la cabeza el querer ganar dinero con su voz. Su voz, como decía también su madre, para cantar nanas a los hijos que pueda tener algún día. ¡Era graciosa! Cuando su madre le dijo lo de la nana, ella contestó cantando:

*Las mujeres de la sierra
cuando duermen al chiquillo
en vez de cantarle la nana
le cantan un fandanguillo.*

Araceli tenía gracia.

¡Cómo estaba la Laguna! Sólo el sentarse allí cerca, mirar el agua, las barcas, los malvasías, el cañaveral y las viñas, era una gloria para los ojos y los oídos, porque el aire movía las cañas y el agua, y desde la choza de la viña de Pepillo, le llegó la música de la flautita hecha de una caña que parecía un instrumento de verdad y luego la voz cantando "Eh, ¡cómo te veo, pero no me meneo, que si me meneara, las costillas te quebrara!", lo mismo que decía cada viñero guardador de la viña, desde la choza o desde el candelechero.

Pero el viñero que le ha dado el alto es Luis, el de Pepillo José.

Frasquito dejó la pesca y anduvo hasta la choza.

—¿Sabías que mi padre me manda trabajar aquí?, y por eso has venido.

—No sabía nada. Vine a pescar bogas para llevárselas a mi madre.

—Pues sabes que con ese achaque nos pondremos de acuerdo para reunimos. El Manolón, que trabaja en Los Claveles, baja de vez en cuando a la Laguna.

Manolón, contra lo que su nombre figuraba, era un hombre de estatura menos que mediana. Enjuto de carnes, fuerte, incansable para el trabajo, solicitado por tal motivo por los propietarios, que con el mismo primor que talaba o cavaba un olivar, hacia filigranas en las viñas. El se había acostumbrado al aumentativo de su nombre convertido en apodo, que se lo debía a su abuelo, el cual, al verlo crecer tan canijo, le había dicho, por pura guasa, "Ven aquí, gigantón, ven aquí Manolón". A todos hizo gracia menos a él, que se enfadaba cada vez que se oía llamar así, hasta que por fin se acostumbró. Se acostumbró y le gustó su novia que le dijo: "No hace falta que seas alto;

para mí eres un gigante y por ser como eres, te pega el nombre de Manolón...". Para ella no hubo persona con más prendas que su Manolón. Se casaron muy jóvenes porque él no tuvo que hacer el servicio militar, dada su pequeña estatura. Fueron muy felices aunque no tuvieron hijos. Ella era buena administradora y a él, jamás le faltó trabajo, a pesar de ser díscolo. No sabía leer. Ni escribir. Pero estaba al tanto de todo lo que ocurría en el mundo, que para él era sólo España y Los Zapateros —Se negaba a llamarle Moriles—. Era díscolo, ya se ha dicho, porque le indignaban ciertas cosas: la injusticia, la miseria, la holganza. Comprendía que no todo el trabajo consiste en las labores de la tierra, que en el mundo tiene que haber de todo: albañiles, médicos, abogados, boticarios, militares y hasta curas, pero lo que le hacía "hervir la sangre" era que algunos señoritos no sabían ni siquiera donde tenían las fincas y en cambio les faltaba tiempo para poner la mano y recoger los dineros de las cosechas. Sabía, sí, que no todos eran iguales, lo decían las gentes y habría que creerlas, pero él no conocía a ninguno que le mereciese un respeto.

¿Y por qué aguantaba en Los Claveles, si decía que ver al señorito Luis, le levantaba el estómago hasta hacerle vomitar? No se lo dijo nunca a nadie, pero la razón era muy sencilla: su mujer había muerto sin dejarle hijos. Los dos habían soñado con estar juntos una larga vida, rodeados de hijos y nietos, en su casita pequeña, que se estiraría para albergar tanto amor, y al atardecer de la vida, ya los dos con el pelo blanco y llenas las caras de arruguitas y las manos sarmentosas con las venas hinchadas, al calorcito de la chimenea, o, al fresquito bajo la parra, parecerían una parejita de esas que ponen en Nochebuena en los Nacimientos, comiendo sopas o haciendo calceta. Ella, cuando vio el primer Nacimiento en casa de unos parientes en Lucena, le había dicho toda alborozada: "Mira, mira, somos nosotros cuando seamos viejos: la Petra y el Manolón". ¡Su mayor ilusión, envejecer juntos, aunque no tuvieran hijos! Se bastaban solos para llenar la casa de vida. Petra se despidió de él, cuando sintió que la Muerte la tenía agarrada: "Te seguiré queriendo desde Allí".

Siempre se le hace un nudo en la garganta cuando recuerda la despedida. Por eso no pensó nunca en ninguna otra mujer y trabaja en Los Claveles, aguantando al señorito Luis, por estar cerca de María y de Antonio, el matrimonio feliz, y por poder jugar con sus hijos.

Decía María: —Manolón, tendrías que usar gafas, porque te lloran mucho los ojos.

—Sí, casera, sí... Un día me alargaré a Aguilar y me mercaré unas gafas.

Claro que se mojaban los ojos: cuando el chiquillo jugaba con el perro, cuando el chiquitín se cogía, como una garrapata, al pecho de la madre; cuando el mayorcito hombreaba junto a él en la besana; cuando sorprendía al casero abrazado a la mujer besándole las orejas, el cuello y la boca. Su llanto tenía mucho de envidia.

Y acudía, para sacudirse deseos, al agua del pozo, a la Laguna Grande o a las reuniones con los amigotes para hablar y oír lo malo que estaba el mundo, lo mal repartido que estaba el mundo y por tanto, que habría que hacer algo. Algo que lo pusiera de revés, que lo arreglara...

—¿Qué harías tú, Manolón?

Se rascaba la cabeza y decía muy serio y convencido:

—Por lo pronto, yo al señorito Luis, lo levantaría de la cama con el sol. Tomaría el café en un tazón desportillado, como el mío. Aparejaría una yunta y ¡arreando para el tajo!

—¿Y con la señorita Amparo?

—¡Ah, ella es otra cosa!, pero haría que bajara algunos ratos a echarle una manita a la casera.

—Tienes que tener cuidado —le advertían —con el Antonio, con lo que dice, porque él es uña y carne del señorito.

—No lo creas. Lo que pasa es que tiene que conservar el puesto, como sea, diciendo que sí a todo. Haciendo lo que le mande, aunque no le guste.

—Como tú, Manolón.

—Como todos los pobres que sólo tenemos los brazos para ganar el pan.

El señorito de Los Claveles padecía un estado de furioso erotismo.

Tras la partida de su esposa a Madrid, quedó sumergido en un apocamiento del que le era difícil salir. Pasaba los días entre su dormitorio y el salón, y apenas hacía tocar la campanilla pidiendo algún servicio.

La casera subíale cada mañana el desayuno que solía tomar. Café con leche acompañado o de rebanadas de pan frito, o pan tostado untado con manteca de cerdo, o magdalenas hechas por la casera, o pestiños que también ella hacía con mucho primor.

Arreglaba un poco las habitaciones y luego continuaba sus haciendas familiares y sus obligaciones de casera.

Cuando hablaba con el marido comentaba sus impresiones.

—El amo está malo, Antonio.

—El amo ha dormido vestido.

—El amo ha vomitado encima del sofá, encima de la cama, encima de la consola y ha tirado la ropa, llena de vomitaduras, en la terraza.

—El amo ha hecho sus necesidades en la alfombra del salón.

—El amo se ha bebido entera la damajuana de aguardiente.

Coincidían ambos en que el amo era una calamidad.

—Señorito Luis —se atrevió el casero —si me da permiso me alargo a Aguilar a por un médico, porque el señorito no está nada bien.

—Tú , Antonio, a lo tuyo —contestó altivo— cuando necesite un médico yo mismo lo diré.

Y otro día, el casero, también se atrevió:

—Señorito Luis, si me da permiso puedo alargarme a Aguilar y traer al administrador.

Esta sugerencia no le pareció mal y hasta la aplaudió:

—Mira, Antonio, el administrador no tiene que venir por aquí para nada. Tú vas a ir de mi parte para que te entregue cuatro mil pesetas que me hacen falta y de paso me buscas y me traes una mujer que tenga mucho trapío.

—¿Traer una mujer, señorito?

—Sí. La que sea. La que te encuentres...

—Señorito, eso ¡lo puede hacer el señor administrador!

—El administrador, no tiene ni que enterarse de esto. Es cosa tuya.

—Señorito, yo no conozco a nadie en Aguilar...

—Pues se lo encargas a otro... ¿No ha vuelto el Pincho?

—Señorito, el Pincho se largó de aquí con el Fonso, el guitarrista, la misma noche aquella.

—Pues ya sabes, que lo haga Manolón... Eso, Manolón... El puede darse trazas para traerme a esa mocita que hay en el lagar de La Torre... La vi más de una vez, y se llama Estrella.

Sintió Antonio un calor abrasador en todo su cuerpo y el impulso incontenible de abofetear al señorito, de tirarlo al suelo y pisotearlo... Pudo por fin, tras un silencio, que pudo ser un grito, decir:

—Señorito haré lo que pueda...— y luego, tragando saliva: —¿Desea algo más el señorito?

—Que cumplas el encargo: el dinero y la moza... ¡Ah, y dile a tu mujer que tenga en cuenta una buena comida...! ¡Ah, y tú, cuando yo tenga aquí a la prójima, le das a los gañanes libertad para dormir en sus casas...! No quiero a nadie en el lagar.

La casera se asustó cuando su marido bajó a la cocina, pálido y descompuesto.

—¿Qué le pasa al señorito? —preguntó temerosa de que estuviese muy mal.

—Que vamos a tener que dejar de ser caseros de aquí... Que yo no aguanto más al sinvergüenza del señorito... Que mejor morirme de hambre que aguantar sus "cabronás".

Como pudo, contó a María el encargo que le había dado el amo y que él no estaba dispuesto a cumplir. Sobre todo lo de Estrellita, una niña angelical con unos padres que apreciaban más la honra que el dinero... Hasta ahora él había hecho la vista gorda a los trapicheos del amo que se las entendía con el pendón del Pincho, pero no se prestaría nunca a una cosa de ese calibre...

De la misma indignación participaba María, ya que por nada del mundo ayudaría a cometer una infamia tan atroz... Pero..., ¡dejar Los Claveles!, el paraíso de sus hijos, el canasto del pan siempre lleno, la orza del aceite siempre al alcance, sus gallinitas, su cabrita y la alacena repleta de chucherías y el arca llena de ropa... Perderlo todo y no encontrar otro apaño...

—Bueno, Antonio, buscaremos otra cosa y nos iremos, Dios no nos va a faltar, pero mientras, yo pienso que tú vayas a por los dineros y de lo otro se puede encargar Manolón...

—¡Tú no conoces a Manolón! Ese es la hombría y la honradez juntos... Ese no es capaz de cometer una infamia por pequeña que sea, que ninguna lo es, por todo el oro del mundo.

—De todas maneras, hablas con él, puede que estés equivocado.

Habló con Manolón y se confirmó en su creencia con respecto a él.

La reacción del jornalero fue brutal. Se encaró con Antonio llamándole las peores cosas con las peores palabras. Los dos pasando un mal rato. Tuvo que sujetar a Manolón porque éste se obstinó en subir para dar una paliza al "gandúl cabronazo" hasta dejarlo aplastado como lo que era: un bicho.

Ya calmados un poco, acordaron no hacer nada. Solamente que Antonio iría a por los dineros y que el señorito se las aviara como pudiera, porque ellos no iban a ocupar el puesto de alcahueta que había dejado vacante el Pincho, porque la última jugarreta del Pincho y del Fonso, no tenía nombre ni perdón de Dios. Porque al Manolón le constaba que Araceli, la hermana de Frasquito, fue a Los Claveles, engañada.

—Tú mismo me dijiste, Antonio, que a la mañana, ella salió de aquí llorando...

—También a mí me engañaron, Manolón... Me hicieron creer que iba a ser una fiesta, con mucha gente, y cante grande... ¡qué vergüenza!

Y Antonio fue a Aguilar y trajo las cuatro mil pesetas. Y ahí acabó su gestión.

—¿Del otro encargo...?

—El otro encargo, señorito, no he podido cumplirlo de momento...

Se enfureció y amenazó con ponerlo en la calle y con avisar a los amos de cortijos y lagares para que no le dieran trabajo, y que se murieran de hambre él, su mujer y sus hijos...

Antonio comentó esta entrevista con Manolón, pero no con María a quien dijo: —Todo va bien... No hay que apurarse, mujer.

Pero el señorito de Los Claveles estaba padeciendo un estado de furioso erotismo.

No era fácil retener a la Chiquita. Decían que le daban arrebatos y por eso se marchaba de la casa. Hubo un tiempo en que la madre la amarraba a

una pata de la cama o de una mesa, porque la criatura, como no tenía conocimiento de los peligros, estaba expuesta a cualquier desgracia. Desgracia suya fue nacer sin que su madre supiera quien pudo ser el padre. Todos los hombres que amistarón con ella negaron la paternidad. La madre, y también la abuela, encogieron los hombros y sólo se preocuparon de los biberones, de las sopas y de los garbanzos. Se conocía a la niña por Chiquita y nunca se supo su nombre de pila y se pensaba que podría ser el de Julia como el de la madre y la abuela.

El caso era que la niña se crió, como allí decían, sin rey ni roque y sin perrito que le ladre, a su aire; porque la abuela tenía ya muchos achaques y pasaba parte del día en la cama; no era tal cama, sino un jergón relleno de paja, que cambiaba cada año en la era de algún amigo; un jergón, repetimos, que extendía, cuando iba a usarlo, junto a la chimenea en la pieza de la casa que les servía de todo: cocina, alcoba, sala de estar, etc., ya que la casa se reducía a esa habitación de la planta baja, con un patinillo en el que había un pozo de agua dulce, una parra que lo entoldaba y servía para gozo de avispas; una cuadra pequeña, con un solo pesebre, y en el rincón de la misma, el pequeño muladar que les servía de excusado; al lado del pozo, la mitad de una tinaja grande, de las utilizadas en las bodegas de los lagares, que hacía de pila de lavar la ropa, y otra más pequeña y entera donde se echaban las cenizas, para con el agua, convertirla en "Clarilla", algo importante para el lavado, que en estos tiempos ha sido sustituida por el detergente.

La planta alta estaba formada por una sola habitación sin puertas y dos ventanas sin hierros. En ella lucía una hermosa cama matrimonial, una mesita de las llamadas de noche con una palmatoria, una vela y un orinal. Un lavabo, dos sillas, una mecedora con asiento de enea, un cuadro de la Virgen de Araceli, otro de San Antonio y ambos colgados de la cabecera de la cama. En esta habitación trabajaba Julia hija, en su oficio: el más antiguo del mundo.

Allí nació Chiquita. Allí vivió algún tiempo, hasta que la bajaron con la abuela, donde pudo aprender a sobrevivir. Chiquita nunca supo que era una niña huérfana de lo más elemental: de cuidados, de mimos, de ternuras, de besos. Dormía en el jergón de paja de la abuela; se recostaba en los flácidos senos, huyendo de la asfixia que le producía el hedor de los sobacos. Pensar en la infancia de Chiquita es un desconsuelo, porque un niño, sólo por serlo, merece todo el amor del mundo. Pero Chiquita no sabía que era tan desgraciada; nunca supo que su infancia fue la encarnación de la miseria y del

oprobio, porque cuando ya andaba por sí sola, cuando podía hablar —palabras soeces y blasfemas— cuando pudo subir gateando las escaleras y entró en el cuarto donde la madre dormía; cuando se acercó a la cama y le besuqueó la mano que le colgaba, despertándola; cuando la madre gritó: —"Cref que era un bicho" —y retiró la mano— "Vete, Chiquita, vete, déjame dormir".

Porque la niña insistió en sus caricias y en querer subir a la cama, la madre se compadeció y la aupó. La criatura decía con gozo nuevo: —"¡Ternita, cama ternita!

Subió la abuela hecha una fiera y la sacó de la habitación sin hacer caso de las protestas de las dos.

—Tú, a dormir y a descansar, que a la noche tienes que estar como una rosa.

En vano lloró Chiquita. Cuando aquella noche tuvo que acurrucarse entre los pellejosos pechos de la abuela, pudo dormir pero no con placidez, ya que de vez en cuando, un suspiro levantaba su pechito, con dolor de desamparo.

Fue creciendo y acumulando desgracias y milagros, porque milagrosa era su férrea salud, milagroso que jugase con sus muñecas de trapo, milagroso que cantase. Chiquita iba creciendo y cuajando en una niña hermosa y robusta. Y bonita. La abuela advirtió un día a la hija: —Cuando a tí te llegue la hora de que ningún hombre te busque, como me pasó a mí, la Chiquita cuidará de tu vejez porque no le faltarán hombres.

Chiquita era hermosa y bonita. Gustaba de arreglarse adornando su cabeza con flores, margaritas, rosas, jazmines, sólo que su inteligencia no creció a la par y la abuela, temerosa del peligro que suponía el pozo del patio, tuvo que taparlo con tablones de madera, y también tuvo que vigilar la candela y las salidas a la calle y al campo. Una vez volvió a la casa sudorosa y enrojecida, perseguida por unos chicuelos. Por eso la amarró a la pata de la mesa. Cuando la madre la vio preguntó:

—¿Por qué la tienes así?

—Porque se escapa y unos chiquillos la corrían para machearla.

Cada día que pasaba aumentaban las ocasiones de escapadas, porque la abuela permanecía más tiempo en la cama a causa de sus dolamas. Chiquita tuvo que aprender a hacer las labores caseras; aprendió con facilidad. Lo más

difícil para ella era comprar en las tiendas, pero lo hacía con gusto porque de ese modo pasaba mucho tiempo fuera correteando las calles. Su coquetería innata se destapaba siempre por las tardes; entonces, muy acicalada, se ponía de pie sobre el rebate de la puerta, apoyada en el quicio, esperando ver pasar a los gañanes que volvían, a pie o en mulos, de la besana y que siempre se metían con ella diciéndole: —Chiquita, ponte "colorá" y ella reía, reía y disfrutaba más que comiendo taquitos de jamón o terrones de azúcar. Algunos, más guasones o más crueles, se paraban y le pedían:

—Canta, Chiquita, canta.

Y ella cantaba, muy desentonada, pero henchida de vanidad, la única coplilla que logró enseñarle su abuela:

*Por la calle abajito va.
Déjala tú ir, no le digas na.
Mira que es chiquita
y se pone colorá.*

—¡Moscones! ¡Moscones! —salía a veces la abuela ahuyentando a los mozos, lanzando improperios y procacidades; tiraba de la niña violentamente, a la par que le amonestaba: —A esos muertos de hambre ni les hagas caso, ni los mires. Lo tuyo es otra cosa.

Chiquita siempre estaba espiando a la abuela y cuando la veía dormida salía presurosa, hasta sin arreglar su cabeza untándola de aceite perfumado con jazmines o nardos fritos; canturreaba feliz por las calles.

—Chiquita, ¿duerme tu abuela?

—Mama Julia está mala. Le duele aquí —señalaba el vientre.

—¿Se tomó la medicina de la taberna?

Afirmaba la niña.

—¿Dónde la compraste el aguardiente para el dolor de barriga?

La niña seguía andando hasta la fuente de la Teja. Las vecinas, comen-
taban:

—La vieja no sale de una borrachera cuando entra en otra.

Y la niña ajena a todo canturreaba:

Por la calle abajito va...

Las otras niñas se apartaban de ella y los niños la rodeaban.

Unas vecinas la echaron de la fuente. Desorientada, enfiló la calle de Monturque; se distraía asomándose a los patios de las casas.

—Chiquita, ¿dónde vas?

—Allí —y señalaba al horizonte.

—Ten cuidado no vayas a perderte.

Cuando llegó a la última casa, volvió a la izquierda y por campos sembrados atravesó hasta encontrarse con una carretera: la de Aguilar. Descansó, sentándose en la cuneta y se entretuvo largo rato observando un hormiguero. Luego volvió a andar alejándose del poblado. Nunca había visto los Chaparros, ni el lagar del Monte, donde la jauría alborotaba todo el campo. Chiquita tuvo miedo y corrió; cuando creyó que estaba a salvo anduvo más despacito y se recreó en lo que sus ojos, grandes y sin expresión, veían por primera vez: las viñas y los lagares. Se cruzó con un hombre que tiraba de las riendas de una bestia.

—Chiquita, ¿y tu madre?

—Durmiendo.

Quiso montarla y llevársela a la familia.

—Te monto en el mulo y te llevo a tu casa y veo a tu madre.

No quiso. No quiso y dio una carrerita. El hombre no insistió, pero la miró como tasador y pensó: —"Está en su punto". Y se alejó.

Chiquita quedó parada mirando a lo lejos. Sintió miedo y buscó un sitio donde esconderse. El brillo de un espejo la dejó paralizada: nunca había visto otro igual. Chiquita, huyendo del grupo de hombres que venían por la carretera y querían llevarla a su casa, bajó por la ladera hacia el cañaveral y se dijo asombrada: —Agua, agua, agua...

El grupo que venía por la carretera, dos Guardias Civiles y Dieguito, no se aperció de la presencia de la zagala. Iban los tres demasiado preocupados, porque unos pasos antes habíanse cruzado con el amo de Los Claveles que salía del camino de la finca a desembocar en la carretera.

—¡Dios guarde a usted! —saludó el cabo.

—¡Dios le guarde! —deseó el guardia Ruiz.

El doncel de la huerta de los Granados, no habló. El señorito correspondió a los saludos con movimientos de cabeza.

Al cabo le preocupaba el encuentro con don Ramón y le invadía una gran ternura cuando consideraba por encima del sentimiento afectuoso que le inspiraba el doncel, el encuentro con Dolores, la moza de la huerta tan ducha en batallas amorosas. A Dieguito le costaba trabajo mantener secos los ojos: su madre, Estrella, el Yodo. Y en su interior dudaba de todo lo que le hizo aprender don Emilio el cura: Dios es bueno. Dios es infinitamente bueno. Cuando alzaba los ojos, ofendía al cielo. Hasta entonces, nunca había maldecido.

La pareja los había encontrado en una posada de las afueras de Montilla, en donde paraban mientras buscaban trabajo, aunque sólo fuera trabajo para uno solo. Aquella noche Tole le había dicho al terminar de cenar —un apetitoso potaje de habicholones con tropezones de morcilla y tocino fresco—:

—Mañana, al amanecer, buscaremos en Montemayor; si no encontramos algo allí seguimos hasta Fernán-Núñez, y si tampoco, nos vamos a Córdoba y no nos faltará el acarreo de maletas y bultos desde la estación del tren hasta donde digan; yo se andar por allí. Además, si nos sale la cosa rematadamente mal, acudiremos a Morachita...

Pero no hubo ocasión.

Al amanecer, cuando ya preparaban la marcha, llegó la pareja preguntando por ellos. La pista se la habían dado en el lagar de la Torre.

Dieguito creía que su padre era fuerte, que era de hierro, que podía aguantar carros y carretas sin que se cambiara el color de la cara, sin un gesto, sin ni siquiera mover las cejas. Pero notó que a Tole se le blanqueó la cara, que tragó saliva, que apretó la boca y que al mirarlo a él, pareció como si se le fuera a salir por los ojos un chorro de lágrimas. A Dieguito se le ablandó el corazón porque abarcó de golpe la intensidad del amor paterno, y una levísima sonrisa de gozo, iluminó su cara. Se miraron los dos y se entendieron sin palabras.

También entendería el Yodo, que dejó de ladrar a los guardias y movió el rabo mirando alternativamente a los dos con ojos muy brillantes.

La cosa se resolvió pronto. Tole explicó como pudo que andaban buscando trabajo. El cabo dijo que bueno, que siguiese buscándolo, pero que

el zagal tendría que volver a su casa por carecer de permiso. Que ellos tenían que cumplir las órdenes del Alcalde.

Cuando Tole abrazó al hijo, le pareció que el corazón de éste era aquel mismo que latía con temblor de pajarillo asustado en el pecho de María, su madre, cada vez que él regresaba tras una temporada de abandono.

—Algún día viviremos juntos —pudo decir angustiado.

Al separarse los dos, el guardia Cristóbal Ruiz tuvo que tomar a Dieguito por un brazo, porque el torrente de lágrimas le impedía caminar.

—Animo, muchacho —le consoló el cabo —en esta vida todo tiene arreglo.

Los tres iban andando llevando a los caballos de las riendas, pronto estuvieron en la carretera.

—Cabo —dijo Diego— podéis montar los caballos que no me escaparé.

Sonrieron los dos y entre ellos se cruzó un gesto de complicidad.

—Por ahora vamos los tres a andar un poquito.

Pasaron de Aguilar.

—¿Tomamos un café, cabo? Yo convido.

—Gracias, Ruiz. Unos pasitos más y nos encontraremos en el lagar de la Torre y allí nos darán un buen desayuno y nos prestarán un mulo y así no nos cansaremos ninguno.

¡Estrella! ¡Iba a verla! ¡Qué aleteo de júbilo en su maltratado corazón!

Estrella estaba esperando en el rebate de la puerta del lagar, fresca y lozana, como una rosa bañada por el rocío. Toda ella era flor y lucero. Desde el principio del camino se podía advertir el latido de su corazón, atendiendo al movimiento alado de la blusilla ajustada a su pecho. Flor y lucero. Su pelo apenas recogido sobre la nuca como un manojo de hilos de oscura seda; y manojitos rebeldes sobre la frente, coronando el triunfo de su belleza; brillantes y profundos sus ojos; y las aletas de su nariz temblorosas como de animal en celo; y la amapola de su boca entreabierta por el incontenible anhelo; y su cinturita perfilada por el atadizo del delantal; y su faldita que le cubría las rodillas y no impedía las curvas graciosas que se adivinaban en su cuerpo. Así lo apreciaba Dieguito y le pareció que hasta llegar a donde ella estaba

faltaba aún mucho tramo y que no sabía cómo se acomodaba al paso de la pareja y no al que él deseaba: a un galope dislocado para llegar a ella y aplastar su cuerpo contra el suyo.

La oyó decir:

—¡Ya están aquí!

Y enseguida asomaron los padres y daban la bienvenida con los brazos demostrando alegría.

También oyó Dieguito, que la madre decía a Estrella:

—Tú, a la cocina, que una mocita es una prenda muy delicada.

Y a Dieguito le pareció que había llegado la noche oscura, cuando la niña bajó del rebate y se internó en la casa.

Los padres no le hicieron preguntas, pero lo miraban compasivos y lo atendían como a hijo propio. Estrella daba de comer a su hermanillo: un angelote de carnes doradas y pelo de oro que reía a cada palabra que Estrella le decía entre cucharada y cucharada. ¡Y si él pudiera oírla, también reiría sin contenerse, y no como lo estaba haciendo, apretando los labios para no dejar escapar la risa, como un angelote más! Se miraron los dos: ella, con los ojos húmedos y tristes; los de él, también húmedos, pero repicando a gloria, porque sentía dentro de su pecho un alborozo de campanas.

Y Estrella, terminado el desayuno del pequeño, lo sacó a la explanada para entretenerlo correteando gallinas.

Y el guardia Cristóbal Ruiz —¡bendito sea!— le hizo un gesto al doncel y éste obedeció de muy buena gana.

Apenas pudieron hablar porque los dos se quedaron absortos mirándose. Ella fue la primera que rompió el éxtasis.

—Te escapaste de tu casa ¿verdad?

—Sí.

—Te buscan porque robaste, pero eso no es verdad ¿a que no?

—Sí, robé. Lo hice porque estaba desesperado y borracho...

—¿Te gusta el vino?

—Como a cualquiera, y nunca, hasta ese día, me había emborrachado.

—¿Y ahora, qué pasará contigo?

—No sé, pero pase lo que pase, vendré a verte.

—¿De verdad?

—¡Por estas...! —y Diego, haciendo una cruz con sus dedos se la llevó a la boca para un beso.

El angelote fue inoportuno: correteando a una gallinita muy juguetona, tropezó con una tejoleta y alarmó a la madre que asomando rápida a la puerta, ordenó:

—Estrella, déjame al niño y anda a empezar dentro de la casa las haciendas.

Obedeció la mocita. Dieguito la vio partir sin poder enjugar los lagrimones que escurrían por las mejillas de la joven, y hasta que desapareció tras la puerta de la finca no dejó de apreciar el movimiento de su cuerpo, como si el aire y sus caderas hubieran pactado para quel vaivén cándido y estremecedor. Flor y lucero.

Y por este arrobamiento, el doncel no pudo enterarse de lo que hablaban los caseros y la pareja.

—Entonces, cabo, ¿no le habéis pegado al muchacho?

—Ni le pegaremos. ¿Por qué íbamos a pegarle? Es verdad que robó, pero el dinero le fue devuelto al Alcalde. Y es verdad que se escapó, pero cualquiera en su lugar hace lo mismo.

—¿Y al Tole?

—¡Hombre, si el Tole es un bendito de Dios! ¡Si no le hace mal a nadie!

—Se dice que mató a don Diego, el amo de Viña Alta...

—Pues mira, yo no lo creo. Ese asunto es un misterio y nunca se sabrá quién fue el criminal.

Y el guardia Cristóbal Ruiz, intervino:

—Desde luego, el Tole no lo mató, y lo sé de buena tinta.

Dieguito no escuchó nada de lo dicho en el grupo y le hubiera hecho bien a su espíritu, ¿más bien que tener la ilusión de que Estrella era flor y lucero?

Por la calle de Los Pozos bajaron los tres jinetes para llegar a la Huerta de Los Granados de la forma más discreta posible. A pesar de eso, enseguida, como reguero de pólvora, corrió la voz entre la vecindad.

—A Dieguito el de la Huerta lo lleva la Guardia Civil.

—Al niño de la Huerta lo traen para meterlo en la cárcel.

—A Dieguito le han dado un palizón que no puede moverse, por eso lo traen en un mulo.

—Al Ramón le va a doler la cabeza con el hijo del Tole.

—¿El hijo del Tole...?

—¿No lo sabías? Pues sacó la cara y las hechuras del Tole. No hay más que mirarlo.

—Y además, los mismos instintos: abandona a la familia como el Tole abandonaba a María la Tuerta.

—El Tole mató a un hombre.

—Y el niño robó a otro.

—Así se empieza.

Pocos hablaron bien del caso. Nadie se compadeció, porque el monstruo humano se regodea con el mal, aunque sea inventado.

En el interior de la Huerta reinaba el silencio y en el exterior la algabía. Todo era sonido, y hasta lo más insignificante a los ojos indiferentes tenía voz musical. Alrededor de la casa, la huerta con sus árboles convertidos en orquesta; con el rumor de las hojas mecidas por el aire y el parloteo de los pájaros; la tonadilla del riachuelo, sorteando los rizomas de las cañas, y el ¡uh, uh! de los olivos de La Hoja, antañones y retorcidos; el silbido lejano de un tren que se desliza por la vía que atraviesa los campos y despliega el humo de su chimenea como bandolera de terror; y la campanita bulliciosa de la iglesia, tocando a vísperas, enrollada en el concierto campero; y la alberca, llena hasta rebosar con las delicadas arrugas que le forma el aire al soplarlas. Y delante de la alberca, una cordalada de macetas plantadas de claveles, la pasión de María Victoria, la dueña de la Huerta, y que cuida con esmero Dolores, la moza que devana en su cerebro los hilos de la tragedia que fue y de la que puede ser.

Al sentir el ruido de caballerías, había salido presurosa, secándose las manos mojadas, en el delantal de faenas.

Dio un grito de alegría y corrió a recibir en sus brazos al doncel.

—¿Te han hecho daño mi gloria?

El cabo, apeándose con agilidad de juventud, que no tenía, le preguntó:

—¿Dónde está don Ramón?

—En la cama muy malito, retorciéndose de un dolor de riñones.

A la ventana de su alcoba se asomó Ramón para comprobar que los guardias habían traído a Dieguito. La cara blanquísima y el pelo revuelto producía malestar al mirarlo.

—Cabo, otro día hablaremos... Y tú, ladrón sinvergüenza, desde este momento dormirás en la cuadra y harás de mulero por la noche; y de día, la yunta y la azada. Tu comida la pagarás con tu trabajo y agradece que no te meta en la cárcel...

Estaba Diego en medio de la pareja y escuchaba con la cabeza baja. Ramón continuó:

—Cabo, ¿aguantó muchos correazos?

Diego hizo un movimiento de sorpresa.

—Don Ramón, el muchacho es fuerte.

—Más le vale.

El guardia Ruiz echó una ojeada a su alrededor y paró sus ojos en la Dolores. Ella sólo tenía ojos para el doncel.

Se retiró de la ventana Ramón. En la otra ventana, en la de la alcoba grande que sólo utilizaba María Victoria, apareció ella abriendo las puertas de par en par. El cabello suelto, la cara —aún bella— demacrada; las ojeras como pintadas toscamente con carbón; las mejillas, hundidas y la boca entreabierta y húmedos los labios, por la constancia de la lengua que no cesaba de recorrerlos, los hombros sólo cubiertos por las tirantas anchas y abotonadas de la camisa blanca. Parecía feliz al mirar a Dieguito con fijeza amorosa y rendida.

—¡Tole! ¡Tole de mi vida! Riega otra vez los claveles de las macetas y súbeme uno...

A la vez María Victoria, con expresión lasciva, se iba desprendiendo de la camisa y apareció su cuerpo desnudo.

Dolores tomó la cabeza a Dieguito, le tapó con sus manos los ojos, lo llevó hasta la casa, apartando de mala manera a los niños que, asomados a la puerta, miraban extrañados a la pareja de la Guardia Civil, que en aquel momento se preparaba para la marcha, sin darse por enterados de cuanto estaba sucediendo en aquella mansión, que entre la paz de la tarde, el júbilo de la tierra y la alegría y perfume de la atmósfera, podría ser un nido de amor.

La perra no había ladrado. La perra percibía un dolor y un gozo: su amo Dieguito lloraba abrazado a Dolores como un niño chiquito: ese era el dolor. Y el gozo, tenerlo allí y que se dejara lamer las piernas, y que se agachara una vez para acariciarle las orejas.

Arriba había gritos, voces y ruido de puertas, muebles y cristales. A la perra sólo le importaba la vuelta de su amo, porque algo maternal se adivinaba en sus ojos de mirada humana, algo muy entrañable en aquellos lametones que daba a las piernas y a las manos de Dieguito, como besos... Unos besos que no suplían los de una madre... Y el animal debía saberlo.

Ramón no mejoraba. El médico que venía a verlo a diario no era muy optimista y Ramón deploraba más el abandono obligado de la alcaldía, que sus terribles dolores que lo tenían en un quejido constante. Tampoco le preocupaba el estado de María Victoria, ni el abandono de sus propios hijos, ni siquiera la presencia de Diego en la finca; ya recibió una gran alegría cuando el cabo le dijo que "el muchacho es fuerte" porque el palizón habría sido tremendo a juzgar por la fama de aquella pareja.

Tenía grandes proyectos que pensaba realizar en poco tiempo: un cuartel de la Guardia Civil, un paseo con poyetes para asientos y acacias de adorno; una casa para el Ayuntamiento y el Juzgado; una escuela de niños y otra de niñas; arreglar la calle principal y ponerle el nombre del diputado que ayudó a borrar el nombre de Los Zapateros; darle un arreglito a la iglesia y al camposanto, y contratar a un buen secretario. Todo esto requería tiempo, trabajo y dinero; esto último lo arreglaría haciendo un reparto entre los propietarios en la proporción de lo que amillara cada uno dentro del término municipal; de esta contribución él estaba libre, porque la huerta y las demás fincas de María Victoria pertenecían al término de Lucena.

Tendría que recobrar la salud porque las cosas, sin él al frente no marchaban como era debido; necesitaba un sustituto por unos días, ¡pero es que ninguno estaba por sacrificarse! Tal vez, Pepillo José... No lo dudó.

Mandó al único guardia municipal que tenía nombrado; siempre estaba en la huerta cuidando de ella y trasplantando las almácigas; por la noche ya no haría más de mulero, con lo que se ahorra un jornal y en cambio será nombrado sereno; sólo tendría que dar un par de vueltas por las calles cantando la hora, que él la sabía siempre con solo mirar al cielo, con nubes o raso, con lo cual estaría el Aquilino muy contento y orgulloso, sintiéndose casi una autoridad en Moriles. Bien, pues que Aquilino fue a casa de Pepillo José, que éste estaba en la del compadre, aún convaleciente; que Aquilino fue hasta allí y le dio el recado de don Ramón el Alcalde.

Pepillo se hinchó como un pavo real, pero se negó en redondo. Entonces Ramón, empleó la amenaza, encubierta con buenas y alentadoras palabras:

—Mira, José, el pueblo es de todos y todos tenemos que apenar con el trabajo. Yo, en cuanto eche esa piedra que dice el médico que tengo que echar, me enderezo y vuelvo a tomar las riendas. Mientras, tú me representas. ¿Qué hay que ir a Aguilar? Vas tú. ¿Qué hay que ir a Córdoba a ver al diputado o al gobernador? Vas tú. Que a lo mejor no hay que moverse de aquí, pues no te mueves. Así que, mientras yo esté, como estoy, incapaz, tú te pasas por aquí en la mañana y en la tarde y todo marchará a pedir de boca. Ahora bien, si tú, que puedes hacerlo, te niegas, me das un disgusto y me das también en qué pensar... Y nada bueno sería.

Aceptó por fin. Se informó de lo más urgente que tenía que hacer.

—Por lo pronto es preciso que te pases por la obra de la calle Homo, para que los albañiles aligeren con mi casa... ¿Ves? Si ya estuviera terminada, allí mismo pondría yo el Ayuntamiento y no tendría que moverme para llevar la tarea...

—¡Hombre! —exclamó cándidamente Pepillo José—. Eso sería una buena puntada que te agradeceríamos todos los morilenses.

—Oye, José —aclaró el Alcalde— que yo tendría que cobrar un alquiler.

Pepillo José no dijo nada a esto, sólo que levantándose para abandonar la alcoba del enfermo, le dijo:

—Pues, Ramón, nada —pero cuando Pepillo salía ya, le dijo: —¡Ah, mira: procura tenerle bien cogidas las riendas a tu hijo Luis; no me gustaría darte un mal rato a cuenta de él.

Pepillo José, salió de la Huerta, con toda la hiel revuelta. El Ramón era un enemigo de cuidado, un mal bicho y había que tener muchísima mano izquierda para tratarlo.

A su casa llegó cuando ya estaba toda la familia reunida para comer. Casualmente era comensal Luis, pues se vino de Los Llanos, decía que para poder leer algo por la noche.

Pepillo se alteró al verlo; le martilleaban el cerebro las amenazas de Ramón.

—¿Con quién te vas a reunir esta noche?

Luis rió con ganas, guiñó un ojo y contestó ufano:

—Me espera una mocita en su reja.

—¿Quién es?

—Rosita, la del primo Agustín.

Y todos aplaudieron la elección. Pepillo José, más seguro ya de sí mismo, dio su noticia.

A Lorenza le agradó: ella sería Alcaldesa, aunque fuera por unas horas. En los demás también cayó bien la noticia. Menos en Luis, que protestó de que su padre, que estaba tan bien visto por todos, se cogiera del bracete con el cacique del pueblo.

Hubo una pequeña discusión, que Lorenza, como siempre, acalló, reinando otra vez la paz y la alegría y ya sólo se habló de las últimas novedades:

—Diego fue llevado a la Huerta por la Guardia Civil.

—El padre lo puso en la casa a trabajar de jornalero.

—A la Niña de la Huerta tendrían que encerrarla en un Manicomio.

—Ramón estaba malo y según el médico de Monturque lo estará mucho tiempo.

—El señorito de Los Claveles estuvo ayer por la Laguna Grande.

—El Fonso hace más de una semana que se fue y no volvió.

—Chiquita, la hija de la Julia, salió de su casa ayer y todavía no volvió.

—Araceli, la hermana de Frasquito, quiso tirarse al pozo y gracias a los gritos de socorro de Teresa y a que estaba en el escalón el Pacorro, pudieron sujetarla.

Total: noticias sin importancia, menos la de Araceli, que nadie se esperaba nunca nada de ella, tan alegre, siempre cantando, y a lo mejor un disgustillo con el medionovio que tiene.

Y que de algo hay que hablar.

Y todo el pueblo era un murmullo interminable, porque sí, porque de algo hay que hablar, para distraerse, para disfrutar despellejando o alabando a otros. Para desahogar la envidia o la vanidad. Para sufrir o gozar el mal o el bien ajeno. Para alejar penosos pensamientos.

Todo el pueblo, al parecer tranquilo, recogido en sus estrechos límites, adornado con las galas de la naturaleza, sencillo en su caserío y en su paisaje. Un entorno sin estridencias. Sin grandes relieves. Ni siquiera piedras; sólo terrones que se deshacen al soplo del aire, a la caricia de la lluvia, al hurgar de los pequeñísimos seres o a la pisada fuerte del hombre o al pisotón de una bestia. El paisaje de Moriles, antes Los Zapateros, lo formó Dios para facilitar el esfuerzo humano: ni lisura de nava, ni dureza de roca. Era como un lago de ensueño donde los verdes, ocre y blancos se cruzaban en la superficie como un juguete de mágica irisación. Y el agua se hubiera dispersado inventando arroyuelos infantiles. Un paraíso. Un lago maravilloso.

Y la serenidad y limpieza del lago había escapado, como escapa el último rayo de sol cuando camina a su ocaso y entra en la oscuridad borrando perfiles. De algo hay que hablar. Y eso es como una piedrecita lanzada a las aguas; las cambia, borra ángulos, igual que hace la oscuridad; nada es claro y limpio, y llega el momento de las piedras grandes que chocan en el fondo del lago y no sólo alteran la superficie, sino que remueven bruscamente el cieno.

De algo hay que hablar.

Ya se habla, de cieno. De todo lo escondido por vergonzoso. Y las aguas no huelen a frescura y apestan a podrido. Surge la Muerte. La muerte de la belleza que es la bondad de los seres; la muerte de la transparencia, de lo diáfano, de la verdad.

De algo hay que hablar.

Y todo el pueblo se hace murmullo, al tirar un pedrusco al fondo del lago. A la superficie subió la broza, la roña, con su corte de pestilencias.

Un lago o una laguna grande, como la de Los Llanos, porque así estaba ésta; como el pueblo, con sus aguas alteradas por el asombro de los malvasías contemplando un cuerpo inerte sobre el agua, que no era barca ni remo; un cuerpo más de los que anualmente pagaban su tributo a la Laguna. La diferencia era que el cuerpo no tenía gran tamaño, como el de los hombres ahogados; el que contemplaban asombrados los malvasías era el desnudo de una mujercita, casi una niña, el de Chiquita, trabados los pies por rizomas y ovas que lo mantenían casi a ras de la superficie líquida. Las aguas apesadas en pequeños charcos, formados por el caprichoso entramado de las cañas, ofrecían un patético color rojo. La cara preciosa de Chiquita aparecía limpia, porque el levísimo movimiento del agua había limpiado la sangre que manó de las heridas producidas al chocar con los carrizos; los ojos habían mirado al cielo con espanto; todo el cuerpo parecía asaeteado; las cañas fueron el instrumento cruel.

Estaban alborotados los patos, pero toda la naturaleza era ajena al asombro de aquellos seres. Se escuchaban las flautitas de los zagales retozones por los vecinos caseríos, armonizaban las cañas chocando entre sí, bamboleadas por el viento; cruzaban el aire con alegres piruetas, los pájaros; se escuchaban lejanos rebuznos y relinchos que venían a completar el concierto con trompetas inéditas; los patos formaban coro desde el principio del hallazgo; por la carretera pasaban cuadrillas de jornaleros, con las mochilas, ya vacías, y las azadas sobre los hombros, como raros y antiguos soldados romanos; y un cabrerillo con el rebaño de locas, que subían y bajaban los vallados como artistas de circo; sus campanitas eran el maravilloso contrapunto. Y el canto del cabrerillo, el de siempre, el fácil y evocador:

*Arre mulilla torda, campanillera
¡la hija del amo quien la cogiera!*

El cabrerillo, como casi siempre, paseó su mirada por al amplio horizonte y mentalmente nombraba los pueblos, que no se veían, pero que estaban allí; tras la ondulación maternal de la sierra, Lucena; tras la mole adusta y severa, Monturque; tras las líneas agudas y enfiladas, Cabra; tras la mole maciza de gigante bonachón, Montilla. Y abajo, las viñas y la Laguna Grande.

Mucho le atraía al cabrerillo aquel espejo colosal. Más de una vez, se había revolcado en aquellas aguas, correteando a los patos; más de una vez había estado a por cañas para hacer flautitas y entretenerse inventando melodías. Le gustaría ser viñero. Guardar cualquier viña de aquellas, y bañarse en la Grande para acompañar al canto de los pájaros.

Los patos estaban intranquilos, sin embargo parecía que no había por allí ningún cazador; tampoco había gente en las viñas de José, su vecino, a quien algunos llamaban Pepillo; conocía bien a sus hijos y a la mocita que tenía, que era preciosa y muy gachona; cuando él llegaba a la casa y con el palo llamaba a la puerta, para recoger las cabras y llevarlas al campo, enseguida salía la mocita, como si lo estuviera esperando, y antes de él hablar, decía ella: —"¿Las cabras, Perico?". Y antes de él contestar, entraba ella en el patio y luego en el corral y salía ¡con una gracia! echándolas fuera y cuidando que no se comieran al pasar alguna flor... "¡Con siete ojos Perico, con siete ojos, no se me coman mis flores!" ¡¡Siete ojos!! Los dos que le iluminaban la cara, hacían por cien luceros. ¡Qué niña la Loren! ¡Y qué gachona cuando decía "Perico"! Primero pegaba los labios, luego enseñaba los dientes y luego se le quedaba la boca redonda y abierta, como si esperara algo. Quizá que él hablara ¿Y qué le iba a decir, si cuando enfilaba la calle para recoger las cabras de las casas, al ir llegando a la de ella, empezaban a temblarle las piernas y cuando la veía, se quedaba sin habla? Menos mal, que después, en el campo, entre la flautita y la conversación que armaba con la Negrita, se tranquilizaba, aunque no siempre; la Negrita era una chivita traviesa que lo traía loco, porque ella lo estaba desde antes de nacer; se escapaba del rebaño cuando se le antojaba; toreaba al perro, hasta que desesperaba al perro y a él; el perro ladraba enfurecido y el tenía que dejar de tocar su música. Cuando la chiva se calmaba, le hablaba llamándola Loren "Mira, Loren, no me tomes el pelo. Déjame tranquilo. No me mires así. Mira Loren, que cualquier día, te planto un beso en la boca... No me provoques, Loren, que no voy a poderme contener. Mira, Loren, que voy a juntar una piara de cabras más solamente, que ganaré dineritos y le diré a tu padre: "Conque, la Loren se casará conmigo". Poco rato estaba la Negrita quieta escuchando; saltaba y se iba de su lado y él volvía a su flautita y a su forja de ilusiones.

Aquella tarde, la Negrita saltó al vallado para contemplar, a la par que su guarda, el paisaje idílico. A Negrita le interesó el congreso de patos y brincó por la ladera sin que le pudiera dar alcance el perro. Perico no podía perder ningún animal de su rebaño; la chiva intentaría meterse en el agua y podría ahogarse, cosa fácil si se metía por el lado del cañaveral en que el peligro estaba en las cañas y en las ovas. De chico lo asustaban para que no fuese a la Laguna Grande, porque podría "coger las sisiones" y esas calenturas duraban mucho tiempo, o ahogarse. "En la Laguna hay un gigante que come carne de niños; no tiene manos como nosotros; en vez de brazos tiene unas tenazas y niño que va sólo y se mete por el cañaveral ¡zas! lo atenaza,

se lo lleva a la cueva que tiene en el fondo, como un pozo y se lo zampa de una vez. Por eso sabía él de los peligros del cañaveral: si la Negrita entraba se le engancharían las patas, se ahogaría y su padre tendría que pagarsela al amo y... le pegaría a él una paliza atroz.

La Negrita corría. El perro también.

—Eh, tú, Chulín, vuélvete y cuida de las cabras, que yo traeré a la loca...

Claro, que Chulín entendió la orden. Subió y arrinconó sobre una cuneta a todo lo largo, la piara, que obedeció, pero protestando al unísono por su situación de prisioneras en el improvisado aprisco, donde los espinosos cardos podrían maltratar, malherir y hasta inutilizar, sus poderosas y estallantes ubres. Eso no lo había previsto Chulín. En su desesperación optaron por la quietud, que era la única manera de defenderse contra la agresión y el dolor.

Perico alcanzó a Negrita, justo, al principio de las cañas.

La presencia de Perico ahuyentó a los patos. El muchacho sintió la natural curiosidad por saber el motivo que los había reunido; tras una fuerte lucha con la Negrita, pudo sujetarla por el cuello y avanzar por la orilla; le sorprendió que en una parte del cañizal se había formado como una calva al doblarse algunas cañas sobre el suelo; él conocía bien el paraje y se diría que cada caña le era familiar porque muchas eran las flautitas que él hacía continuamente; a Perico le pareció de primeras que una bestia pisoteó el lugar donde se formó el claro, y con la mirada buscó el sitio por donde pudo entrar, porque habría dejado huellas; o había tal rastro y como esto le pareció raro, avanzó con la chiva en brazos, como si llevara un bebé o un muñeco hasta el interior del cañedo. Enganchada en un carrizo, ondeaba una camisilla; en el suelo, un rebujo de telas hechas jirones, imposibles de aplicar a enaguas bajas, calzones o vestido; en el suelo, sobre el trazado de los rizomas, brillaba algo. Perico se agachó como pudo, dado que el animal se movía intranquilo, y le impedía soltura en los movimientos. Brillaba una cadena de oro que enganchaba un valioso reloj. A Perico le temblaron las manos y le saltó el corazón con anuncio de peligro. El reloj y la leontina pesaban mucho y no le era fácil guardarlos, ni en el bolsillo ni el morral; esperaba hacerlo cuando saliera a campo abierto. Siguió andando por el sitio en que los carrizos parecían separados, como si se tratase de una vía y llegó al agua; el miedo le sobrecogió al punto de gritar: ¡¡Socorroooo...!! Nadie podía oírlo. Y nada podía él hacer por aquel cuerpo muerto. Lo miraba con terror. Bordeó la Laguna con su carga a cuestas y apretando con fuerza en su mano la

cadena y el reloj, llegó a un sitio en donde pudo soltar a Negrita, y entonces guardó su tesoro en el morral, emprendiendo el regreso a la carretera. Se había olvidado completamente de la piara; los ladridos desaforados de Chulín y el escándalo que le estaban armando unos cuantos jornaleros que volvían del tajo, indignados de ver las cabras arrinconadas a lo largo de la cuneta, con peligro de heridas en las ubres y que no cesaban en su monotonía de clamores, lo volvió a la realidad. Los hombres se encararon con Perico:

—Estas cabras se están lastimando.

El cabrerillo miraba a los hombres, a la Negrita, al perro, al rebaño y no decía una palabra. Uno de ellos advirtió que al muchacho le pasaba algo:

—¿No veis que está blanco como la leche? ¿Qué te pasa, nene?

Y por toda contestación, Perico señaló a la Laguna Grande y con gestos indicaba que bajaran ellos a ver lo que había.

—¿Un ahogado, nene?

Afirmó con la cabeza y por fin cuando pudo respirar fuerte, dijo:

—Una niña.

—¿Será Chiquita...?

Y ellos bajaron enseguida.

Perico intentó sobreponerse y, ayudado por Chulín, ordenó el rebaño y continuó el regreso al pueblo. Volvieron a sonar las campanillas que colgaban del cuello de algunas cabras y en la carretera se iba levantando al paso de ellas una polvareda blanca.

Tan blanca como la leche continuaba la cara del zagal cuando, terminado su trabajo, entró en su casa y la madre le preguntó con angustia:

—Perico, nene, ¿estás malo?

Había soltado el morral junto a la alacénilla cercana a la puerta del patio, y se dejó caer en el primer peldaño de la escalera que llevaba a las alcobas.

—Me he puesto malo..., tengo ganas de vomitar...

—¡Claro! —dijo la madre— te empeñas en que te eche todos los días morcilla y te has empachado; pues mañana por la mañana, o, esta misma noche, tomarás un purgante.

—Estoy malo, mamá, por lo que he visto...

Y como pudo, contó que en la Laguna Grande había una niña ahogada.

—¿Será Chiquita? Anoche estuvo la madre preguntando si la habíamos visto por alguna parte. Yo la ví por la Fuente la Teja y se lo dije.

Así fue. Julia, la madre de Chiquita, anduvo por el pueblo, preguntando de casa en casa, por la niña, sin que pudieran darle razón de ella. En su desesperación se llegó a la Huerta de los Granados a pedir ayuda al Alcalde. Allí le indicó Dolores que tendría que ir a casa de José, el de las viñas de Los Llanos. Julia volvió a su casa con la esperanza de encontrar a la niña en ella. Entró. Su madre aún dormía y roncaba con estrépito. Un hombre la esperaba sentado a la puerta del patio, y se levantó al verla.

—Estoy esperándote hace más de una hora... —y dando unos pasos, emprendió la subida de la escalera.

—No, Isidro, no. Mi niña anda perdida por ahí y no tengo yo ánimo para estar contigo ni con nadie.

—Ya volverá, mujer, ya volverá; todos la conocen y estará entretenida... —y, dominante, le ordenó: —Anda, vamos para arriba, que tengo que volver esta misma tarde al cortijo.

—Que no, Isidro, que antes tengo que encontrarla...; que me da el corazón que le pasa algo malo...

—¡Paparruchas! Los pocos años, que quieren bulla y jaleo... ¡Venga, vamos a la cama...; luego te ayudaré a buscar a Chiquita...

Lloraba oprimido el corazón. Isidro cogió la botella de aguardiente que aún contenía algo que vació en la copa y se la dio a beber a Julia; después la tomó por un brazo y la obligó a subir a la alcoba a cumplir con su trabajo. Ella protestaba; humillada y vencida se pasó la toalla húmeda por los ojos para barrer las lágrimas, se quitó la ropa. Tenía un cuerpo de adolescente, de armoniosas y delicadas curvas.

—Suéltate el moño.

Y se deshizo la trenza.

Isidro, en su ardor y acometida de bestia, no era capaz de contemplar la belleza del cuerpo que se le entregaba sumiso; ni de advertir la súplica en los ojos de la mujer ante los cuadros que colgaban a la cabecera de la cama;

ni que, al cerrarlos y sonreír, se inmolaba esperando confiada en el milagro de la vuelta de Chiquita.

Cuando quedó libre de Isidro, salió nuevamente a la calle para buscar a Pepillo José y rogarle que mandara hombres a buscar por los campos a la niña antes de que se echara encima la noche.

—Yo mismo iré de cortijo en cortijo y de lagar en lagar y no pararé hasta encontrarla. Descuida, mujer.

Y más de veinte hombres, voluntarios, salieron aquel atardecer por los alrededores del pueblo.

A Julia le amaneció, sentada junto al jergón de la madre, esperando en vano. Una noche triste. Como de velatorio.

Los hombres habían deliberado que la niña no podía estar lejos; que le llegaría la noche y se cobijaría en cualquier cortijo o choza; que no sabía volver; que ya verían todos como, en amaneciendo, alguien la traería a su casa; que...

—¿Y la Laguna Grande? —apuntó uno.

Y Pepillo José:

—Mi Luis se vino temprano al pueblo y durmió aquí; de haber ido la niña por allí, él la hubiera visto como vio al señorito de Los Claveles.

Y otro:

—Podríamos ir al lagar y preguntar al señorito si la ha visto... Y a lo mejor, se me está ocurriendo a mí, está en la finca al cuidado de los caseros.

—¿Vamos?

—Vamos.

Y tres hombres, en sendas caballerías, fueron a Los Claveles.

Antonio les salió al encuentro del camino alumbrándose con un farol.

—¿Qué se ofrece? —les gritó, apartando a los perros que ladraban avizadores.

—Somos de Los Zapateros, Antonio; gente de paz.

Le explicaron su cometido, y el casero, que los había pasado al interior de la casa, les dijo que el amo salió a pasear la tarde anterior; que él no sabía

qué rumbo tomó; que volvió pronto y que se acostó sin cenar y que "hoy todavía no había dado cuenta de su persona".

—¿Y podríamos preguntarle si ayer vio, por casualidad...?

—Me parece que..., en fin, me supongo que me va a dar una reprimenda por molestarlo, porque ya he dicho que anda indispuerto... Estará durmiendo y si lo despierto...

—Si despierta que coja el sueño otra vez. Anda y pregúntale, Antonio, porque, si la ha visto por la carretera, podemos preguntar nosotros en todos los lagares hasta llegar a Aguilar si es preciso, y, si no la ha visto, cogemos otro camino.

Subió Antonio de mala gana pensando no despertarlo si estaba dormido, porque no estaba dispuesto a más disgustos. Despierto estaba, pero no lúcido. El pelo alborotado; el pantalón abierto; las carnes al aire; el chaleco con el ojal donde enganchaba la leontina, roto; sin ella y sin el reloj; no se había quitado la ropa del día anterior; ni se había acostado.

—Con permiso, señorito.

Trabajosamente, éste le contestó:

—¿Qué quieres? ¿A qué vienes? ¡Me estás molestando! ¡y tu mujer también! Siempre preguntándome qué quiero de comer... ¡Fuera los dos de aquí!

—Es que abajo hay unos hombres...

No lo dejó terminar: —¡Que se vayan!

—Con permiso, señorito, que preguntan si el señorito vio ayer a una niña...

Y Antonio tuvo que escapar, para evitar que el estuche pesado de madera donde guardaba el tabaco, tropezase chocando con su cabeza. A los otros, les dijo disimulando su ira por el comportamiento del amo, que éste no había visto a nadie.

Reunidos otra vez, ya en la casa de don Emilio el cura, acordaron que se interrumpiera la búsqueda y que al día siguiente todo estaría solucionado y por tanto que todos hicieran su vida normal, porque el Alcalde —José que hacía las veces— prometió avisar al cuartel de la Guardia Civil y una pareja se encargaría del asunto. Y así se hizo. Se tranquilizaron todos y a la mañana siguiente cada cual se incorporó a su trabajo. Pepillo José no quiso que su

hijo Luis fuese a las viñas de Los Llanos, porque sabía que habría que leer o escribir algo y él no podría hacerlo. Llegó una pareja de la Guardia Civil, que entre otras cosas preguntó por los sitios donde habían buscado a la niña.

—La niña estuvo en la Fuente de la Teja.

—Yo la vi en la última casa de la calle Monturque.

—En la calle Monturque se pierde la pista.

Y por allí fueron. Y de allí volvieron y antes de entrar en el pueblo, torcieron para Los Llanos. En Los Llanos, al fondo, la Laguna Grande y alrededor de ella una muchedumbre.

Gracias al zócalo de cabras que llamó la atención de los jornaleros que volvían del tajo, y a las indicaciones mímicas de Perico, se había descubierto el cuerpo de Chiquita antes de que lo hubieran hecho los guardias.

Ellos vieron que el cuerpo de Chiquita era acariciado suavemente por las aguas cristalinas.

Los malvasías se habían agrupado y miraban asustados a los hombres.

Pepillo José y su hijo Luis, al saber la noticia, fueron a casa de Julia. Ninguno de los dos estuvieron jamás allí.

El padre la deseó más de una vez, pero cortó sus apetencias; a la hora en que se reunía con su compadre y algunos amigos más en el café de Benito a jugar la partida diaria o casi diaria de dominó, como hacían los señores, ella pasaba varias veces delante de la ventana del salón donde ellos se encontraban y los miraba uno a uno. Pepillo entendió el lenguaje de los ojos de Julia y decidió no contestarle con los suyos; no se daba por enterado del paseo de la joven; entre ellos, las bromas eran naturalmente demasiado procaces y ordinarias; a Pepillo José, la verdad, que no la confesó nunca, era que le hubiera gustado gozar el cuerpo de la ramera, porque el de la señorita Amparo y el de Julia eran igualitos, igualitos.

El hijo no entró nunca en casa de las Julias, pero algunos amigos, que sí habían entrado, contaban cómo era de fina y graciosa la joven, comparándola con la Morachita, la hembra de más postín que había salido de los Zapateros. Por la Morachita sentía curiosidad, pero estaba seguro de que nunca podrían ser amigos, porque era una mujer que sólo pensaba en el dinero, en avasallar a las gentes, en tener la mejor casa del pueblo, en

comprar fincas, en lujos, en riquezas. Y era puta por propia voluntad, no como Julia que la impuso su madre y no tuvo otro remedio que serlo. La Morachita y la Julia. Basura. Estiércol. Ninguna de las dos.

Cuando entraron en casa de Julia, ésta les pareció una niña pura y desvalida, quedaron impresionados de la miseria de la estancia, del jergón mugriento donde la vieja dormitaba entre ayes de dolor. La pelambreira de su cabeza, los pliegues de su frente y mejillas, la opacidad de sus ojos, carentes de pestañas, la desdentada boca de labios blancos y finos y el hedor que despedía su cuerpo, contrastaba con la belleza candorosa y fresca de Julia, de su sonrisa complaciente, de sus ojos suplicantes. En medio de tanta miseria y fealdad, Julia era como un rayo de luz, una brisa perfumada, agua limpia, rosal en flor.

—¿Qué pasa, don José? —preguntó anhelante.

A Pepillo José sólo le faltaba el Don para volcarse en caridades con Julia.

—Mira, hija, nada bueno. Malas noticias.

—¿Dónde está mi Chiquita? —gimió.

—Bueno, Julia, son cosas que pasan... Desgracias que llegan... Y hay que tener conformidad...

Julia dio un grito al comprender. Y Pepillo José, de pronto, se encontró con un tremendo nudo en la garganta y por señas indicó al hijo: "Sigue tú". —y él salió a la calle, que estaba ocupada por curiosos vecinos que no se atrevían a entrar y que deseaban con todas sus ganas estar presentes en el dolor de las Julias.

Luis no sabía como consolarla, ella lloraba y miraba con rencor a su madre que se retorció de dolores agudos tendida en la yacija.

—¡Es un castigo del cielo!... ¡Un castigo! —y llamó desesperada: — Don José, quiero saberlo todo, todo...

Supo lo que le quiso decir Pepillo José; que intentó bañarse en la Laguna Grande y se ahogó. Que estaban esperando al Juez de primera instancia de Aguilar, para poderse traer al pueblo a Chiquita. Que a su casa no vendría porque la tenía que examinar un médico. Que no se preocupara por los gastos, que él, no como alcalde, sino como José a secas, se hacía cargo de todo. Y añadió, despidiéndose ya:

—Toma estos diez duros para que puedas vivir algunos días sin tener que... ya me entiendes; y a tu madre voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que la admitan en el hospital de Aguilar.

Luis miraba a su padre con admiración y respeto.

Perico fue uno de los muchos que aquella noche no pudieron dormir a pierna suelta en el pueblo. El cabrerillo se acostó muy pronto obligado por su madre, que asustada por la palidez y nerviosismo del hijo, le había hecho una infusión de manzanilla y le ayudó a desnudarse, calmándole con palabras cariñosas: él se dejaba hacer muy a gusto, porque desde que nació el hermanillo, todos los cariños y cosas buenas eran para el pequeño y a él lo pusieron a trabajar guardando cabras porque decía el padre que ya era hora de que se ganase el pan de cada día.

Había subido el morral y la madre quiso abrirlo.

—No tienes que mirar lo que hay dentro —gritó enfadado.

Y ella, comprensiva, tomó a broma su rabieta y le habló dulcemente, como si fuese tan pequeño como el hermanillo.

—El morral de mi niño está lleno de pedazos de carrizos para hacer flautitas, que las hace que son un primor de bonitas... ¿Sabes Perico? Podríamos poner un puesto y venderlas... ¿Qué te parece a real cada una? Nos haríamos ricos y podríamos comprar un olivar...

Le pareció que se calmaba y siguió hablándole mientras encendía la mariposa que tenía en el vasar; palpó el cuerpo querido, estirado en la cama, desde los pies a la cabeza: —¡Qué hermoso es mi niño!... ¡Ya es un hombre mi Perico...!

—¿Me querrá mi novia? —Se incorporó anhelante.

—Estará loquita por tí, vida mía...

Una sonrisa de felicidad dilató la boca del cabrerillo; su madre se enjugaba unas lágrimas amargas cuando salía de la alcoba.

Perico cerró los ojos y comenzó a soñar.

Soñaba con la Loren y con Chiquita; con la Negrita y con el reloj de oro. Nadie podría enterarse de que lo guardaba él, porque entonces se lo quitarían y el reloj era suyo porque se lo encontró; quedarse con el reloj y la cadena no era robar, pero si se entera su padre o el cura le dirán que es

pecado y que hay que devolverlo. Que nadie sepa que él se encontró aquel tesoro y cuando pasara mucho tiempo, cuando nadie se acordara de Chiquita, se lo enseñaría a sus padres y sus padres lo venderían... ¿cuántas cabras se podrán comprar con tanto oro?

A la Negrita había que premiarla porque gracias a que se escapó pudo encontrarse el tesoro. A la Negrita, aunque no sea suya, le colgaría el cascabel blanco que brillaba como la plata y que se encontró en el campo. Era una persona de suerte: el reloj, la Loren y el cascabel.

La inocencia del cabrerillo no alcanzaba a pensar en el crimen que suponía la muerte de Chiquita.

Tampoco pudo dormir Araceli. Tampoco, Teresa. Ambas, acostadas en la misma cama matrimonial, comentaban el suceso e intentaban dormir, sin conseguirlo, dando vueltas y más vueltas sobre las sábanas.

A Teresa, la tragedia actual le revivía el dolor agudo por la pérdida de su único hijo. Suspiraba y hablaba sin parar diciendo repetidas veces las mismas cosas, deteniéndose en los detalles más pequeños: —"Fíjate, Araceli, que aquel día se había vestido de limpio y se puso unos calcetines que yo le había remendado con unas soletas nuevas." —"Fíjate, Araceli, que la noche antes comimos un gazpacho caliente, y luego él, regoldó y yo le dije: Nene, que vas a echar un tabique al suelo". ¡Mi niño, tan fuerte que cogía a pulso el cubo del pozo, lleno de agua y no se le derramaba ni una gota! Me encalaba la casa; me limpiaba de yerbas el tejado; me ordeñaba la cabra; ayudó a parir a la burra; ¡y aquellos ojazos! ¡Como los de su padre, que echaban fuego! Cuando yo mocita y él me ennoviaba, no lo podía mirar de frente, porque me entraba un calor por todo mi cuerpo!

Araceli escuchaba llorando con amargura; lo de Chiquita era una desgracia pero al morir se había librado de sufrimiento, había evitado que cualquier malvado hubiera algún día abusado de su inocencia; la Laguna había hecho una buena obra y ¡angelitos al Cielo!: su madre y su abuela la llorarían, pero todo lo borra la Muerte, en cambio, la Vida destaca más la infelicidad. Ahogada en la Laguna o en el pozo ¡qué más da! ¡el caso es morir de una vez y no lentamente como estaba muriendo ella, sabiendo que el pueblo entero estaba enterado de su vergüenza. ¡Mil pesetas! Ya tendría hasta mote, y hablarían de ella en los tajos, en los patios, en las calles, en la fuente... ¡Maldito Fonso! ¡Maldito señorito de Los Claveles!

—Tita abuela.

—¿Qué?

—Voy a denunciar al amo de Los Claveles.

—¿Y qué vas a ganar con eso? No te harán caso; el señorito tiene mucho dinero para comprar conciencias; a él no le pasaría nada y tú andarías en lenguas.

—En lenguas estoy, ¿qué me importa estar más todavía?

—No te metas en líos, porque no adelantarás nada.

—Pues... ¡haberme dejado que me tirara al pozo!

—Vamos, Araceli: el tiempo lo cura todo; tú verás como volverán las cosas a ser como antes y hasta te casarás con un buen hombre...

Araceli seguía llorando sin consuelo y pensando que Chiquita había tenido la suerte de morir antes que algún baboso la desgraciara y antes de que las Julias la obligaran a ser como ellas.

Seguía pensando en que algún día las aguas de la Laguna Grande fueran buenas con ella.

A Pepillo José, todo lo ocurrido en el primer día de estar ejercitando sus funciones de Alcalde, le quitó el sueño y las ganas de comer. Por más que sus hijos y Lorenza le rogaron que tomase algún alimento y que descansara algo, él se negaba, le era imposible.

—Yo no estoy preparado para estas cosas; a mí no sacarme de mi familia, de mi casa, de mis tierras, de mis paliques en el café jugando al dominó y de mi descanso que tengo bien ganado; a mí se me parte el corazón viendo el cuadro de la familia de Chiquita. Cuando vi a la niña en la Laguna sobre las cañas del suelo, que parecían unas parihuelas, vi aquello tan atroz que quise yo mismo sacarla del agua y teparle el pecho y sus partes con mi propia chaqueta, pero mi Luis dijo que no se podía tocar hasta que llegara el Juez y diera su permiso. Así quedó: boca arriba, pasándole el agua a un dedo sobre la carne, los ojos mirando al cielo, las tetitas y todo su bonito cuerpo todavía de niña, de niña hermosa...

—Pero...

—Ya lo sabremos todo; de lo que estamos todos en creer, es, en que Chiquita no cayó al agua por sí misma; a la niña la echaron para ahogarla; el Juez y el médico aclararán la cosa y se descubrirá al criminal.

—¿Quién pudo ser?

Nadie era capaz de contestar en voz alta a esta pregunta, y todos apuntaban a la misma persona; el amo de Los Claveles había estado paseando alrededor de la Laguna; lo testificaron Luis y varias personas más.

Era muy difícil creer que un hombre, por muy vicioso y depravado que fuese, cometiera una acción tan horrible. Pepillo José hablaba y hablaba sin parar, nerviosamente.

—Esto de la Chiquita no lo ha podido hacer un hombre en sus cabales; esto es obra de un loco o de un tonto... Que don Luis estuvo paseando por allí, es cosa natural que lo hiciera, porque lo hace muchas veces; la Laguna Grande está cerca de su lagar, y, además, estos señores, tienen allí de toda la vida una barca; ¡las veces que yo he paseado a la señora!; a ese señorito le sobran hembras porque las paga bien.

—¿Sólo hembras, José?

—Hembras y hembros, lo que quiera, a qué lo vamos a negar ahora; pero lo que yo digo es que muy loco tendría que estar para...

—José, a lo mejor en su lista le faltaba una niña...

Pepillo José se enfadó: que no había que darle tanto a la lengua; que no había razón para pensar en el amo de Los Claveles; que era hablar por hablar y eso hacía mucho daño; que no cabía en cabeza humana que un hombre con la facilidad que le daba el dinero fuese capaz de abusar de una niña y ahogarla después...

—¿Abusaron de la niña?

—¡Hombre! Uno piensa lo natural: allí está desnuda y se infiere que no se desnudó ella misma.

—Yo también creo que fuera un loco o un tonto.

No cesaban las conjeturas y cábalas. Pasaban las horas y el grupo iba engrosando en medio de una humareda producida por los fumadores, pareciendo desprendida de una gran fogata. En la casa del Ayuntamiento todos tenían cabida. Amanecería pronto y Pepillo José mandó a uno que fuera a su casa y pidiera a su mujer la damajuana chica del aguardiente y un par de copas que ya había que matar el gusanillo. Fue entonces cuando se presentó un hombre, que dijo haber estado fuera del pueblo y al llegar se había enterado de la desgracia y que venía a decir que él vio a Chiquita por la

carretera de Aguilar, que quiso montarla con él en la bestia para llevársela a la madre, que la niña no quiso y salió corriendo. Otros habían hablado de la piara de cabras acorraladas en la cuneta por el perro; que subió Perico "ese, ¡bueno, ese que tiene cortas luces"; que venía blanco como la leche y que no podía ni hablar y por señas dijo que bajaran ellos, los jornaleros que venían del tajo, y se pararon al ver el fenómeno de las cabras, enfiladas en la cuneta como si esperaran ver pasar al rey, sin dejar de balar ¡un cuadro! Pues, Perico las sacó y echó a correr con ellas para el pueblo.

—Y no se le ha visto el pelo después —acusó uno.

Se hizo un silencio cruel: la Muerte y la Lujuria, danzaban en aquellos cerebros que se creyeron iluminados.

Pepillo José no quiso que se hablara más, pero ellos seguían apuntando:

—Perico estuvo vomitando.

—La madre lo acostó enseguida.

—Pudiera ser... ¡Quién sabe...!

—Perico no es despabilado.

Pepillo José no quería que se dijese más cosas imaginadas. El mismo, en persona hablaría con los padres y con Perico el de las flautitas, porque no se puede hablar por hablar, porque se hace mucho daño a personas inocentes. La reunión en el Ayuntamiento fue disuelta cuando el sol pugnaba por alumbrar la tierra. En el pueblo comenzó como un zumbido de abejas y se aromaba el aire con los olores y voces de cada madrugada.

La casa de Perico estaba ya abierta y el padre hacía los preparativos para salir al trabajo. El niño ayudaba tirando por el ronzal a la bestia que había sacado de la cuadra.

—Dios os guarde —saludó Pepillo José.

—Ven con Dios, José —y añadió con sincero pesar; —¿Has visto que desaborición lo de la pobretica Chiquita? ¡El sino de las personas!

—De eso quería hablar contigo y con tu mujer: de Perico.

—¡El pobre mío! Mira José, me dijo la madre que se asustó cuando lo vio llegar a la casa porque traía la cara blanca como la de un muerto... Aquí está Perico. Vamos adentro, José.

Entraron en la cocina, donde le ofrecieron un buen tazón de leche con café y rebanadas de pan frito; aceptó Pepillo José porque eran muchas las horas en ayunas y el latigazo de aguardiente le había estragado el estómago y que entre buchito y buchito del contenido del tazón, podría empezar el interrogatorio sin que se alarmara la familia.

—Entonces, Perico, tú bajaste a la Laguna a por cañas para las flautitas...

Se le adelantó la madre:

—No. El me dijo que bajó porque la chiva de Marcelo se le había escapado y temía que se le trabaran las patas en el carrizal y se ahogara...; él conoce aquello mejor que el patio de esta casa.

—Cuando llegaste a la Laguna estaba Chiquita viva ¿verdad? ¿qué le dijiste?

Perico se puso tan nervioso que necesitó salir corriendo al corral para orinar. Pero la emoción del zagal, no era producida por el recuerdo macabro; no era por lo que le preguntaba el padre de la Loren; era, porque el padre de la Loren estaba allí mismo, con su tazón de desayuno en la mano y mirándolo a él; a él solamente; y era tal la sensación de felicidad, que reía bobalicón, como un infeliz.

Lo notaba Pepillo José y fue tomando cuerpo en su mente la idea lanzada por uno aquella noche en el Ayuntamiento y sintió tanta lástima del muchacho y de los padres que apuró de un sorbo el café con leche y se despidió diciendo:

—Bueno, Perico, a trabajar ayudando a tu padre; pasea a las cabras y sigue haciendo flautitas; las haces muy bien. A mí me gustan mucho.

Pepillo José estaba realmene malo porque sufría por Chiquita, por la madre, por Perico... "¡Esto se da conmigo! ¡yo no estoy para estos trotes!"

Fue a la Huerta a hablar con Ramón que seguía con el cólico nefrítico; éste lo animó a seguir hasta dar con el culpable.

—Mira Ramón, la niña fue forzada y dice el médico que por un hombre y estando viva; dice que la autopsia es para él como un libro abierto en el que puede leer y por eso sabe que la hora fue entre las cuatro y las cinco de la tarde; que la niña presenta desgarraduras producidas por un adulto; un hombre, quiso decir, por lo que hay que descartar a cualquier zagal, pienso

yo. El Juez quiere que esto siga adelante. Y yo, Ramón, estoy con las carnes abiertas pensando en qué puede terminar esto. ¡Qué oportuna ha sido tu enfermedad. Ramón, que una cosa es ver al toro desde la barrera y otra tener un mano a mano con el toro en el ruedo!

Acordaron que, sin dar tres cuartos al pregonero, se valiese de trazas para que el médico le hiciera a Perico un reconocimiento.

—No sabes, Ramón, el calvario que estoy pasando...

El abatimiento de Pepillo José era natural dada su sensibilidad. Los padres de Perico vivían en su misma calle y eran amigos desde la infancia. Que el Perico no era muy allá en sus alcances lo sabían todos, pero también todos sabían que era noble, trabajador y muy amante de los animales, a quienes hablaba como a iguales, y más de uno había observado al zagal, hablando con las cabras como si lo hiciera con unas muchachas.

Este pensamiento lo turbaba siempre que lo rozaba: bien pudo ser que, dada la soledad, la ocasión, incluso que la niña le hubiese hecho cucamonas comprometiéndolo, cosa que Chiquita sabría hacer por herencia y por escuela. Que Perico andaba por entre las cañas con más soltura que en su casa; bien que pudo él hacer aquella clarita donde se encontraron las ropas de la niña; habría sido encima de las cañas porque la espalda de Chiquita estaba cruzada por ramalazos que sangraron, lo mismo que las nalgas y los muslos; que después corriera asustado para ordenar el rebaño que había resguardado en la cuneta, y que la niña, como no sabía andar entre las raíces y el agua, cayera a la Laguna, pero ¿por qué estaba boca arriba, como si la hubieran colocado así exprofeso? De aquella forma que mismamente parecía estar en una cuna ¡El demonio! ¡El demonio andaba en esto! En fin: habría que poner coto a la imaginación y que el Juez, el Médico y la Guardia Civil se encargaran de todo y les pediría a todos los santos del cielo para que Ramón se pusiera bueno y que tomar la vara, que a él le quemaba las manos y el corazón.

Estaba Pepillo José en el patio de su casa, junto al pozo y bajo la parra, cuando la hija lo sacó de sus cavilaciones:

—Aquí está Perico que dice que te trae un regalo.

Abrió él los ojos y apretó los labios, como si hubiera descubierto el misterio más difícil y oscuro.

—Que venga al patio y tráele una silla.

Entró Perico, un poquito torpe en el andar, enrojecida su cara como un pimiento morrón, según expresión de su madre cuando lo veía tan colorado; brillantes los ojos, como dos espejuelos y una sonrisa amable que daba a su semblante un aire bobalicón.

—¿Te mandan tus padres, Perico? ¿Qué quieren? Anda, siéntate, y ahora me lo dices... ¿Has vuelto por la Laguna Grande?

—No— y movió las piernas con un temblor que a Pepillo José le pareció un signo de culpabilidad.

—¿A qué vienes?

El cabrerillo sacó triunfante de su bolsillo una flautita y se la entregó.

—¡Hombre! ¡Una flautita! ¿Me la regalas?

Como Loren estaba alrededor del pozo regando unas macetas, al muchacho le subió la sangre hasta teñirle las raíces del cabello; no podía articular ni palabras, ni hacer gestos.

Probó Pepillo José a sacarle sonidos al instrumento. Perico podría desmayarse de alegría.

—Oye, nene ¿qué te encontraste allí, en el cañaveral? Dime, ¿qué te encontraste? ¿Se quitó ella la ropa o se la quitaste tú? Dímelo. No te pasará nada. No se lo diré a nadie. Porque a tí te gustaba Chiquita ¿verdad? ¿Qué le hiciste? —y muy cariñosamente, insistía: —¿Qué le hiciste? Ella quería, ¿verdad...?

El muchacho estaba visiblemente emocionado y Pepillo José hizo una seña a Loren para que los dejara solos.

—Vamos a ver, Perico: tú bajaste a coger cañas para hacer flautitas como esta, ¿verdad?

Perico, que al quedarse solos se tranquilizó un poquito, dijo muy seguro:

—Yo bajé a por la Negrita, porque podría engancharse las patas en las raíces y ahogarse y mi padre tendría que pagársela al amo, que es Marcelo, ese que vive ahí enfrente, en esta misma calle.

—¡Qué bien, Perico, lo has dicho todo de corrido! Pero bueno, tú fuiste detrás de la chiva y aplastaste los carrizos y quedó aquello como una era ¿verdad?

—Sí. Pero yo no aparté las cañas, estaban así cuando yo llegué.

—Bueno, bueno...— el tono del hombre iba acompañado de una sonrisa amistosa —Y ya que estabas allí te la encontraste y la cogiste...

Perico creyó verse descubierto, se le incendió la cara y a punto de llorar, balbuceó:

—Sí..., la cogí..., pesaba mucho.

—¡La cogiste! —Pepillo José sintió estar seguro de saber la verdad—
¿Y qué hiciste con ella?

—Como llevaba a hombros a la chiva, la cogí con la mano y la apreté con fuerzas para que no se me escapara...

—Y entonces se quedó sin respiración y se murió —lo dijo teatral y cruelmente.

El zagal miraba al hombre sin comprender sus palabras y quedó callado. Y el hombre, resuelto a conseguir detalles del suceso, afinó sus preguntas:

—¿Y qué hiciste con ella antes de tirarla al agua?

La cara de Perico demostraba la más absoluta incompreensión..

—No la tiré al agua; yo llevaba a Negrita a cuestras, encima del morral.

—Y apretabas la mano para que no se escapara ¿no?

—Sí.

—¿Y qué hiciste con ella?

Temblaba el muchacho y las lágrimas le corrían por las mejillas.

—La guardé en el morral.

—¡Cómo! —y Pepillo casi se levanta del asiento— ¿Cómo pudiste meter a Chiquita en tu morral! No me vengas con mentiras, que yo sé lo que pasó y lo que tú hiciste y si me lo cuentas todo, te aseguro que no te meteremos en la cárcel.

El cabrerillo se vio descubierto y despojado de su tesoro y del olivar que compraría, y sobre todo, sin poderle hacer un regalo a Loren. Sus ojos se abrieron ante un nuevo pensamiento: iría a su casa y traería el oro; la cadena para Loren, el reloj para José. Y nadie se enteraría. Ni siquiera sus padres.

—José, voy a mi casa a por eso.

Creyendo José que el muchacho quería escapar, no se opuso, pero le dijo:

—Yo voy contigo.

Perico movía la cabeza con mucha angustia: —No..., no. Es un secreto; nadie puede enterarse.

Y salió corriendo y José tras él. Esperaba en la acera, haciéndose el distraído, con intención de que al pasar un rato conveniente, entraría y hablaría con la madre aunque le diera un tremendo disgusto.

No tuvo que entrar. Salía Perico a poquito rato, con la mano metida en el bolsillo donde guardaba su tesoro.

—Vámonos donde no nos vean.

A José le hizo gracia el tono misterioso del muchacho y decidió seguirle la corriente. Entraron de nuevo en la casa y Loren extrañada dijo:

—Uy, Perico ¿otra vez aquí?

Perico dio un traspies, chocó con el quicio de la puerta, fue sostenido por José y gracias a él, no se rompió la cabeza. Lorenza había salido de la cocina para enterarse de lo que ocurría. Serenados los ánimos y por seguir al zagal el aire, José propuso meterse en la sala baja, la que servía como taller de costura y plancha, para "ensayar el sonido de la flautita", y al decirlo guiñaba y Perico sonreía con picardía inocente.

Ya en la sala baja, sacó del bolsillo el tesoro y lo puso en manos de José, ante su asombro al desliar el pañuelo y aparecer la leontina y el reloj de oro del señorito de Los Claveles. Ahora Perico reía feliz y Pepillo sintió que la sangre se le agolpaba en la cabeza, que su corazón había emprendido un trote dislocado, que las manos le temblaban y que le era difícil mantenerse de pie.

Acarició a Perico con ternura y le dijo: Vete... No lo digas a nadie. Esto es un secreto. Un gran secreto.

Ramón no estaba en la Huerta de los Granados. Había empeorado y llevado a Lucena en coche de caballo recostado entre cojines; allí, en casa de su hermana, recibiría de ella los cuidados que su estado requería y además la atención diaria del médico. Esta obligada ausencia del alcalde la tomó Pepillo José como milagrosa, porque así él podría obrar libre de su influencia

y tendría por consejeros a su hijo Luis y a don Emilio, que a pesar de ser cura, era una persona muy en el mundo de los pobres. Aquella leontina y aquel reloj le quemaban las manos, el corazón y la cabeza. ¿Cómo hacer sin dañar a la señorita Amparo? ¿Y por qué iba a dejar sin su merecido al criminal?

"No sé, no sé, que será mejor..." ¿Qué haría Ramón? Echarle tierra al asunto y poner la mano para recoger las pesetas por su favor. ¿Y la justicia? ¿Y el escarmiento? ¿Y por qué él, sin comerlo ni beberlo, tenía que estar metido en aquel lío? "No sé si sentir la marcha de Ramón, o, alegrarme de que no esté".

Pepillo ni comía ni dormía, guardando el secreto, temiendo que éste se descubriera en cualquier momento por la Guardia Civil; se había enterado que el cabo era conocido por todas partes por el Lince, mote que decían le venía pintiparado por su habilidad en ver rápidamente la trama de los asuntos más oscuros.

La pareja, en atención a que Ramón era Alcalde, se ofreció para escoltar el coche hasta Lucena, no porque corriera peligro de ser asaltado por bandidos, que ya prácticamente casi habían desaparecido, sino que en el trayecto necesitara de ellos. Este delicado detalle de los guardias, agradó mucho a Pepillo José, que también estaba en la Huerta despidiendo a Ramón.

Al partir el coche, Ramón le encargó a Dolores:

—Cuida de que todo marche como si yo estuviera aquí; nada de contemplaciones con Diego; prepara una buena cena para la pareja cuando vuelvan y las habitaciones para dormir, también; así, ellos descansarán y yo sabiendo que la finca está vigilada, estaré más tranquilo.

Pepillo José se volvió al pueblo a seguir pensando: aquello que le habían entregado era una maraña de hilos que tenía que desenredar para hacer un cadejo, un ovillo ¡y qué ovillo tan pesado y tan grande! Las cavilaciones podían hacerlo enfermar.

Pero, como decían por allí: el sol llena la calle, pero en una acera está la luz y en la otra, la sombra. En la sombra estaba Pepillo.

En la Huerta de los Granados daba el sol de pleno. Por eso Dolores al trajinar en la despensa preparando las suculencias para regalo del cabo Lince y guardia Ruiz, cantaba en alto, como hacía mucho tiempo que ella no

alegraba la casa con su buena y bonita voz y las letras de sus coplas tan llenas de sentimiento.

María Victoria dormía; los niños estaban en el pueblo olisqueando, como los cuervos, la carroña. En la huerta, con la enfermedad de Ramón y el alboroto del pueblo por el caso de la niña ahogada, no se había trabajado; Dieguito cuidó del riego, de la cuadra y de los corrales por quitarle trabajo a Dolores. Cuando la oyó cantar, acudió a la cocina y le dijo:

—¡Si no volviera más...!

—¡No digas eso, hijo mío! A nadie se le puede desear la muerte.

—Si yo no digo que se muera...; lo que quiero es que no vuelva.

—Pues si no se muere, volverá el bicho.

Soltó el jamón sobre el poyo; apartó del cestito de los huevos los más gordos y los puso en un plato; luego, se volvió a Dieguito y le preguntó:

—¿De cuántos huevos te hago la tortilla?

—Por lo menos de dos.

—Pues sube a tu cuarto, vístete de feria, prepara el caballo de Ramón, el negro que es el que tiene la sangre más caliente, y te vas por esos mundos, que yo sé que te espera una mocita.

—¡Dolores!

—¡Nene!... Aprovecha y vuelve cuando quieras que yo le diré al guardia Cristóbal Ruiz, que se encargue esta noche de dar el pienso a las bestias.

—¡Dolores...!

—¡Mi niño! No pierdas tiempo... Cuando bajes, tendrás una sopa de pan con yerbabuena, la tortilla a punto y el plato de gachas de mosto que tengo guardado hace casi un año...

Un jinete más garrido no había visto nunca Dolores. Era el vivo retrato de Tole; y tenía su misma nobleza; y si abusó de María Victoria, hizo bien, que ella se lo merecía por engatusarlo de mala manera. Ella tuvo la culpa de todo. Volvió loco a Tole, lo apartó de Morachita y luego... No quiere pensarlo; ¡mala! ¡mala! criminal; mató a su propio hermano, en Viña Alta; que esté loca no es buen castigo para ella; los castigados son los que están a su alrededor cuidándola. No se puede pensar en aquello sin alterarse por no

encontrar respuesta a las preguntas: ¿Dónde está la justicia? ¿Está bien que el malo disfrute de bienes y de respeto y el inocente sufra de pobreza y del desprecio de los demás?

Mientras ella viva y esté en la Huerta, vigilará por la felicidad de Dieguito, por eso le propuso el paseo a caballo. ¿Por eso sólo, Dolores? "¡Ay, que también quiero ser buena con el guardia Ruiz...!"

La sabiduría de la práctica y de los años. Los de Dolores no eran muchos; diríamos edad madura, pero el arte en tejes-manejes y las triquiñuelas eróticas eran más que suficientes.

Empleó su habilidad, administrando a María Victoria una bebida calmante con unas gotas que la harían dormir; a los niños, los amenazó con dejarlos sin comer y con entregarlos a la pareja de la guardia civil si no la obedecían.

—Escucha, Ramoncito, vais a comer y enseguidita a la cama sin chistar; cuando venga la pareja estaréis ya en vuestro cuarto sin hacer ruido; cerraré y me guardaré la llave para que los guardias no entren...

Naturalmente que, aunque los niños eran de la piel del diablo y no conocían el miedo, desde la muerte de Chiquita, la autopsia, entierro, el Alcalde enfermo, la madre gritando y Dieguito limpiando el estiércol de las cuadras y durmiendo con las bestias...; todo era de otra forma y habría que hacer caso a Dolores.

Así que ésta, cuando regresó la pareja, lo tenía todo planeado y listo.

—¡Qué paz se disfruta en esta casa! —dijo el cabo, después de cenar y de saborear su copita de Rute y desahogar de gases su estómago.

—Sí, que hay ahora mismo paz, pero también hay otra cosa que no sé como la podré arreglar sin la ayuda de ustedes.

Y le expuso el problema: que Dieguito, aprovechando la ausencia de Ramón, había montado el caballo para ir al lagar de La Torre; que le prometió volver pronto, pero entretanto tendría que cuidar ella del pienso de las bestias, cosa que nunca había hecho; ese era su apuro.

El guardia Cristóbal Ruiz se ofreció a servir de mulero por aquella noche.

El guardia Cristobal Ruiz era muy comprensivo y servicial.

El cabo, apodado el Lince, aunque no se mostró servicial, también fue comprensivo y guiñando un ojo a espaldas de Dolores, dijo:

—Espero, Ruiz, que podrás cumplir bien.

—Cumpliré, cabo, cumpliré.

Y cumplió. A la hora establecida para repartir la alimentación en las cuadras, el guardia Ruiz abandonaba el lecho, desprendiéndose con delicadeza de los brazos de Dolores. Al guardia Ruiz le sabían aquellos juegos a fina gloria; no era novato en esas lides, pero la veteranía de la moza colmaba su imaginación y su orgullo de macho, porque se portó bien con los animales y se regaló con el espléndido cuerpo de Dolores.

A ella le gustaba la luz de las estrellas. Y más aun la de la Luna; siempre dormía con los postigos abiertos; nunca encendía la mariposa; en la mesita de noche estaba preparada la palmatoria con su vela y las cerillas, por si necesitaba levantarse durante la noche.

Esa noche fue maravillosa; la Luna parecía enterada del idilio y se empeñó en entrar en la habitación buscando en la almohada la cabeza del guardia Ruiz; en la blancura de las sábanas, como escultura tallada en cedro, se destacaba el poderoso cuerpo en descanso y abandono dulcísimo; Dolores lo miraba extasiada, sin atreverse a rozarlo; besaría todo él como si fuera el de un niño; el niño que nunca tuvo.

Ella era como rebosante de una esencia no adivinada; "nadie nos conoce", decía algunas veces. Nadie sabe quién guarda panales de purísima miel y quién un acerico de agujones. Hay muchos sentimientos ocultos porque no han tenido ocasión de mostrarse. El corazón de Dolores estaba bañado, según sus propias palabras, en miel, arropé, meloja y azúcar; toda su ternura se volcaba y llegaba a su expresión mayor en la entrega voluntaria de su cuerpo al compartir los placeres, siempre nuevos, de la carne. Por eso la buscaban los hombres. Por eso la recordaba el guardia Cristóbal Ruiz, sorprendido siempre; sujeto a su influjo; pensando continuamente en la moza que lo había cautivado.

La Luna bañaba de plata los dos cuerpos.

—¡Dolores!

—¡Cristóbal!

—¡Qué lástima haberte conocido tan tarde!

—¡Qué felicidad, digo yo, tenerte a mi lado!

Los dos callaron porque habían sentido un ruido que venía de abajo.

Dieguito había vuelto y encerraba el caballo en la cuadra; luego se sintieron sus pasos por la escalera; después la puerta de un cuarto al abrirse; un trasteo de pasos y sillas; por último el crujido de los flejes de la cama del doncel.

—¿Se habrá dormido ya?

—No, Cristóbal, ahora está desvelado pensando en ella y disfrutando con el recuerdo.

La sabiduría de Dolores abarcaba muchos matices.

Diego, en efecto, volvía a vivir momento a momento la visita al lagar de La Torre. Llegó con una alegría que no le era posible reprimir y que podía molestar a los padres de Estrella. El Sol había desaparecido pero su resplandor era suficiente para iluminar la belleza antigua y siempre sorprendente de la tarde. Llevaba un sombrero cordobés de color negro y barboquejo de seda fuerte y a pesar de la sombra que sobre la cara le echaba el ala, sus ojos verdes daban luz cegadora. Lo pensaría así Estrella, porque se quedó embobada y ni siquiera pudo contestar al saludo.

—Dios te guarde, Estrella —y ante el silencio: —¿Te has quedado muda?

Sonrió vergonzosa y tuvo intención de entrarse en la casa.

—¿No quieres que hablemos? ¿Qué te pasa?

Ella estaba como una amapola: —Es que estoy esperando a mis padres que ya están al llegar.

—¿Dónde han ido?

—A Aguilar, porque mi tío se ha puesto muy malo.

—Entonces..., ¿me tendré que ir?

Y a Estrella se le asomó a los ojos el temor de su partida: —No te vayas; dentro están el manigero y algunos gañanes; deja el caballo y siéntate ahí, en ese poyete debajo de la ventana.

Y lo hizo así. Y los dos se sentaron y ninguno sabía qué decir. ¿Qué se dijeron? Nada y todo: sin palabras; sólo con las miradas, las risas, el movimiento de las manos que no cesaban de aplastar yerbitas y deshojar florecillas; con la inquietud de sus piernas; dialogaron en profundidad para rubricar: Te quiero. Nos queremos.

Fue una tarde deliciosa, vieja y nueva, como el diálogo sin palabras de Estrella y Diego. Sin palabras también, la tarde cantaba otra declaración de amor.

Volvieron los padres y al doncel le pareció que todo acabaría al momento, pero no fue así. Se hizo corro en el patio del lagar y comenzaron todos a opinar sobre la muerte de Chiquita. El manigero sentenció: "Cuando se remueve el agua estancada, sube a flote la suciedad del fondo; en lo de esa niña hay mucho fango y lo peor será que no se limpie nunca".

A Estrella y a Diego les inquietaba la conversación pero no dejaban de sentir un profundo gozo, una íntima alegría que anulaba toda tristeza.

¡Cómo corren las horas! Habían pasado en un soplo y cuando estaban ellos en lo mejor porque ya habían empezado a hablar, tenían que separarse.

—¿Dejará tu padre que nos volvamos a ver?

—Yo creo que sí; lo peor será que a tí no te dejen venir.

—Me escaparé siempre que tenga ocasión. Mañana vengo otra vez; vendré todas las tardes mientras Ramón siga malo.

Estrella supo aquella noche lo que es la felicidad y la esperanza. Y también el deseo de una caricia, aunque fuera pequeña: rozar las manos, aspirar el olor fuerte, cálido y sano del cuerpo de Diego; su voz, otra caricia; y su risa y sus ojos tan atrevidos que sentíase desnuda y estremecida. Los ojos de Diego, verdes, grandes, acerados y habladores. No podría haber en el mundo una persona más dichosa y con más suerte que ella.

Le reía la vida, como le reía la noche llena de perfumes y músicas; como le reía la Luna, aclarando el suelo que pisaba la sombra del caballo y del jinete; ni el barboquejo anudado, ni el ala del cordobés sobre la frente, podían tapar a Diego la plata de sus dientes y el brillo de sus ojos.

El hermano pequeño preguntó a la mocita:

—¿De qué te ríes, Estrella?

El manigero contestó al niño:

—Se ríe de ella misma porque dentro le está saltando el corazón de alegría.

—El casero de Los Claveles estaba muy preocupado por el comportamiento del amo que se negaba a comer y que pasaba el día y la noche en la

butaca, sin cambiarse de ropa, sin lavarse, sin encender la luz de la habitación. Lo comentaba con María:

—El señorito me está dando que pensar... Yo no quiero dar oídos a las cosas que se dicen. Esto lo arreglaría la señorita Amparo; deberíamos avisarle.

Eso mismo pensaba Manolón: —Yo creo, que si la señora estuviera enterada de lo que ha pasado en La Laguna y de que su marido está malo, se lo llevaría de aquí y se acabaría más de un chismorrero.

—¿Se chismorrea del señorito?

—No mucho, que digamos... Parece que el causante de la muerte pudiera ser Perico el de las cabras; pero por otro lado, a don Luis lo vieron ese día por La Laguna, y si él hiciera su vida normal y no se hubiese encerrado en su habitación como si tuviera miedo, nadie chistaría.

—Mañana voy a Aguilar a hablar con el administrador.

—¿Y por qué no vas ahora mismo?

También le aconsejó esto María, por temor a que el señorito empeorase y ocurriera otra desgracia; estaba haciendo falta la señora para tranquilidad y sosiego de todos.

Un par de horas haría que Antonio salió para Aguilar, cuando llegó a la finca Pepillo José en un hermoso caballo.

María quiso atenderlo en su categoría de Alcalde, pero él no lo consintió; dijo que casi había nacido en Los Claveles, que allí se crió; que aprendió a trabajar; que hasta que se casó, estuvo de jornalero para todo: limpiar las cuadras, cuidar las bestias, cavar hoyos, arar, trillar, vendimiar, pasear a los señores en la barca en La Laguna Grande; conocía el lagar y las tierras palmo a palmo.

Se interesó por los niños, por la familia, por los gañanes; preguntó cómo se estaban presentando las cosechas; y se interesó por la salud del amo.

—Maluquillo anda estos días y no sale de la habitación; como un monje, sólo que los monjes no tendrán tan mal genio; si entro en el cuarto me echa de malos modos.

—¡Concho, un hombre tan fino!

—Da asco verlo; el cuarto apesta a estercolero; no sé desde cuándo no se lava.

—¿Podré verlo?

—¡Uy! ¡Imposible!

—Tú dile que el Alcalde de Moriles quiere hablar con él porque tiene que entregarle algo.

—No me atrevo. Mejor que suba usted solo.

Eso hizo Pepillo; subió muy despacito la escalera deteniéndose en cada escalón, recordando otra época, cuando la subía corriendo a una llamada de la señorita Amparo.

—Pepillo, súbeme agua fresquita del pozo.

—Pepillo, córtame unas rosas para este florero.

Parecía tener alas en los pies.

¡Qué tiempos! ¡Qué tranquilidad se respiraba entonces en el lagar! Toda la vida en él era clara como el agua y blanca como la cal.

Fueron felices los caseros, los gañanes y los temporeros. Y tuvo ella que casarse con el pendón de don Luis para que lo claro se volviera turbio y lo blanco negro.

La puerta del salón estaba entornada y quedaba una rajita por donde miró y pudo verlo dormido en la butaca, rodeado de botellas vacías, de porquerías y de moscas que le cubrían la cara, el pecho y las manos; el chaleco desabrochado; le faltaba la leontina y el reloj. No entró; le repugnaba la peste que había y todo él, pues aunque la cara estaba cubierta de moscas, podía adivinarse su gesto de estupidez y maldad.

—Casera —dijo a María— está dormido y no quiero esperar a que despierte; no quiero hablar con él porque me da asco entrar en el cuarto.

—Es que no me deja limpiar y parece aquello una corraleta.

—Y él un guarro. Me voy y dile a Antonio que tengo que hablar con la señorita Amparo antes de que ella vea al señorito, que me avise con tiempo para estar aquí esperándola.

—Está bien. Mañana llegará la señora, el administrador le habla por teléfono y ella puede venir en el tren expreso o en automóvil.

—Hasta mañana, casera.

Volvió al pueblo andando porque necesitaba encontrarse a sí mismo. Hablar con la señora y entregarle el reloj y la cadena que testimoniaban la

acción criminal del señorito. ¿Qué haría ella? ¿echaría paños calientes sobre el asunto? Para ella y su familia era un borrón tremendo el que don Luis fuera a presidio por abusar y matar a una niña y a sangre fría. O tal vez la niña muriera del susto, en cuyo caso sería mejor para la causa del señorito y menos vergüenza para la señora, porque fuera como fuera, a ella le salpicaba el fango.

¡Tan buena! ¡Tan guapa! Ahora se daba perfecta cuenta de lo muchísimo que la quería. ¿Por qué la vida es así, tan llena de marañas y líos? Hubieran sido felices los dos y Los Claveles nombrados como ejemplo de buena labranza; pan, para todos; pan con manteca para los jornaleros de la finca, porque ellos llevarían parte en las cosechas, como pensaba su hijo Luis. ¡Qué gloria de finca!

Los paseos por las lindes y por la carretera; las visitas a los otros lagares; remando en la barca en Laguna Grande...

Por allí se veía ya y por eso se detuvo; siempre lo hacía y él comentaba esas paradas: "Cuando voy o vengo por la carretera de Aguilar, al llegar allí, es como si una voz me dijera: Párate, mírame, averigua qué secreto guardo. ¡Cosas de Pepillo! Pero era verdad que se extasiaba mirándola porque recordaba su feliz infancia y su adolescencia y el cuerpo mojado de Amparo, con la ropa como una nueva piel, pegada a su carne, señalando su belleza. Por eso se detenía y no había tal secreto".

Había llegado a su casa esperanzado en un buen descanso pero encontró que lo esperaba Agustín, el medionovio de Araceli, que dijo tener necesidad de hablar con él.

—Tienes que dispensarme, José, pero sólo tú puedes aclarar mis ideas y darme un consejo.

—Estoy muy cansado pero vamos a la sala baja y allí hablaremos sin testigos.

El pueblo seguía intranquilo; se barajaban nombres; se recordaban hechos pasados; se enumeraban todos los ahogados en la Laguna Grande en el transcurso de los años. En cualquier esquina de una calle se formaba un grupo; por los caminos, por los tajos, por los lagares y cortijos. Y en todos las mismas preguntas: ¿Sería Perico? ¿Sería Fonso? ¿Sería el señorito de Los Claveles?

Agustín, el enamorado de Araceli, era todos oídos para los rumores. El escándalo que dio intentando tirarse al pozo, fue para él un mazazo y desde entonces estaba tan desconcertado, que su familia lo creyó enfermo.

—Nene, Agustín, come un poquito más.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas?

Algo sospechó la madre porque Agustín venía alicaído desde que Araceli intentó tirarse al pozo. Sufría porque estaba enamorado y porque ya estaría enterado de lo ocurrido en Los Claveles. Siempre estuvo enamorado de ella y desde pequeños. No se le olvida aquella vez que llevó a los dos a la estacada a coger aceitunas para aliñarlas; fue una fiesta para los niños; Agustín echaba al suelo la fruta y Aracelita, arrodillada, las recogía con sus manitas enrojecidas por el frío, una a una; el abuelo, que dirigía la expedición, no cesaba de meterse con la criatura canturreando con voz destemplada:

*Aceitunera de pío, píos,
con los calzones arrecogíos.*

Araceli se reía con tal gracia que Agustín dejaba su labor mirándola embobado. Pasó el tren entre los olivares, como un gusano monstruoso y enfurruñado; ellos corrieron para verlo pasar de cerca y decir adiós con las manos a los viajeros, Agustín volvió diciendo:

—Cuando vaya a servir al Rey, montaré en el tren y veré mucho mundo —se encaró con la niña, y con orgullo machista, quiso enrabiarla: —¡Y tú, no!

Pero la niña era mucha niña y se picó. Estaba graciosa con su pelito rubio, muy tirante y apretada la trenza que le colgaba por la espalda hasta más abajo de la cintura.

Contestó desafiante:

—¡Que te crees tú eso! Yo seré "cantaora" y veré más mundo que tú.

La oyeron cantar después del almuerzo, al pie de un olivo en una recachita de sol; Aracelita tenía los labios como teñidos por la pringue que soltó el chorizo al comerlo con voracidad. El abuelo otra vez se metió con ella y entonces la chiquilla, con la naranja a medio pelar en la mano, entonó una coplilla, con tal gracia y dulzura que tuvo que repetirla varias veces.

—Anda, Aracelita, otra vez —rogaba el abuelo.

Y a ella le faltaba tiempo para repetir:

*Vengo cansada del monte
de coger leña y tomillo...*

luego al final de la canción se la dedicaba con todo el candor de sus pocos años, al niño

*Cuando más pequeñita
tuve un novio pastor
y un día fue conmigo a la montaña
y el tuno me juró amor.*

Agustín se ponía nervioso y la emprendía con las aceitunas echándolas con furia al suelo.

El abuelo opinó: —Tiene mucha voz y bonita... Sí, sí, será "cantaora" cuando aprenda flamenco, lo malo será que se maleará y no querrá nada con nosotros los pobres.

Desde chiquitos se querían. Y desde niña demostró el dominio que ejercía sobre Agustín, en un tira y afloja constante.

—Eres para ella un juguete —le dijo la madre.

—Ya caerá, ya caerá y nos haremos novios formales.

Pero Araceli parecía no tener formalidad; toda su ilusión era hacerse cantante, ganar dinero para su madre y ser famosa. Se reía de los celos de Agustín.

Y cuando él supo lo que iba de boca en boca creyó morir de rabia. "Araceli, por mil pesetas, había dejado de ser decente". Y la sorpresa acompañó al sentimiento de indignación, de rabia, de coraje, de ira, de vergüenza... ¡Y sin dejar de quererla! Sólo pensaba en locuras y disparates. Araceli estaba calificada de ramera, una Morachita más.

Le escupió: —"Si te doy mil pesetas..." Y no salió más a la calle. Luego el intento de morir ahogada en el pozo. A raíz de eso, oyó que su madre hablaba con la vecina sobre lo mismo: —"¡Pobretica! Cuando ha intentado matarse es porque tiene vergüenza y estará arrepentida".

El amo de Los Claveles era un sin conciencia, un vicioso, un malvado. Con la muerte de Chiquita salieron a relucir los vicios del señorito, la alcahuetería del Pincho y del Fonso. Cavilaba Agustín día y noche: él era el culpable de la desesperación y aislamiento de la muchacha.

¿Y si tuviera valor para ir a verla? ¿Qué diría la gente?

Dirían de todo, desde cabrito hasta... ¡Qué dijeran, porque si ella quería se la llevaría del pueblo y se casarían por la iglesia o por detrás de los corrales!

Ella no tuvo la culpa. Iría engañada. iría engañada. Iría en... Y tomó cuerpo este pensamiento en su cerebro. Fue engañada. Estaba seguro. Y quiso afianzarse aún más su deseo de inocencia en Araceli, ¿qué luz podría darle José? Mucha, porque José conocía al bandolero del señorito por haber estado casi toda su vida en el lagar.

José le dijo:

—Si en un vaso de agua limpia cae un mosquito, se aparta el mosquito, queda clara el agua y puede beberse.

Había llegado la noche y Pacorro continuaba en el rebate de Teresa, retrepado en el quicio, despierto, canturreando con voz apenas perceptible, la coplilla de Chiquita:

*Por la calle abajito va
déjala tú ir, no le digas na...*

—¿Quién llama? —preguntó la vieja al sentir golpes en la puerta.

—Gente de paz, ¿Por favor, abirme...!

—Por la voz no sé quien eres, así que no abro.

—Soy Agustín, el novio de Araceli.

—¡Ave María Purísima! —descerrojó la puerta rápidamente— ¿Qué pasa? ¿A qué vienes?

—¿Dónde está Araceli?

—Mírala, ahí en el patio, llorando como siempre.

Llorando como siempre después del encuentro con Agustín; desde entonces su vergüenza era tan grande que no salió más a la calle. Su vergüenza y su pena.

Sentada en una vieja y tosca mecedora, al pie del jazmín y bajo la protección del celindo que la libraba del relente, desaliñada y tristísima. La

claridad del patio la daba la Luna que parecía atenta a cuanto ocurría en Moriles.

—¡Araceli...! —se acercó a ella aguantándose las ganas de estrecharla en sus brazos y empapar sus lágrimas —¡Araceli, que no puedo vivir sin tí!; que vengo con buenas intenciones porque si tú quieres nos casamos ya mismo... Araceli, que me perdones, que yo estaba loco cuando te dije aquello. Que yo sé que eres buena y decente. Araceli ¡Por favor, mírame! o soy quien se tira al pozo.

Y rió Araceli. Y brillaron sus ojos más que nunca a través de las lágrimas que le corrían a chorros.

—¿De verdad, Agustín? ¿Lo que dices es de verdad?

—¡Por estas, Araceli, por estas! —Cruzó los dedos formando una cruz que besó ruidosamente.

En la cocina un estrépito de cosas que rodaban por el suelo.

—¡Ay, tita abuela de mi alma, ¿qué te pasa?

Y la anciana medio incorporándose por su propio esfuerzo, decía entre risas:

—Que me quería arrodillar para dar las gracias a Dios por este milagro, se me dobló la rodilla del reuma y a poquito a poquito la espicho del golpe que me he dado con el anafe... Ven aquí Agustín valiente. Eso es querer a una mujer, y comprendiendo las cosas. ¡Bendito seas, que eres el hombre más macho que parió madre!

Y hubo comentarios en el pueblo para todos los gustos.

—Buenas tragaderas las de Agustín.

—La fruta picada hay que desecharla.

—Ropa de otro no encaja bien.

—Por un malvado y por "un qué dirán" no se debe apartar la dicha.

—Una desgracia así le puede ocurrir a cualquiera.

Ellos lo sabían y no hacían caso; todo lo pasado había sido un tropiezo que al cabo del tiempo carecería de importancia.

En el mundo sólo existían ellos dos.

—Cantarás para mí.

—A tí solamente cantaré.

—Te he estado queriendo desde que nací.

Decía Teresa que todas aquellas palabritas, las risitas y el manoseíto que se traían, eran la felicidad de dos que bien se quieren y que ella al verlos revivía su juventud, como un sueño y se veía menudita, bien hecha y con mucho garbo, acicalándose esperando al novio tras la reja para pelar la pava... ¡qué tiempos!

Y con el rum rum del pueblo llegó por fin a oídos de Frasquito la desgracia de su hermana. El había pensado que Araceli padecía de algo de cabeza y que por eso no salía a la calle ni iba a la casa a ver a la madre; que por lo mismo estaba flaca y amarillenta. Que por eso se quiso matar tirándose al pozo y se armó el natural escándalo en el pueblo, pero ni él ni su madre sospecharon la verdadera causa del comportamiento de Araceli. Al saberla, su primer impulso fue el de ir a Los Claveles y pedirle cuentas al señorito. ¿Y qué cuentas le iba a pedir? Lo denunciaría a la Justicia. Iría a verlo y a llamarlo como se merecía; a provocarlo con palabras hasta llegar a las manos; le pegaría y al casero y a Manolón, que decía ser amigo suyo y no lo puso en guardia; si el de Los Claveles se gozaba con hombres y mujeres, era posible que asesinase a Chiquita; un tipo asqueroso y repugnante que debía morir ahogado allí mismo, en la Laguna Grande; morir así, aunque las aguas perdieran claridad y limpieza con la cochambre de su cuerpo; y que jamás saliera del fondo; que se pudriera sin que nadie derramara una lágrima por él.

—Frasquito, hijo, cálmate... Ya no hay remedio y no hay razón para que tú te pierdas; lo de Araceli es una desgracia muy grande y sin remedio.

—Le pegaré fuego a Los Claveles ¡Lo juro!

—¡Frasquito de mi alma...!

Después del natural arrebato, Frasquito cayó en un profundo abatimiento. Había llegado la noche y aún continuaba con la cabeza entre las manos y en silencio. Cuando la madre acostó a los niños volvió a su lado y tampoco hablaba.

La noche era plácida y clara. Ya la habían alegrado los gallos de las casas vecinas cantando la hora. El pueblo también estaba envuelto en el

silencio, agazapados los ruidos, como en espera de un estallido estruendoso.

Al alba, todavía estaban madre e hijo en vela; sonó la campanita de la iglesia tocando a oración; la madre hizo la señal de la cruz sobre su frente mientras comenzó a rezar: —El ángel del Señor anunció a María y ...

No pudo terminar. Frasquito se había levantado enfurecido, blasfemando y encarándose con su madre le dijo:

—¿De qué te sirve rezar, si ese Dios a quién tú llamas padre, te tiene abandonada? ¿Por qué permite que nosotros que somos honrados y no hacemos mal a nadie pasemos hambre? ¿Por qué al malvado de Los Claveles lo colma de bienes, de lujos, de influencias y a la Araceli de nosotros la hunde y le quita la alegría, su alegría que era el caudal de mi hermana?; un ruiseñor inocente y loco y confiado: así era ella.

—¡Hijo!

—Piensa, piensa... Estás embrujada con la iglesia, los santos, los curas. Yo no quiero ser como tú, no quiero, porque no creo en esas cosas...

—¡Hijo!

—Si Dios existiera no permitiría tantas infamias, tantas injusticias y tanta miseria.

La madre ya no hablaba. No lloraba. Estaba asombrada oyendo al hijo. Nunca hubiera pensado que su Frasquito perdiera la fe, después de deberle tanto a don Emilio, un santo, tan caritativo, que le enseñó todo lo que ahora sabía sin cobrar un céntimo, al contrario, que le costaba a él la enseñanza, pues le proporcionaba el papel, el libro y a veces la onza de chocolate con pan, de merienda. ¡Y llegar a pensar que todo era falso! ¡Qué los curas engañan...!

—Los curas engañan para ellos darse la gran vida.

¡La gran vida! y a ella le constaba que siempre andaba socorriendo a los más pobres y que había noches en que se acostaba sin cenar.

—Un buchito de agua antes de dormir es muy sano, hija mía...

Y esas cosas siempre las supo Francisco ¿y cómo ahora pensaba de esa manera? Ella no sabía qué le había herido más, saber la desgracia de Araceli o saber las nuevas ideas de Frasquito. Y acudió a la oración; sencilla, humilde, sincera: "¡Señor, mi Frasquito! ¡Señor, mi Araceli!".

El pueblo hervía en novedades. Ni una feria tenía tantas distracciones como Moriles en aquellos días. Pasarían los años, crecería el pueblo y se recordarían los sucesos que tuvieron en vilo y en vela a los moradores del que fue tranquilo lugar.

Un coche tirado por dos hermosos caballos, se había detenido en la puerta de la casa de don Emilio el cura; a curiosear por la ventana del despacho se asomó su hermana, sin conseguir ver la cara de la persona que se apeaba, pasaba la acera y llamaba a la puerta.

—Emilio, una señora de mucho postín está llamando ¿le abro?

El cura dejó sobre el plato el racimo de uvas que empezaba a comer y le contestó:

—Juana, esta puerta se abre lo mismo para señoras de postín que para pordioseros, tú lo sabes.

—Es que se ha bajado de un coche...

—El coche no irá a entrar —le sonreía cariñoso— anda, no la hagas esperar; pásala al despacho mientras voy a lavarme las manos.

¡Qué contraste! Juana, metida en muchos años y en muchas carnes; el pelo canoso y ralo, peinado muy tirante, descubiertas las orejas de las que pendían unos humildes aretes de plata; los ojos apagados y desvaídos; la nariz apenas era notada en medio de los mofletes, encima de un bigotito oscuro, de una boca desdentada, y como peana del rostro, la papada grasosa haciendo competencia a los carrillos; vestía de oscuro; también era oscuro el delantal y oscura la faltriquera que le colgaba de la cintura.

La visitante era joven, morena, fina, esbelta, bellísima, elegante, rica, enjoyada.

Pero a Juana no le gustó y no disimuló un gesto de desprecio.

—¿Está don Emilio?

—Sí.

—¿Podré hablar con él?

—Sí.

Ya venía el cura por el pasillo y al verla y reconocerla exclamó con sincera alegría:

—¡¡Morachita...!!

Juana miró a su hermano y cerró los ojos enseguida, angustiada por el pensamiento que se le vino de pronto como un ladrón de su tranquilidad: "Mi Emilio está en pecado...; no es lo mismo atender por obligación a una pecadora, que sentir gusto al verla. El demonio se disfraza y el santo que ha sido mi hermano hasta aquí, se va a convertir en pecador". Se fue, santiguándose, por el interior de la casa y entró en la cocina; el hermoso racimo de uvas, regalo de un feligrés a don Emilio y que le serviría de cena, fue devorado por ella, que entre uva y uva, rezaba jaculatorias en favor del cura.

De verdad que éste se alegró de ver a Morachita; no era un secreto la vida de la joven, pero él la seguía viendo como una chiquilla juguetona, vivaracha y servicial, que iba a la iglesia todo el mes de María, a todas las novenas, a la Misa de los domingos y fiestas, que se preparó muy formalita para hacer la primera comunión; recordaba el disgusto que se llevó la chiquilla cuando perdió el velito de tul para la cabeza y entró con un pañuelo de los mocos encima del pelo y todas las niñas se mofaron de ella y la hicieron llorar; luego, un alma caritativa le regaló otro velo de tul muy usado, con grandes boquetes y de color de ala de mosca. Había sido una buena niña; después, no lo era... "¿Quién soy yo para juzgarla?". A veces, don Emilio, sentíase tan poquita cosa, tan opaco, tan inseguro, que se dirigía a Dios atreviéndose a increparle: "¿Por qué me has hecho tan bobo y tan vanidoso? Tú sabrás por qué, pero guíame porque yo no veo".

Y estaban los dos, el cura y Morachita, frente a frente y callados. El, con la vista baja, moviendo como una rueda sin fin los pulgares de sus manos; ella, mirando el cuarto con atención y contando con la mente los libros que se alineaban en el estante.

—Don Emilio, —exclamó de pronto y riendo— sé leer, escribir y la mar de cosas.

—¿Síí...? —se le contagió la risa.

—Todos esos libros, esos treinta y dos libros, soy capaz de leerlos. Y dice mi maestro que tengo la letra bonita.

¿Y qué no iba a tener bonito aquella criatura a la que Dios colmó de tantos dones? Si Juana pudiera desde la cocina leer en el cerebro del hermano, gritaría escandalizada.

—Habrás hecho antes muchos palotes.

—¡Uy, palotes y curvas y vengan planas y más planas...!

—¿Y quién te ha enseñado?

—Un maestro que venía a mi casa...— bajó la vista, un poco cohibida, y continuó hablando; titubeando, confusa: —Es, don Emilio, que él, ¡vamos, él! ¿usted me entiende?

—Te entiendo, hija mía, sigue.

—Pues eso: que se empeñó en que yo debía ser una señora educada, porque según él, todo no consiste en saber usar el tenedor y el cuchillo... También quería que aprendiera a tocar el piano, pero con eso no he podido... Total, que me compró una guitarra y la toco de oído, pero me entono bien. A él le gusta y muchas noches cuando no salimos al teatro me dice: "Anda, duquesa, —me dice duquesa— toca un poquito", y yo me englorio tocando y él se emboba; dice que aunque no soy virtuosa... ¡ay, señor cura! cuando me dijo eso le contesté yo enseguida: "Para vivir contigo no tengo que ser virtuosa". Se reía Antonio. Se llama Antonio. Pues me explicó lo que quería decir, algo como que yo no podría ganarme la vida tocando la guitarra... Bueno, don Emilio, que lo estaré cansando contándole estas cosas.

(¡Bendita Morachita, que estás hablando de un mundo feliz y nuevo!)

—¡Oh!, —dijo en voz alta— no me cansas, hija mía, habla lo que quieras.

—Pues verá usted, don Emilio, a lo que yo he venido al pueblo: primero y principal a ver a mi madre; luego a hablar con usted —y bajando la voz, preguntó: —¿Nos puede oír alguien?

—No, hija mía, mi hermana no es capaz de oír a través de las paredes porque es sorda como una tapia.

Morachita soltó una carcajada que hizo las delicias del cura contemplando su boca.

—Pues verá usted, don Emilio, que, hablando yo con él, ya usted sabe, don Emilio: él.

—Sí, Antonio.

—¡Uy, qué pronto aprendió su nombre...!, que, hablando los dos de las cosas que están pasando en el pueblo, que parece que el demonio ha puesto aquí su trono, yo no pude remediar el llorar y llorar como una magdalena, él no me quiere triste, cuando lo estoy disimulo, porque si se da cuenta de lo que sufro cuando vuelvo de haber estado aquí, no me dejaría venir

más, es que llego a Córdoba con el corazón encogido, hecho un trapo estrujado.

—¿Por qué, Morachita?

—¡Ay, don Emilio de mi alma! Porque dejo atrás lo mejor del mundo, mi Zapateros o mi Moriles, lo que sea... ¡Estos campos! ¡Estos aires! ¡Lo feliz que yo sería aquí!, casada como Dios manda, con un jornalero, trabajando en el campo yo también... Si viera usted, don Emilio, que cuando llego en tiempo de escarda y vengo en mi coche, con mis caballos, con mi cochero y mi preciso lleno de monedas de oro y plata, lo daría todo por estar agachada de jornalera en una cuadrilla escardando, casada como Dios manda ¡me da una envidia! Y llego a Córdoba, a mi casa que es un palacio que Antonio lo tiene en escrituras a mi nombre, pero no veo el campo, veo el palacio de la acera de enfrente y me entran unas ganas de llorar... Y tengo que disimular.

—La felicidad, hija mía...

—Ya, ya lo sé, lo dice Antonio, porque dice que él será completamente feliz cuando se muera su mujer y se case conmigo.

—Pero, hija mía, no debe desearse la muerte de nadie.

—Y yo no se la deseo... Pero ¡si yo me casara con Antonio todo sería como ahora!... Yo, don Emilio, con quien sería feliz, feliz, lo que se dice feliz, era con el Tole.

—¿Qué dices...?— don Emilio hizo un movimiento de sorpresa.

—Con el Tole. Pero de eso no hay que hablar porque nos amanecería aquí y sin haberle dicho a lo que vengo —ante los gestos del cura animándola, ella continuó: Que Antonio me preguntó por qué lloraba y yo le dije que por Chiquita y su madre; le conté la clase de vida que hace forzada por la necesidad; entonces, él me ha dado este fajo de billetes para la Julia y como no está bien que yo vaya a verla, porque, señor cura, las dos estamos en lo mismo, pero no de la misma manera, ¡vamos, que no somos iguales! y a mí eso de ir de reparo...

Ante esto, el cura no sabía qué pensar de la filosofía de Morachita, pero ¡bendito corazón el de ella, que seguía siendo la niña buena que él conoció! Tomó y guardó el dinero y prometió llevárselo personalmente a la Julia aunque eso iba a levantar muchas críticas entre sus feligreses y entre los que no querían nada con la Iglesia. Pero él aguantaría las malas lenguas y haría

una buena obra, por lo que le daba las gracias a Morachita que le proporcionaba ocasión de hacerla. Deseaba que aquella visita se prolongase; disfrutaba con el parloteo de la criatura que era una nueva música para sus oídos; y mirarle los ojos enormes, punzantes y que se reían antes que la boca... ¿Podrían parecerse los angeles a ella? ¿No era una delicia contemplarla?

—Don Emilio, me tendré que ir, tengo que ver a mi madre... ¡Uy, yo me quedaba aquí toda la noche charlando! en mi casa de Córdoba no tengo con quien hablar...

A don Emilio le asomó la tristeza a los ojos.

—Bueno, hija mía, ven por aquí siempre que quieras.

—Vendré... ¡ah!, don Emilio, del dinero a Julia que no se entere nadie que es de mi parte.

—Así deben hacerse las cosas de Dios; no para que nos alaben las gentes.

—Eso pienso yo..., bueno, me voy hasta mi casa en el coche aunque está a dos pasos, pero si voy andando puede que me apedreen como la otra vez.

—No recuerdes aquello, Morachita, y que Dios te acompañe y te premie.

—Que Dios le guarde, don Emilio —y se inclinó para besarle la mano respetuosamente, al tiempo de salir.

El cura sintió un delicioso escalofrío en todo su cuerpo y se llevó a la boca la mano que Morachita le había besado.

Juana percibió el trastorno del hermano y exclamó con los brazos en alto;

—La lagartona.. ¡el demonio entró en esta casa! ¡el olor a pecado que ha dejado en esta santa casa, que habrá que rociarla con agua bendita...!

—Vamos, Juana, modérate...; ten caridad de ella, que, a pesar de todo es buena, muy buena...

—¡Madre mía Santísima! ¿Qué te ha dado esa pécora para transformarte y decir que es buena?

—Está bien, Juana, no discutamos... Es muy tarde...

Juana quedó rociando agua bendita en el despacho del cura sin dejar de musitar jaculatorias y letanías.

Don Emilio se lavó las manos en una palangana con mucha agua y jabón, frotándose una más que la otra; tal vez su hermana llevara razón y el diablo andaba suelto y a su alrededor. ¡Morachita! ¡Una niña noble y buena que no tenía la culpa de que él fuera un viejo y repugnante pecador! "¡Oh, asnillo!" y recordó al santo que luchaba con la carne.

Amaneció un día luminoso, alegre. Cantaba toda la naturaleza esperando al Sol. Don Emilio abrió la ventana y respiró profundamente. El hermano Sol venía precedido por una polvareda de oro que envolvía el Campo de Aras. ¡Qué buen altar! Luego desarregló su cama para que Juana creyera que había dormido en ella y no se alarmara más, sabiendo que había pasado la noche en el sillón meditando, hasta que le llegó la paz a su alma.

Ya sonreía mientras pensaba: "Hay que ser como niños; mirar y oír con ojos y oídos de niños... Señor, tengo más que nunca necesidad de tu ayuda".

¿La Morachita? Una niña buena que merecía ser feliz.

No le estaba sentando bien la alcaldía; su Pepillo sólo iba a casa a las horas de comer y no siempre. Deseaba con todas sus fuerzas que Ramón mejorase y que volviera al Ayuntamiento, porque su marido adelgazaba por días y además tenía el laboreo de las tierras en manos de los hijos.

La desgracia de Chiquita le afectó mucho, como a todos los del pueblo. Fue una verdadera pena la muerte de la inocente niña. El misterio continuaba y ni el cabo Lince había dado con el criminal.

La noche pasada, cuando Pepillo volvió de dar un paseo a caballo, ella le preguntó qué de dónde venía, y él dijo: —He estado por los lagares escuchando a las gentes.. —esta contestación la intranquilizó.

Comieron y él quería acostarse enseguida, entonces ella le propuso que durmiera en la cama grande, porque desde la noche del disgusto, Pepillo dormía en un catre estrecho de tijera, en la habitación contigua, que siempre estaba preparada para un caso que se presentara de improviso. El catre no era cómodo y él se quejaba de dolor de la espalda. La Loren se sofocaba y no quería que su padre se acostara en el catre; que si no podía dormir con la madre porque ésta no soportaba los ronquidos de él, pues, que bueno, que durmieran en distintas habitaciones, que para eso tenían muchas por ser la casa tan grande, pero que compraran una cama moderna de colchón de muelles, y colchón de lana o de plumas, y así no se quejaría más de dolor de espalda.

No se siguió el consejo de Loren por desidia; ya se haría lo de la cama algún día, o quizá nunca, porque la verdad era que Lorenza sentía tanto la falta de Pepillo en la cama, que estaba dispuesta a recobrarlo como fuera.

—Pepillo, esta noche, para que descanses bien, te acuestas en la cama grande ¿quieres?

El juntó las cejas y apretó la boca. "¿Qué querrá ésta?" pensó halagado y puesto en guardia dijo:

—Bueno.

Y lo dijo en tono tan impersonal, que ella quiso poner las cosas claras.

—Tú te acuestas en la grande porque llevas unos días de mucho ajeteo y yo me acostaré en el catre.

Todavía juntó más las cejas.

—Podemos acostarnos juntos como siempre ¿no?

Y ahora fue ella la del tono impersonal, al pronunciar la misma palabra:

—Bueno.

Pero dentro, le saltaba el corazón de alegría.

Fue ella la primera que se metió en la cama; por un pudor nuevo no quería que Pepillo viera la ruina de su cuerpo, en ropas menores; estiró la sábana hasta taparse los hombros, y esperó.

Pepillo entró en la alcoba y a Lorenza le pareció que aumentó la luz al resplandor de su hermosura y virilidad. Lorenza enloqueció de deseo.

—¡Pepillo...!

—No sabes Lorenza cuanto te agradezco que me invites a cama tierna, porque estoy reventado... Yo no puedo con la alcaldía, ni con los líos que hay en el pueblo, el paseo a caballo me ha dado la puntilla... Gracias Lorenza. Me duermo a chorros...

Se durmió antes de haber estirado el cuerpo a lo largo de la cama.

Lorenza le acarició la mano que había dejado fuera de la sábana. No se había él dado cuenta del estado de inquietud de su mujer, porque ya la música sin tono salía de su garganta en ronquidos pausados.

Lorenza derramó unas lágrimas de despecho y hasta tuvo intención de irse al catre; quedó allí y no le fue fácil apresar el sueño.

Estaba decidida a que todo cambiara; sería en adelante amable; lo cuidaría con cariño; pensaría más en su propio aliño personal, porque últimamente ella andaba descuidada de su arreglo y lo dice el refrán: "La mujer compuesta quita al marido de otra puerta". Y que ella barruntaba que era ya un clamor general de que el señorito de Los Claveles tenía que ver con la desgracia de Chiquita; así, ella esperaba que se fuera a Madrid para quitarse de habladurías y que en muchos años no apareciera por el pueblo la señorita Amparo, con lo cual, Pepillo, se comportaría de otra manera.

Se durmió muy tarde y despertó muy temprano; con mucho cuidado salió de la cama y de la habitación, para bajar a la cocina y preparar con tiempo los desayunos.

—¿Te encuentras descansado? —le preguntó cuando él bajó dispuesto a las tareas del día.

—Estoy como nuevo. Si no fuera por la pejiquera de la alcaldía, me iba a Los Llanos a recrearme con las viñas que desde lejos las vi ayer y parecen dos mocitas "acicalás".

—¿Desde dónde las viste?

—Desde la carretera, por donde la Laguna Grande, cuando fui a Los Claveles.

Lorenza se alteró.

—¿A qué fuiste?

—A ver al señorito, pero no pude hablar con él porque estaba durmiendo.

—¿Tú qué tienes que hablar con él?

—Mujer, yo nada: pero fui como alcalde..., y hoy también tengo que ir.

—A ver si ha despertado ¿no?

—¿Qué cosas dices, Lorenza! —y algo desafiante continuó: —A ver si ha despertado el señorito y a ver si ha llegado la señorita, que la estamos esperando.

Lorenza no pudo disimular su malestar y salió de la cocina con muy mal humor. Y a Pepillo la actitud de su mujer le gustó: "Los celos, los celos, ¡ojalá tuvieran un motivo!". El orgullo machista afloró.

Despachó los asuntos locales: del criminal no se sabía aún nada; Ramón continuaba en Lucena; Diego había ido dos veces a La Torre a ver a Estrella;

la Julia no admitía visitas; el Agustín se había liado la manta a la cabeza y se ennovió formalmente con Araceli; Frasquito, su hermano, quería pegarle fuego a Los Claveles, por lo que estaban pensando los sesudos, que debía intervenir la pareja y si el niñato no se calmaba, que lo metieran en la cárcel; porque suponían los sesudos, que la actitud de Frasquito no era motivada por el percance de la hermana, si no por su ideas anarquistas y el odio que guardaba a los ricos; y añadieron los sesudos que anduviera con ojo, porque él, José, era ya un propietario de los mayores; otra novedad que había: la de la Morachita que llegó en su coche, arrollando a las personas decentes con sus lujos mal ganados.

De todo fue enterado y estuvo en estos quehaceres parte de la mañana, entretenido, deseando recibir un aviso de Los Claveles diciéndole la hora en que llegaría la señora; cuando por fin al mediodía entró en el Ayuntamiento Manolón, coincidiendo con la campanita de la iglesia tocando el Angelus... "Es mucha casualidad", —dijo para sí el Alcalde en funciones— que la campanita toque con la misma alegría que yo siento, "¡si parece que se engloria por mí!"

Muy nervioso estaba Manolón cuando le comunicó:

—La señora llegará al lagar a la caída de la tarde, pero ni Antonio ni yo podemos entendernos con el señorito, y hemos pensado que sería conveniente que fuera el médico, porque de no comer y de beber tantísimo alcohol, se está volviendo majareta.

José decidió hablar con el médico y con don Emilio.

—El cura tiene buena mano izquierda para trajinarse a esa clases de gentes, que no son enfermos como los demás cuando nos ponemos malos, son gentes enfermas pero de intenciones.

—Muchos hay así —sentenció Manolón— y para ser malos no es preciso ser ricos.

—En eso estamos, Manolón, pero los que se crían con todos los gustos satisfechos y sin conocer el esfuerzo que exige la vida, son más propensos a esas cosas, como el señorito Luis, que siempre nos trató con soberbia y creyéndose amo hasta de la respiración de los demás... En fin, Manolón, dile a Antonio que mandaré al médico ahora mismo, y que yo caeré por el lagar después de las vísperas, a eso de las tres o las cuatro.

Y cumplió, proporcionando al médico una caballería y enviándole al lagar, advirtiéndole que con ir solamente, cubriría el expediente, si es que el señorito no se dejara ver.

Con toda puntualidad fue a su casa a la hora del almuerzo, cosa que desde que hacía de Alcalde no ocurría.

Lorenza era muy amiga del reloj; en realidad no se guiaba por él, aunque una de las cosas primeras que adquirió Pepillo para la casa fue un reloj de cuco, que compró en una feria en Lucena; Lorenza lo tenía como adorno; a ella las horas se las daba el sol y los animales; si el día estaba "empedrafllo" de nubes, la claridad le era suficiente para saber por dónde encauzar las haciendas; siempre estaba ocupada y siempre lo tenía todo a punto.

Menos ese día. El día que Pepillo acudió puntual al almuerzo, con el deseo vivísimo de que corrieran las horas para encontrarse en Los Claveles a esperar a Amparo; al pensar en ella y sin darse cuenta, había suprimido la palabra señorita.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Lorenza.

—Es la hora ¿no?

—Sí, pero hoy se me fue el santo al cielo y no he preparado el almuerzo ¿tienes prisa?

—Mujer, ya tú sabes que es muy raro que yo tenga algunos minutos de tranquilidad, y hoy, ¡velay! me han dejado tranquilo... Esperaré en el patio a que me avises cuando esté la mesa puesta.

No le preguntó el motivo del retraso; podría haber sido porque estuviera maluquilla; porque le doliera la cabeza o la espalda; porque hubiera tenido alguna hemorragia, como las tenía algunas veces por motivos de la retirada; porque se hubiera dado un golpe; por cualquier cosa. No se fijó en ella. No se dio cuenta de que tenía la cara escamondada y el peinado bien hecho, que se había llevado más de una hora marcándose las ondas con zaragatona; y la blusa de lunares azules y el cuello blanco que le hacía parecer de menos edad; y la falda gris de lana, que él decía gustarle tanto porque cuando se la ponía, parecía una señora principal.

No se fijó. "La mujer compuesta, quita al marido de otra puerta" ¡Valiente refrán! Llamó a la hija que estaba terminando de planchar y le dijo:

—Loren, tu padre quiere comer ya; avíale tú el almuerzo: un par de huevos fritos con algunas magras y si quiere, melón o albarillo.

—¡Qué bien arreglada y guapa estás, mama! ¿Es que vas a salir?

—Iba a salir, pero quizá me acueste porque no puedo resistir el dolor de cabeza que me ha entrado.

Loren no cesaba de admirarla:

—¡Qué pelo tan bonito tienes! ¡Ninguno lo hemos sacado! ¡Qué bien te has peinado! ¿Qué te ha dicho papá cuando te ha visto tan guapísima?

—No me ha dicho nada —se llevó las manos a la frente, como si no pudiera aguantar el dolor; no quería que la hija viera sus lágrimas.

—Pero ¿es que no tiene ojos en la cara? ¡Cuándo se ha visto una Alcaldesa más guapa!

Lorenza subió a la alcoba y se tiró en la cama; se aplazó su congoja, cuando pensó que él subiría a preguntarle, a saber cuál era su sufrimiento, y ella no le diría el real, le mentiría para salvar su orgullo; le diría que tenía por cabeza una olla de grillos, que no la podía resistir y que le podrían saltar los ojos de tanto dolor; le mentiría; nunca tenía que saber que se había puesto guapa pensando en él, en las caricias que le estaba pidiendo su cuerpo cuando lo tenía delante o pensaba en él; y eso era en todo momento. Que estaba celosa de la señora Amparo, de todas las mujeres jóvenes y mayores; que lo deseaba con arrebatos de locura; que sentía envidia hasta del perro, cuando él pasaba la mano por el lomo del animal; y del canario, cuando lo piropeaba mientras limpiaba la jaula y le ponía agua y alpiste; hubiera querido ser aire y sol para envolverlo en un abrazo sin fin. Esperaba oír sus pasos por la escalera. "¿Qué te pasa, Lorencilla?", así la llamaba cuando la buscaba para el recreo de los dos. Y ella le contestaría: "Nada, cosas corrientes", porque no quería intranquilizarlo; era mejor no darle preocupaciones.

Los pasos por la escalera se sintieron por fin.

—¿Qué te pasa, Lorenza? ¿Habrá que avisar al médico?

Empezó a cambiarse de ropa y buscaba en un cajón de la cómoda.

—Escucha Lorenza, ¿no está planchada la camisa de rayitas verdes? La que llevo puesta está sucia y tengo que mudarme.

Los ojos de Lorenza se secaron de súbito.

—Ponte una cualquiera de las que hay en el cajón.

—Bueno, si no está planchada, le digo a la niña que la planche porque puedo esperar...

Lorenza mintió: —La camisa que buscas no te la puedes poner porque al cogerla del tendedero se enganchó en un pincho y se le ha hecho un rasgón que no sé qué traza me voy a dar para coserlo y que quede bien.

—¿Tardarías mucho en arreglarla?

—Ya te he dicho que es muy difícil y que además estoy mala...

—Sí, pero ¿y la niña, no lo haría?

—¡Ay, hijo, esa costura que hay que hacer es obra de monjitas!

Se tuvo que conformar con una de aquellas camisas. Ninguna le gustaba porque todas le apretaban el cuello y tenía que llevar la tirilla desabrochada.

Ella lo miraba con los ojos entornados, esperando todavía que él se interesara por su salud; pero no fue él, fue Luis su hijo, que subió alarmado y cuando la vio tendida en la cama con toda la ropa puesta y el peinado casi intacto, le dijo:

—¿Quién puede creerte enferma con lo guapa que estás? Hasta mi padre lo tiene que dudar... ¿Y lloras...?

—Me duelen mucho los ojos.

Pepillo se acercó a la cama; en efecto, Lorenza parecía otra, preparada como para una fiesta ¿qué dolor podía ser que tuvo que echarse, ella que era más dura que el pedernal?

—¿Te duelen mucho, mujer? —le preguntó cariñoso —Pues cuando el médico vuelva de Los Claveles, lo mando para que te vea.

—¡No quiero médico! —gritó Lorenza.

El hijo le acarició los hombros. El padre se sentó en el borde de la cama, pero no hablaba, sólo pensaba en que aquello de su mujer era un contratiempo para sus planes; podía ser una cosa pasajera, pero también podía ser algo grave, algo tan grave, que incluso tuviera que llevarla a Aguilar o a Córdoba. Sin ocultar su disgusto, más que su preocupación, le habló allí mismo al hijo:

—Escucha Luis, aunque tu madre no quiera, aquí vendrá el médico y lo que él vea que hay que hacer se hará... Yo tengo que estar en Los Claveles

dentro de un rato y me gustaría que tú me acompañaras, pero es mejor que te quedes esperando al médico y enterarte bien de lo que diga ¿estamos?

—Estamos —contestó Luis.

Lorenza rompió en sollozos; a pesar de ellos, Pepillo se bajó a la cuadra a ensillar el caballo que lo llevaría al lagar. Era demasiado pronto, pero la ansiedad lo tenía al borde de un nerviosismo incontrolable.

Lorenza le habló al hijo:

—No me pasa nada. Es que estoy nerviosa por causa de tu padre, que él sí que va a necesitar un médico porque no puede con la carga que le han echado encima. Come poco y duerme mal y esto me preocupa. Vete y déjame sola. Que Loren te dé el almuerzo. Yo bajaré luego.

O Luis tenía mucha hambre o se creyó lo que decía su mamá, el caso es, que dio unas cuantas vueltas por la habitación y después salió de ella.

Lorenza quedó sola. Esperó unos minutos. Se levantó. Echó el pestillo de la puerta. Allí lucía la camisa de rayitas verdes primorosamente doblada. Ella misma la había puesto allí reservándola para las grandes ocasiones: bodas, bautizos, viajes, y con lo de Chiquita se la puso cuando vino el Juez. Ella misma le había dado un agüita, la planchó y la guardó de nuevo, porque era una buena camisa y Pepillo estaba guapísimo con ella; la tela le costó a tres reales la vara y necesitó cuatro varas; mucho dinero y aunque ellos no precisaban escatimar, ella miraba mucho el gasto; y le hubiera dicho dónde estaba la camisa, de no haber sabido que la quería para presumir en el lagar, por eso, ella que era tan mirada en la economía, cogió con furia la camisa, la moidisqueó en la pechera hasta abrirle un pequeño boquete por donde metió un dedo destrozando la delantera; hizo con la camisa un lío y volvió a tapar el arca dejándola dentro.

Respiró con fuerza.

Quitó el pestillo y abrió la puerta. Abajo todo era silencio, sólo en el corral, como siempre, un alboroto.

Y lloró con una amargura inmensa; había perdido a su Pepillo; le daba el corazón que nunca, jamás, la llamaría Lorencilla; que nunca, jamás, sentiría sus caricias inocentes; que nunca, jamás, se corresponderían sus cuerpos.

Lloró.

Entre unas cosas y otras, Antonio no pudo abandonar el lagar para ir al tajo donde estaban los gañanes y su chiquillo mayor, al que le encantaba estar entre hombres y trabajar con ellos; tampoco se podía retirar Manolón por la misma causa: tenían que estar vigilando el caserío por los cuatro costados ya que les habían avisado que uno del pueblo amenazaba con pegarle fuego a la finca; aunque ellos no creyeron que eso ocurriera, sin embargo estaban atentos y se repartieron horas de guardia para procurarse descanso. Ninguno de los dos descansó. Antonio pensaba llevar a María y los niños a Baena con los abuelos, pero María dijo que no lo dejaba solo porque no estaría tranquila en parte alguna sabiendo que él corría un peligro.

Frasquito se presentó en el lagar preguntando por Manolón; este le hizo entrar en la cocina de la gañanía y María le ofreció un tazón de café que él no aceptó. Estaba nervioso y pálido. La conversación se llevó bien porque Manolón la empezó:

—Si vienes a ver al señorito, has venido en balde. Está como una cuba, no se deja ver... Aquí en el lagar sabíamos que las habitaciones de los señores estaban preparadas para una juerga con cantaores y guitarristas... Todos estábamos esperando en el patio de los trojes para oír cantar flamenco cuando abrieron las ventanas; que no las abrirían para el bien de nosotros para que pudiéramos disfrutar también, las abrirían para no asfixiarse de calor...; las ventanas no se abrieron y desde aquí no se escuchó ni una voz ni una guitarra; pensamos que se habría suspendido la fiesta porque apagaron las luces de la fachada, las del corredor, las de la escalera...

—¿Y el casero?

—Antonio sabía lo mismo que nosotros... Al amanecer dice que vio salir de las habitaciones a una muchachita llorando que no quiso hablar y que tomó el camino del pueblo... Ni Antonio ni yo sabíamos las intenciones del amo... Desde aquel día no se ha visto más por aquí el Pincho, que era el correveidile del señorito ¡vamos, el alcahuete!

—Tú, siendo mi amigo, debiste decírmelo.

—¿Y qué te iba a decir? El único que sabía que era tu hermana es Antonio que se lo ha tenido callado, porque es un caballero, y a mí sólo me dijo que era una de los Zapateros.

—Pero por mucho que tú me digas, Manolón, yo no puedo dejar esto...; mi hermana ha querido matarse ¿comprendes?

—Yo lo que no comprendo es que tú quieras pegarle fuego a la casa.

—Con él dentro.

—Ni dentro ni fuera; ese tío no vale que tú te pudras después en un presidio; piensa en tu madre, en tus hermanos y en que ella volverá a ser la que era, porque gracias a Dios, que la quiere un hombre que es capaz de pasar por todo porque sabe que ella es buena y que no tiene culpa de lo que le ha pasado y la hará feliz.

—Pero el sinvergüenza se queda tan fresco.

—Ya le llegará, Frasquito, ya le llegará lo que se merece —al decirlo, Manolón miraba al patio y sonreía.

—No me voy de aquí sin abofetearlo.

—Cuando quieras te llevo arriba y te lías con él, pero te advierto que no es de valientes pegarle a un indefenso y él lo está. ¡Si lo vieras! No da lástima, sólo asco, parece un gusano.

De pie estaba Frasquito dispuesto a subir y desahogarse dando una paliza al señorito, cuando la casera entró en la cocina.

—Manolón, ha llegado el médico y Antonio todavía no ha vuelto del tajo.

—Salgo enseguida a recibirlo para llevarlo a las habitaciones de arriba.

Iban subiendo la escalera y con ellos Frasquito; al llegar a la meseta se detuvieron y Manolón aclaró:

—Don Fernando, está como un perro rabioso y para entrar hay que taparse la nariz de tanta peste, porque se hace sus necesidades ahí mismo y no consiente que se limpie, así que...

El médico tocó con los nudillos en la puerta y como no contestara empujó suavemente y pudo ver el interior antes de entrar. No le había exagerado; aguantando el vómito, porque el olor era nauseabundo y el aire irrespirable, entró, y sólo sorteando botellas, vasos y mierdas pudo llegar hasta la butaca donde Luis seguía sentado y mirando al médico con extrañeza.

—¿Quién eres...? —dijo con lengua trapajosa, de borracho o idiota.

—Soy el médico y vengo a verle..., pero será mejor que entremos en otra habitación... —buscó con la vista una puerta y la abrió; era la de una alcoba; lo tomó de un brazo, lo alzó de la butaca y lo llevó casi a rastras hasta la cama con la ayuda de Manolón.

Frasquito no había entrado.

El médico le abrió la camisa para auscultarlo. Dijo gravemente:

—Está muy mal... Necesita alimento y unas medicinas que le voy a recetar. Parece que ha sentido una gran emoción; no tiene fuerzas para moverse ni para hablar... ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Desde que murió ahogada la niña, como él estuvo aquel día paseando por aquel sitio...

—¿Conocía a la niña?

—Me parece a mí que no.

Don Fernando y Manolón se miraron y ambos bajaron la vista. Que el rum rum del pueblo se iba haciendo claramente acusador, pensaron los dos. Y a la par miraron a la cama donde Luis, con los ojos entornados, la boca abierta, los brazos sin vida a lo largo del cuerpo, las piernas separadas, presentaba una visión asquerosa porque no lo veían como a un enfermo necesitado de cuidados, sino como lo creían, como un ser inmundo.

—La señora está al llegar..., antes de que se ponga el sol.

—Que le traigan de alimento enseguida algo líquido, leche, caldo, y estas medicinas que explica en la receta como hay que tomarlas.

Se despidió don Fernando de todos y se marchó al pueblo. Frasquito aceptó el tazón de café que de nuevo le ofreció la casera, que no hacía más que decir:

—¡¡Parece mentira...!! ¿Qué castigo mayor que el que tiene si es que ha hecho algún daño a alguien?, y Dios me libre de pensar mal del señorito.

Pasaban las horas y Frasquito no hacía intención de marcharse, aunque al parecer estaba tranquilo. Manolón, atento a sus reacciones, no se separaba de él. Jugueteaban los dos con el niño de los caseros mientras esperaban el regreso de Antonio o de algún visitante inesperado.

La casera volvió de la alcoba del señorito, asqueada de cómo había encontrado el salón, hecho una pocilga; había abierto la ventana grande de la fachada y cuando no hubiera peste lo limpiaría para que la señora no lo viera de tal manera. El señorito tomó la leche templadita que ella endulzó con miel y se la tuvo que dar como a un niño chico, sujetándole la cabeza.

—Que por cierto tiene un manojito de pelos pegados como si se hubiera dado un golpe y sangrado ¿lo vio el médico?

—Si lo vio no le ha dado importancia... A lo mejor una botella o un vaso roto...

—Cuando limpie miraré si hay cristales en el suelo.

—¿Y dónde tiene eso de los pelos pegados?

—Aquí —y María señaló en su cabeza cerca de la oreja izquierda.

—¿No hay manchas de sangre en su ropa?

—Yo no la he visto ¡claro, que no he mirado con detenimiento! ¡Está de sucio! ¡Cuándo la señora lo vea, le da un desmayo!

Manolón se había levantado al sentir ruidos de caballería; miró a Frasquito y no salió de la cocina.

—Casera ¿quién será?

María salió a la puerta: —¡Dios le guarde, José!, se le oyó decir desde la cocina.

Y sin embargo no salió a recibir al Alcalde porque no se fiaba de dejar sólo a Frasquito. ¿Por qué no se habría ido ya? ¿Qué pensaba hacer? ¿Iba a tenerlo otra noche en vela? Le hablarían a la Guardia Civil; él no estaba por pasar otra mala noche.

Pepillo había amarrado el caballo a una de aquellas manillas o argollas de hierro, que para ese fin estaban clavadas en la fachada, resaltando aquellos aros negros sobre la pared, embelleciéndola con un friso de extraños ojos blancos.

—¿Qué hay, casera?

—Pues ya sabrá usted que vino don Fernando, el médico, lo metió en la cama y le ha recetado unas medicinas que habrá que ir por ellas a Aguilar.

—¿Quién fue por ellas?

—Todavía nadie, porque Manolón parece que no quiere dejar solo a Frasquito, el hermano de Araceli, y Antonio aún no ha vuelto del tajo...

Quedó enterado José, como Alcalde, del estado de inquietud que había en la casa; tranquilizó a María y ambos entraron en la cocina. Ordenó a Manolón que tomara su caballo y que trajese las medicinas, que no había que pagarlas; de eso se encargaba el administrador, porque los señores, de toda la vida tenían cuenta abierta en la botica cercana a la plaza ochavada. Invitó luego a Frasquito a pasear por la carretera para esperar al casero.

Salían los dos y por el camino, antes de salir a la carretera, empezó Pepillo la conversación; le habló de su hermana y a convencerlo de que no debía querer tomarse la justicia por su mano, porque saldría perdiendo; que lo conveniente era que se marchase a su casa, que su madre estaría con las carnes abiertas y que esperara tranquilo acontecimientos, porque la justicia...

—La justicia no se hace con los ricos.

—Si la justicia no la hacen los hombres, la hace Dios y no me digas que tú no crees, porque yo tampoco creo, pero hay cosas, Frasquito, hay cosas que ponen los pelos de punta y tiene uno que decir: Yo no creo que haya Dios pero parece que ha estado aquí...

—¡Vamos, José! No me venga con cuentos; dejemos a Dios con los curas y las beatas y hablemos nosotros como hombres; por eso vuelvo a decir, que para los ricos no hay justicia, y que a ese gusano asqueroso a quien llamamos el señorito, hay que darle un escarmiento y se lo daré yo.

—Frasquito ¡concho! —el Alcalde estaba enfadado— como sigas en esta tesitura te entrego a la pareja de la Guardia Civil para que te metan en chirona y podamos los demás descansar, que tenemos muchas cosas encima de los hombros para que tú echés más leña al asunto ¡concho!

—José, usted habla así porque no se la han hecho a su hija.

—Y tú hablas así, no por lo que le han hecho a tu hermana, sino porque lo ha hecho un señorito y tú le tienes inquina a los ricos y a los curas y no se la tienes a Dios porque dices que no crees que lo haya. ¡concho! que me has puesto fuera de mí, conque lárgate a calmar a tu madre y no salgas de tu casa si no quieres que te meta en la cárcel ¡concho! con los niños mamones y sus ideítas negras... ¡Tira para el pueblo, pronto!

No tuvo Frasquito más remedio que obedecer a la primera autoridad de Moriles.

Y Pepillo quedó muy satisfecho de su actuación; le costó mucho sentimiento oír al muchacho; era como si estuviera oyendo a su hijo Luis; comprendía que Frasquito, un muchacho pobre, que trabajaba de temporero y cada vez menos porque le temían que metiera el cisco en las cuadrillas hablando de cosas que creía entender y que no entendía, porque para entender la vida hace falta vivir muchos años y ni aún así; pero comprendía más o menos que fuera un rebelde, pero ¡su Luis! que no carecía de lo más necesario y que podía disponer cuando quisiera de cinco duros para gastarlos donde y como le diera la gana. ¿Quién le había metido en la sesera aquellas

ideas y aquel odio a los señores? Tal vez ahora, con la novia, cambie de ideas y no tenga tiempo para leer tanto veneno, como leía en los periódicos que le llegaban de Madrid.

Desde luego que no se puede vivir con tranquilidad. Un día como este, que espera a la señorita Amparo, todo se vuelve tropezones: la camisa de rayitas verdes; también es mala suerte no poder ponérsela, porque además de que el cuello es cómodo, es una camisa bonita y él cuando la lleva puesta sabe que se la miran y por algo será; luego, el dolor de cabeza, tan a destiempo, de Lorenza, porque si es cosa corriente, que será, pues no se puede vivir con tranquilidad.

Deseando y temiendo que llegara Amparo. ¿Qué pasaría cuando le pusiera en las manos la leontina y el reloj de don Luis? ¿Y cuándo le dijera que había sido encontrada esa prueba del crimen, junto a las ropas de la niña y que por eso, precisamente eran pruebas de culpabilidad? El, como Pepillo, tenía claro en su cabeza lo que había que hacer: acallar las lenguas y obedecerla a ella en todo, por ella, porque no pasara ese bochorno, porque nadie se enterase de la vileza —como decía su hijo Luis— "Eso que han hecho con Chiquita es una vileza". Tenía clara su actuación como Pepillo: a las órdenes de Amparo. Pero ¿y cómo Alcalde? ¿Cómo autoridad?

Aunque no hubiera Dios, debía hacerse un milagro: que Ramón volviera hoy mismo sano y salvo y que tomara la vara.

Quizá no hiciera calor pero Pepillo estaba sudando, o quizá el cuello de la camisa le apriete la garganta; se metió los dedos entre la tela y la carne y comprobó que sudaba de miedo, porque el cuello estaba flojo; en poco tiempo, en días, en los que llevaba de Alcalde, había adelgazado. ¡Y hubiesen gentes que se pelearan por tener el mando!

Ya iba el sol de recogida y para despedirlo se le arremolinaron unas nubecillas caprichosas que se adornaron celestes; una extraña y maravillosa visión; venían rápidas más nubecillas y formaron un arco de rosas.

Pepillo miraba absorto porque bajo el arco de rosas él no veía el sol, él contemplaba el rostro de Amparo que ya estaría al llegar.

El que había llegado era Antonio que, viéndolo tan atento mirando la puesta del astro, dijo jovial:

—Arreboles, mañana soles.

Se volvió sorprendido Pepillo y dijo rápidamente:

—Arreboles al anochecer, aguas al amanecer. Ya ves Antonio, no podemos dar mucho crédito a los refranes.

—¿Has visto al señorito?

—No he subido. La casera dice que está acostado y que ha tomado leche. Manolón se fue a Aguilar a por medicinas que recetó don Fernando.

Paseaban despacio y preocupados.

—¿No crees, José, que habría que quitarlo de aquí para no tener compromisos...? ¿Porque tú sabes que las gentes andan diciendo que lo de Chiquita no lo hizo Perico, que fue el señorito?

—Te puedo jurar que Perico no fue; ahora, lo del señorito habría que probarlo.

—¿Tú crees?

—Yo, Antonio, no quiero creer nada. Esto es un asunto muy delicado; suponte, Antonio, que tú mismo, ese mismo día, te da la gana de bajar a la Laguna; bueno, bajas y te encuentras con el cuadro ¿que haces? Lo que el señorito hizo, venir y encerrarte en tu casa ¿no?

—No, José. Porque si yo bajo y me encuentro a la niña y como soy inocente, doy parte enseguida.

—Mira, Antonio, tú no te has visto en el caso del señorito y no sabes lo que harías.

—Sí lo sé.

—Pues ¡velay! yo no... El quedó tan impresionado si lo vio, porque no sabemos si vio a la niña ahogada o no la vio... ¿te dijo algo a tí?

—Ni a mí, ni a nadie. No ha dicho esta boca es mía.

—A lo mejor a la niña la mataron después del paseo de Don Luis y él está ajeno a lo que ha pasado.

Antonio se detuvo y mirando con fijeza a Pepillo le dijo gravemente:

—Estoy pensando, José, que tú quieres librar al amo de toda sospecha, ¿por qué?

—Yo no intento librarlo de nada. Es que el asunto es muy delicado y lo que yo pienso, bien pudo ocurrir así. Al señorito hay que hacerle hablar y entonces nos daremos cuenta de si es o no es inocente.

Antonio tomó asiento en el ribazo que bordeaba la viña y le indicó a Pepillo que hiciera otro tanto.

—Mira, —le dijo solemne— mi mujer y Manolón son testigos de lo que te voy a decir.

Y relató detalladamente el estado de vesanía que padecía en aquellos días, en los que le exigía que Manolón le trajese a Estrella, la mocita de La Torre; los dos se negaron y estaba furioso con los dos.

—Tampoco yo dormí aquella noche, temiendo ¡qué sé yo! temiendo por María.

"¿Qué te pasa?", me preguntó ella, cuando una de las veces que se despertó para dar de mamar al crío, me vio sentado a los pies de la cama; en el suelo, junto al sillón, tenía yo la escopeta cargada con perdigones, dispuesto a usarla en cuanto sintiera cualquier ruido sospechoso; yo no quería soliviantarla y le dije: "Poca cosa, me pasa; unos retortijoncillos, salí al corral a dar de cuerpo y aquí estoy a que esto me pase". Ella se durmió cuando el crío, y yo seguí sentado con los pensamientos más negros que el corazón de él; conque, ya vez si tengo motivos para pensar que allí arriba — y señalaba el ventanal abierto— está el criminal.

—Lo que has dicho es muy grave, Antonio, no hubiera querido saberlo nunca... Lo siento por la señorita Amparo que no tiene culpa de nada y es una mártir... Te voy a decir que mi situación es de lo más difícil. Lo que me has dicho no lo he oído como Alcalde, lo he oído como Pepillo, que me he criado con la señora y la quiero como a una hermana. Por nada del mundo querría hacerle daño.

—Yo tampoco y Manolón está conmigo.

—Pues no digáis de esto a nadie hasta que yo hable con la señora porque podemos salvarla sin perjudicar a otra persona.

—¿Perico...?

—Perico es sagrado, te lo juro.

Se había ido el sol y todavía andaban remolonas las nubecillas coqueteando con los últimos rayos. La Luna había colocado su cara ancha en el cielo dispuesta a derrochar su plata en los campos y caseríos. En Moriles se detenía curioseando por los patios en busca de novedades.

En la carretera, la polvareda levantada anunciaba la llegada de un automóvil que tomó el ancho camino que llegaba a Los Claveles. Dentro venía Amparo.

Los hijos de los caseros, ante la novedad del vehículo, salieron corriendo y daban vueltas alrededor de él, llenos de admiración y sorpresa.

Pepillo, toda la cara encendida y temblorosa las manos, se acercó para ayudarle a bajar del coche; de buena gana la hubiera besado delante de todos porque su beso en aquella ocasión era fraternal. ¡Qué daría él por evitarle tanto dolor y tanta vergüenza! Y llegaba más bonita que nunca, con aquel guardapolvo que no podía ocultar la gracia de su cuerpo y que la alegraba con su color de espiga granada; y el velo de gasa en la cabeza, para evitar que la despeinara el viento que levantaba el coche en marcha; le sonrió cuando se acercaba y le tendió la mano. Aguantarse las ganas de besarla, sí pudo, pero la de retener su mano apretada entre las suyas más de lo conveniente, no pudo; ella le agradeció aquella muestra de afecto y el corazón de Pepillo se alborotó.

—Ven con Dios, señorita Amparo. —le dijo muy emocionado.

—Dios guarde a ustedes —saludó Amparo a los caseros y a los gañanes que acudieron a recibirla y se dispuso diligente a entrar en la finca para subir a las habitaciones.

Pepillo que iba detrás, la detuvo por un brazo.

—Señorita Amparo, antes de ver y hablar con el señorito, tienes que oírme.

Amparo pensó que su esposo había muerto, no le cabía duda, por la precipitación de la llamada y por la solemnidad del recibimiento.

—¿Qué ha pasado, Pepillo? ¿Cuándo ha sido?

Comprendió él y la tranquilizó.

—El señorito está bien. El médico lo ha visto, le ha recetado unos potingues y que se le dé alimento. De esto se encarga María, la casera.

—¿Entonces...?

Estaban detenidos en el primer escalón de la escalera.

—Que, señorita Amparo, no se puede entrar todavía en el salón porque está hecho una guarrería; tenemos que ir directos a tu cuarto y allí te explicaré todo lo que tienes, por obligación, que saber.

Tomó una capuchina de la mesa del descansillo de la escalera, encendió la mecha y dijo:

—Yo te alumbraré. Entra y enciende el velón o el quinqué; luego dejaré la capuchina en su sitio.

Así se hizo; mientras se despojaba del guardapolvo y de la gasa que le servía de velo, bajó él para pedirle a María que le subiera a la señora un reconfortante y que tuviera preparada una tila por si fuera necesaria después de la conversación; le avisaría a su debido tiempo.

El cuarto de Amparo era de una riqueza y coquetería muy elaborada. Parecía decorado para el placer. Para el amor. María lo había ventilado y se respiraba un aire fresco y perfumado. Pepillo pensó que de buena gana no saldría del cuarto jamás, pero con Amparo dentro.

Amparo lucía su belleza vestida con un traje de rica tela, color morado, adornado con encaje negro; a él le pareció morir de gozo cuando ella le dijo:

—Acércate, Pepillo —volvió ella a decir.

Y él se acercó, no tanto como deseaba, aunque las dos butaquitas estaban muy juntas y casi enfrentadas a los pies del lecho; era suficiente el pequeño espacio que se interponía entre ellos, bastante para sentirse, como sentíase Pepillo, mareado; el olor, el aliento, los ojos cariciosos y el ambiente tan íntimo le producía un desasosiego.

—Bueno, habla pronto, que quiero ver a Luis enseguida ¿qué me tienes que decir con tanto misterio y aparato?

Pepillo sudaba y el cuello de la camisa se le había achicado repentinamente; las palabras le salían atropelladas y sin coherencia alguna; sin embargo, Amparo, quizá por el cansancio del viaje, o por no intuir el alcance trágico que estaban viviendo, o por estar acostumbrada a las extravagancias del marido, mostraba mucha tranquilidad.

—¿Pegarle fuego a la finca, Pepillo? No creo que eso lo hagan...

—Déjame explicarme, señorita Amparo, lo del fuego es lo de menos, porque no lo voy a consentir... ¿sabes que soy el Alcalde?

Amparo batió palmas y en su alborozo le echó los brazos a los hombros.

—¡Pepillo de mi alma, qué Alcalde tan estupendo!

No se esperaba la reacción de la señora y se cohibió; así no pudo disfrutar del amago de abrazo que había llovido sobre él.

—Mira, señorita Amparo, déjame explicarme y no te burles de mí.

—No me burlo, Pepillo; pienso que es una suerte para el pueblo que un hombre tan honrado y cabal como eres tú, lo gobierne. Pero no he venido al lagar para darte la enhorabuena; vengo porque me habéis llamado por la enfermedad de Luis, que todavía no sé exactamente qué le pasa y no has querido que yo lo vea hasta que según tú, me entere de cosas que debo saber, por obligación, como me dijiste. Te lo agradezco muchísimo, pero ese asunto que me cuentas de la muchacha, lo supe enseguida y no me pilla de sorpresa ninguno de sus vicios, parece más serio lo del hermano que quiere quemar Los Claveles con Luis dentro, y el pobre y desgraciado marido mío ha enfermado de miedo. Pues bueno, yo me lo llevo mañana mismo a Madrid y asunto concluido, aquí no ha pasado nada.

La había dejado hablar sin interrumpirla, admirando su capacidad, entereza y modo de encauzar las cosas; según ella todo era sencillo y de fácil solución.

—¿Y si no fuera tan fácil, señorita Amparo?

—¿Qué quieres decir? ¿Está muy enfermo? —alarmada se levantó de la butaca con la idea de verlo.

El también se levantó y la retuvo por un brazo.

—¡Concho, que no me dejas explicarme!

—Pues acaba pronto y di lo que sea de una vez —le dijo ella altiva y molesta.

Pepillo no contaba con la altivez innata de Amparo que nunca empleó con él; esto fue un acicate que le devolvió lucidez y facilidad de expresión; un tanto violento la obligó a sentarse y a su modo le fue diciendo:

—Lo que haya hecho tu marido con mujeres y hombres allá él y tú que lo aguantas y allá cada cual con sus venganzas. El vicio es una cosa y otra cosa es lo otro... Mira, escucha: en el pueblo había una niña que aunque no era tonta le faltaba un tornillo, y tenía dos desgracias: haber nacido de una mujer pública y ser bonita y hermosa. La niña apenas salía de la casa porque le costaba trabajo volver, no se orientaba, el otro día salió y no volvió, Apareció en la Laguna Grande ahogada después de que un sinvergüenza abusara de ella.

Amparo iba perdiendo entereza; escuchaba aterrada y si la luz del quinqué hubiese sido más fuerte podría Pepillo notar la lividez de su rostro.

—¿Y fue...?

—Sí.

Se arrodilló él para echar la cabeza de Amparo sobre su pecho, dándole el cariño y apoyo que ella necesitaba en aquel momento; un par de minutos la tuvo abrazada y no sabría nunca cuál de los sentimientos en él era más fuerte: su dolor por el abatimiento de Amparo o su gozo por sentirla junto a su pecho, rozándole el cabello en la barba con un cosquilleo delicioso, aspirando el olor de su carne, sorbiendo su aliento, sintiendo su corazón palpitando violentamente junto al de él... Pero el dolor de Amparo parecía tan grande que Pepillo se levantó, le acomodó la cabeza en el respaldo de la butaca y salió a la escalera.

—María —llamó nervioso —sube la tisana y agua de azahar también. Amparo, Amparo, todo se arreglará... Yo te ayudaré. No tienes que temer de la justicia absolutamente nada. No encontrarán pruebas. Te juro que no las encontrarán...

Amparo no escuchaba; no quería saber; aquello que adivinaba le producía horror ¿Pudo ella haber evitado el crimen si se hubiese quedado con él y cumpliendo su deber de esposa? Parte de culpa, mucha parte de culpa tenía ella por su marcado egoísmo y por su mal llamada dignidad de mujer... ¿Cómo pudo hacer una cosa tan vil?

—Pero dime, Pepillo, ¿cómo fue? ¿quién lo vio? ¿qué hizo en concreto?

—Amparo, nadie sabe como fue... Lo vieron pasear por la Laguna Grande y sólo eso...; luego encontraron que de la niña se había abusado, se nota en el carrizal las huellas de la lucha que pudieron tener, y las ropas de la infeliz, le hizo daño, mucho daño, el médico dice que fue una cosa brutal, después murió de un golpe en la cabeza, la colocó en el agua sobre un entramado de raíces, que parecía una cuna... ¿Cómo fue...? Vale más no pensar en los detalles que son horriblos. Primero, la niña confiada y contenta, después asustada cuando la desnudó... y el golpe en la cabeza que pudo ser al caer al suelo vencida... ¡horrible!, y más horrible la sangre fría de colocarla entre las cañas en el agua, como si estuviera dormida... ¡Es que se resiste uno a creer que el amo haya hecho eso!

—A mí también me cuesta trabajo... Luis no era cruel... Pudo hacerlo otra persona, un loco o un tonto y él tuvo la mala suerte de pasear ese día...; y puede ser inocente ¿verdad, Pepillo?

—No, Amparo, no es inocente —y sacando la leontina y el reloj que guardaba en su bolsillo, se los puso en la falda —la niña se defendió agarrándose a la cadena, en una uña de su mano derecha quedaron unas hilachas de tela que todos pensamos que eran de sus propios vestidos, después yo he sabido que el ojal del chaleco de don Luis está roto... No es inocente.

Amparo miraba en silencio las pruebas del delito. Sentíase tan mareada que cerró los ojos y echó la cabeza sobre el respaldo.

—¿Estarás mejor en la cama?

Parecía desmayada y él, ayudado por María que entraba con la tisana, la acostó en la cama tapando su cuerpo con la colcha.

Las pruebas las había vuelto a su bolsillo.

—Gracias, Pepillo, gracias María —tomó una mano de él y le suplicó: —¡Por favor, no me dejes sola!

—No te dejaré. Tranquila, tranquila —le decía tomando mientras asiento en el borde de la cama.

María dijo: —José, ya está el salón como los chorros de oro, pero sin alfombras, porque necesitan mucho para quedar limpias; al señorito le subí un caldo con una yema y se la tomó el solo y sin chistar, no me preguntó nada, se nota que le han hecho bien las cucharadas que le recetaron.

Sin esperar palabras salió la casera de la alcoba.

La mano de Amparo estaba helada.

La de Pepillo ardía.

—¿Qué podríamos hacer?

—Llévatelo cuanto antes; que no amanezca aquí... Pienso que deberías arreglar el ojal del chaleco y colgarle el reloj con la cadena... Voy al cuarto y te lo traigo.

Le soltó la mano, que ya le iba entrando en calor y se la besó muy suavito.

—Yo también te quiero mucho, Pepillo... Y siempre te he querido y ahora me he dado cuenta que más que a nadie.

A Pepillo le temblaban las piernas y no podía creer que fuera verdad que Amparo estuviese diciendo esas cosas tan bonitas. Pero no tenía que

hacerse tantas ilusiones. Ella hablaba así, porque era natural que lo hiciese, dado su estado nervioso. En frío no hubiera dicho aquello "más que a nadie". Estaba bajo los efectos de un rudo golpe y no sabía lo que hablaba. "Cállate, corazón", pareció decir él en un gesto de llevarse la mano al pecho.

—Voy a por el chaleco.

Cuando entró en la alcoba del amo, alumbrada sólo con la mariposa, se acercó a la cama y creyó ver que estaba dormido; entonces buscó entre las sillas, la butaca y la percha, alguna ropa; estaban los zapatos, los pantalones y la chaqueta. Nada más. Solamente colgaba de la percha una bufanda y una gorra. Miró con más detenimiento la habitación y se convenció de que el chaleco no estaba allí. Volvió a mirar al enfermo que seguía durmiendo al parecer.

—Amparo, el chaleco no está en la habitación.

Ella también se alarmó y se incorporó en la cama.

—¿Podría ser una prueba? —preguntó.

—No sé... Pero si en la uña de Chiquita había una hilada, en el chaleco se notará, creo yo...

Amparo se echó de la cama.

—Hay que tener tranquilidad —recomendó— mucha tranquilidad.

—Lo que hay que tener es prisa y salir de aquí cuanto antes —él estaba tremendamente nervioso.

—No te pongas así, mañana con la luz del día, veremos todo de otro modo y encontraremos el chaleco..., ahora ¡por favor! tranquilízate... Voy yo a la alcoba a buscar y quizá tenga más suerte.

—Está dormido.

También se lo pareció a ella y se alegró porque así evitaba hablar con él. Luego fue al salón y se reunió con Pepillo que asomado al ventanal, oteaba el cielo.

La Luna, radiante, paseaba por los campos.

El silencio en el lagar era casi absoluto, o tal vez se lo pareció a Pepillo, que sólo escuchaba la voz de ella "yo te he querido siempre más que a nadie", y oír una cosa así en una noche de angustia como ésta; tenerla tan cerca y tener que procurar él mismo, alejarla de allí y quizá para siempre...

Amparo hablaba en la meseta de la escalera con María.

—Nos iremos cuando empiece el día a clarear... Al señorito lo llevaré a un sanatorio para que le curen el vicio de la bebida...

—Hace muy bien la señora, que es una lástima que un señor en lo mejor de su vida se dé con su cuerpo de esa manera. ¡Ay, señora, que de ayer a hoy parece otro! ¡Cómo ha mejorado!

—María —ya iba la casera bajando la escalera —María... Cuando termine con los niños y la cena me ayudará a preparar el equipaje...

—Enseguida que acabe subo y además traeré el chaleco del señorito que me lo bajé para coserle un ojal, por cierto que no sé dónde pondría la cadena y el reloj.

—En mi cuarto están.

—Lo pondría el señorito ahí en esa alcoba cuando se le rompió el ojal.

—Es posible.

Otra vez volvió la tranquilidad a los dos. La casera no le había dado importancia al asunto y ellos no tendrían por qué dársela.

En el lagar todo transcurría con la normalidad acostumbrada. Los trabajos diarios. La cena en compañía. El ratito de charla y el cigarrito antes de ir a dormir. Todo como siempre, salvo que el lagar no podía cerrarse hasta que José dijera de marcharse a su casa y entonces llegaría un completo descanso.

Amparo y Pepillo cenaron juntos en el salón.

—Me gustaría que te quedaras acompañándome un rato.

—El rato que quieras.

—Me gustaría que pasaras aquí la noche.

—A mí también, pero en mi casa se van a alarmar y vendrán a buscarme.

—Está bien, Pepillo, está bien, pero yo no podré dormir si tú no estás a mi lado.

El comenzó a dar paseos por el salón, pensando que lo más conveniente era marcharse porque no estaba seguro de si era capaz de comportarse con entereza de hombre cuerdo. Porque ella estaba allí, y le había dicho que

ahora se daba cuenta de que lo quería más que a nadie; y estas palabras dichas en otra ocasión podrían sonar a repique de campanas que le darían inmensa alegría; pero las había dicho cuando se siente sola, humillada y triste; cuando ni se piensa con tranquilidad, ni se razona con sosiego; son dichas ahora y no las repetirá nunca jamás porque son obligadas y se pronuncian como las de saludo o de pésame. Ella aún no se había empapado del peligro que corría el marido si el Frasquito soliviantaba a la gente y venía al lagar con unos cuantos; intervendría la Guardia Civil, la Justicia y acabarían metiéndolo en presidio y a lo mejor también a él mismo, por tratar de encubrirle; porque él era un encubridor. Y en esta tesitura no se debe pensar en que si Amparo es la mujer de su vida, en que la tiene a su alcance, por las buenas o por las malas. "Mira Amparo, que yo no puedo vivir sin tí, que toda la vida hemos estado juntos y yo muriéndome de ganas de tenerte en mis brazos para besar cachito a cachito tu cuerpo, para disfrutarte en la locura de este cariño, porque no te apartas de mí en ningún momento; te veo en el Sol, en la Luna, en las Estrellas, en el agua, en el aire; te oigo en el ruidito de las hojas de los árboles, en el de los pájaros, en el del viento; te huelo cuando me acerco a las flores, al agua fresca del pozo, al pasar por la tahona, al entrar en la bodega; te palpo cuando acaricio a mi perro, a mi canario; y necesito besarte para poder seguir viviendo...

Pensaba atropelladamente mientras recorría el salón de un extremo a otro sin pararse una sola vez, absorto en sus pensamientos, en poseerla por las buenas o por las malas: "Mira Amparo, que en tí está el que no haga uso de estas pruebas, encontradas en el sitio del crimen y que guardo en el bolsillo; una mirada tuya, una palabrita de cariño, pero dicha en pleno juicio, no atolondrada por el golpe que estás sufriendo; tenerte toda mía una sola vez y te ayudaré".

Ni por las buenas ni por las malas; eso no lo conseguiría nunca: estaba ella muy alta y él muy ridículo en su papel de Alcalde. ¡Si no hubiera ocurrido lo de Ramón, él estaría aquí de Pepillo, de lo que siempre fue: un esclavo de ella! ¿Y por qué tuvo Ramón que escogerlo a él? ¡Claro, porque a él lo manejaba a su antojo; porque estaba seguro de que lo haría todo conforme a su deseo; porque sabía que cumpliría al pie de la letra lo que decían que era su deber! Si no hubiera sido por Ramón, él estaría como Pepillo, sin haberle importado nada la vestimenta y mucho menos la camisa, porque después de todo se estaba más cómodo con el cuello desabrochado. Se soltó un botón.

—¿Tienes calor? Yo en cambio tengo frío.

—Debías acostarte.

—Quiero tenerte cerca de mí.

—Acuéstate; estaré a tu lado mientras duermes.

—No dormiré.

—Mejor, así tendrás los ojos abiertos y nos miraremos.

Sentía como una bola en la garganta que le impedía tragar saliva y le cortaba la respiración. Se asomó otra vez al ventanal; la Luna era plena y alumbraba la tierra en competencia con el Sol. Sudaba a chorros. Tendría que irse enseguida o bajarse a la gañanía con los hombres del lagar. Todo antes de obrar como sus sentidos extraviados le estaban ordenando.

Hizo caso a sus sentidos y entró en la habitación de Amparo que se había tendido vestida, tapándose las piernas con la colcha.

—¡Amparo, Amparo...!

—Siéntate ahí —le señaló una butaquita lejos del lecho— procuraré descansar un poco, pero háblame para que no me atormenten los pensamientos que tengo, tan terribles.

—¿Es verdad lo que me dijiste antes?

—¿Qué te dije?

—Que me quieres.

—Es verdad, Pepillo; también tú me quieres a mí ¿no?

—Sí, desde que entré de paverillo y tú eras una niña que te asustabas de un pavo muy grande que se te acercaba y corrías llorando asustada.

—No estaba asustada.

—Pero corrías.

—¡Claro!

—Y llorabas.

—No lloraba; lo fingía para ver como me mirabas tú.

—¿Cómo te miraba?

—Con tristeza.

—No podía verte llorar entonces ni ahora.

Se levantaba de la butaca y apretaba con fuerza sus manos al respaldo, aferrado entre una creencia de honor y un deseo imperioso.

—¿Qué pasa, Pepillo? Vienen subiendo la escalera...

Llamaba el casero:

—Señora, señora...

—¿Qué ocurre? —bajándose de la cama se calzaba para salir.

Pepillo ya estaba en la meseta.

—José, el señorito se ha escapado del lagar...

¿Cómo pudo suceder? Una casa llena de gente, con perros guardianes esperando a cerrar la puerta cuando el Alcalde se despidiera.

Parecía que los perros estaban algo inquietos pero no estaban alarmados. En la cocina una animada conversación mantenía a todos sin ganas de acostarse; solamente los niños primero y después María se recogieron para descansar.

Al escucharse el movimiento de los perros de la puerta, dijo Manolón:

—Alguien conocido va a entrar en el camino del lagar y los perros parecen contentos.

Esperaron oír pasos o la frase de siempre usual: —¿Casero, muerde el perro?

Ni voces ni pasos. Se pasaron de listos los perros. Y continuaron la conversación en la cual estaba muy interesado el chófer que trajo la señora y quería saber detalles de lo ocurrido en la Laguna Grande.

Antonio volvió a mirar la hora en su reloj de bolsillo y estirando los brazos en un desprecio confianzudo dijo: —Yo, señores, me caigo de sueño...

—Pues retírate a la cama —le dijo Manolón— que yo aguardaré a que José baje y se vaya a Los Zapateros; entonces cerraré la puerta y apagaré las luces, aunque algunos candiles se apagaron solos al acabárseles el aceite.

—Pues lo voy a hacer, conque amigos, cada mochuelo a su olivo, que mañana también hay que madrugar —dijo Antonio despidiéndose —Antes

voy a asomarme a la puerta no sea que los perros nos avisaran de algo..., no estoy tranquilo hasta que lo compruebe.

Salió con Manolón y los dos exclamaron:

—¡Qué luna! ¡Si parece de día!

—Fíjate, por la carretera parece que va un hombre.

—No es que parece, es que va y además corriendo.

—¿Quién podrá ser?

La curiosidad hizo que subieran a un ribazo desde donde se dominaba la carretera y otearon sin atinar quién podría ser el caminante que parecía tener tanta prisa.

Pensaron y dijeron que tendría que ser alguien de algún lugar de por allí cerca que necesitaba ayuda y ellos podían dársela incluso utilizando el automóvil de la señora. Y decidieron: que Manolón fuera tras él y le diera alcance mientras Antonio avisaba al chófer.

Manolón salió a la carretera a buen paso, pero el desconocido caminante iba demasiado adelantado y justamente a la altura de la Laguna Grande, torció sus pasos a la izquierda y bajaría, suponía Manolón, porque ya lo perdió de vista.

Un presentimiento le asaltó el cerebro y le hizo palpar violentamente el corazón. ¿Será el amo de Los Claveles? Aceleró la marcha. Era imposible alcanzarle. Pudo llegar a la altura de la Laguna Grande, cuando la Luna que se estaba mirando en ella, se partió en pequeños fragmentos, rosa de plata deshojada; después las aguas volvieron a ser espejo y la Luna se reía al mirarse.

José, Alcalde en funciones, llevaba unos minutos parado, al parecer viendo jugar en el llanete a un corro de niñas que cantaban a la rueda cogidas de la mano. En el primer momento se paró por ese motivo, ya que cuando bajaba por la calle Alta escuchó al coro:

*Ha pasado el carnaval, las niñas juegan al corro
y me harto de reír de las que ya tienen novio.
Ferrocarril, camino llano, por el vapor se va mi hermano.
Se va mi hermano y se va mi amor,
se va la prenda que adoro yo.*

y se sorprendió cuando oyó su propia voz acompañando la canción de las niñas. Cuántos años han pasado desde aquella vez, antes de entrar a trabajar como paverillo en Los Claveles, que también se paró, como ahora, ante un corro de niñas que cantaban la misma coplilla; se la aprendió de memoria y luego cuando era un trabajador de siete añitos, la cantaba en el campo y cuidando la pavada imaginaba que cada pavita era una niña. Un día lo oyó Amparo. ¡Ella sí que era preciosa, con sus vestiditos de muchos adornos y sus sombreritos de paja, con flores y cintas! También ella aprendió a cantarla; y tampoco ella sabía que quería decir "irse por el vapor", pero le explicó que el ferrocarril era un tren y un tren era una máquina que corría, hacía ruido de fantasmas y echaba humo por una chimenea de hierro. Pasados los años él vio el tren y supo lo del vapor, aunque no vio ni uno.

Las niñas en el llanete seguían cantando. A la puerta de una casa asomó una mujer complacida de ver a las pequeñas tan alegres. Un vejete atravesaba en aquel momento apoyándose en un bastón, necesario por los años y por la cojera tan acusada; al llegar junto a José se detuvo y dijo con melancolía:

—José ¡dichosos los tiempos del trompo y la muñeca! ¿Te acuerdas tú lo bien que le hacías dar vueltas? Nadie te ganaba a liarlo tan deprisa, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo, me acuerdo...

—Ya todos aquellos estamos renqueando... Tú no, que te conservas como los quesos en aceite, que el tiempo que pasa te va mejorando —señaló con el bastón en dirección a una niña del corro y dijo con orgullo de abuelo: —Esa, esa del trajecillo granate que canta como un ruiseñor, es la de mi hija Josefa.

—Muy bonita.

—Me voy que ya estará mi mujer con los garbanzos en la mesa.

Siguió su camino cojeando y volviéndose sin parar la cabeza para hinchársele el corazón escuchando al ruiseñor que era su nieta ¡La más bonita de todas!

En la ventana alta de la casa de la esquina, se asomaba Crucita la Loca, entre macetas de geranios que ella cultivaba; al oír los cantos siempre se acercaba a los barrotes que aprisionaban a las plantas y a ella, como a una flor más.

Rafalico el cordobés, que jamás se despojaba de su sombrero negro de ala ancha y preguntaba muchas veces en la tienda de Pastora: —¿Cuándo

viene el sombrerero de Cabra? Avísame, que quiero que me repase el mío, le ponga forro nuevo y le saque brillo.

Era como una manía, por eso Pastora le bromeaba: —¿Otro forro, Rafalico? Si no hace un mes que le puso nuevo el que tiene.

—Sí, pero es que yo sudo por la cabeza, y la parienta no permite que me arrime a ella, porque dice que tengo husmo, no sé qué será eso, yo lo achaco al sudor, que me empapa el forro, pues ¡ya ves!... Como me gusta arrimarme, tengo que procurar no criar husmo, porque a mí la parienta, con lo remozada que está, me aviva mucho...

Y Carmencita, retrepada en el quicio de su puerta enseñándoles canciones a las pequeñas; de vez en cuando, desde el interior llegaba una voz desgarradora "—¡Carmen! Déjate de perder tiempo y termina de planchar:. Carmencita obedecía, pero estaba de vuelta pronto: Ahora mismo a cantar. "Quien dirá de la carbonerita..."; Carmencita, de no tener madre tan autoritaria y exigente, hubiera estado formando parte del corro.

Había un grupo de chiquillos que se quedaban embobados mirando a las niñas, con sus hondas en las manos para apedrear y matar así a los pajarillos; otros alardeaban de saber colocar las trampas con el mismo objeto; los menos eran los que se pasaban los bolindres de una mano a otra como un juego malabar, pues los bolindres saltaban alto y volvían a las manos sin haber caído al suelo; los trompos, varios a la vez en competencia de duración de sus giros, podían parecer un baile de enanitos.

En apariencia José estaba distraído mirando, igual que Carmencita, Crucita la Loca, Rafalico y los que iban de paso, que casi siempre se detenían. En apariencia. En realidad, él bajó por la calle Alta, donde estuvo visitando a un amigo, con la intención de pararse y medir con la vista la anchura que debían tener las calles que se formarían alrededor del paseo que se iba a hacer en aquel llano; las calles serían lo suficientemente anchas como para que por ellas pudieran pasar las carretas tiradas por bueyes; estaría rodeado por cuatro poyetes de ladrillos, un poyete a cada lado; y cuatro arcos de hierro, aguantados en cuatro fuertes machones; por adorno, acacias, que son árboles hermosos y florecen en primavera.

Pero aunque ese era el motivo de la parada, él no estaba viendo en imaginación ni los poyos, ni los arcos, ni los machones y menos los árboles. Y aunque veía niños era acordándose de su infancia en Los Claveles; recordando a Amparo de niña, de moza, de mujer. No se le borraba la expresión de abatimiento, cuando el día anterior se despedía de él acompañando al

cadáver de su esposo. Le había apretado la mano con fuerza y se la retuvo mientras le decía —"Sin ti no hubiera podido aguantar todo eso". Miró con afecto a todos los que acudieron a despedirla; acarició a los niños de los caseros, besó a María; ya en el coche, poniéndole la mano en su hombro, con los ojos empapados y a punto de saltar las lágrimas le dijo: —Pepillo te vendo Los Claveles. Piénsatelo.

Y eso es lo que hacía: pensar, pues, en el lagar, pero no en el lagar en sí, en ella, en Amparo, en todo lo que pudo ser. Siempre juntos, para lo bueno y para lo malo. ¿Y qué iba a hacer con Los Claveles sin ella?

Le dieron una palmadita en la espalda. Se volvió.

—Don Emilio, Dios le guarde.

—Qué nos guarde a todos, José... Vengo de confesar a Pacorro, pocas horas de vida le quedan por vivir, que no de disfrutar.

—¿Y quién disfruta en la vida, don Emilio?

—Esos —y señaló al corro y a los niños mirones— Ellos que son las aguas limpias y puras.

—Es verdad.

Los dos prestaron atención a la coplilla, que por su ritmo, aceleraba el paso de las niñas:

*"A los títeres voy y tú conmigo vendrás,
si tu madre no puede, yo te pago la "entrá".
¿Qué dirán? ¿Qué dirán? ¿Qué tendrán que decir?
Que te quiero y te adoro
y me muero por ti"*

"Y me muero por ti", se le escapó decir al alcalde y disimulando su turbación exclamó:

—¡Conque, Pacorro!

—Sí, un pobre hombre desgraciado, que por fin va a descansar.

—¡Cuántas cosas ocultas hay en las vidas de todos los hombres!, ¿verdad don Emilio? Y lo que yo no me explico es que un hombre como Pacorro, del que se han dicho tantas cosas, tan apartado de la iglesia que veía un cura y hacía la señal de la cruz...

Don Emilio soltó una carcajada; cuando el alcalde se dio cuenta de lo que había dicho también se rió y continuó en el mismo plan coloquial, con el sacerdote:

—... Decía que no me explico, que, gentes así, en sus últimas horas hasta se confiesen; digo yo que será por el miedo.

—El miedo a lo desconocido y la gracia de Dios.

Guardaron silencio algo así como un minuto, que resultaba embarazoso dado el cariz que había tomado la charla.

—Digo yo, don Emilio, que cada persona guarda en su corazón un secreto, que puede ser una acción mala o un mal deseo y que no quiere descubrir por nada del mundo.

—Así ocurre generalmente; pero a veces, ese secreto que se guarda en el corazón pesa y duele tanto que hay que descubrirlo; esa confesión se le hace a un sacerdote, a una persona prudente, a un amigo, a un padre, incluso a la propia esposa, pongo por caso.

—Y entonces queda uno tranquilo ¿no?

—Se descarga la conciencia y entra la tranquilidad.

—Don Emilio —y ahora reía socarrón— si yo ahora le confiara a usted un secreto, podría ya dormir tranquilo.

—¿Es que no duermes tranquilo, José? —y el tono de la pregunta llevaba cierta ternura paternal, que a él le conmovió y le inclinó a la confianza.

—Yo, don Emilio, hace muchísimo tiempo que pienso cosas que me desvelan. Con mis cortas luces y lo poco que he aprendido de libros, creo que este pueblo es como la Laguna Grande. Al parecer, todo es bonito, mire usted esa ventana, don Emilio, está llena de flores que le dan alegría pero detrás está Crucita la Loca y, ¿sabe usted por qué está loca? ¡Claro que lo sabe! Allí está Rafalico el cordobés, un viejo que sólo habla de manteserías, de que si le hace o le deja de hacer a su mujer, y si fuéramos uno por uno y una por una, nadie se libraba de la crítica, porque hay mucho fango en todos nosotros, por eso digo que el pueblo es como la Laguna Grande, que al remover sus aguas toda la porquería sale a flote.

—Hablas con mucha amargura, piensa que no todo es malo, mientras en el mundo existan niños que canten y jueguen, hay que tener esperanzas de

algo bueno. Escucha a esas niñas, escucha lo que cantan, es algo inocente y baladí, pero gusta oírlo.

Ellas cantaban:

*Sal, salerosa, conmigo a mi viña.
Sal salerosa, conmigo a bailar.
Y vente conmigo, guasona
al peñón de Gibraltar.*

—¿Qué te parece? ¿Qué tendrá que ver el peñón con las cepas?

Las pequeñas continuaban cantando.

A los ojos de Pepillo asomaba la tristeza.

El cura le propuso:

—¿Nos sentamos en ese montón de ladrillos? Me estoy cansando de estar de pie.

—Vamos a sentarnos.

Se acomodaron con muchos trabajos, sobre todo el cura por causa de la sotana.

—Don Emilio —y volvió a reír— hoy se hablará mucho de mí en Moriles.

—¿Por qué?

—Porque todos saben que yo no quiero con la iglesia más que lo preciso, y los que nos vean a los dos juntitos sentados como dos buenos compadres... Pues yo, don Emilio, estoy esta tarde que no sé dónde posarme, como el pajarillo a quien destrozan el nido... Mi mujer no me deja en paz con sus celos.

—¡Hombre...!

—Don Emilio, que usted no sabe lo que se sufre cuando se piensa en una mujer que no es para uno, usted no puede comprenderlo.

El cura había bajado la vista y temió que notara el rubor delator que le subió hasta la cabeza, al pensar en Morachita.

Pepillo llenó su pensamiento con la imagen de Amparo, tendida en la cama, dejándose besar la mano, poniendo la cabeza junto a su corazón,

diciéndole "te he querido siempre más que a nadie y proponiéndole: "Te vendo Los Claveles. Piénsalo".

—Don Emilio —dijo en un inesperado arranque —Ese Dios que ustedes dicen que está arriba debía haberla hecho a ella jornalera o a mí señorito.

—¿Qué estás diciendo?

—Mi secreto, mi fango.

—¿De quién hablas?

—De la señorita Amparo. Ya lo dije y sin embargo no me quedo tranquilo, don Emilio... Ustedes los curas dicen muchas mentiras porque yo estoy igual que antes de decirlo.

—¡José!

—Llámame Pepillo, como ella me llama.

—¡Pero José!

—No venga ahora con riñas, que yo no le he dicho mi secreto al cura, se lo he dicho a don Emilio, y tenga por seguro que un día me encerrarán en un manicomio... No puedo vivir ¿Sabe usted lo que es desear a una mujer?

El cura bajó la cabeza; la Morachita se le aparecía angelical y diabólica.

—Son fantasmas, José, son fantasmas.

—¡Corcho, don Emilio, que se le ha puesto la cara como si de verdad estuviera viéndolos!

Un carro quedó parado en la carretera y un muchachote, llamando la atención del grupo, dio voces diciendo:

—Papá, papá, aquí traigo el encargo de Lucena.

—Está bien —y Pepillo también habló a voces —llévalo a casa y que se prepare porque tiene que servir esta noche.

El carro fue puesto en movimiento.

—¿Sabe usted cual es el encargo que lleva mi hijo en el carro? Una cama nueva de colchón de muelles, desde esta noche dormiré en ella y dejo el catre de tijera porque es muy incómodo y me levanto de él con el cuerpo lleno de agujetas.

—¿No duermes con Lorenza?

—No puede oírme roncar.

—¡Ah, ya!

Pepillo se había decidido aquella misma mañana, después de lo ocurrido durante el sueño; fue despertado violentamente y arrojado del lecho por su mujer, que le había escuchado soñar en voz alta y decir muy apasionado: "Yo también te quiero, Amparo". Furiosa, enloquecida, fuera de sí: "¿Conque eran figuraciones mías, no? ¡Sinvergüenza! ¡Y mientras el marido se estaba ahogando, ellos revolcándose en la cama...! ¡Si eso no tiene nombre! ¡Fuera de mi cama! ¡Fuera de mi vista!"

¡Y que su mujer pensara aquellas cosas! ¡Ojalá hubieran sido verdad! Se volvió al cura:

—Soy una laguna grande: por fuera transparente, por dentro ¿adivina usted?

—Todos tenemos algo de eso hijo mío... ¡Qué Dios nos perdone!

Quedaron callados otra vez.

Pardeaba la tarde. Del desconchado de la fachada de una casa cercana, salían jubilosos unos murciélagos en bandadas que hicieron una nube negra sobre el futuro paseo. La crueldad de unos niños se hizo patente abatiendo a los animalillos a pedradas; como en un campeonato se disputaban el número de caídos.

Las niñas disolvieron la rueda y dejaron las canciones; miraban con admiración creciente al pequeño que demostraba ser el mejor y más rápido y lo elevaron a héroe. La niña del vestido rojo, la hija de la Josefa, la nieta en fin del que llegó cojeando diciendo que su niña era un ruiseñor, esa, se contorneaba, con sabiduría innata y premiaba al héroe con la más coqueta sonrisa y la mirada más seductora.

—Yo también de chiquillo, mataba murciélagos —comentó Pepillo con orgullo casi infantil.

—Es lástima, José, que por unos placeres, la crueldad enturbie las aguas de esa laguna que hace un rato, cuando ellas cantaban, tenían transparencia.

—Es verdad, don Emilio, los murciélagos lo han estropeado todo.

—Los murciélagos, no, ellos están cumpliendo el mandato divino.

Era bochornoso el espectáculo, porque las personas mayores lo coreaban con carcajadas y palabras de entusiasmo, entre todos pisoteaban a los agoni-

zantes. "Son ratones con alas", "Son brujos disfrazados", "Traen mala suerte", "Estropean la fachada", "Hay que acabar con ellos". Luego la Luna alumbraría el campo de batalla sembrado de los despojos algodonosos y oscuros de las inocentes víctimas.

En la iglesia sonaba la campana tocando a oración. El cura se despedía del Alcalde.

Pepillo sujetándose con una mano la frente en la que brotaba con ímpetu una idea, dijo:

—Estoy pensando, don Emilio, en comprar Los Claveles.

El Sol ya se había ido, y por encima de un tejado asomó la Luna con su cara guasona.

Paula Contreras Márquez

